



1950

BERNARDO DEL CARPIO.

REINADO DE ALFONSO II.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

HISTORIA NOVELESCA ESPAÑOLA.

BERNARDO DEL CARPIO,

LEYENDA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
D. JOAQUIN RUIZ DE MORALES,

MADRID.

REDACCION, CALLE DE LA CABEZA, NÚM. 20, PRINCIPAL.

—
1858.





Ruiz editor

Est. de J. Benon

*Mano Fernandez
y Gonzalez*

CAPITULO PRIMERO.

En que se presenta el héroe de nuestra historia.

I.

ERA la primavera del año 805 de la era cristiana y 190 de la Egira, ó era de los árabes.

Reinaba en Asturias y Galicia, es decir, en toda la parte de España libre del dominio musulman, D. Alfonso II, *el Casto*, y en el resto de España, esto es, en la gran parte sujeta al califato de Occidente, Al-Hakem II.

La época era dura : zumbaba por todas las partes de España la guerra : ya fuesen los montañeses que bajaban hasta el Duero ansiosos de reconquistar á los árabes la pátria que los árabes habian robado á sus abuelos, ya fuesen los mismos árabes entre sí, en aquella larga lucha, que acabó por dividir en pequeñas fracciones el califato de Córdoba, y fué la causa del

aniquilamiento de la raza árabe, vencida, desecha y arrojada de España por los Almoravides.

Este continuo estado de lucha y de peligro parecia determinar el aspecto de las poblaciones cristianas.

Encaramadas generalmente en lo alto de un monte ó en la punta de una roca; rodeadas de espesos muros y protegidas por las fuertes torres de un negro castillo, parecian estar siempre dispuestas á la guerra, y aun las aldeas mostraban su torre fuerte, y cuando no era torre, una capilla ó monasterio murado, donde en caso de peligro recogian los vecinos sus bienes muebles y sus familias, y se defendian cuanto podian del enemigo comun, esto es: el árabe.

II.

Habia en Pravia, cerca del mar, en un pequeño promontorio, sobre la punta de una roca, una torre cuadrada, baja, chata, coronada de almenas robustas y á la cual daba entrada una estrecha y maciza puerta forrada de hierro, por la parte de tierra.

Llámase este edificio la torre de Pero Perez, á causa de haberla construido un hombre de este nombre, como cien años antes de la fecha en que empieza nuestro cuento, es decir, algunos años antes de que los árabes invadiesen á España y se hiciesen señores de ella.

Este hombre, rico, aunque no noble, cuando construyó su torre, se habia ennoblecido poco despues peleando con don Pelayo contra los árabes, y desde que fué noble puso á su torre almenas en señal de señorío.

Un viznieto suyo, llamado Diego Perez, era á la sazón señor de la torre fuerte, y tenia en ella á su mujer Brunequilda y á una hija doncella de diez y ocho años llamada Heriberta.

Tenia además dentro de la torre las doncellas y las criadas de su mujer y de su hija, porque era mas rico que su padre y

que su abuelo y que su visabuelo todos juntos, y se daba humos y trato de gran señor.

Tenia asimismo en la torre como una docena de ballesteros montañeses, bravos como osos, destinados á la defensa en tierra, y en mar á tripular cierto barco que algunas veces aparecía bajo la torre y en el que entraba con suma frecuencia Pero Perez, tomando el rumbo hácia las costas orientales de España y no volviendo en muchos dias.

Mientras Diego Perez estaba fuera, la puerta de la torre no se abria para nadie, ocupándose Brunequilda y Heriberta, de dia en hilar y atender á los menesteres de la casa, y las primeras horas de la noche en rezar por la pronta y próspera vuelta del esposo y del padre, despues de lo cual, y de una buena cena, las dos señoras y sus doncellas y criadas se recojian al lecho, quedando de guarda dos hombres sobre la ladronera de la puerta de la torre.

III.

Conozcamos á nuestros personajes.

Diego Perez era un hombre de seis pies de altura, bastante moreno, como de cuarenta años de edad y muy callado.

Comia mucho, dormia poco, miraba fijo y vestia sencillo.

Su trage consistia constantemente en un casco ó bonete de hierro fuerte y no muy limpio; en un colete de piel de toro curtida, sobre el cual, en el cuello, se veia una camisa de lino; un ancho cinturón del que pendian un puñal, una espada y una bocina ó cuerno de buey, y unas calzas de lana azules sobre las que se ajustaban unas abarcas.

En el invierno, sobre este colete se ponía una especie de gaban de piel de oso.

Cuando se hacia á la mar con su barco, se ceñía sobre el colete una coraza de fajas de hierro y empuñaba una especie de hacha de dos cortes.

Cuando en vez de hacerse á la mar se hacia tierra adentro, ginete en un pesado caballo y seguido de sus doce hombres, ballesteros, entonces, como en el barco eran marinos en otras ocasiones, en vez de las abarcas llevaba bota y zapato de hierro con acicate, un ancho escudo en el brazo izquierdo, una fuerte lanza de fresno en la mano derecha y el hacha de armas colgada del arzon de la silla.

Llamaban por sobrenombre á este señor las gentes de la comarca Diego Perez el *Mudo*, no porque lo fuese, sino porque hablaba muy poco.

Como en las pequeñas poblaciones todo se dice, y lo mismo en las comarcas campestres, contábanse vagas consejas acerca del *Mudo*, que sin duda eran patrañas, pero que tenian mucho de terrible.

Señalábase, por ejemplo, cierta ventana arqueada, profunda, abierta en el ángulo de la torre que daba sobre el mar, y no se hacia mas que señalarla: y no se habia hecho otra cosa durante muchos años, ni nadie sabia por qué se la señalaba, ni por qué se decia á los forasteros: *mirad aquella ventana*; pero cuando el forastero preguntaba por qué se le hacia reparar en aquel viejo boquete, se encogian de hombros de una manera tan sombría, que era preciso comprender que aquella ventana, ó por lo que habia tras ella, ó por lo que alguna vez hubo sucedido en ella, tenia mucho de terrible.

Y á seguida de haber mostrado al forastero aquella ventana le decian:

—Nadie sabe si ha muerto Yago Perez, pero nadie le ha vuelto á ver mas.

—¿Y quién era Yago Perez? preguntaba el forastero.

—Era otro *mudo* padre del *Mudo*.

—¿Y quién es ese otro mudo?

—Ese otro mudo es el señor de la torre de Pero Perez.

El forastero se quedaba todo curioso y con una curiosidad de terror, porque, sin saber cómo, entre aquella negra ventana colgada sobre el mar y la desaparicion de Yago Perez, se establecia una relacion terrible, que venia á unirse sin

saber cómo con Diego Perez el actual poseedor de la torre.

Nadie sabia mas de su historia.

Servia buena y lealmente al rey D. Alfonso el *Casto*, en tierra contra los moros, y por mar no se sabia á quién sirviese, si al rey ó á sí mismo : pero la verdad del caso era, que cuando volvia de una espedicion por tierra, traia acémilas cargadas de lo que nadie sabia, y las metia en la torre de la que salian descargadas ; y cuando volvia de una espedicion por mar, sus gentes sacaban del barco grandes cofres y enormes sacos que tambien desaparecian en la torre sin que nadie supiese lo que contenian.

A esto estaba reducido todo lo que aparentaba en el exterior, todo lo que sabian las gentes de Diego Perez el *mudo*, hijo de aquel Yago Perez, del cual los que le habian conocido no sabian si era muerto ó vivo.

IV.

Brunequilda, la esposa de Diego Perez, era una matrona altiva, séria, grave, que frisaba en los cuarenta años, y que aun era muy hermosa.

Alta, esbelta, llevaba con gran magestad su túnica de lana blanca todos los dias, y no con menos dignidad su ancho ropon rojo y azul á cuarteles con cingulo dorado, los dias de fiesta.

Era blanca, rubia, de ojos azules, señales inequívocas de su cercano origen godo, y tal era la influencia de su gravísimo y sério aspecto, que todos la llamaban la señora.

Brunequilda, al decir de las gentes, era biznieta de una de las innumerables mujeres de Witiza, el rey condenado que tenia un harem como los sarracenos, y era impuro y malo hasta el punto de que sus vasallos, que no eran muy buenos, se horro- rizarasen de él y le mataran.

La mala fama de su bisabuela no impedia el que la esposa de Diego Perez se hiciese llamar por el obispo y por los meri-
Bernardo del Carpio.

nos de la comarca, y por el presbítero de la cercana parroquia, la infanta Brunequilda, como asimismo á su hija la infanta Heriberta.

Por lo demás, y quitando estas vanidades, y este llamarse la *señora*, como todos la llamaban, de buen grado, era buena cristiana y caritativa, y segun noticias del presbítero de la parroquia de Pravia, sabia leer en los santos libros y escribir de mano propia á su marido Diego Perez, que no sabia otro tanto, y por lo que miraba con gran respeto á su mujer.

Otros decian que el respeto de Diego Perez á Brunequilda, consistia en que aquella era algo maga, y en que veia desde la torre, por no sé qué artes del diablo, el lugar donde podria ir y encontrar tesoros.

Pero lo que nadie dudaba era que la *señora* ejercia régicamente la caridad mas solícita entre los pobres del concejo de Pravia.

¿Se le despeñaba una vaca á un miserable?

Allá le enviaba Brunequilda una vaca mejor y mas gorda con su choto.

¿Adolecia un infeliz?

Allá iba Brunequilda, y con ciertas yerbas y untos que llevaba consigo le ponía sano.

¿Había hambre por mal año?

El maiz y el centeno salian á carros de la torre de Pero Perez para los pobres.

Asi es, que á pesar de su vanidad y de su orgullo, todos amaban á la *señora* y paraban poco las mientes en si era ó no era maga.

V.

Heriberta era una criatura adorable.

Ya hemos dicho que solo tenia diez y ocho años.

Peró parecia aun una niña.

Tenia los cabellos de oro y la frente de nácar como su madre, y los ojos negros y serenos como su padre, con la diferencia de que aquellos cabellos, aquel semblante, aquellos ojos, aquella boca, ¡eran tan hermosos y tan castos! ¡Su pecho enamoraba, su seno enloquecía, su talle daba contento y su andar era tan modesto, y se plegaba tan pudorosamente la túnica sobre aquellas purísimas formas!

El presbítero Arnaldo la llamaba el ángel del concejo.

Los pobres la vida.

Los mozos el cielo.

Y sin embargo la infeliz sufría, la infeliz cuando no la veía nadie lloraba.

Lloraba porque no tenía padres.

Es decir, porque sus padres no la amaban, antes la miraban con odio; y como la mujer vive del amor, Heriberta lloraba porque se sentía huérfana del alma.

VI.

Conocidos los primeros personajes de nuestro relato, ven-gamos, que ya es tiempo, á los sucesos.

Era el día, ó por mejor decir, la tarde de Nochebuena del año de 805.

En las almenas de la torre de Pero Perez habia dos mujeres, pero separadas, como si fuesen estrañas.

La una era jóven: Heriberta.

Miraba por la parte de tierra á la cercana montaña vecina; en una de cuyas cimas, oscurecidas ya por el crepúsculo, brillaba una luz.

La otra era de mas edad.

El viento que soplabá con fuerza agitaba sus cabellos.

Miraba al mar que se estrellaba en grandes olas al pié de las rocas, y á un punto negro que de tiempo en tiempo se veía sobre las últimas olas del horizonte.

Era Brunequilda.

Rezaba.

El viento arreciaba cada vez mas y la noche se acercaba oscura y tempestuosa.

Allá por la parte adonde miraba Heriberta, la luz parecia crecer y adelantar.

Por la otra parte, adonde miraba Brunequilda, el mar se hin- chaba cada vez mas, y el punto negro se perdia entre las olas y la oscuridad.

De repente se oyó á lo lejos el sonido ronco de una bocina de caza, que exhaló una tocata salvaje y se perdió entre los mu- dos del viento.

—¡La bocina! Esclamó Heriberta con terror : ¡la bocina terrible! ¡siempre en la noche de Navidad!

—¡Sí : ¡la bocina de Roldan! exclamó Brunequilda que se habia estremecido toda y asiendo á su hija, y arrastrándola con- sigo se precipitó por las escaleras de la torre.

VII.

Entre tanto, y de tiempo en tiempo la bocina seguia tocando, unas veces cerca, otras lejos, como un sonido traído y llevado por el viento.

De repente, á la luz de un relámpago, se vió avanzar un hombre hácia el promontorio.

Aunque pasageramente, parecia notarse que aquel hombre llevaba el traje de un montañés y una ballesta.

De su costado pendia una bocina.

Pero no era él el que tañia aquella bocina que sonaba, por- que se repetia su sonido y al lucir un relámpago pudo verse que el montañés habia dejado abandonada la bocina en su cintura.

Aquel hombre empezó á trepar por la pendiente de la roca sobre que estaba la torre de Pero Perez.



Ruis editor.

Bernard.

Entonces sonaron tres bocinas: la que desde el mar pedía socorro. La que desde tierra parecía lanzar una maldición. La del montañés que llamaba a la torre de Pedro Perez.

Pero de repente se detuvo.

Parecióle que la bocina misteriosa habia cambiado de direccion y sonaba por la parte del mar.

Prestó atencion y hubo un momento en que resonaron á un tiempo dos bocinas.

La una, la que ya habia sonado de la parte de tierra.

Esta sonó entonces como una maldicion.

La otra, la que habia resonado de la parte del mar.

Esta otra sonó como pidiendo socorro.

—¡Por Nuestra Señora de Covadonga, dijo el montañés ó que lo parecia, qué barco hay en la mar, y puesto en grande aprieto! El viento sopla hácia esta parte, y segun suena cada vez mas cerca la bocina, el barco se viene sobre las rocas. Pues sús, que no nos ha de enviar Dios desgraciados sin que los socorramos; costeros son los de la torre, y no les ha de faltar un barco para ir al socorro de los que perezcan.

Y entonces el montañés trepó á la carrera por el repecho del promontorio, en cuya cima estaba la torre de Pero Perez, y se detuvo cerca de su puerta de hierro.

Entonces sonaron tres bocinas.

La que desde el mar pedia socorro.

La que desde tierra parecia lanzar una maldicion.

La del montañés que llamaba á la torre de Pero Perez.

Aquellos tres sonidos estaban casi juntos.

El que venia de la parte del mar, ya cerca de las rocas, entre las olas.

El que venia de la parte de tierra, al pié de la pendiente del promontorio, entre las breñas.

Y en medio de estos dos el de la bocina del montañés junto á la puerta de la torre.

VIII.

Abrióse esta y salieron seis hombres, dos de ellos con antorchas y los otros cuatro con cables.

Al mismo tiempo se abrió la ventana colocada sobre la puerta, y aparecieron en ella dos mujeres pálidas y anhelantes.

Brunequilda y su hija Heriberta.

La luz de las antorchas llegaba hasta ellas, y permitía al montañés, que estaba á poca distancia, verlas perfectamente.

De la misma manera la luz de las antorchas permitía á las dos mujeres ver al montañés.

— ¡Bernardo! exclamó para sí al verle Brunequilda.

Y su rostro tomó una espresion sombría.

— ¡El! ¡El cazador de la montaña! dijo tambien para sí Heriberta, cuyo semblante se encendió de un purísimo color, tras el cual volvió la palidez mas densa aun.

— ¡La hermosa doncella de mi alma! exclamó Bernardo temblando de emocion.

Pero reponiéndose y acudiendo á lo que mas importaba por el momento, dijo á los hombres que habian salido de la torre:

— Amigos : de la parte del mar nos piden socorro : oid, oid, la bocina suena mas cerca, sobre las rocas : al mar, amigos, al mar, y no dejemos perecer por temor, á criaturas de Dios.

— Bien venido seais, mancebo, dijo el de mas edad de los hombres que habian salido de la torre, continuando su rápido descenso hácia la playa, porque aquellos hombres no se habian detenido ni un punto : vamos, y ya que sois valiente y caritativo, ayudadnos en buen hora. ¡Dios quiera que podamos salvar á nuestro señor!

— ¡Vuestro señor! dijo Bernardo que bajaba tambien con aquellos hombres á la carrera; ¡es el valiente Pero Perez!

—Sí, sí, señor; le conozco en el modo de tocar su bocina. Pero, por Dios y todos sus santos, que ya le tenemos ahí. Mirad, el barco va contra la *Roca verde*. ¡Amigos, la barca al agua! Si morimos habremos hecho nuestra obligacion. Dios y su santa madre, Nuestra Señora de Covadonga nos ayuden.

Y votaron al agua, es decir, lanzaron á la tempestad, una barca que estaba yarada en la playa y saltaron en ella.

IX.

Mientras la barca con los seis hombres avanzaba á fuerza de remos y luchando con las olas hácia la Roca verde; mientras Bernardo se encaminaba al mar por aquella misma parte á la carrera, un hombre habia aparecido en la parte baja de la pendiente, en cuya cima, sobre el promontorio, estaba la torre.

Aquel hombre, visto por un momento á la luz de un relámpago, era espantoso.

Alto, robusto, aunque un tanto encorvado, cubria sus hombros una espesa y larga cabellera cana, tan imponente como la melena de un leon viejo: su larga barba revuelta y descuidada descendiendo hasta la cintura, cubria su rostro hasta cerca de los ojos: estos, sombríos, rojos, tenian la ferocidad de la hiena, y sus enérgicas narices se dilataban y se comprimian como las del tigre cuando olfatea la sangre.

Vestia una especie de gaban de piel de oso; calzas viejas y gordas de lana, abarcas y una especie de caperuza de cuero curtido, con clavos de hierro, cubria su cabeza.

De un cinturón de piel de toro llevaba pendiente una espada ancha y corta: y ó mentia la luz del relámpago, ó al lucir este, aquella espada brillaba como si su empuñadura hubiera sido de oro: del mismo metal parecia la bocina que llevaba en la mano, y por lo demás algunos venablos fuertes atravesados en su cinto, y una enorme ballesta, eran el complemento de su bravío y terrible aspecto.

X.
Aquel hombre trepó por la pendiente á la carrera, llegó á la puerta de la torre, que los hombres que habian salido de ella habian dejado abierta, y penetró dentro.

Las dos mujeres, esto es, la madre y la hija, habian desaparecido de la ventana colocada sobre la puerta hácia la parte de tierra, y habian ido á colocarse hácia la parte del mar en otra ventana.

Aquella ventana suspendida sobre el abismo era cabalmente aquella que los naturales señalaban con misterio á los extranjeros, por una razon que ninguno hasta entonces habia sabido esplicarse, puesto que aquella ventana, si tenia algo de singular, no era ciertamente mas que un no sé qué fantástico y sombrío que se adivinaba, que se presentia, que no podia esplicarse por sí mismo y que su efecto nadie esplicaba.

La parte interior del aposento á que aquella ventana correspondia, no podia verse porque estaba envuelta en la oscuridad mas profunda.

De la misma manera era profundo el silencio que reinaba en la habitacion.

Lo que únicamente se escuchaba provenia de fuera; esto es, los bramidos del mar que azotaba furioso las rocas y los zumbidos del viento.

De tiempo en tiempo un relámpago rasgaba las tinieblas del interior, asomaba á la ventana su resplandor lívido y dejaba ver á la madre y á la hija avanzadas sobreel alfeizar y mirando anhelantes al mar.

De improviso se oyó en la puerta de la habitacion el ruido de los pasos de una persona.

Al mismo tiempo lució un relámpago, y detrás de las dos mujeres se vió la sombra de un hombre.

Poco despues se oyó un grito.

Luego despues los pasos precipitados de una persona que se alejaba.

Pero aquella persona no se alejaba sola.

Sobre sus hombros llevaba una forma blanca, que luchó un momento y luego se quedó inmóvil.

A poco en la puerta de la torre, apareció el siniestro personaje que un momento antes habia entrado y dió á correr por el descenso del promontorio, atravesó una pequeña hondonada, y luego se perdió por entre los espesos breñales.

Pero antes de desaparecer, la luz de un relámpago dejó ver que la forma que llevaba sobre sus hombros el hombre de la terrible cabellera cana, era Heriberta.

Heriberta desmayada.

XI.

Tan abstraída estaba Brunequilda contemplando al resplandor de los continuos relámpagos, el barco que se acercaba cada vez mas á las rocas, los que en la lancha iban á su socorro, y el montañés á quien ella misma habia llamado Bernardo, que á lo largo de la playa se encaminaba á la roca donde indudablemente iba á estrellarse el barco que arrastraban las olas, tan abstraída estaba en la contemplacion de todo esto, repetimos, que ni oyó el grito que su hija lanzó al ser asida por el hombre que habia penetrado, prevaliéndose de un descuido en la torre, ni notó su ausencia.

Avanzada sobre el alfeizar, casi con el cuerpo fuera, no tenia ojos, ni oidos, ni alma, mas que para aquel barco, donde no podia dudar que venia Diego Perez, y que cada vez mas acercaba el mar á las terribles rocas.

De repente Brunequilda dió un horrible grito.

El barco habia investido contra la Roca-verde impulsado por un golpe de mar y entre una montaña de espuma.

Brunequilda creyó escuchar el horrible crugido de la madera
Bernardo del Carpio.

que se rompía, y el alarido de los náufragos que se veían lanzados al mar.

Al mar, terrible como un gigante furioso, cuya bravura crecía mas y mas impelido por un huracan, á cada instante mas violento, entre el fuego de los relámpagos y bajo el terrible fragor del trueno.

Brunequilla se arrancó violentamente de la ventana, salió de la cámara, atravesó las galerías, bajó las escaleras, se lanzó fuera de la torre y á la carrera se encaminó á la playa.

XII.

A poca distancia, en el mar, tenia lugar uno de esos hechos que honran á la humanidad, ó por mejor decir, dos hechos heroicos.

Los hombres que habian salido de la torre de Diego Pérez y habian entrado en una barca y arrojádose al mar en ella, habian acabado por arrojarde de la barca al mar, en socorro de los náufragos.

Por otra parte, Bernardo que habia arrojado sus armas, cuanto podia embarazarle, se habia arrojado tambien por la parte de tierra al mar, en socorro de una muger que al estrellarse el barco habia quedado á merced de las olas.

Bernardo la habia visto poco antes en la popa del barco amarrada á un mástil, sin duda para que los golpes del mar no la arrastrasen.

Aquel mástil flotó al estrellarse el barco, llevando consigo á aquella muger.

Ver esto Bernardo y arrojarse al mar, como hemos dicho, fué cosa de un momento.

El oleage arrastraba el mástil, á donde iba sujeta aquella desdichada, á lo largo de la playa.

Bernardo nadaba con un vigor sobrenatural.

Pero las olas le arrastraban haciéndole perder en un segundo diez veces mas espacio que el que habia adelantado en largo rato, forzando su vigor.

Perdió al fin la esperanza de salvar á aquella muger y él mismo dudó por su salvacion.

El temporal crecia, la mar bramaba como un toro salvaje, zumbaba el huracan, silvaba, se retorcia en remolinos gigantes, y el trueno retumbaba como si el firmamento se desquiciase.

Bernardo se perdió al fin entre el oleage y se perdió tambien el mástil y la muger que al mástil iba asida.

XIII.

Mas afortunados, entre tanto, los que en el barco venian y los que habian acudido á socorrerlos, aparecieron al fin en la playa uno en pos de otro, y Brunequilla se arrojó al cabo en los brazos de de un hombre atlético, que nadando como un delfin habia abordado á las rocas, se habia aferrado á ellas y habia tomado tierra.

Aquel hombre era Diego Perez.

—Gracias á Nuestra Señora del Mar, dijo con voz ronca: la he ofrecido un manto de oro y una corona de perlas.

Y sin decir mas, llevando á su muger asida de la cintura, se encaminó á la torre y entró en ella.

XIV.

En un ancho salón, de bóveda chata y robusta, reflejaba la llama de media encina que ardía en el fondo de una chimenea de piedra incommensurable.

Tres lámparas de hierro de tres mecheros cada una, pendían á igual distancia de la bóveda; y arrojaban su luz sobre una mesa cubierta de blancos manteles, y sobre sillones de roble, y trofeos de caza que orlaban las oscuras paredes.

Entre éstos trofeos de caza, es decir, cabezas de oso, de lobo, de jabalí, y de ciervo, se veían algunas banderas musulmanas y algunas armas de la época, cogidas las unas en batalla á los árabes, pertenecientes otras á los antepasados de Diego Perez.

La mesa estaba cubierta de jarrós y salvillas de plata, que por su construcción demostraban tambien que habian sido cogidas á los árabes.

Era una mesa dispuesta para ser servida.

Junto á la chimenea; en el lugar principal, en un ancho sillón de roble groseramente tallado, con adornos bizantinos y mayor y mas rico que los restantes que habia en la cámara, estaba sentado Diego Perez, mirando de una manera sombría á Bruniquilda que estaba de pié pálida é inmóvil delante de él.

Algunos de los hombres de la torre, destilando aun agua de sus vestidos; estaban á alguna distancia, mirando tambien en silencio y con miedo la cólera que se veía rebosar claro de las pálidas mejillas, de los lábios trémulos y de los terribles ojos de Diego Perez.

Este estaba tambien completamente mojado, sus cabellos se pegaban á ambos lados de su cabeza, sus ropas humeaban al calor del fuego.

Inclinado hacia Brunequilda, tenía asidas fuertemente con sus manos crispadas las estremidades de los brazos del sillón.

Por algun tiempo nadie rompió el silencio.

Diego Perez miraba sombrío á su esposa.

Brunequilda temblaba delante de Diego Perez.

Los servidores de este, temblaban tambien porque siempre que su señor tomaba aquel aspecto, sucedia algo terrible.

Hubo un momento en que Diego Perez dejó su inmovilidad, miró profundamente á sus servidores y estendió hacia ellos un brazo, era un ademan inequívoco que queria decir claro:

—Salid.

Aquellós hombres salieron.

Los dos esposos quedaron solos.

Entonces Diego Perez se levantó y cerró la doble y maciza puerta de dos hojas por donde sus hombres habian salido.

Luego volvió, tomó de sobre la repisa de la chimenea una lámpara de hierro, la encendió con una astilla del hogar y señaló á Brunequilda, que permanecia inmóvil en el mismo sitio, otra pequeña puerta situada á la izquierda del hogar.

Brunequilda se puso mas pálida aun y se dirigió á aquella puerta, por la que desapareció seguida de Diego Perez.

XV.

No tardaron mucho en entrar en otra cámara.

En ella habia una ventana abierta, por donde penetraba el huracan, retorciéndose como una serpiente y como una serpiente silvando.

Aquella ventana era la ventana misteriosa que los naturales señalaban con cierto terror supersticioso á los viajeros, y á la que unian el nombre de Yago Perez, del *Mudo*, padre del *Mudo*, que habia desaparecido sin que nadie supiera cuál habia sido su paradero.

Diego Perez dejó la lámpara sobre una mesa de roble que había en el centro de la cámara, y luego cerró la puerta.

Después, como el viento hacía oscilar la luz, cerró la ventana.

Brunequilda estaba en pie é inmóvil, pálida y muda al lado de la mesa.

De tiempo en tiempo la estremecía un temblor poderoso.

La estancia, á pesar de la mala fama de su ventana, no tenía nada de tenebroso: era pequeña, cuadrada, de bovedada chata y lisa, y entapizadas noblemente las paredes con banderas musulmanas; en un ángulo había un lecho de roble cubierto con pieles de oso, y revuelto como si acabara de ser abandonado.

Sobre las sábanas de aquel lecho había estensas manchas de un color rojo oscuro, casi negro, como el que presenta la sangre mucho tiempo después de haberse secado sobre una tela; desde los pies del lecho, hasta la ventana, sobre el pavimento de mármol, había un reguero de manchas del mismo color que las del lecho.

Una armadura sencilla, compuesta de una coraza de fajas de hierro y de un capacete; una ancha espada, un largo puñal y un hacha, pendían del pilar derecho de la cabecera, y por último, de la clave de la bóveda pendía una lámpara de hierro, que por lo empolvada y sucia, parecía no haber servido durante mucho tiempo.

Algunos escabeles y un gran sillón completaban el mueblaje.

El terrible *Mudo* se sentó en el sillón, con la autoridad de un señor irritado.

Brunequilda quedó en pie delante de él, como un reo delante de su juez.

Diego Perez desnudó el puñal y le puso sombríamente sobre la mesa.

La limpia arma destelló un resplandor fatídico herida por la luz.

—¿Dónde está? dijo con acento ronco y como si le costase trabajo pronunciar esta breve pregunta, Diego Perez.

—¡No lo sé! contestó Brunequilda.

—Bernardo del Carpio ha estado aquí, dijo Diego Pérez, me lo ha dicho Sancho que le ha visto.

—Es verdad, pero no ha entrado en la torre.

—¿Quién entonces, ha arrebatado de ella á Heriberta?

—No lo sé.

—¿Para que te dejo yo pues en la torre?

—Yo no tenía ojos, ni oídos, ni alma, mas que para el peligro que corrías y del que te ha salvado la misericordia de Dios.

—No nombremos á Dios en esta cámara, dijo Diego Pérez.

Brunequilda se estremeció.

—Pero yo no tengo la culpa de aquel asesinato, como no la tengo de la desaparicion de nuestra hija.

—¿Brunequilda! he hablado demasiado: tu eras sabia, averigua, adivina donde está nuestra hija.

—No puedo.

Brillaron de una manera sombría los ojos de Diego Pérez.

—Las gentes te atribuyen un poder sobrenatural: yo mismo te he preguntado muchas veces: ¿á dónde iré á matar la inquietud que me devora? tu me has dicho, ve aquí, ve allá: siempre que he ido á donde tu me has dicho, he vencido y he vuelto cargado de riquezas.

—Por qué eres valiente.

—Por que eres maga.

—Oh! ¡si yo fuera maga!

—Si tu fueras maga ¿qué harías?

—Averiguaria primero donde está mi hija: mi hija, por quien estoy en una terrible inquietud.

—Estas inquieta porque tienes miedo, dijo Diego Pérez, poniendo de una manera significativa su ancha mano sobre el puñal.

—¡Miedo á la muerte! ¿y qué es la muerte? ¡el descanso! si no fuera porque creo en Dios y le adoro, yo misma me hubiera ya abierto por mi mano la tumba donde se descansa y se olvida.

— ¡ Ah ! ; tienes que olvidar !

— Mirame , Diego : mirame bien , dijo Brunequilda : ¿ te acuerdas del dia en que me conociste ?

— Los caballeros de Carlo-Magno cabalgan en briosos corceles , dijo Diego con un acento particular , y con una especie de sonrisa , como recordando un sueño : sus corceles llevan paramentos de púrpura y ellos están cubiertos de galas : el campo de Tolosa hierve en gentío : van de todas partes , de diez , de veinte , de treinta leguas á la redonda , gentes á las cuales ha llegado la fama de las maravillosas fiestas que va á hacer el emperador : el emperador ha triunfado y quiere que sus poetas canten la victoria , y que delante de sus damas repitan uno contra otro sus caballeros las hazañas de la batalla : unos van vestidos como los sarracenos : otros con la cruz del Redentor al pecho : primero cantan los poetas delante de la Corte del amor , en la que es reina una dama de tez blanca como la nieve y de cabellos blondos como las espigas maduras por el sol : los trovadores desfallecen á la vista de la hermosa , y olvidándose de cantar las guerreras hazañas , cantan el amor , y la hermosa se ruboriza y dá la flor de oro al trovador que mejor ha cantado , pero no levanta hasta él los ojos , ni se estremece , ni tiembla , cuando el trovador todo confuso le dá las gracias : acaba el certámen poético y empieza el certámen guerrero : los doce pares , los terribles doce pares , están la mitad con vestimentas sarracenas y la otra mitad con vestimentas cristianas : á cada uno de ellos y con las mismas divisas siguen un número infinito de caballeros . Empieza el combate entre los fingidos enemigos y se hacen por ambos bandos grandes hazañas : pero vence al fin el bando que capitanea Roldan , el sobrino de Carlo-Magno , el mejor par de los doce . El emperador le abraza , el pueblo le aplaude , los caballeros le envidian , y va á recibir el laurel de la victoria de la reina de la Corte de amor , de la hermosa Brunequilda , la doncella de las trenzas de oro , que ha seguido enamorada con los ojos y con el alma en todos los peligros al afortunado Roldan .

¿ Te acuerdas Brunequilda ? dijo Diego Perez , interrumpiendo su narracion .

Brunequilla tembló de nuevo y se puso mucho mas pálida,

— ¡ Oh ! ¡ sí ! entonces tu frente no tenia arrugas como ahora ; entonces tus ojos no miraban como ahora ; brillaban en ellos la esperanza y el amor. Roldan habia encontrado gracia en tus ojos y al darle el laurel de la victoria, tu mirada, que no habia buscado la mirada del trovador, buscó la mirada del guerrero y le dijo : « yo te amo. »

— ¡ A qué esos recuerdos en tal noche, cuando han pasado tantos años, cuando hemos perdido á nuestra hija ?

— Espera, espera : hace mucho tiempo que á fuerza de callar, he dado ocasion á que me llamen el *Mudo*, y ha llegado el momento de que yo hable : nadie lo estrañará : estamos solos : á no ser que nos escuche la sombra de Roldan.

Palideció de nuevo enteramente Brunequilla y arrojó una débil y cobarde mirada al lecho ensangrentado.

Diego Perez continuó :

— Ha llegado la hora de que yo hable, y para hablar te he traído aquí, aquí á donde tú vienes con frecuencia á arrodillarte, á orar, á rezar á los piés de ese lecho.

— Para que Dios retire su maldicion de tu casa manchada con un horrible crimen.

— ¡ Por qué no dices por dos crímenes horribles, Brunequilla ? ¿ qué acaso esta cámara no ha sido testigo de otro crimen que de un asesinato ? ¿ no ha visto el adulterio de la hermosa desposada, de la madre olvidada de su hija, de la miserable, de la infame !

— ¡ Diego !

— Silencio digo, cuando yo hablo : ¿ quién es aquí el señor ? ¿ el hombre ó la muger ?

Y el *Mudo* puso de nuevo con una feroz energía la mano sobre su puñal.

— No es el miedo el que me obliga á no replicarte, dijo Brunequilla, sino el respeto : tú eres mi marido : pero me acusas Diego, y cuando concluyas yo me defenderé.

— Las hembras siempre tienen en los lábios la mentira : pero el hombre tiene razon, es fuerte y no se engaña.

Guardó por algun tiempo silencio Diego Perez, y luego continuó.

—Roldan no habia amado nunca: nadie le creia capaz de amar: sin embargo, al verte, el corazon de Roldan se inflamó, ardió por ti, y..... te enamoró, rondó de noche tus miradores, cantó bajo ellos como un mancebo, y tú..... tú contestaste al amor de Roldan.

—Yo era libre.

—Es verdad, eras libre..... yo no te acuso de que entonces hubieras amado á Roldan: pero es bueno que sepas que yo no ignoro tus amores con él.

Se encogió de hombros con desden Brunequilla.

—Tu padre te habia llevado á las fiestas de Tolosa; pero llegó un dia en que necesitó volver á su condado de Bigorra: Roldan le siguió y te pidió por esposa.

—; Y bien!

—Bueno es que sepas que yo sé que fuiste desposada con Roldan.

Brunequilla volvió á encogersé de hombros.

—Pero aconteció, dijo Diego Perez, que el rey moró de Zaragoza llamó en su ayuda al emperador Carlo-Magno: Carlo-Magno quiso entrar en España: los doce pares le seguian: delante de los once iba Roldan, con su armadura dorada, con un león rampante sobre el yelmo de oro, con mas galas que el emperador.

Diego Perez se detuvo.

Luego, como si anté sus ojos se hubiera operado una transformacion de todo lo que le rodeaba, continuó con la mirada fija en un punto, exhalando de los ojos un brillo siniestro, y estendiendo el brazo nervudo como señalando á un objeto.

—Mira: exclamó: mira, Brunequilla: ¿no ves allá en las asperas gargantas del Pirineo las torres de un monasterio? —

Es la abadia de monges benitos de Roncesvalles.

¿No ves mas allá, mas cerca de la tierra de los francos un monte eminente?

Es el Altobizar.

¿Y mas abajo, no ves un valle hondo, húmedo, en que pastan tranquilas las ovejas?

Aquella es la hondonada de Roncesvalles.

Mira, mira aun aquel collado lejano.

Es el monte de Ybañeta.

¿No lo ves? ¿no lo ves y no te estremeces?

Brunequilda callaba.

El terrible *Mudo*, continuaba como poseido por una enagenacion mental, con la mirada fija en un punto imaginario, estendido el brazo, centelleantes los ojos, y con las megillas palidas y los lábios áridos y convulsos.

—¡Oye! ¡oye, Brunequilda! continuó Diego Perez. ¿No escuchas un largo zumbido semejante al de las olas del mar impelidas por el viento, que retumba, y retumba y crece y se acerca viniendo por la parte de Ybañeta?

El eco de la montaña repite aquel zumbido y *el señor de solar* (1) sale á la puerta de su torre, entezando su arco de fresno y armando en él una flecha.

Y ¿quién me llama? grita, ¿quién va?

Y el perro leal, que antes dormia á los piés de su amo, se levanta sobresaltado, y su ladrido atruena á Altobizcar.

Y allá, allá, por el collado de Ybañeta, un rumor sordo, viene rodando, rodando, acercándose y retumbando en las rocas.

Es la voz, el aliento, el estruendo de un innumerable ejército que adelanta.

Y los señores de solar, y sus gentes, responden con sus roncadas bocinas, y las alturas y las breñas y los desfiladeros se van llenando de montañeses.

Mira, mira, ya asoman, ya se acercan, ya llegan, innumerables como las hojas de los bosques del Pirineo.

Mira como relucen las armaduras, como cimbrean las lanzas, como flotan los penachos de mil colores.

Vé, vé si puedes contar los guerreros.

(1) Echeco-jauna.

¿Cuántos son?
 Uno, dos, cuatro, cinco, diez, doce, veinte, treinta, ciento. ¡Oh! ¡son innumerables! ¡es imposible contarlos!

Mira, mira como los montañeses se agrupan, como arrancan los peñascos y los lanzan por la ágría pendiente sobre los extranjeros.

Escucha, escucha lo que gritan los montañeses:

Aplastemos, esterminemos á esos soberbios: ¿Qué buscarán en nuestras montañas esos extranjeros, con sus largas cabellos blondas, y sus túnicas de escarlata?

¿Por qué alteran nuestra paz y nos roban nuestro reposo? Cuando la abeja que guarda la colmena vé acercarse al oso rapaz, clava en su piel el aguijon y muere defendiendo su tesoro.

Muramos defendiendo nuestros hogares.
 Dios nos dió en la montaña defensas naturales para que no las pasaran extranjeros.

Oye, oye: esto dice el señor de solar.

Mira como las peñas ruedan por las vertientes dando tumbos: mira como caen sobre centenares de guerreros y los aplastan, rompiendo las armaduras que crugen; mira como la carne despedazada palpita y como los huesos al romperse crugen: mira, mira la sangre como corre á torrentes.

¿Y no ves, no ves aquel guerrero atlético, que lleva armadura dorada, y un leon rampante sobre el bruñido casco?

¿No le reconocéis, Brunequilla?
 Es Roldan, el sobrino de Carlo-Magno; el mejor par de los doce.

Roldan, tu prometido.
 Mira, mira como se revuelve en la batalla, y como para reunir á los francos que huyen, hace sonar con todas sus fuerzas su bocina de oro.

Y escucha como la bocina retruena por cima del fragor del combate, y del zumbido de los peñascos que ruedan y de la gritería de los vascos, y de los gritos de terror y de agonía de los francos.

Escucha como un eco y otro eco de la montaña retienden rebramando el sonido de la bocina de Roldan.

Mira, mira: allá á lo lejos, el emperador Carlo-Magno se detiene y sus condes francos con él.

¿No ois? dice el emperador á sus condes: nuestras gentes batallan.

Y el conde Ganelón contesta: Eso no es nada: són los ecos de la montaña que repiten nuestros pasos.

Y todos lo creen porque Ganelón lo ha dicho, y el emperador y sus condes siguen adelante.

Y Roldan entretanto fatigado y ensangrentado, sigue tocando la bocina, y por la boca de esta sale la sangre á borbotones.

Mira Brunequilda: el cráneo de Roldan está hendido, por la hendidura se ven bullir los sesos, y sin embargo, su bocina retruena aun, procurando animar á los francos que huyen des-pavoridos.

El emperador se detiene de nuevo en el momento de pasar el puerto.

La bocina de Roldan retumba con mas fuerza en sus oidos.

Y tambien la oye el conde de Naimes.

Y tambien los demas condes francos.

¡Ah! repite Carlos: yo oigo la bocina de Roldan. El no la tañería de esa suerte, si no se encontrase en grande aprieto.

Y el conde Ganelón replica.

Nada sucede: es que tu orgulloso sobrino, se entretiene en hechar bravatas delante de sus pares. Adelante: ¿por qué dete-hernos? nuestros hogares están lejos aun.

Y Roldan entre tanto pelea, y pelea, y aunque la sangre corre con abundancia de sus heridas, su bocina suena con mas fuerza que nunca.

Y por tercera vez Carlos la oye.

Y tambien la oyen los condes francos.

¡Ah! repite el emperador: ahora si que juro por Dios vivo que mi sobrino batalla: corramos á su socorro: reunamos nues-tras banderas, volemós á ayudar á nuestras gentes que batallan.

Y retumban las trompetas y crugen las armaduras, y Carlo-Magno y sus condes francos y sus soldados bajan al valle como un torrente, sin que los detenga la oscuridad de la noche ni los desfiladeros erizados de picos, ni las gargantas lóbregas.

Pero llega tarde al campo de batalla.

La bocina de Roldan, no suena ya.

Roldan ha caido con el estruendo de una encina, cortada por el pié.

Montones de cadáveres de francos, ocultan el cuerpo de Roldan.

Mira, mira Brunequilda, como huyen los que tienen aún fuerzas y un caballo.

Mira como huye el emperador Carlo-Magno con su capa roja y su penacho negro.

La flor de sus caballeros ha quedado tendida en el valle.

Entre ellos Roldan.

Mira, mira, Brunequilda: los montañeses bajan como un torrente de la montaña arrojando piedras sobre los que huyen.

Y mira, ; mira como huyen los francos!

El pavor les ha prestado sus alas.

¿Dónde están sus innumerables lanzas?

Yacen por tierra hechas astillas.

¿Dónde sus banderas y sus estandartes de tantos colores?

Sus armas ensangrentadas ya no relucen.

Cuéntalos, ahora, Brunequilda.

¿Cuántos son?

Cuéntalos bien.

Veinte, diez y nueve, quince, diez, tres, uno... ninguno ya.

No queda ninguno en pié.

Todo se acabó.

El señor de solar se retira con su perro y llega á la puerta de su casa donde estrecha contra su pecho á su esposa y á sus pequeñuelos.

Luego penetra en el hogar, limpia sus flechas, hace un haz con ellas, y con la bocina de guerra, lo pone bajo la almohada de su lecho y duerme tranquilamente encima.

Y el perro duerme á los piés de su señor.

Las águilas y los buitres vuelan sobre el campo de batalla y disputan á los lobos las despedazadas carnes de los francos.

Mira aun, Brunequilda, mira aun.

¿Qué vés?

Las osamentas que blanquean, nada mas que las osamentas,

El señor de solar puede dormir tranquilo: su perro morirá de viejo, antes de que con sus ladridos dé la señal de alarma por segunda vez (1).

XVI.

Guardó silencio el terrible Diego Perez y fijó una mirada sombría en Brunequilda.

Brunequilda callaba con la mirada fija en el suelo.

Estaba profundamente pálida, pero no temblaba.

La tranquilidad de Brunequilda pareció irritar de una manera poderosa á Diego Perez, porque por sus ojos pasó algo terrible, y su mano se estendió de nuevo y maquinalmente hácia su puñal.

Pero se dominó: se apagó la amenazadora espresion de sus ojos y continuó de esta manera.

(1) Toda la parte referente á la batalla de Roncesvalles que el autor pone en boca de Diego Perez está calcada sobre una bellissima traduccion libre de D. José María Goizueta, del canto popular vascongado *Altavizaren cantua*. El autor ha hecho mucho mas libre aun aquella traduccion.

XVIII.

La fama que lleva con suma rapidez las malas nuevas, llevó al castillo de Bigorra la noticia de la terrible derrota de Roncesvalles.

Entonces una muger hermosa, una noble doncella se mesó los cabellos, miró desesperada al cielo, y juró ser de Dios ya que no podía ser de Roldan.

Recuerda, Brunequilla.

Cuando llegó tu padre á su castillo, sin armas, sin bandera, acompañado solo de un escudero á pié, tú no corríste á abrazarle, tú no le consolaste, porque no tenias corazon mas que para tu dolor, ni amabas otra cosa que el recuerdo de Roldan.

Tu padre tampoco te dijo una palabra, porque iba triste, desolado, y temia mirarte, Brunequilla.

¿Sabes por qué tu padre no se atrevia á levantar hasta tí sus ojos?

Porque te habia vendido.

Brunequilla hizo un movimiento de impaciencia.

—Sí, te habia vendido, continuó Diego Perez: vendido como un cobarde vendé su mas preciosa joya.

—No insultes la memoria de mi padre, Diego, dijo Brunequilla con altivez.

—¡Ah! es verdad: la noble goda defiende á su padre por orgullo como se defiende á sí misma por desverguenza. Pero mal que te pese óyelo de mi boca: tu padre te vendió como un cobarde, porque tu padre debió morir en Roncesvalles antes que deber su vida al sacrificio de su hija.

¡Oh! ¡si le hubieras visto á mis piés!

Roldan se estremecia á nuestro lado en las últimas convulsiones de la muerte, y el conde de Bigorra, sin espada, sin escudo, sin lanza y sin caballo, abrazaba mis rodillas.

—Sola una condicion y no te mato , le dije.

—¿Cuál? me preguntó con miedo.

—Yo estuve el año pasado en las fiestas de Tolosa , y ví á tu hija Brunequilda , que fué reina de aquellas fiestas y me enamoré de ella. Dáme tu hija por tu vida.

—Mi hija es demasiado noble para ser esclava , me contestó.

—Yo la quiero mi esposa , le dije.

—¿Y tú quién eres? me preguntó.

—Yo soy señor de solar en Asturias.

—Mi hija está prometida de Roldan.

—Roldan acaba de morir á nuestro lado.

—Pues , bien , si mi hija quiere yo te la doy por esposa.

—¿Y si tu hija no quiere casarse conmigo?

—Entonces vendré á ponerme otra vez bajo tu espada.

—Dentro de seis meses te espero : ó tú ó tu hija para ser mi esposa , habeis de venir : si tú no vienes iré yo á buscarte.

—Te juro volver , y te dejo mi juramento de cristiano , mi fé de caballero y mi anillo de baron franco con mis armas , en prenda de mi promesa.

Entonces yo mismo le levanté , y protegido por mí llegó á la cercana frontera francesa.

Un mes despues eras mi esposa Brunequilda.

Pero una esposa triste , resignada á mi voluntad y nada mas.

Yo era para tí , mas que tu esposo , tu señor.

Ni amor ni paz encontré á tu lado.

—He cumplido con mi deber : purà fui tu esposa : pura me mantengo.

—Y aquel lecho , ensangrentado aun y revuelto , ¿nada te recuerda?

—Sí , un crimen.

—Es verdad , el crimen de la adúltera.

—¡ Mientes !

Diego Perez se puso totalmente pálido.

Pero se dominó.

—¿Qué edad tiene tu hija , Brunequilda? preguntó sombríamente Diego Perez.

—¿Por qué me preguntas lo que sabes?

—La edad de tu hija es tu acusación. Heriberta tiene diez y ocho años, y hace cerca de diez y nueve que un extranjero entró en esta torre, mientras estábamos ausentes mi padre y yo. ¿Sabes el nombre de aquel extranjero?

—Lo ignoro: solo sé que aquel extranjero entró durante la noche, que pidió una hospitalidad que nunca aquí se había negado, y que venía con el rostro cubierto con una máscara de hierro, que manifestó no poderse quitar porque se lo impedía un voto.

—He ahí la nobleza de los pares... he ahí á Roldan, al caballero sin tacha, que entra en la casa de un enemigo, encubierto, del enemigo que le ha vencido para robarle como un ladrón su honra.

—Yo no ví á aquel hombre: poco despues de llegar él llegasteis tu padre y tú: yo pasé la noche á tu lado.

—¿Pero cuantos dias hacia que Roldan estaba bajo mi techo?

—Tus servidores declararon que habia llegado aquella misma noche que llegásteis tu padre y tú: declararon tambien que yo no habia visto á aquel hombre, porque una dama honrada no vé á nadie, no habla con ningun extraño durante la ausencia de su marido.

Mis servidores habian sido pagados por tí y mentian: mentian como villanos.

—¿Qué prueba, pues, quereis que te dé, si te obstinas en creerme culpada?

—¿Qué prueba? A qué venir Roldan á mi casa, poco tiempo despues de haber sido vencido y creido muerto en Roncesvalles, cuando apenas hacia un año que me habia casado contigo?

—Lo ignoro: es muy posible que Roldan ignorara que yo vivia en esta torre, como ignoraba yo que Roldan se habia salvado de la batalla.

—¿Le salvé yo!

—¿Tú!

—Sí, yo, que bajo esta ruda corteza tengo un buen corazón: yo que habia visto á Roldan batallando como un héroe, caer

abrumado de enemigos: yo que durante la noche le busqué en el sangriento campo de batalla, y le hallé y le cargué sobre mis hombros y le llevé al monasterio de Roncesvalles, donde los monges, que son unos sabios, le curaron sin conocerle. Roldan no me conoció tampoco á mi: supo que un hombre le habia sacado del campo de batalla, pero no supo mi nombre, porque los monges no me conocian, y en el momento en que supe que Roldan curaría de sus heridas no volví al monasterio. Fui despues, cuando Roldan ya no estaba en él. Los monges me digeron que aquel hombre habia hecho voto de no volver á su patria, donde no queria sufrir la vergüenza de haber sido vencido y vivir en los campos y en los caminos de una tierra estraña con el rostro cubierto, practicando las obligaciones de la caballeria. Esto era noble y grande: ¿pero cómo cumplió Roldan sus promesas? El fué sin duda encubierto al castillo de Bigorre: él sin duda por revelacion de tu padre supo donde podria encontrarte y vino aprovechando mi ausencia y la de mi padre...

—Repito, que solo poco antes de llegar tu padre y tú, entró aquel hombre en la torre: yo no le ví, no necesitaba verle, bastó con que uno de tus servidores me dijese: un estrangero demanda hospitalidad: la noche estaba cerrada, el huracan bramaba, retumbaba el trueno: ¿cómo negarse siendo cristianos y nobles prestar durante una noche un asilo al viagero que pasaba acaso para no volver?

—¡Oh! ¡ es verdad! ¡y cuándo ese estrangero se llamaba Roldan!

—No dijo su nombre; al menos yo no lo supe: ni acierto cómo pudiste saberlo tú.

—Pregunté quién era aquel hombre, y me dijeron: es robusto, francés, alto, punto menos que un gigante: lleva una máscara de hierro sobre el rostro, bajo la máscara una larga barba negra, al costado una espada con puño de oro y sobre el puño un leon rampante: colgada de los hombros una bocina de oro. ¡La espada y la bocina que yó dejé á Roldan! ¡la máscara de hierro que Roldan habia jurado llevar sobre el rostro durante algunos años! ¿podia ser otro que él?

—Yo ignoraba todo eso.

—Yo pronuncié el nombre de Roldan, con cólera, cuando mis vasallos me decían las señas de nuestro huésped, y mi padre me detuvo en el momento en que iba á buscar á Roldan:— Espera me dijo: no obres de una manera imprudente, espereinos y observemos: vé, tu esposa te aguarda, y sobre todo tratándose de la honra de nuestra familia, aun vivo yo.—Obedecí á mi padre, porque siempre le he obedecido, y fui en tu busca.

—Y te mostraste conmigo mas amoroso y mas solícito que nunca: fuiste aquella noche para mí, mas que un esposo un amante... y Heriberta...

Brunequilda se ruborizó al decir estas palabras.

—Es verdad, en el término preciso, correspondiente á aquella noche, ó á algunos dias antes, diste á luz á tu hija.

—¡A nuestra hija!

—Hija concebida en hora de maldicion: ¿te acuerdas de lo que sucedió aquella horrible noche?

Y Diego Perez miró de nuevo al lecho con una espresion singular.

—Ni tú ni yo, dijo Brunequilda, tuvimos parte alguna en aquel crimen... tu padre... tu feroz padre...

—¿Sabe alguien acaso lo que sucedió aquella noche? por la mañana cuando busqué á mi padre no le encontré: el huésped no habia salido tampoco del aposento: su puerta estaba cerrada: cuando este aposento se abrió, encontraron el lecho como está ahora, revuelto y ensangrentado: un reguero de sangre hasta la ventana, la ventana abierta y el mar mudo y tranquilo al pié de las rocas. Roldan y mi padre habian desaparecido. Roldan no ha muerto: cada noche de Navidad la bocina resuena: desde la terrible noche aquella, diez y nueve veces en diez y nueve Navidades ha venido á retumbar en nuestros oidos esa terrible bocina.

—¿Y esta noche ha retumbado tambien?

—Sí, es la voz maldita que viene á decirme siempre incesante, siempre incesante.—¿Qué ha sido de tu honra? ¿qué ha sido de tu padre?

—¡Tu honra vive pura y sin mancha! dijo Brunequilda con una expresion tal de desesperacion, de deseo de ser creida, que Diego Perez vaciló.

—¡Oh! ¿si yo pudiera creerlo? dijo.

—¿Y qué podria yo hacer para que lo creyeras?

—¿Amas á tu hija?

—Que si la amo: sí, si la amo, pero con un amor terrible: no puedo vivir sin ella, y sin embargo ella ha sido mi tormento.

—¡Tu remordimiento acaso!

—No, mi remordimiento no, no. Pero su nacimiento me habia sentenciado á un tormento continuo: tu mirada se fijaba siempre contra la inocente, y yo creia ver en su rostro impresa tu mirada injusta, amenazadora: yo no he sonreido nunca á nuestra hija: yo he visto siempre en ella la causa de un reproche continuo, de un continuo desprecio, y he sido injusta con Heriberta: injusta, porque eres injusto tú; injusta, porque mi corazon estaba desgarrado... pero dentro de mi corazon tenia y tengo para ella un amor intenso... y ahora que me la han arrebatado... mi corazon se desgarró... ahora comprendo cuánto la amo: ahora que acaso para siempre la he perdido.

Y Brunequilda cambiando repentinamente, rompió á llorar.

Nunca la habia visto llorar Diego Perez.

El feroz montañés se conmovió, y por la primera vez de su vida asomaron dos lágrimas á sus ojos.

Pero al correr aquellas lágrimas las megillas del feroz señor de solar, las absorbieron, las secaron como las hubiera secado un hierro candente.

—Ven Brunequilda, dijo Diego Perez.

Y asiéndola de una mano la llevó hasta el lecho.

—Arrodillate, la dijo:

Brunequilda se arrodilló tranquila á pesar de que el acento de su esposo era contrario.

—¿Nada temes? dijo diego Perez sorprendido por la tranquilidad de Brunequilda.

—Nada: la muerte seria para mí una felicidad: sin hijos, sin esposo... humillada... tratada como una esclava impura...

—No, no quiero que mueras... yo no puedo matarte: te amo... pero sufro un tormento horrible... librame de ese tormento...

—¿Y cómo?

—Tiende la mano sobre esta sangre, Brunequilda.

Ella extendió su blanquísimo y hermoso brazo sobre el lecho, y tocó con sus dedos de marfil las manchas de sangre.

—Jura que eres inocente, que eres pura, que tu hija es mi hija.

—Lo juro por Dios uno y trino.

—Jura que esta sangre caiga sobre tu cabeza si mientes.

—Lo juro.

—Que no vuelvas á ver á tu hija, que perezca desastrosamente, que sea la criatura mas infortunada de la tierra, si me engañas.

—Lo juro.

—Por tu alma y por tu eternidad.

—Lo juro.

Entonces Diego Perez vaciló: un vértigo de felicidad envolvió su cabeza: al cabo de diez y nueve años habia acusado con su voz á su esposa, habia dejado de ser mudo, habia hablado, y en Brunequilda habia encontrado un acento de verdad de que no puede dudarse.

Diego Perez empezaba á vivir despues de una terrible pesadilla de diez y nueve años.

Necesitó apoyarse en una pilastra del lecho para no caer.

Brunequilda se levantó, asió la mano con que Diego Perez se habia cubierto el rostro, y le miró dulcemente.

Brunequilda se habia trasformado.

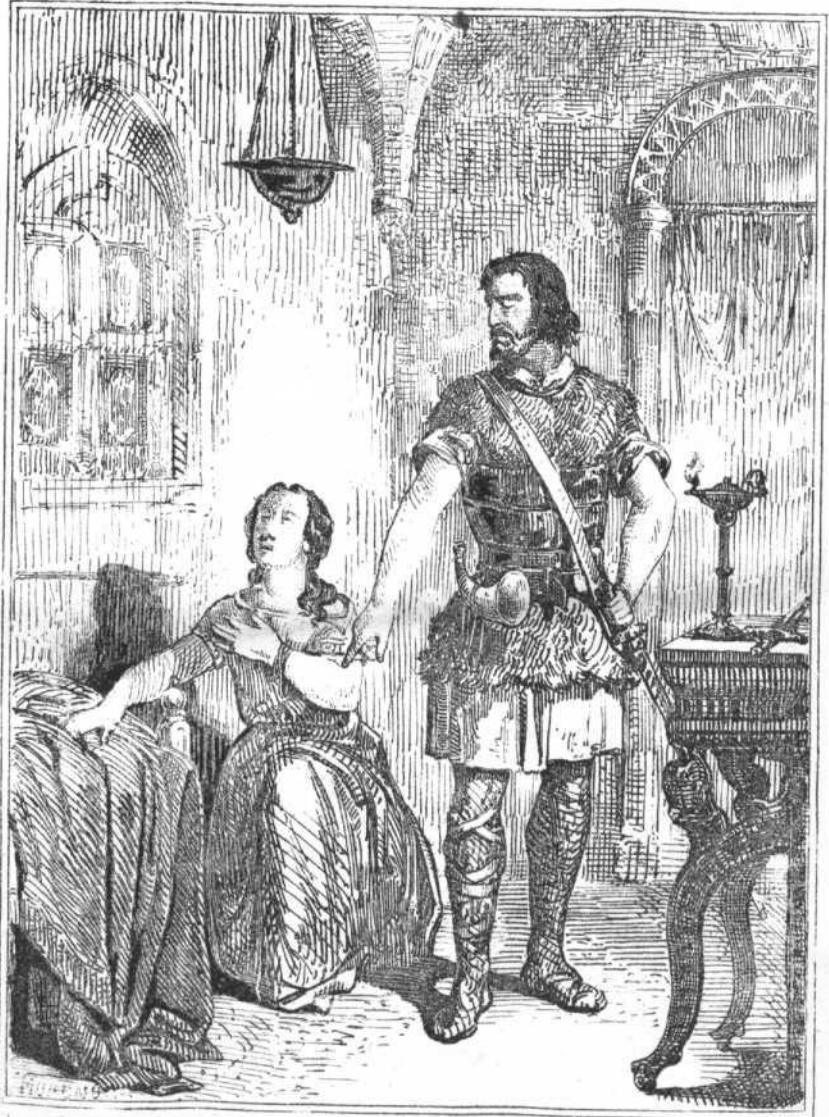
Diego creyó verla como el dia de las fiestas de Tolon, jóven resplandeciente de hermosura.

Pero aquella hermosura estaba cubierta por una tristísima espresion de dolor.

Las lágrimas corrian á raudales por sus mejillas.

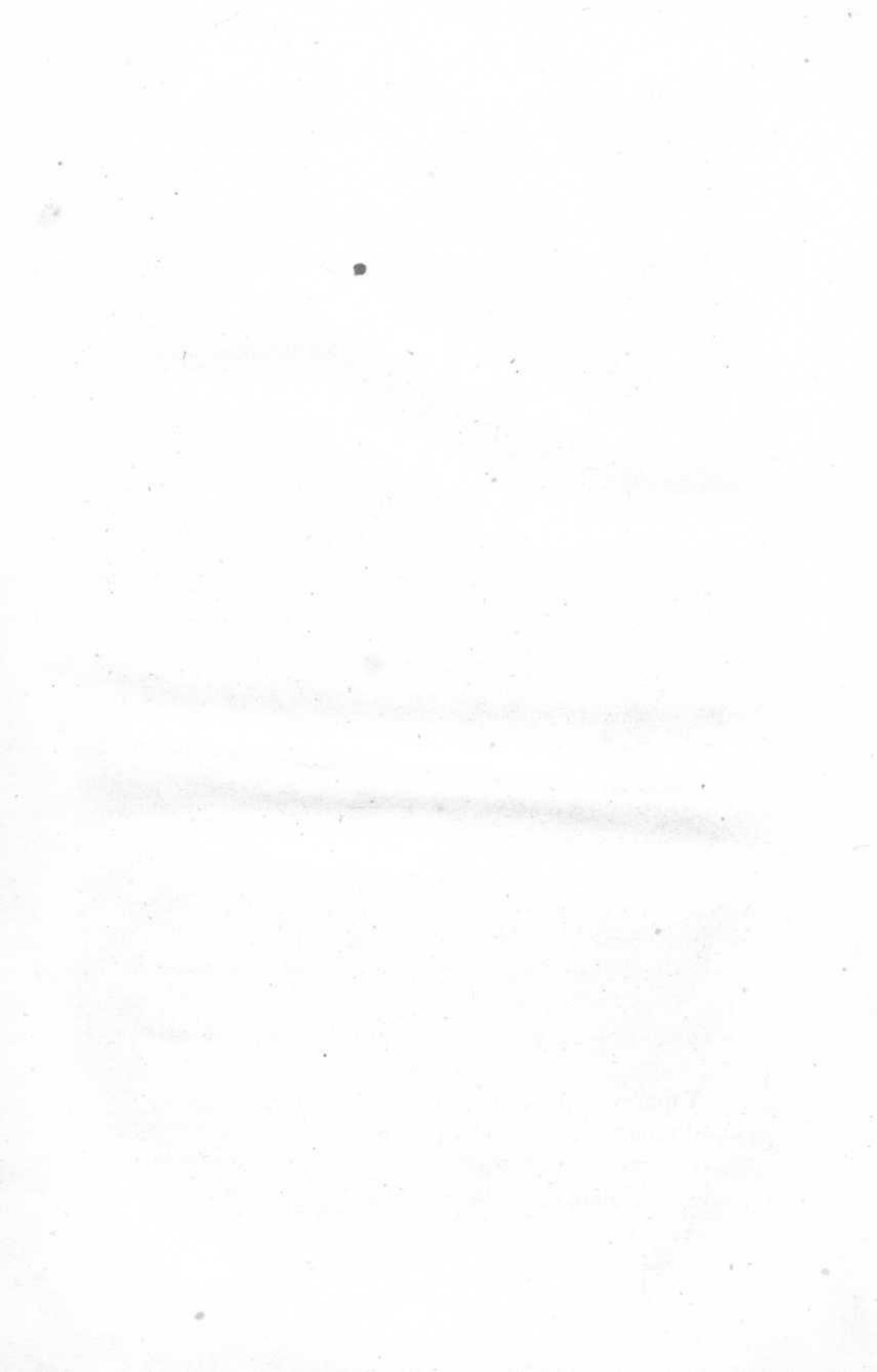
—Yo te perdono, dijo entre sus lágrimas á Diego Perez.

—¿Qué me perdonas! y yo te hecho pedazos el corazon.



200 años

Jura que esta sangre caiga sobre tu cabeza si mueres!



—Tenias celos.

—Pero no los tengo ya.

—¡Yo te amo! dijo Brunequilla.

—¡Que me amas!

—Sí: y te he amado... desde el dia en que nació Heriberta.

—¿Y Roldan?

—No le nombremos.

—Fuiste su prometida le amaste.

—No, cuando te amé á tí, cuando amé á nuestra hija conocí que no habia amado hasta entonces... Roldan me habia deslumbrado con su valor, con su pujanza: los mas fuertes caballeros caian á su choque, un silencio de admiracion y de terror dominaba al concurso: y cuando el gigante vencedor llegó á mí y se arrodilló á mis piés para recibir el premio, al posar sus ojos en mis ojos, el gigante tembló, yo le habia vencido: yo creí amarle, y no era amor lo que sentía: era vanidad: la vanidad, demonio tentador de la muger.

—¿Amaste por fuerte á Roldan!

—Pero despues amé á otro mas fuerte que el conde franco: á tí que le venciste en Roncesvalles.

—¿Oh! yo creí que solo te habias casado conmigo por salvar la vida de tu padre, de tu padre, que si te negabas á unirte á mí debia volver á ponerse bajo mi espada, como mi vencido.

—Yo no te conocia. Mi padre me dijo, al llegar á Bigorre:

—Roldan ha muerto en Roncesvalles y yo he sido vencido: soy cautivo.—Entonces un dolor agudo y una vergüenza apuradora se apoderaron de mí. El hombre á quien yo creia amar habia sido esterminado, y mi padre, el valiente conde de Bigorre, habia sido vencido.

—Yo no conservo la vida sino con una condicion, añadió mi padre.

—¿Y qué condicion es esa? le pregunté.

—Mi vencedor te ama y te quiere por esposa.

—¿Que me ama! exclamé: ¿y dónde me ha visto ese hombre?

—En las fiestas de Tolosa.

—¿Es caballero?

—Lo parece por sus armas.

—¿De antiguo linage?

—No, contestó mi padre, porque no entiende la lengua de los godos (1).

—Dicen, que todos los españoles son nobles, le dije.

—Los ha ennoblecido la sangre que vierten tenazmente luchando contra los árabes: de siervos que eran bajo el dominio de nuestros abuelos, se han convertido en soldados. Mi vencedor es un bravo capitán joven y hermoso.

—¿Y os ha vencido á buena ley?

—Cuerpo á cuerpo, espada contra espada.

—¿Estarías cansado de batallar?

—Cansado estaba también él, porque acababa de matar á Roldan.

—¿Que ha matado á Roldan! exclamé: á Roldan el gigante, el invencible.

—Yo mismo le he visto caer á sus piés.

—Pues bien, si ese español es así, le tomo voluntariamente por esposo, dije á mi padre;

—Yo, que solo amaba por valiente á Roldan, debía amar al vencedor de Roldan, y te amé antes de conocerte, Diego.

—¡Ah! ¡Brunequilda! ¡y yo no te comprendía! yo creí que

(1) Los cronicones de aquel tiempo, entre ellos el de San Isidoro, decia que los nobles, esto es, los señores, los godos, hablaban una lengua estrangera: los dominadores, esto es: los godos, fueron durante su dominacion una exigua minoria, puesto que se calcula que solo eran como cuarenta mil los godos que existian en España en la época de la invasion árabe, y estos ocupaban los altos cargos; constituian en una palabra la aristocracia: la grandeza de los españoles, esto es, los solariegos, hablaban el latin; desde la invasion de los árabes hasta la fecha en que hemos colocado la accion de esta leyenda, hay un espacio de tiempo que no llega á un siglo: de modo que, los españoles, seguian hablando latin: para escribir con propiedad esta leyenda seria necesario que el autor hiciese hablar á sus personajes el latin ya degenerado, corrompido y en las primeras evoluciones de su trasformacion al castellano moderno: nuestros lectores, pues, en su mayor parte, no entenderian nuestro libro: es pues como traduccion á nuestro language y á nuestra manera de sentir.

El latin que hemos dicho entendia Brunequilda y que no entendia Diego Perez, era el latin clásico, conservado por la iglesia, sin que esto impidiese el que los demas españoles de su tiempo hablasen un latin bastardo y desabrido.

cedias á una violencia, por salvar la vida de tu padre, tu sonrisa me parecia fingida, tus palabras de amor, falaces, y te he tratado con dureza como un vencedor.

—No hablemos mas de eso: ¿olvidas que Heriberta nos ha sido robada?

—¡Nuestra hija! ¡nuestra pobre hija! ¡nuestra infeliz paloma sin padres: por que yo la aborrecia y tú la tratabas con despego!

—Yo creia ver en ella la causa, aunque inocente, de tu receloso desvío.

—¡Oh! la encontraremos y la daremos todo el amor que hasta ahora la hemos negado. Pero dime, Brunequilda, ¿no sospechas tú quien sea el robador de nuestra hija?

—Ese mancebo, ese Bernardo de quien me has hablado tantas veces, á quién conocimos en la romeria á Nuestra Señora de Covadonga hace un año, apareció al pié de la torre, cuando tus servidores que habian oido tu bocina, corrian á socorrerte.

—¡Bernardo del Carpio! ¡el sobrino del rey don Alfonso! el hijo del infeliz Sancho de Saldaña, es un caballero sin tacha... no, no puede haber sido él.

—¡Sobrino del rey don Alfonso ese mancebo! dijo con asombro Brunequilda...

—Sí, sí: pero esto es un secreto... no lo reveles á nadie: yo le conozco hace mucho tiempo: á mi lado ha lidiado como un leon contra los árabes; el rey le honra; los mas nobles de Leon y de Asturias le respetan: sin embargo, nadie sabe de quién es hijo... ni él mismo... yo tampoco lo sabia si no me lo hubiera revelado mi padre... guarda tú ese secreto... puede ser que algun dia, la infanta Heriberta nuestra hija, sea esposa del infante Bernardo...pero es necesario encontrar á Heriberta.

—¿Y dices... estas seguro de que Bernardo no puede ser el raptor?

—No, lo juraria por la salvacion de mi alma.

—Pues entonces... dijo Brunequilda, y se estremeció.

—¿Tienes indicios de otra persona?

—Esta noche es noche de Navidad.

Bernardo del Carpio.

—¡Ah! ¡sí!

—Como todas las noches de Navidad desde hace diez y nueve años, ha retumbado en la montaña cercana la bocina de Roldan.

—¡Ah! siempre he procurado estar en mi torre la noche de Navidad, porque estoy seguro de que esa bocina resonaria... la bocina ha resonado y he venido con mis gentes en busca de ese maldito, porque debía pedirle cuenta de mi padre... pero nunca he podido encontrarle: recorría la montaña, los valles inmediatos, y la bocina siempre resonaba lejos... muy lejos, hasta que llegaba el día y cesaba de resonar la bocina... y ni en lo enmarañado de la selva, ni en lo profundo de las rocas se encontraba un solo vestigio de Roldan.

En aquel momento resonó cerca de la torre el sonido ronc y poderoso de la bocina, que dominó el bramido del mar que aun se estrellaba furioso contra las rocas.

—¡Ah! exclamó Diego Perez, recogiendo de sobre la mesa su puñal y atravesándole en su cinto: he ahí que de nuevo me provoca esa bocina maldita.

Y se lanzó fuera de aquel sombrío aposento, seguido de Brunequilla, y se trasladó á la cámara desierta donde todavia se veia servida la mesa.

Diego Perez llamó á grandes voces, y acudieron como hasta una docena de hombres.

—Mi hacha, mi ballesta y mis venablos, gritó Diego Perez; encended antorchas, armaos y cuatro de vosotros conmigo, quedaos los demas en la torre, y defendedla si es necesario, contra el cielo y el infierno; sus, adelante y vamos: la bocina de Roldan resuena cerca.

En efecto, se habia oido la bocina retumbando por segunda vez.

En el momento que Diego Perez salia con sus cuatro bravos montañeses de la torre, sonó por tercera vez la bocina.

Despues no se oyó mas.

Brunequilla se arrodilló, y oró á Dios, con el corazon desgarrado y los ojos bañados en lágrimas, por su esposo y por su hija.

CAPITULO II.

En que se sabe lo que fué de Bernardo.

I.

En el capítulo anterior dijimos que Bernardo despues de haberse arrojado al mar en demanda de la muger que flotaba sobre las olas arrastrada por ellas y atada al mástil, se habia perdido entre el oleage.

Dijimos tambien que habia perdido la esperanza de salvar á aquella muger, y que él mismo habia dudado de salvarse.

Sigámosle.

Le veremos perdido en un mar tempestuoso, ya en el profundo valle acuático formado por dos olas, ya entre la espuma sobre una ola bramadora: á veces envuelto entre el horror de tinieblas, á veces alumbrado por el fuego del relámpago.

De tiempo en tiempo, solia ver á la luz de la pasagera exhala-

cion, cuando nadaba sobre una ola, allá á lo lejos, el mástil que se alejaba y la blanca vestidura de la muger que flotaba sobre otra ola.

Peró lejos, muy lejos.

Bernardo, redoblaba su vigor.

Parecia que le sustentaba sobre aquel mar terrible la mano de Dios, á quien no habia cesado de invocar un solo momento.

Ya no se veia cuando brillaba el relámpago la costa.

Agua y cielo no mas.

Olas como montañas verdinegras con su blanca corona de espumas, y un cielo negro por el que cruzaban rápidamente impulsados por el huracan horrendos nubarrones.

Y Bernardo sin embargo, no habia perdido su generoso valor, ni habia dejado de tener su pensamiento y su confianza en Dios, ni de buscar con ojos serenos á la víctima que impulsado por una ardiente caridad queria salvar.

Y el mar se embravecia á cada momento.

A cada momento se humillaban mas sus olas, y el huracan arreciaba, remedando el bramido de cien toros salvages.

Bernardo no se aterró, pero estuvo á punto de perder la esperanza.

—¡Santa Virgen Madre de Dios! exclamó: ¡yo te prometo ir en romeria con esa desgraciada, hasta tu templo de Covadonga, si me permites que la salve!

Y despues de esta promesa, siguió nadando con nuevo vigor.

II.

Cambió el viento.

Venia antes de la parte de tierra, y empezó á soplar de la parte del mar.

El oleage cambió.

Bernardo, que hasta entonces se habia dejado llevar por las olas mar adentro, se vió obligado á resistir á las olas que rodaban hácia la costa.

Estó era superior á las fuerzas humanas.

Un golpe de mar sucedia á otro golpe de mar, y Bernardo, inclinando la cabeza, le rompía, dejándole pasar por encima.

Aquello podia durar muy poco tiempo.

Bernardo, cansado ya, empezaba á sentir un horrible accidente que se llama calambre.

Sus brazos y sus piernas empezaban á entumecerse.

Algun tiempo mas en aquella lucha y perecia.

III.

De repente en la cima de una ola que avanzaba sobre su cabeza, vió Bernardo el extremo del mástil que hasta entonces habia seguido inútilmente, y que nunca hubiera alcanzado á no cambiar el viento.

Bernardo, concentró sus fuerzas, y rompió aquella ola.

Luego se volvió.

Un nuevo relámpago le mostró el mástil que se alejaba.

Siempre sobre él la muger con su blanca vestidura, flotante, hinchada por el viento y como sirviendo de vela del mástil.

Aquello ya no era cuestion de seguir, sino de dejarse llevar por el mar.

No era tampoco cuestion de salvar á la muger, porque si la muger no habia muerto, el mar se encargaba de llevarla á tierra, si seguia algun tiempo el viento de la misma direccíon.

Quien, cansado, aturdido por los incesantes golpes de mar necesitaba salvarse, era Bernardo.

Bernardo, que hasta entonces se había dejado llevar por las olas mar adentro, se vio obligado á resistir á las olas que cogíanle por los costados.

IV. Esto era superior á las fuerzas humanas. Un golpe de mar sucedía á otro golpe de mar, y Bernardo, luchando la cabeza, le rompía, dejándole pasar por encima. Aquello debía durar muy poco tiempo.

Volvió á repetir su voto á la Virgen.

Su fé y su esperanza parecieron renovar sus fuerzas.

A cada momento, veía mas cerca el mástil.

Redobló sus esfuerzos, y al fin se encontró en la misma ancha ola en que se encontraba el mástil.

Nadó de costado, y uno de sus brazos tropezó en una cuerda.

Asiose á ella, y poco despues, cabalgaba sobre el mástil á que estaba unida la muger.

V. De repente en la cima de la vela que avanzaba sobre la cabeza, y á Bernardo el extremo del mástil que hasta entonces había seguido inútilmente, y que nunca hubiera alcanzado si no fuera el viento.

Bernardo, con el viento que se volvió.

Luego descansó.

Por último, observó el apoyo que le sustentaba.

Las anchas crucetas del mástil y una verga que á él había quedado asida, impidieron que el mástil se volviese y que cogiese debajo á la muger.

Sobre el mástil la había visto constantemente Bernardo.

La infeliz no podía haberse ahogado: pero tambien mata el terror.

Bernardo se deslizó á lo largo del mástil, y llegó hasta ella.

Pero la oscuridad en aquellos momentos era profunda.

Bernardo no pudo ver por entonces á la muger, pero envuelto entre sus ropas, notó que aquellas ropas eran ricas y

que estaban bordadas de oro y plata, á juzgar por el tacto. Pero la muger no se movia.

Bernardo asido á una cuerda se deslizó á lo largo del mástil, hasta llegar al lugar donde estaba colocada la pobre naufraga.

Bernardo, á tientas, procuró cerciorarse de cómo estaba atada, y vió que estaba sujeta al mástil por los brazos y por la cintura.

Bernardo habia conservado su puñal, pero no se atrevia á soltar las ligaduras que sujetaban á la muger al mástil.

El viento empieza á ceder.

Los golpes de mar eran menos violentos.

La densa oscuridad del cielo iba desvaneciéndose.

El mástil, sirviendo de apoyo á la muger y á Bernardo, avanzaba rápidamente.

¿Pero hácia dónde?

Bernardo habia perdido el tino.

Despues de haber alcanzado al mástil, de haberse aferrado á él, el viento caprichoso y vário habia cambiado algunas veces.

No se veia tierra, á pesar de que el cielo se despejaba mas y mas.

Lentamente la tormenta fué amansándose; el viento cayendo, despejándose el cielo.

Al fin brilló la luna, primero empañada por nubes, despues limpia y clara.

El cielo habia dejado ver por último, despejado, sin una nube, sus luceros y su azul oscuro.

Una brisa fresca, habia sucedido al huracan y el mar solo conservaba el leve y último impulso de su poderosa agitacion anterior.

Solo se veia cielo y agua.

que estaban bordadas de oro y plata, á juzgar por el tacto. Pero la mujer no se movió.

Bernardo asido á una cuerda se deslizó á lo largo del mástil, hasta llegar al lugar donde **VI.** estaba colocada la pobre mu-

lgera. Bernardo, á tientas, procuró orientarse de cómo estaba atada, y vio que estaba sujeta al mástil por los brazos y por

El peligro de la tempestad había pasado.

Pero quedaba otro peligro. Bernardo había conseguido

Aquel desierto de agua.

El oleage arrastaba al mástil, de una manera lenta.

Bernardo, que no era marino, ni mucho menos, y que por lo tanto carecía de práctica, ignoraba á donde podía llevarle el océano.

El océano entonces, que la navegacion no había hecho grandes progresos, era un objeto de terror.

Creíase que allá en las inmensidades, el mar se levantaba haciéndose insuperable; ponderábanse los horrores de que eran víctimas los navegantes que se atrevían á sondear los misterios de aquel mar, y los barcos no se atrevían á separarse de las costas.

Aun no se había inventado la brújula, y aun faltaban cerca de setecientos años, hasta que el audaz Cristobal Colon, inspirado por Dios, se lanzase á descubrir otro nuevo mundo á través de aquel mar proceloso y terrible.

Así pues, en aquella situacion era de temerle todo: separados de la costa, sería muy raro encontrar un barco que los socorriese.

Si el mástil los llevaba mar adentro, la muerte por frio ó por hambre era segura.

Era aquella una aventura terrible, en que á pesar de todo, sentia Bernardo cierto extraño placer.

Ese placer terrible, esa fruicion amarga que existe siempre bajo el dolor.

Bernardo no tenia miedo.

Primero, porque confiaba ardientemente en Dios, que es mas fuerte que el mar, que los vientos y que las tempestades.

Despues, porque era valiente hasta el punto de no estremecerse ante la muerte.

Tenia lleno el corazon de grandeza y de doradas ilusiones, una fé ciega en el porvenir, y confianza en sus fuerzas.

Lo que de fuertemente incómodo tenia la situacion en que se encontraba, estaba dominado en él por la novedad, por la grandeza de aquella misma situacion.

Hemos dicho que la muger que iba aferrada al mástil no se movia.

Ni podia moverse porque estaba desmayada.

Bernardo se habia deslizado por el mástil hasta un punto en que, á la clara luz de la luna podia contemplar perfectamente el semblante de aquella muger.

A la primera mirada que Bernardo arrojó sobre aquel semblante, se estremeció.

¿Era aquel estremecimiento esa primera sensacion íntima y misteriosa que siente el hombre al ver por primera vez la hermosura de la muger que ha de fijar su destino?

No, porque el destino de Bernardo, respecto á la muger, estaba decidido por Heriberta.

O por la infanta Heriberta, como decia la altiva Brunequilla.

¿Era compasion?

Tampoco, porque la compasion dilata el corazon y el corazon de Bernardo se habia comprimido.

¿Qué era, pues, si no era amor ni compasion?

Bernardo no lo sabia.

¿Era acaso el resultado de la influencia de unas formas tranquilamente armónicas, poderosamente bellas, soberbiamente magestuosas?

Era el encanto de una hermosa sin rival, aumentado por el lánguido y fantástico reflejo, siempre dulce y vago de la luna.

Eran aquellos cabellos de ébano desordenados sobre una frente pura tan blanca como las espumas del mar, y tan serena y pura como el firmamento azul que se estendia sobre el mar, cerrando sus horizontes.

Eran aquellos ojos cerrados por el desmayo, con sus cejas dulcemente arqueadas, con sus largas y sedosas pestañas.

Era aquella boca, de labios rojos aun á pesar del desmayo, entreabiertos por un suspiro que parecia no haberse exhalado completamente.

Era aquella garganta, mórbida, dulce, purísima, rodeada de un ancho collar de azabache, en que brillaban bajo la luz de la luna, diamantes incrustados.

Era aquel seno virginal bajo cuya tez trasparente de blancura, lo azul de la sangre hacia parecer de nácar.

Y aquellos deliciosos brazos, y aquel talle flexible que cedia al movimiento del mástil, y aquellas descómpuestas ropas, de brocado en el exterior, de finísimo lino en el interior, dejando ver los reflejos de sus bordaduras de oro, ó su enérgica blancura.

Era todo este conjunto, delicioso, embriagador, embellecido por el desórden de los cabellos y del traje; en aquella situacion terrible, entre las dos grandezas mayores que puede admirar el hombre, el firmamento y el océano, á la luz suave de la luna.

estaba decidido por Heriberto.

O por la milanta Heriberto, como decia la cifra blanca.

abierta.

Bernardo del Caprio.

VIII.

Suponiendo en otro hombre el sereno valor de Bernardo, era de suponer que anegase tenazmente sus miradas en aquellos encantos, que sin poderlo evitar la dama por su estado, habia dejado descubiertos la tempestad.

Pero Bernardo era cristiano y caballero: Bernardo no podia voluntariamente sorprender aquella desnudez: Bernardo se apresuró á cruzar sobre el seno de la dama, sus ropas, y á componer su desórden.

Despues anegó su mirada en aquel semblante, mientras el suyo se enfriaba con la palidez del terror por aquella niña, cuyo estado era indudablemente peligroso.

Y decimos aquella niña, porque á juzgar por su semblante era muy jóven.

Y debia ser ó haber sido muy rica; porque aun quedaban en sus cabellos sarta de perlas que el mar y el viento no habian arrebatado, y en sus orejas, anchas arradas de diamantes y herretes preciosos en el justillo; y por el rico collar que ya hemos citado y por el resplandeciente tisú de las ropas.

Tenia ademas pendiente del cuello de una sutil y bellissima cadena de oro, un como relicario, cubierto de diamantes, que lanzaban resplandores de sol heridos por la luz de la luna.

Pero lo que hacia mas bella, mas hermosa á aquella niña, era la admirable magestad de su semblante, delicado al par, hasta donde puede concebirse la delicadeza en las formas de la muger.

—Yo he combatido á los infieles, murmuró Bernardo: yo he entrado en las comarcas subyugadas por el agareno, y he llevado la muerte y el estrago á sus villas y á sus ciudades: yo he visto á las mugeres de esos malditos á quienes Dios ha dado una hermosura incomparable, mas hermosas primero con su terror, despues con las lágrimas de su agradecimiento, al verse perdonadas por el acero cristiano que no sabe ensangrentarse en mugeres. He entrado pisando cadáveres en los harenes de esos descreidos, y he visto la hermosura de las esclavas elegidas para el placer y de las sultanas cubiertas de joyas, y mas resplandecientes que ellas: yo he visto despues á una vírgen cristiana, y todas aquellas mugeres me parecieron despreciables comparadas con ella, con Heriberta, la vírgen de los cabellos de oro y de los grandes y serenos ojos puros y refulgentes, y tranquilos como el cielo que cubre nuestras montañas en una tarde de primavera: he visto la pura y sencilla belleza de las hijas de mis montañas, de las que apacentan las vacas en los oteros, y de las que moran en las altivas casas de solar: he visto á las hijas de los godos, con su altiva y magnífica hermosura, y sin embargo, Heriberta me ha parecido mas hermosa que todas ellas: solo esta desdichada (y Bernardo exhaló un suspiro), me parece mas hermosa que Heriberta: tanto mas hermosa, quanto es mas hermoso el sol que la luna: esta desdichada que me arroja la tempestad acaso porque Dios quiera que se ponga á prueba mi amor á Heriberta.

Este razonamiento en aquellas circunstancias, basta para demostrar, ó que Bernardo no conocia el miedo, ó que su ar-

diente confianza en la proteccion de Dios llegaba hasta lo infinito.

Despues de este razonamiento, Bernardo, mas bien que por sí mismo por su compañera, lanzó en torno suyo una mirada penetrante é interrogadora á los horizontes del mar.

Solo vió cielo y agua.

El mástil adelantaba á cada momento con mas lentitud.

Bernardo oró á Dios, y prometió á la Virgen de Covadonga, á mas de la romería que la habia ofrecido, un manto de púrpura y oro arrancado á un walí árabe, si salvaba á aquella desdichada.

Achaques eran de la sencilla piedad de entonces, y lo es aun de la de nuestros dias, el poner á usura el favor divino.

No bien habia pronunciado su nuevo voto, cuando fuese porque naturalmente se habia desvanecido el desmayo de la jóven, fuese porque la bendita Virgen, consuelo de afligidos, madre de desamparados, quisiese demostrarle que habia oido su ruego, la dama suspiró primero, se estremeció despues y luego abrió los ojos:

Y al abrirse aquellos ojos, resonaron dos gritos, uno ahogado, opaco.

Otro agudo, terrible.

El primer grito habia salido del pecho de Bernardo.

Lo que habia causado aquel grito, eran los ojos de la dama, ojos incomparables, luz divina de aquella hermosura, que dormida é inmóvil habia hecho suspirar al jóven.

Bernardo habia recibido entera su primera mirada, la primera mirada de la dama al despertar de su desmayo, y aquella mirada le habia deslumbrado, le habia herido.

La dama habia exhalado un grito de terror al verse aun en el mar, y junto á un hombre á quien no conocia.

Pero instantáneamente el mismo efecto que sus ojos habian hecho en Bernardo, lo hicieron los de Bernardo en los suyos.

La dama lanzó un segundo grito enteramente semejante al de Bernardo, y murmuró algunas palabras rápidas, mas bien que palabras, exclamaciones:

— ¡Allah, rahhman (1)! había dicho.

Lo que demostraba que era árabe.

— ¡Oh! ¡y no comprenderla! exclamó Bernardo.

— ¡Ah! ¡eres cristiano! dijo en el latín que Bernardo hablaba y con cierto terror la dama; pugnando por desasirse de sus ligaduras.

— ¡Sí, sí, hermosa señora! dijo Bernardo, soy un cristiano que Dios te ha enviado para salvarte.

— ¡Y podrás tú salvarme? dijo la dama.

— Con el favor de Dios lo espero.

— Desátame, dijo ella: estas cuerdas me lastiman.

— ¿Tienes fuerzas bastantes para sostenerte?

— ¡Oh! ¡el Altísimo que no ha permitido que muera, me las dará!

Bernardo sujetó con el brazo izquierdo por la cintura á la dama, y con la mano derecha desnudó su puñal, y cortó las cuerdas que por el talle y por los brazos la sujetaban al mástil.

Bernardo se vió obligado á retenerla y ella al sentirse libre se asió con los dos brazos al cuello de Bernardo, y de improviso los soltó dando un grito, y Bernardo la sintió estremecerse.

— ¡Oh! ¡no temas señora! dijo Bernardo: el mar está tranquilo, la brisa empieza á refrescar y pronto veremos la tierra.

— ¡Oh! no tiemblo yo por eso, dijo la dama: no temo yo tanto á la muerte como al decreto de las estrellas.

— ¡Al decreto de las estrellas! dijo Bernardo que sosteniendo con el brazo izquierdo á la dama se deslizaba á lo largo del mástil para ganar las crucetas: ¿acaso hay otros decretos que los decretos de Dios!

— No, pero Dios habla á los hombres con sus lenguas de fuego, los astros, que brillan sobre nuestras cabezas. ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios misericordioso!

Bernardo había llegado con su carga á las crucetas!

(1) ¡Dios misericordioso!

Estas, levantadas sobre el mar, ofrecían un anchó y seguro asiento, y la verga, aferrada bajo ellas y fuera tambien del agua, un escabel.

Bernardo colocó sobre las crucetas á la dama y se sentó junto á ella, sosteniéndola siempre por la cintura.

Entrambos habian quedado fuera del agua.

Duraba sin embárgo lo horrible de la situación, porque hacia un frio crudísimo.

—Suéltame, suéltame un momento, dijo con ansiedad la dama.

—¿Y podrás sostenerte? dijo Bernardo.

—Eso quiero probar, dijo con ansiedad la hermosa, cuyo acento era á cada momento mas débil, mas penoso, mas helado, por decirlo así.

Bernardo la soltó apenas.

—¡Oh! ¡no puedo, no puedo! ¡yo desfallezco! ¡sostenme entre tus brazos! ¡oprimeme mas á tu pecho! tengo un horrible frio! ¡el decreto del destino se cumple!

—¡Oh! no, no morirás, dijo Bernardo; mira: el aire refresca mas: nuestros cuerpos sirven de vela á este madero que avanza con rapidez.

—¡Oh! ¡no! estando entre tus brazos yo no puedo morir sino de amor, y yo no te amo todavia.

—De amor! exclamó con estrañeza y con terror el jóven.

—Mira; mira si descubres tierra, dijo ella con acento convulso y entrecortado.

—No, dijo Bernardo; solo se ven cielo y agua.

—El decreto de las estrellas se cumple, dijo la dama con voz apenas perceptible.

Y dejando caer su hermosa cabeza como una flor que se dobla marchita, sobre el hombro de Bernardo, no habló una palabra mas.

Sin embargo, Bernardo sentia latir con fuerza contra su pecho el corazon de la dama.

A pesar del terrible frio de la noche, el aliento de la hermosa que sentia sobre su rostro le abrasaba.

—¡Habla! ¡habla, respóndeme por Dios! dijo Bernardo!

La niña lanzó un débil gemido, y se estrechó mas contra el seno de jóven.

Despues se abandonó entre sus brazos.

No habia vuelto á desmayarse, pero estaba entregada á un letargo mas peligroso que un desmayo.

Bernardo volvió á mirar el cóncavo horizonte.

Ni aun señales de tierra.

Y lentamente la convulsion de la dama, se hacia mas poderosa, aquella horrible conmocion de frio, que helaba el corazon de Bernardo por lo único que su valiente corazon podia helarse: por el peligro ageno.

Y el peligro de aquella infeliz le hacia experimentar una agonía horrorosa.

Por la primera vez desde que conoció á Heriberta, el recuerdo encendido de la virgen goda se borró del pensamiento.

No tenia vida, ni alma, ni amor, ni podremos decir, refiriéndonos á aquellos instantes, mas que una ardiente caridad, una caridad acaso superior al amor por aquella otra virgen que tenia entre los brazos acaso moribunda.

Y sentia los latidos de su corazon, y el voluptuoso contacto de su seno y la dulce presion de sus brazos al redor de su cuello: y veia sus ojos caidos, lánguidos impregnados de no sabemos qué irresistible encanto, y su boca purísima, que á pesar de su horrible padecimiento sonreia como revelando un sueño de amores: y sentia su aliento, ardoroso siempre y á pesar de lo que emblanquece la luna, percibia mas con el alma que con los ojos, un leve matiz rosado y febril en sus mejillas.

—¡Oh! exclamó alentando apenas Bernardo: dicen que los que mueren de frio, sienten un adormecimiento dulce y sonrien.—¡Oh Dios mio! ¡habrás permitido que yo la alcanzara, que yo la haya creído salvada, confiando en ti, para hacerla perecer en mis brazos?

Y pretendiendo trasmitir su vida á la hermosa, unió la boca á su boca.

—Y entonces sintió que aquella boca se estrechaba á la suya, que la dama se estremecía, y luego el alma de la dama concentrada en un beso, se trasmitió á Bernardo, y entre aquel beso, leves, casi inarticuladas, oyó el jóven las siguientes palabras:

—¡El decreto se ha cumplido! ¡su esposa ante los cielos y fuera de la tierra!

Y la cabeza de la dama volvió á caer desplomada; y volvió el desmayo profundo á que la habia encontrado entregada el jóven.

CAPITULO III

Y éste, anonadado, aterido, trasformado su ser, desvanecido, como sujeto por una mano fria y pesada, se desmayó tambien.

X.

Afortunadamente, abrazados aun los dos cuerpos, habian quedado retenidos en las crucetas del mástil.

El viento era fresco, y la mar bonancible.

El mástil adelantaba con rapidez.

Pero aun no se descubria tierra.

Era la media noche.

La luna habia llegado á su mayor altura, é iluminaba con una luz clarísima el océano,

El aire que respiraba estaba impregnado de un suave y delicioso perfume. Sentía una grata languidez como la que experimentamos al despertar de un hermoso y tranquilo sueño. Por algun tiempo su razon no pudo jugar de nada, pero

Y entonces sintió que aquella boca se estrechaba á su alrededor, que la dama se estremecía, y luego el alma de la dama concien-
trada en un beso, se trasladó á Bernardo, y entre aquel beso,
leves, casi inarticuladas, oyó él jéven las siguientes palabras:
— El destino se ha cumplido! ¡su esposa está ante los cielos,
y fuera de la tierra!
Y la cabeza de la dama volvió á caer desplomada; y volvió
el desmayo profundo á que la había encontrado entregada el

CAPITULO III.

Y este, anonadado, aterrido, trastornado en ser, des-
vanecido, como sujeto por una mano fría y pesada, se desmayó
también.

X.

Del extraño fin que tuvo la aventura acuática de Bernardo.

Afortunadamente, abrazados aun los dos cuerpos, habían
quedado retenidos en las cercas del mastil.
El viento era fresco, y la mar domancible.
El mastil volaba con rapidez.
Por tanto se describía tierra.
Era la noche.

BERNARDÓ abrió los ojos. La luna había llegado á su mayor

Había pasado su desmayo.

Sin embargo nada vió.

Cercábanle las mas densas tinieblas.

Sintióse sí, enjuto y caliente, y gratamente posado en un
blandísimo lecho.

El aire que respiraba estaba impregnado de un suave y deli-
cioso perfume.

Sentía una grata languidez como la que experimentamos
al despertar de un hermoso y tranquilo sueño.

Por algun tiempo su razon no pudo juzgar de nada, pero

muy pronto comprendió por analogía, recordando la situación en que se había encontrado, que se hallaba á bordo de un buque por el movimiento de su lecho.

Indudablemente se había salvado.

¿Pero quién era su salvador?

¿Por qué se encontraba entre aquellas tinieblas?

Y, sobre todo, ¿se había salvado también ella?

Por que á pesar de Heriberta, la dama naufraga era también *ella* para Bernardo.

—¿Hay alguien que me responda? dijo el jóven no pudiendo dominar su ansiedad.

Apenas había dicho estas palabras, cuando sintió que una persona se levantaba de junto á su lecho, pasos despues que se alejaban, y abrirse y cerrarse una puerta. Poco despues la puerta volvió á abrirse y apareció un anciano con una lámpara encendida.

Larga túnica blanca de lana, sujeta por una faja negra á su cintura le envolvía; dos puñales se perdían entre esta faja, dejando ver sus ricas empuñaduras de oro, un yatagan con igual empuñadura y vaina de tafíete bordada con alambre de plata, se mostraba á través de la faja; una toca, negra también, envolvía su ancha y pensadora frente surcada de arrugas; su semblante mostraba la hermosura de la ancianidad; sus grandes ojos negros y penetrantes revelaban una alma benévola y valiente, y una larguísima barba blanca hacia venerable al personaje que se acercaba amistosamente á Bernardo.

—¿Quién eres? le dijo este.

El árabe, que árabe era indudablemente á juzgar por su traje y la forma típica de su semblante, hizo entender por señas á Bernardo que callase.

Despues se acercó y le miró atentamente y le pulsó.

Una sonrisa de satisfacción apareció en la boca del anciano.

Luego fué á un armario, sacó de él una taza y un frasco de oro, vertió en la primera hasta llenarla el contenido del agua, y le dió á beber á Bernardo.

Apenas el jóven la hubo bebido, sintió una languidez deli-

ciosa, sus ojos se entumecieron, se dobló su cabeza y cayó dormido sobre el lecho.

El anciano árabe dejó el frasco y la taza en el mismo sitio de donde los había tomado, volvió, cubrió cuidadosamente con las ropas del lecho á Bernardo, llamó, presentóse otro árabe con traje infinitamente distinto, por lo humilde, y servidor ó esclavo á no dudarlo, por la manera sumisa con que se inclinó ante el anciano, se sentó á una indicacion de éste junto al lecho, y luego el anciano salió y cerró la puerta, quedando de nuevo aquel espacio en la oscuridad mas profunda.

Seis veces despertó Bernardo del mismo modo, de seis largos sueños deliciosos.

Seis veces volvió á ver al noble anciano árabe, y seis veces volvió á dormirse, despues de haber bebido el licor que le daba el anciano en la taza de oro.

Pero al despertar la sétima vez su vista no se anegó en tinieblas, y encontróse en un dormitorio maravilloso.

El techo de labores entrelazadas, parecia de nacar, sándalo, azul, rojo, plata y oro.

La vista se perdia en aquel techo de peregrinas labores, la una dentro de la otra, en un laberinto de cintas entrelazadas formando estrellas.

Las paredes parecian telas preciosas de sedas de colores bordadas de oro.

Desde el pavimento, que era de preciosos y brillantes mosaicos, se levantaba hasta una altura proporcionada de aquellas matizadas y labradas paredes, una faja del mismo brillante y delicado mosaico: y por una puerta bellamente arqueada se veia una sala sostenida en columnas de alabastro, y en ella, en medio del lu-

ciento pavimento, se veía una fuente, de la cual se derramaban aguas olorosas.

En las ventanas caladas que se abrían en la cúpula dorada que sostenían las columnas, velos de seda templaban la luz del sol que solo producía en aquella estancia una luz amortiguada, y por último, algunos ruiseñores y otros pájaros de canto armonioso, encerrados en jaulas de oro, dejaban escuchar sus melancólicos trinos.

Bernardo reparó que el lecho en que se encontraba era riquísimo, que á los piés del lecho había una alfombra de pieles de pantera, y á sus ángulos brasérrillos de oro donde humeaban perfumes.

Como para demostrarle que no estaba cautivo, cerca de la cama se veían un arco magnífico, y pendiente de él un puñal y una espada.

En otro lugar había admirables ropas, y por último, las que ceñían á él mismo en el lecho, eran de finísimo lino.

Todo estaba en silencio.

Solo se oía el canto de los pájaros y el murmullo de la fuente.

Bernardo miró asombrado todo aquello.

—¿Cómo he podido venir yo, decía, sin combate y sin vencimiento á poder de los árabes? Porque no hay que dudarlo; estoy en uno de los encantados alcázares de esos malditos agarenos: oro, perfumes, afeminación por todas partes. Y sin embargo, si no me engaño he ahí una armadura magnífica. ¿Pero cómo ha podido ser esto? ¿Me habrá encantado alguno de esos astrólogos hechiceros que tienen hecho pacto con Satanás?

Bernardo cedía á la superstición de su época, como nosotros cedemos en la nuestra á otras tantas supersticiones de distinto género.

No podía esplicarse como estaba allí y en esto en verdad no era ciertamente extraño.

Recordaba como un sueño su aventura en el mar.

Pero no podía recordar aquello que no había sentido.

Y al recordar aquella noche de tormenta, recordaba con

no sabemos qué emoción, con no sabemos qué deleite, con qué vaga ansiedad, á aquella hermosísima niña que se confundía en su sueño en un lugar oscuro.

Apenas si descubría en su pensamiento la sombra de Heriberta tras el recuerdo de la hermosísima doncella árabe.

Abismado estaba en sus meditaciones cuando se oyeron sonoros pasos sobre el pavimento de piedra de las largas galerías que conducían á aquel hermoso departamento donde había despertado Bernardo.

Poco después por un magnífico arco calado que servía de entrada á la cámara, apareció el mismo hermoso y grave anciano que había visto siete veces Bernardo al despertar un momento de un profundo sueño.

—Alabanza á Dios, dijo al entrar el anciano.

—Por siempre, contestó Bernardo.

—¿Mi hermoso y valiente hijo, continuó el árabe, tiene memoria?

—Sí.

—¿Qué le recuerda su memoria?

—Un angel.

—¿Desea mi hijo ver á ese angel?

—Sí.

—¿Ama el cristiano á la doncella á quien salvó?

—¿Quién eres tú que eso me preguntas?

—Yo soy astrólogo; cuando no consulto las estrellas estudio el libro de Dios, ó llevo mi galeota sobre el mar contra tus hermanos de Asturias, ó una taifa de zenetes sobre sus caballos que cortan el aire como una flecha. Yo te he salvado de una muerte segura, cuando iba buscando sediento de venganza á la hija de mi señor, que nos había robado un perro nazareno, y ó la encontré en tus brazos. Después he levantado tu horóscopo y el suyo. Vuestras estrellas se confunden en una y brillan con un fulgor estremado: un círculo de paz y de ventura las rodea: la hija de mi señor será tu esposa.

—¿Y quién es tu señor?

—El escogido de Dios, el religioso, el batallador, el ven-

cedor de adversidades, famoso entre los famosos, ilustre entre los ilustres adalides del pueblo escogido, Al-Hhakem-ben-Hixem-ben-Abdel-rahman, magnífico califa de Córdoba, invencible emir de los creyentes.

—¿Estoy acaso cerca del rey de Córdoba?

—Sí, estás en el palacio de la Rusafa.

—¿Y sabe el rey que estoy aquí?

—Lo ignora: Saida Otamida (1) no quiso perderte dejándote en tus playas, que bien pudimos dejarte en ellas, pero la sultana (2) Saida Otamida, no quiso esponerte trayéndote al descubierto á Córdoba, al enojo que tal vez pudiera sentir su padre el poderoso Al-Hhakem.

—Y dime anciano ¿quién es Saida Otamida?

—La hermosísima doncella con quien te encontramos en el mar.

—¿Y dices que la encontraste cuando ibais en su busca tras la nave del cristiano que la habia robado.

—Sí.

—Cuéntame eso. ¿Cómo pudo hacer presa un cristiano de la hija de un rey?

—Era necesario que se cumpliese lo que está escrito, dijo el árabe.

—¿Pero qué estaba predicho?

—Hace catorce años, dijo el anciano sentándose en el lecho, el rey Al-Hhakem I (3) que aun no era rey porque aun vivia el califa Hixem I, al volver de una algara (4) contra los cristianos, me llamó y me dijo:

—Quiero que levantes el horóscopo de una niña, y que veas

(1) Saida es lo mismo que señora.

(2) Entre los musulmanes llevan el nombre de sultanas, no solo las madres y las esposas de los soberanos, sino tambien las hijas cuando están reconocidas.

(3) Al principio de nuestro libro hay una errata notable como que establece un anacronismo de cerca de 200 años; dice Al-Hhakem II, y debe decir Al-Hhakem I.

(4) Correría.

si ha nacido con buenas hadas (1) es muy hermosa y la he llamado Otamida como mi abuela.

Y me llevó á un pequeño, pero alegre palacio, que habia construido á la punta del arrabal de la Axarquia, de Córdoba, y en una hermosa sala que resplandecia como un cielo, me mostró una niña hermosísima que jugaba guardada por una esclava sobre la alkatifa (2).

Yo levanté horóscopo y figura á la niña, y ví que con benévolas hadas habia nacido, y que su estrella se confundiria con otra estrella, en la inmensidad de los cielos reflejando en las aguas del mar, y en un punto donde no se viese tierra.

Y entonces dije al príncipe Al-Ilhakem.

—Esta niña será siete veces dichosa si encuentra un esposo tan hermoso como ella á la faz del cielo y fuera de la tierra!

—¡Ah! exclamó Bernardo, recordando que la dama al volver en sí en sus brazos y al encontrarse junto á él en el mar, sin ver tierra, habia dicho:—¡Que se cumpla lo que está escrito!

—Pues bien, dijo el árabe como si hubiera leído el pensamiento de Bernardo: era preciso que lo que estaba escrito se cumpliese y para eso permitió Dios, que la sultana Saida Otamida, quisiese pasar el invierno en Algeciras, que es tierra templada y risueña.

Tiene el rey en las playas cercanas á la ciudad sus jardines, y en aquellos jardines un hermoso alcazar. pero para qué quieres que yo te cuente lo que mejor escucharás de su boca, tú á quien ama la hermosa de las hermosas, la alegría de la mañana, la luz del cielo? Vestiduras ricas y nobles tienes y joyas que destumbran y armas de caballero.

—Preferiría mis vestidos de montañés, dijo Bernardo mirando con repugnancia aquellas ropas musulmanas.

—La salada agua del mar ha deshecho aquellos araposos vestidos, y nada pierdes en el trueque: yo te ayudaré á vestirme y

(1) Con buena suerte y de buena ventura; dice Al-Ilhakem II, y de buena ventura.

(2) Alfombra.

pronto verás cuánta es tu ventura cuando la sultana Saida Otamida te diga, lo que hablándome de tí, ha salido de su boca, que Allah bendiga.

Y tras esto el anciano árabe, presentó como pudiera haberlo hecho una esclava, una fuente de oro, llena de agua olorosa á Bernardo.

—No, no; dijo el jóven; dejad estos perfumes para las mujeres.

Y se fué á la fuente que corria en medio de la estancia.

Pero aquella fuente era tambien de aguas olorosas.

El anciano se sonreia benévolutamente.

—Jóven, dijo: vosotros los rumís (1) de las montañas creéis que un hombre se convierte en muger entrando en estas salas encantadas, aleñándose la barba, perfumando sus ropas, haciéndose labar con bálsamos aromáticos por las delicadas manos de hermosas esclavas; durmiendo sueños de placer y de paz, al son de las bandolinas y de las guizelas en blandos divanes de oro y de seda.

Vosotros no creéis fuerte á un hombre sino cuando veis su semblante atezado y curtido por el sol, revuelta su cabellera y su barba, y encallecidas sus manos, que cuando dejan la lanza empuñan la esteva: vosotros creéis que estos labrados alcázares son tan débiles que un soplo de viento basta para arrasarlos: y sin embargo, estos alcázares que tan delicados parecen vistos por la parte de adentro, resisten por fuera el rudo embate de vuestros arietes, sobre sus muros de roca, sin que una sola de las labores de su interior se lastime: esos hombres que duermen aquí, entre flores, esclavas, perfumes y armonías, cuando suena la trompa de la guerra, lanzan de sí el sueño del placer, ciñen sus arneses, tan duros como las murallas de sus alcázares, cabalgan en un potro indómito y empuñan la lanza que no volverá á su astillero sin haber causado mil muertes. Ocba-ben-Nafe-el-Ferih, el inclito caudillo conquistador del Africa, tenía la tez tan

(1) Romanos ó cristianos.

delicada como una dama y se aleñaba las cejas, las barbas y las uñas como una esclava del haren: su tienda era de oro y seda, los perfumes mas deliciosos se quemaban continuamente alrededor suyo en las horas de descanso en lindos braserillos: sus esclavas, las mas hermosas de las ciudades que conquistaba, danzaban á su alrededor mientras la mas bella y la mas querida le dejaba oír la armonía de sus cantares, ó se adormecia entre sus brazos. Y Ocba-ben-Nafe era un héroe. Créeme mancebo: la afeminacion y la debilidad están en el alma: que si esta es fuerte, aun cuando labes tu cuerpo con el agua del paraíso, no matarás su fuerza; antes la mantendrás, porque estas aguas son muy limpias y saludables.

Oyó Bernardo al anciano y sin contestarle una palabra se dejó perfumar y vestir, y cuando estuvo vestido y perfumado parecia uno de los mas hermosos mancebos que pueden imaginarse.

Una túnica de escarlata le cubria; su jaqueta y su albornoz eran de riquísimo brocado, de leve y blanco lino la toca que rodeaba su cabeza, bajo la cual asomaban sus negros rizos; un chal de Persia rodeaba su cintura, y sobre él asomaban las empuñadura de oro y piedras preciosas de su puñal y de su espada; por último, unos borceguíes bordados de aljofar cubrian sus piés, y le caia tambien este trage que daba contento verle.

Y sin embargo, Bernardo se mostraba avergonzado con aquel trage, lo que aumentaba su hermosura con el rojo color que salio á su semblante.

Entonces el anciano le dijo:

—Sigueme: vas á ver á la alegría del paraíso; á la noble sultana Saida Otamida.

Bernardo siguió al árabe con el corazón palpitante de ansiedad.

Su pensamiento fijo era aquella hermosísima doncella que habia encontrado entre las ondas.

Atravesaron galerías maravillosas y salas resplandecientes, sin encontrar una sola persona.

Al fin, en una sala mas hermosa y mas estensa que todas

las que hasta entonces habia visto, dijo el árabe á Bernardo.

—Espera aquí.

Bernardo esperó.

El anciano árabe salió por una puerta y desapareció.

Poco despues Bernardo oyó los pasos precipitados de una muger.

Luego en el oscuro fondo de la puerta por donde habia salido el árabe, apareció una forma hechicera que deslumbraba á un tiempo por su hermosura, por su trage y por las joyas que la cubrian.

Era Saida Otamida.

Se detuvo un momento, se puso sucesivamente pálida y sonrojada y se llevó la mano sobre el corazon.

Bernardo permaneció en el lugar en que se encontraba, fascinado por la hermosura de Otamida.

—¡Oh! al fin te veo, dijo la hermosísima doncella adelantando rápidamente hacia Bernardo y arrojándose entre sus brazos.

Y luego le llevó dulcemente á un divan, se sentó con él y mantuvo las manos del jóven entre las suyas y su mirada en su mirada.

Bernardo dudaba de lo que le sucedia: se juzgaba entregado aun á un sueño; á uno de aquellos largos y deliciosos sueños porque habia pasado siete veces despues de su encuentro con Saida Otamida.

Los lucientes ojos de la doncella árabe se posaban en sus ojos y le sonreían, le acariciaban, le amaban, le trasmitian una vida nueva, enteramente nueva para Bernardo, á quien ninguna muger habia mirado de tal modo.

Habia en la mirada de Otamida para Bernardo, la ternura y

la confianza de la esposa, la voluptuosidad de la amante, la pureza de la virgen, el contento del amor satisfecho, la seguridad de quien posee un tesoro que no teme que nadie le arrebatase.

Y la frente de la jóven resplandecía como iluminada por el vivo reflejo de la hermosura de cien generaciones, y sus megalas, pálidas y blanquísimas tenían algo de sobrenatural, de divino, contrastadas por el negro azulado de los largos rizos de su cabellera, que ceñía una estrecha diadema de oro cubierta de diamantes.

Su boca, de lábios frescos, húmedos como las entrañas de una granada, estaban entreabiertos por un suspiro constante, leve, por un dulce y encendido aliento, emanación fragante de un amor que por la primera vez ardía, bajo aquel seno virginal, cubierto solo por un tesoro de perlas y de diamantes, que pendían con un desaliño embriagador, de su cuello redondo, esbelto, semejante á una columna de marfil viviente.

Y la maravillosa y pesada túnica, recargada de pedrería, ciñendo á medias aquellos hombros incomparables, dejando descubiertos unos brazos formados para ser lazos de amor, cayendo en una doble falda hasta la mitad de unas piernas de la forma mas bella y mas pura, ceñidas por ajorcas de pedrería que descansaban en un pié corto, pequeño, azulado en fuerza de blanco, con el tono azul, dulce, trasparente del nácar, encerrados en pequenísimos chapines, cada uno de los cuales valía un tesoro; y la actitud abandonada de la jóven sobre el diván, y el conjunto producido por esta hermosura, por estas joyas, por esta ancha, ricamente pesada y admirable túnica, por esta hermosura sin igual en armonía, en belleza, en pureza de vida, en dulzura de formas, hacían de Otamida una de aquellas hadas que cuentan haber visto, los que al atravesar el desierto en peregrinación á la Meca, han merecido por sus virtudes que el Altísimo les conceda entrar en el encantado jardín en Hiram.

De mármol que hubiera sido Bernardo, la hermosura y el amor de Otamida hubieran bastado para animarle, para hacerle sentir el placer incomparable de ser amado por una hurí del Señor.

Pero Bernardo no era uno de esos hombres en quienes la hermosura no produce más sentimiento que el de un deseo impuro. Bernardo tenía el alma llena de las grandes virtudes que producen á los héroes: el amor, la fé, el valor, la caridad, el entusiasmo: Bernardo era todo alma; y si antes, recordando á aquella niña náufraga, con su doliente hermosura, se habia olvidado de Heriberta, al ver ante sí, confesándose suya con su mirada, con su palidez, con su suspiro, con su elocuente silencio, á la sultana Otamida, en el esplendor de su pureza, de su hermosura, de su poder, en aquel maravilloso alcázar, entre el blanco humo de los perfúmeros, entre un silencio profundo, en medio de una bella y voluptuosa soledad, á la luz lánguida y misteriosa que apenas dejaban pasar los velos de seda de los altos ajimeces de la cúpula, lo olvidó todo: sintió que un ser adorado se unia á su ser; le pareció que un encanto poderoso le levantaba del sobre la tierra, llevándole á un cielo; que una felicidad desconocida para él inundaba su alma, la conmovia, la engrandecia, la trasportaba, y al despertar de este sueño, para él hasta entonces desconocido, se encontró esposo de Otamida, como Otamida se encontró esposa de Bernardo.

volveré unido al seno de Dios.

—¿Qué dices Otamida!

—¡Oh! exclamó sonriendo la joven y dejando ver en su semblante una alegría suprema, la alegría de una felicidad inmensa: ha llegado el momento en que yo repose completamente en el alma de mi amado, como la flor en su bicetro: de que nada haya distinto ni oculto entre nosotros.

—¡Ah! exclamó la desposada abriendo con pena los hermosos ojos: el decreto del Altísimo se ha cumplido. ¡Bendita sea la hora en que los cristianos me arrebataron de los jardines de mi padre en Algeciras! ¡bendita sea la hora en que te encontré entre el mar y el firmamento!

—Yo he soñado, yo me he creído en poder de un encantador.

—Mi sueño ha sido dulce y doloroso amado mío, dijo Otamida, y la alegría de los cielos ha besado mi alma. Yo te amo;

te siento dentro de mí, y dentro de tí me siento: vivo en tus suspiros, como tú vives en los míos. Nada puede separarnos, nada: cuando tú mueras moriré yo, y tú morirás cuando yo muera: no tenemos mas que una vida: porque el Altísimo ha hecho de nuestro ser uno solo: un hombre y una mujer.

—Hay, sin embargo, un imposible que nos separa, dijo acabando de despertar de su sueño Bernardo.

—¿Acaso no me amas? dijo Otamida, cuyo hermoso semblante nubló una espresion de dolorosa ansiedad.

—Mi vida es tu vida, mi alma es tu alma, mi aliento tu aliento: sí, Dios ha hecho de nosotros dos un solo ser, y porque somos uno, nos hemos unido: pero á nuestro amor falta el que sea consagrado por Dios ante los altares.

—El altar de Dios está en todas partes, dijo Otamida: su bendicion consagra el amor de los que como nosotros se aman, y por mas que los hombres y el infierno pretendan separarnos, tu esposa seré como tú mi esposo: mia es tu fé y tuya la fé mia, porque Dios ha oido nuestros juramentos, juramentos que el alma ha pronunciado sin palabras y que ha recibido Dios que las almas mira: nada hay que pueda separarnos, nada, ni aun la muerte, porque cuando muramos, el espíritu que nos alienta, volverá unido al seno de Dios.

—¿Qué dices Otamida!

—¡Oh! exclamó sonriendo la jóven y dejando ver en su semblante una alegría suprema, la alegría de una felicidad inmensa: ha llegado el momento en que yo repose completamente en el alma de mi amado, como la flor en su búcaro: de que nada haya distinto ni oculto entre nosotros.

Dios ha querido nuestra union y la ha facilitado, antes, mucho antes de que nos conociéramos: voy á revelarte un secreto terrible, porque él guarda mi existencia. No me llames Otamida, Bernardo, ese no es mi nombre: mi nombre es mas hermoso: cuando le pronuncian, los ángeles del cielo se alegran: llámame María.

—¡María! exclamó con delirio Bernardo: ¿te llamas María! eres cristiana!

—Sí, soy cristiana, hija de cristianos: pero habla bajo por Dios, exclamó María, poniendo su pequeña mano sobre los labios de Bernardo: el califa me lo perdonaría todo, todo, menos el ser cristiana, su odio á Jesus y á los que en él creen es un odio de muerte: habla bajo por Dios, y mira:

Y tomó una joya que pendia de su cuello en una cadena de oro, entre los hilos de gruesas perlas y los rosetones de diamantes y de rubies que cubrian su pecho.

Era una joya cubierta enteramente de diamantes, como una caja pequeña y redonda.

—Yo llevaba esta prenda bendita la noche del naufragio, dijo María: y acaso ella nos salvó á entrambos: ¿te acuerdas, vida de mi vida, de haber visto esta joya inapreciable sobre mi seno aquella noche?

—¡Oh! ¡sí! dijo Bernardo: y tambien ese collar negro, en cada una de cuyas piezas hay un grueso diamante.

—Le conservo en memoria de aquella noche, dijo María, y nunca se separará de mí: pero mira lo que encierra este relicario.

Y María le abrió por un lado.

Dentro habia dos pequeñas astillas en cruz.

—Hé aquí un verdadero *Lignum crucis*, traído de Jerusalem, de la misma cruz en que muriendo nos redimió Jesus: mira aun: añadió volviendo el relicario y abriendo otra tapa.

Entonces vió Bernardo una pequeña imágen de marfil, que representaba á la Virgen con su divino Hijo en los brazos.

Bernardo inflamado por su fé, se arrodilló y besó el *Lignum crucis* y la imágen de la Madre de Dios.

—¿Me crees ahora? dijo María.

—Sí, contestó trémulo de felicidad Bernardo.

—¿Crees tú ahora que hay quien impida el que seamos ante los hombres, como ya lo somos ante Dios, tú mi esposo, yo esposa tuya?

—No: nada puede separarnos: pero si eso es así ¿por qué no buscar la bendicion de Dios por medio de un sacerdote cristiano? Vuestros ginetes, los ginetes del califa, suelen arrojarse como

buitres sobre las villas de la montaña, y el ministro de Dios, y la virgen á Dios consagrada, son arrebatados á los pueblos musulmanes: ¿no habrá en Córdoba algun cautivo sacerdote?

—Hay mas que eso: hay un obispo libre, en la iglesia mozárabe: ven, quiero mostrarte el lugar donde en medio de infieles se adora al Dios verdadero: ven.

Y levantándose, dejando ver á Bernardo su maravillosa gentileza y lo magnífico de sus galas, se dirigió á una pequeña puerta cerrada y la abrió.

Tras aquella puerta habia una escalera estrecha que ascendia en espiral, pero cuyos escalones eran de blanco y rico mármol, y doradas y matizadas las paredes.

María, seguida de Bernardo, subió por aquellas escaleras, que eran altísimas, alumbradas de tramo en tramo, por agimeces calados, cubiertos por espesas celosías de sándalo.

Cuando llegaron al fin se encontraron en lo mas alto de una torre elevadísima.

Entre sus almenas se levantaban columnas de alabastro que sostenian un precioso techo, y de columna á columna se veía una celosía muy espesa, pero que permitia ver perfectamente desde adentro á Córdoba en toda su estension.

—¿Qué casa es esa que está cerca de este palacio, que tiene tan altas cúpulas doradas? dijo Bernardo: el sol resplandece sobre ella que deslumbra.

—Esa es la grande Aljama (1) que edificó el califa Abd-el-Rhhaman, á orillas del Guadalquivir, cerca de este alcázar que es la casa real de la Rusafa, y al otro lado de Bib-Alcantara (2) dicen que gastó en la obra mas de cien mil doblas de oro, y que para alentar á los alarifes y albañiles, el mismo califa trabajaba en ella una hora cada dia: hay en ella innumerables columnas de ricos mármoles, en sus diez y nueve calles, cruzadas por otras treinta y ocho de oriente á poniente: dicen que es

(1) Mezquita principal.
(2) Puerta del puente.

semejante á la grande aljama de Damasco: mayor en estension magnificencia y suntuosidad que la nueva de Damasco, y solo comparable á la de Alaksá (1) en la Casa Santa de Jerusalem: en sus costados hay á cada parte nueve puertas magnificas: pero esa no es la casa del Señor: la casa de nuestro Dios está mas lejos: ¿vés allá hácia el poniente una torreilla negra, y una pequeña cúpula?

—Sí, dijo Bernardo: ¿y acaso aquel miserable edificio es el templo que tiene en Córdoba el Dios de los cristianos?

—Sí, en aquella modesta casa está levantado en Córdoba el altar del Dios verdadero: allí el obispo Yldebrando y sus clérigos entonan cánticos al Criador, y lanzan nubes de incienso delante del Tabernáculo con incensarios de oro.

—¿Cómo! dijo Bernardo, ¿esa pobre casa del Señor tiene ricas alhajas?

—Acuérdate de que yo soy la sultana querida del poderoso califa de Córdoba.

—¡La sultana querida del califa! exclamó cediendo á unos celos horribles Bernardo. ¿Pues qué no te llama su hija?

—Me ha llamado tal hasta hace algun tiempo, y yo me he creído hija suya. Pero me odia... ya te contaré en otra ocasion. Por ahora contemplemos desde lejos el templo de Dios. Como Al-Hhaken me ama, y no hay cosa que yo le pida que no me la conceda, oro, joyas, riquezas inapreciables... cuando sus gentes han entrado en tierra de cristianos y han traído una rica presa, cuya quinta parte corresponde al califa, Al-Hhakem me lleva á donde está su parte de presa y me dice: —¿Qué quiere la alegría de mi alma de todo cuanto tiene delante?— Yo tomo lo que quiero, lo mas rico, porque si no lo tomara Al-Hhaken se ofendería. En una ocasion, habiéndome llevado á una sala del alcázar

(1) Hay dos templos ó casas santas, que tienen en gran veneración los musulmanes, el de la-Kaaba en la Meça, y el de Jerusalem, al que llaman Alaksá ó remoto, por que está mas distante de la Arabia: este templo de Alaksá en Jerusalem, es el de la Resurrección, por lo que le llaman tambien el de Asahara, ó de la peña ó roca.

donde habia armas, oro y alhajas, cogidas al cristiano, me dijo:—Toma lo que quieras de todo eso.—Aun lado habia gran número de vasos sagrados de oro y plata. Yo los pedí á Al-Hhaken.

—¿Y para qué quieres eso? dijo nublando el semblante. Esos son utensilios malditos del culto de los idólatras.

—Por lo mismo, le contesté, yo quiero hacer con ellos alhajas: el oro siempre es oro.

—Dices bien, me contestó: pero no merecian esos objetos maldecidos convertirse en joyas que han de adornar á la hermosa de las hermosas; sin embargo, puesto que lo quieres, sea.

Y me entregó todos aquellos sagrados objetos.

Tres noches despues, yo, envuelta en un haike oscuro, acompañada de Jacub-el-Meknesi y seguida de cuatro esclavos que no me conocian, salí del alcázar por los jardines y llevé aquellos sagrados vasos al obispo Yldebrando. Por eso la iglesia de Dios entre los infieles tiene ricos vasos de oro.

Bernardo estrechó entrè sus brazos á la sultana Otamida.

—Allí, dijo esta, á aquel humilde templo iremos esta noche, esposo mio, y el obispo Yldebrando consagrará nuestra union.

—¡Oh! sí, necesito ser su esposo ante los cielos y la tierra.

—Y lo serás: Dios lo ha querido: Dios nos ha revelado nuestro destino por medio de los astros á quien ha consultado Jacub-el-Meknesi.

—¿Y quién es Jacub?

—El noble anciano que nos encontró en el mar: el que te ha traído á Córdoba y te ha introducido secretamente en el alcázar dentro de una caja, que dijo (y no mentia), guardaba un objeto mio: lo que me pertenece es sagrado y nadie se atreveria á mirarlo: Jacub es el único que sabe que yo te amo, que estás á mi lado. Jacub nos llevará al templo de Dios, y Jacub nos acompañará luego, cuando salgamos de Córdoba para ir á tu tierra.

—Yo en mis tierras no puedo darte mas que mi corazon.

—Es el mayor tesoro que Dios podria concederme: ademas, que llevaremos con nosotros tesoros bastantes para que, com-

parados con nosotros, sean mendigos los mas poderosos de tu patria. Pero vámonos de aquí: tengo miedo de que nos sorprendan: en ninguna parte estás mejor que en aquella de donde te ha traído á mi presencia Jacob. En aquellas habitaciones nadie entra mas que yo... nadie se atreveria á entrar, ni aun mis esclavas, si yo no las llamára.

Y Otamida y Bernardo volvieron á bajar.

—Adios, amado de mi alma, le dijo Otamida cuando llegaron á la misma sala donde se habian encontrado. Esta noche cuando salga la luna, Jacob te traerá de nuevo junto á mi.

Y se separó sonriendo de Bernardo, que se creía presa de un sueño.

Poco despues, el anciano árabe apareció, llevó á Bernardo á la cámara de donde le habia sacado, y le sirvió por sí mismo una esquisita comida.

Pasó Bernardo un dia afanoso.

El encendido recuerdo de Otamida le quemaba el corazon.

Parecia que una encantadora se habia apoderado de él, haciéndole olvidarse de todo, menos de su Dios y de su patria.

En cuanto á la infanta Heriberta, y sin que en ello tomara parte alguna la voluntad de Bernardo, era un ser completamente olvidado.

Que no existia para él ni aun bajo la forma de un recuerdo. Otamida llenaba la existencia del jóven.

Y el tiempo que debia trascurrir hasta que volviese á verla, tenia para Bernardo en cada minuto la duracion de un siglo.

Pero las tardes de invierno son cortas.

Llegó el crepúsculo y los momentos se hicieron mas pesados para el enamorado mozo.

Oscureció por fin, y poco despues una débil y misteriosa claridad tiñó los velos de seda de las ventanas.

Era que la luna acababa de salir.

Habia llegado el momento de la cita.

Al mismo tiempo que se dejó ver aquel reflejo mágico, se dejaron oír los pasos de una persona, y poco despues un aforma admirable, blanca, ligera, apareció en la oscura penumbra de la puerta.

Era Saida Otamida.

Jacob la acompañaba llevando una lámpara en la mano.

Otamida se detuvo en la puerta.

Jacob entró, dejó la lámpara en un nicho y salió.

Entonces adelantó Saida Otamida.

Bernardo exhaló un grito de sorpresa.

Otamida parecia haber crecido en hermosura.

Y era que su hermosura lucía sola, que no relumbraban sobre ella joyas ni brocados.

Cubríala una sencilla túnica de finísimo cachemir blanco, ceñido por un cendal azul en la cintura, y en su cuello se veian únicamente el collar de ébano y diamantes, del que habia jurado no separarse, y la cadena de que pendia el relicario en que estaban contenidos el *Lignum Crucis* y la imágen de la Virgen.

Sobre los negrísimos cabellos, llevaba una toca á manera de las cristianas.

Bernardo creyó tener delante á un ángel con el traje de las montañesas nobles de su patria.

— ¡Oh! ¿quién te ha vestido de ese modo? dijo Bernardo.

— Una cristiana cautiva que es esclava mia en apariencia, pero en realidad mi amiga.

— ¿Y sabe esa doncella que eres cristiana?

— No.

— ¿No ha estrañado que te vistas asi?

—Siempre me visto del mismo modo cuando voy al templo de Dios. —¡Oh! y cómo resplandece tu hermosura con esas sencillas ropas, hermosa mia: me parece al verte que tengo delante el blanco fantasma de un hermoso sueño.

—No, no soy fantasma, soy María, soy Saida Otamida que ha nacido para tí, que te ha logrado, y que viene á buscarte para arrojarse contigo á los piés de los altares del Señor.

—¡Oh!; y cuánto tarda el santificarse nuestra union!

—¡Oh! pues es necesario que me escuches, dijo Otamida sonriendo y sentándose en el divan.

Bernardo se sentó á par de ella.

—Oye, dijo Otamida: ¿no te maravilla el que yo hable tu lengua y sea como tú cristiana?

—¡Oh! ¡sí!

—Pues, bién: escucha.

Bernardo teniendo entre sus manos las de Saida Otamida, escuchaba con suma atencion.

Saida Otamida empezó de esta manera.

—Un dia Al-Hhaken, que entonces era principe, se hastiaba. Ni le placia la caza, ni las danzas de sus esclavas, ni las aduaciones de sus cortesanos, ni los versos de sus poetas.

Su alma dormia bajo un fastidio profundo.

De repente los ojos de Al-Hhaken se animaron.

—Ya se en lo que puedo distraerme, dijo.

Y llamó á sus arrayaces y les mandó que dispusieran diez galeones con diez mil soldados.

Al-Hhaken queria curar su fastidio yendo á las riberas cristianas, asolándolas y trayéndose una presa.

Al-Hhaken estaba entonces (de esto hace catorce años) en el alcázar de Alcasira.

Muy pronto sus órdenes estuvieron cumplidas y Al-Hhaken se hizo á la mar.

Llegó en pocos dias á algunas comarcas cristianas y de todas fué rechazado, perdiendo parte de su gente al embarcarse.

Repitió sus embestidas y en todas fué tan desgraciado, que de

los diez mil hombres que habia llevado, entre muertos, cautivos y heridos, ya no le quedaba uno sano, ni mas que los marineros de los galeones, cuando dió vista á las últimas playas de Asturias.

El mal humor del príncipe Al-Hhaken habia crecido hasta hacerse insoportable.

Habia salido de Algeciras con el solo intento de hacer una presa á los cristianos, y no habia logrado otra cosa que dejar á los cristianos presas sangrientas en los cadáveres y los cautivos de sus soldados.

Habia dado vista á Pravia.

Toda la tierra estaba en armas porque se sabia que diez galeones árabes amenazaban las riberas de Galicia y de Asturias.

Al-Hhaken desde sus bajeles veia á los montañeses asturianos de dia guardando la costa, de noche encendiendo hogueras á la orilla del mar.

Era imposible acometerlos.

Al-Hhaken no tenia gente y los montañeses eran innumerables.

Peró estaba empeñado en hacerles una presa.

Así, pues, para confiarlos, desapareció con sus galeones, pero no se alejó mas que lo bastante para que los montañeses no pudiesen verle.

Si los asturianos hubieran tenido barcos de pelea, sin duda que hubieran podido cerciorarse de si los árabes habian desaparecido ó no, y aun hubieran podido vencerlos.

Peró Al-Hhaken sabia que esto no podia suceder, porque los asturianos estaban muy pobres, y apenas tenían algunas miserables barcas de pescar.

Por lo mismo, y seguro de que no corría peligro alguno, cuando empezaba á cerrar la noche, se metia con diez marineros en una pequeña barca, y adelantaba á fuerza de remos hasta llegar á reconocer la costa.

Durante algunos dias, los montañeses estuvieron vigilantes encendiendo sus hogueras.

Pero de noche en noche las hogueras disminuian su número y al fin no quedó ninguna.

Habian pasado quince dias, y los montañeses, creyendo sin duda que los árabes se habian vuelto, se habian retirado tambien á sus hogares.

Al-Hhaken, pues, adelantó hacia la costa, llegó á ella y recorrió la ribera.

Entrar en una poblacion hubiera sido una locura.

Lo que buscaba Al-Hhaken era una casa apartada de las poblaciones, en la cual la resistencia fuese proporcionada á las fuerzas de ataque con que contaba.

Al-Hhaken encontró al fin una casa fuerte, en la ribera, lejos de Pravia y de toda otra poblacion.

A la noche siguiente, llevando diez barcas y en cada barca veinte hombres bien armados y con escalas, volvió, llegó silenciosamente, desembarcó con cien hombres y cuatro escalas y se acercó á la casa fuerte, la escaló y la sorprendió, no sin que despertándose los moradores, hubiera un combate: Al-Hhaken se habia visto obligado á retirarse, pero al hacerlo, al atravesar la distancia que separaba la casa fuerte del mar, uno de sus árabes tropezó con un hombre que corria y le hizo cautivo.

Aquel hombre me llevaba en sus brazos: era un escudero de mi padre, que dudando del resultado del combate habia querido ponerme en salvo.

—¿Conoces á tus padres? dijo Bernardo.

—Sí, sí, respondió Otamida: se su nombre: pero deja, deja que ya llegaremos á eso.

Al verme Al-Hhaken, se dió por contento.

Habia ido en busca de una presa y ya la tenia.

Es verdad que aquella presa era una pobrecilla niña de un año.

El escudero y yo fuimos embarcados y Al-Hhaken se volvió.

Cuando llegó, mandó hacer dos cosas.

La primera á Jacub-el-Meknesi, que levantara mi horóscopo.

La segunda, poner en un relicario de oro, cubierto de piedras preciosas, un *Lignum crucis*, y una imágen de la Virgen

que yo tenia en un relicario de plata pendiente del cuello, cuando Al-Hhaken se apoderó de mí.

Este relicario ha pendido siempre de mi cuello.

Ya sabes lo que Jacub encontró en mi horóscopo.

Porque Jacub es muy sábio.

Que habia nacido con buenas hadas, y que mi estrella se uniria á otra estrella, en la inmensidad del firmamento, sobre las aguas del mar y cuando no se viese tierra.

Y que la estrella que se confundiese con la mia seria la estrella de mi esposo.

Lo que estaba escrito se ha cumplido.

Crecí, ignorando quien yo fuese.

Murió Hixen I y Al-Hhaken fué califa.

Al-Hhaken quiso que yo hablase la lengua de mis padres, por lo que en el tiempo pudiera sobrevenir, y me rodeó de esclavas que hablaban el language de los godos.

Pero separó de mí al escudero de mi padre, á fin de que no pudiera darme noticias de mi nacimiento.

Para engrandecerme mas, Al-Hhaken me habia llamado y me llamó siempre su hija.

Yo lo creia así.

Pero un dia un capricho de Al-Hhaken vino á ser la causa de que yo supiera que no era hija suya.

Habia venido de Damasco con una embajada un anciano wacir.

Cuando hubo estado algunos dias en Córdoba, Al-Hhaken le preguntó qué le parecia su Côte.

El wacir prodigó los mayores elogios, primero á la mezquita, que dijo no tener igual en el mundo, luego á las escuelas, á los hospitales, á la manera como la ciudad estaba regida.

—Pero con todo esto, añadió, te falta la luz, señor.

—¿Y dime, wacir, que luz me falta?

—La de la hermosura de la muger, sin la cual no hay ciudad alegre, ni sala hermosa.

—¿Qué! ¿te parecen feas ó despreciables las mugeres de mis dominios?

—He visto algunas que me han ponderado y no pueden compararse con las hermosuras de Siria, dijo el wacir. Yo he traído una para que me acompañase en el viage, y cuando quieras verla, señor, te convencerás de que en toda la estensa y rica tierra que Allah te ha dado para que la gobiernes con ventura, no hay belleza que se la iguale: quince años tiene y es un prodigio. Tanto ponderó el wacir de oriente á la esclava de Siria, que Al-Hhaken quiso verla.

—Perdona, señor, dijo el wacir, si te pongo una sola condicion para que Kaydah goce de la ventura de que tus ojos se posen en su belleza.

—¿Y qué condicion piensas imponerme, wacir? dijo Al-Hhaken, sonriendo.

—La de que, si encontrases en todos tus dominios una muchacha que sea tan hermosa como Kaydah, sea Kaydah tuya y á mas mil mitcales de oro que yo perderé; pero si no la encontrases en el término de un mes, mia será la más hermosa de las doncellas que hayan disputado la supremacia de la hermosura con Kaydah, y á mas veinte caballos de los que paskan en tus dehesas elegidos por mí, veinte armaduras de Toledo, y veinte túnicas de oro: y mira que Kaydah es doncella y que solo costándome un tesoro la he sacado de las montañas de la Taurida.

—Consiento, dijo el califa, en apostar contigo, pero te advierto que vas á perder.

—No me llamaré perdido si logro ver una doncella que sea mas hermosa que Kaydah.

—¿Y quién será juez de este certámen? dijo Al-Hhaken.

—Los wacires de tu divan y los alimes de tus aljamas (1).

—En mi divan hay cincuenta wacires, dijo sonriendo siempre Al-Hhaken, y en las mezquitas alzadas en Córdoba al Dios Altísimo y Único, doscientos doctores. ¿No temes que siendo tan vário el aprecio que hacen los hombres de la belleza, haya en tan larga asamblea largas y ruidosas cuestiones?

(1) Como si dijéramos los ministros de tu consejo y los sábios de tus templos.
Bernardo del Carpio.

—Será la razon de los mas y el engaño de los menos.

—De modo que se estará á lo que declaren la mitad y uno mas de los jueces.

—Eso será.

—Pues dentro de tres dias habré reunido á ese tribunal de la hermosura, en una sala de mi alcázar, y tú presentarás á tu esclava; pero te advierto que ella no ha de traer mas que una túnica de lino y un velo, y con los cabellos sueltos, y del mismo modo se presentarán sus competidoras.

—Sea así.

—Al-Hhaken reunió sus walíes, que eran infinitos y de las mas nobles familias de Córdoba, y encerrándose con ellos en una sala de la Rusafa, les dijo:

—¡Ea mis leones! ha llegado la hora de un grande combate.

—A tu disposicion, señor escelso, están nuestra vida y nuestras espadas, dijeron los walíes.

—No se trata de batalla en que hayan de fulminar los aceros, ni es necesario que echeis la silla sobre vuestros caballos, ni quiteis las lanzas de sus astilleros: no de una sangrienta lid se trata, sino de mantener la supremacia de nuestra patria, sobre todas las tierras conocidas en cuanto á la hermosura de la muger: ese wacir sirio que ha venido de Damasco con una embajada del califa de oriente, nos provoca despreciando la hermosura de nuestras mugeres y ensalzando sobre ellas á una esclava que ha traido consigo. Un tribunal compuesto de los wacires de mi mexuar (1) y de los doctores de las aljamas de Córdoba, ha de fallar en justicia; grande apuesta media, pero no es la apuesta lo que importa, sino el humillar la jactancia de ese sirio que nuestras mugeres desprecia. Hijas y hermanas y esclavas teneis, caballeros; traed las que mas hermosas sean, pasado mañana á la Rusafa, con una sencilla túnica de lino sobre el cuerpo, cubiertas con un velo y tendidos los cabellos; y tened en cuenta que el pariente ó dueño de la belleza que venza á la esclava del

(1) Consejo. (1) Como si dijéramos los ministros de su consejo y los señores de Betarcho del Califato.

sirio, obtendrá á esta, y tendrá además por esposa con un rico presente, á la que quisiese de mis hijas sultanas.

Alentados los walies por la esperanza de alcanzar tamaña recompensa, prometieron al califa, que tales doncellas habian de traer al certámen, que la soberbia del sirio quedase castigada; y saliendo de la presencia de Al-Hhaken, no se contentaron con contar con las mugeres que tenian dentro de sus casas, sino que se fueron por las casas de los pobres y por los arrabales de Córdoba, y por las aldeas circunvecinas, buscando muchachas hermosas y ofreciendo á sus parientes tesoros.

Al-Hhaken por su parte envió emisarios á los walies de los lugares, villas y ciudades, hasta los últimos confines de su imperio, á fin de que viniesen á la competencia cuantas mugeres hermosas hubiese en sus dominios, antes de espirar el tiempo de una luna, señalado por plazo de la apuesta.

Al tercer dia, en una magnífica sala de la Rusafa, habia dos tronos, uno para el califa y otro para la hermosura que retaba á las hermosuras de Córdoba, para Kaydah.

A ambos lados del trono destinado para ésta, estaban los wacires del califa y los sábios de las mezquitas que componian el tribunal, y en ambos lados dos puertas, por donde debian entrar las doncellas competidoras y salir las que fueran vencidas.

Por la mañana habia ya mas de dos mil mugeres acompañadas de sus deudos y sus nodrizas, en las salas contiguas á aquellas donde iba á efectuarse el certámen. Yo lo veia todo por las celosías de los aquimeces de la galería interior que corria por todos aquellos aposentos, acompañada de las sultanas hijas de Al-Hhaken, á quien yo creia entonces mis hermanas.

A la hora de la oracion de adohar (1), sonaron concertadamente las chirimías, las dulzainas, las tiorbas y las guzlas, y empezaron á entrar en la sala los wacires y los doctores que habian de ser jueces: luego entró el califa con los walies, secretarios, cortesanos, guardias, esclavos y demas servidores de su alcázar, y ocupó su trono.

(1) Al mediodia.

Después, precedido de los secretarios y de sus esclavos y llevando de la mano á una muger cubierta con un velo blanco, entró el embajador del califa de oriente.

Bastó ver, aun cubierta, á la muger que consigo traia el wacir de Damasco, para que se levantase un murmullo de admiracion.

Parecia que aquella muger no tocaba con los piés al suelo; andaba con una magestad tan indolente y se balanceaban de una manera tan bella su talle y su cabeza; era tal la dulce arrogancia de su andar y de sus formas, aunque cubiertas, que se temió que el wacir no hubiese sido jactancioso al afirmar que no era posible hubiese una belleza comparable á la de su esclava en todos los dominios de Al-Hhaken.

Kaydah fué conducida por dos nodrizas del haren del califa que para este objeto estaban destinadas, al trono que se la habia preparado, y cuando en él estuvo sentada, con toda la magestad de un príncipe nacido sobre un trono, Al-Hhaken mandó á su Katib-de-los-Katibs (1) que leyera la causa de aquel acto solémnel, y las condiciones del certámen que Kaydah se presentaba á sustentar.

Después de esto, Al-Hhaken suplicó á la dama encubierta se dejase despojar del velo por las nodrizas del harén, y en aquel momento Kaydah se puso de pié, hizo un gracioso acatamiento á Al-Hhaken, y entregó su velo á las nodrizas permaneciéndole de pié en el trono.

Entonces salió un grito de admiracion de todos los pechos.

No podia soñarse hermosura mas maravillosa que la de aquella muger, ni mayor juventud, ni mayor pureza: su blancura deslumbraba, sus grandes ojos negros resplandecian, sus negrísimos cabellos sueltos sobre sus hombros y sus espaldas la cubrian casi completamente, sonreía de una manera dulce y púdica, y al entreabrirse en aquella sonrisa sus encendidos labios, dejaban ver sus dientes de una belleza y una blancura in-

(1) Secretario de los secretarios, ó primer secretario del califa. (1)

comparable: sus brazos, sus manos, su talle, su actitud, todo era maravilloso.

—Para juzgar de ella era preciso haberla visto.

Una vez descubierta Kaydah, se levantaron, primero los doctores de la mezquita y luego los wacires del califa, y en hilera, según sus edades, primero el más viejo y el último el más joven, fueron pasando en silencio por delante de Kaydah, deteniéndose y examinándola, y temblando ante la serena mirada que Kaydah fijaba en cada uno de ellos.

—Cuando todos los jueces hubieron contemplado á la esclava desde el más anciano hasta el más joven, declararon que Kaydah era una hurí del Paraíso que Dios había permitido bajase á embellecer á una mortal, y que parecía imposible que hubiese en la tierra una muger que la venciera en hermosura.

—Pues yo os digo, y os afirmo por los siete arcángeles y por los siete cielos, que aunque la hermosura de esa niña es prodigiosa, no saldrá de Córdoba con la palma de la victoria, dijo Al-Hhaken.

—Y yo señor, dijo el embajador de Damasco, te juro por el arcángel de las negras alas, que si viese una muger más hermosa que Kaydah, me daré por contento y satisfecho de haber vivido, sólo por haberla visto.

—La verás, wacir, la verás, dijo Al-Hhaken. Entretanto, que vayan entrando y descubriéndose nuestras doncellas.

Pero no entró ninguna de las dos mil que se habían reunido en Córdoba, en sus arrabales y en sus aldeas: sus parientes y sus dueños declararon que era insensato querer disputar la belleza á aquel prodigio, y se salieron del alcázar tristes y cabizbajos con sus parientas y sus esclavas.

—Esperemos á que vengan las doncellas que has mandado venir de todas las partes de tu imperio, dijo con una alegría insolente el wacir de Damasco á Al-Hhaken; tal vez entre ellas venga alguna que venza á Kaydah.

—No es necesario esperar á tanto, dijo tranquilamente Al-Hhaken: antes de mucho esa muchacha será completamente vencida.

—¿Piensas valerte, señor, de algun encantó?

—De un encanto obra del Altísimo me valdré: walí-de-los-walies de mi casa, añadió Al-Hhaken: vé, que destréncen los cabellos á la sultana Saida Otamida, y que la vistan con una túnica blanca de lino y un velo.

Yo, que escuchaba y miraba tras una celosía, me estremecí. Me repugnaba presentarme delante de tantos hombres acostumbrada al retiro de mi habitación, y sobre todo á entrar en una comparacion tal: sin embargo, era necesario obedecer á Al-Hhaken, y poco despues en aquella sala, cuando me quitaron mis nodrizas el velo, dejé ver á todos mi semblante abrasado por la vergüenza.

—¿Y venciste á Kaydah, no es cierto? ¡la venciste! dijo el enamorado Bernardo.

—Yo no te contaria esto, si no fuera necesario para que comprendas el cambio que se efectuó en el afecto del califa Al-Hhaken hácia mí: ningun hombre me habia visto jamás que no fuese Al-Hhaken, Jacob-el Meknesi, y el obispo Yldebrando, y este último sin que Al-Hhaken lo supiese: cuando yo sentí mi rostro espuesto á las miradas de tantos hombres, no sé lo que pasó por mí: recuerdo que pasando por delante de mí todos aquellos hombres, se inclinaban, murmuraban algunas palabras trémulas y pasaban. Por último, cuando ya me habia recobrado, vi un noble anciano, que llegó á mí, me miró con asombro y cayó á mis piés.

—Señora, me dijo: el Altísimo castiga mi soberbia: yo creí que mi esclava Kaydah era la doncella mas hermosa de la tierra y la he mostrado por soberbia: si Kaydah es una hurí del Paraiso, tu eres un arcángel del Señor, y despues de haberte visto moriré.

Y levantándose huyó de mí.

Luego sentí unas manos ardientes que asían mis manos y ví unos hermosísimos ojos que se fijaban con amor en mis ojos.

Era Kaydah.

—Ven, ven, señora, me dijo, quiero yo misma llevarte á ese trono. Luego si tu me quieres por esclava y por hermana seré

dichosa, porque el espíritu de Dios arde en tí y yo te amo.

Me dejé llevar sin saber á donde, y luego todo aquello se fué desvaneciendo.

Algun tiempo despues, aturdida aun, me encontré en mis habitaciones y rodeada de mis esclavas que trenzaban mis cabellos y me ponian de nuevo mis galas de sultana.

—¿Y qué fué de Kaydah? dijo Bernardo.

—El califa la casó con el mas valiente y mas hermoso de sus walies. Era mi hermana: venia á verme á la Rusafa, me dejaba conocer la alegría de la felicidad, porque adoraba á su esposo y era adorada por él, y me contaba hermosos cuentos de hadas y encantamientos de las montañas donde habia nacido: un año despues ya no vino á verme: habia muerto al dar á luz una niña: Al-Hhaken, en premio á su virtud y á su hermosura, y al valor y á la lealtad de su esposo, mandó que la sepultasen en el panteon real de la Rusafa, en un sepulcro de mármol, sobre el cual mandó grabar un epitafio en verso compuesto por el mas elegante y sábio de sus poetas.

Yo llevé luto en el vestido por Kaydah, y aun llevo luto en el corazon por mi hermana, porque Kaydah, convertida por mí, se habia bautizado, era cristiana.

Muchas noches bajo al panteon y me reclino en su tumba.

Paréceme alguna vez escuchar la dulce voz de Beatriz (que asi la llamó el obispo Yldebrando al bautizarla) que me dice saliendo de la tumba: —¡Te espero hermana!

Saida Otamida pronunció con acento triste y dulce estas palabras, y reclinó la hermosa cabeza sobre su seno.

Luego continuó, fijando su límpida mirada en Bernardo.

—La porfia de Al-Hhaken y del wacir de Damasco cambió completamente mi suerte: y me reveló el nombre de mis padres.

—¿Y cómo pudo ser eso? dijo Bernardo.

—Al-Hhaken, que siempre me habia amado como hija y á quien yo amaba como padre, desde aquella disputa, cambió completamente: me veia con mas frecuencia, y siempre silencioso, triste y meditabundo. Gonociáse por los cambios continuos de su semblante, que sostenia dentro del alma una terrible

lucha, y de repente, cuando yo menos lo esperaba, huía de mí. Pasó mucho tiempo: mas triste y meditabundo Al-Hhaken, cada vez que venía á visitarme, hasta que un dia me dijo:

—Otamida, no puedo contener por mas tiempo dentro de mi alma un secreto que la atormenta: necesito aliviarme de él revelándotelo: no eres mi hija.

—¿Pues de quién soy hija? le pregunté.

Entonces me refirió de qué manera me habia robado de la casa de mis padres, y luego continuó.

—Algunos años despues de haberte arrebatado de las playas de Asturias, cuando ya era califa soberano del imperio de occidente, quise saber quiénes fuesen tus padres: envié allá emisarios y descubrieron que ocho años antes, el conde godo Alfonso de Saldaña y su esposa doña Luz de Mendavia, habian perdido una hija, niña de un año, que se llamaba María: que aquella niña habia sido robada por los árabes, y para que no pudiese tener duda alguna, añadian que cuando la niña habia sido robada, llevaba sobre sí un relicario con un *Lignum crucis* y una imagen de la Madre de Jesus, de marfil, con su hijo en los brazos. Si dudas de mi relato, Otamida, que dudar no debes, porque yo jamás he mentado, mas que cuando te he llamado mi hija, y aun así por amor tuyo, pregunta á Jacub-el-Meknesi que me acompañó en la expedicion á Asturias: él te afirmará la verdad de lo que yo te he dicho.

Despues de esto Al-Hhaken, dejándome aturdida con aquella revelacion, salió.

Yo pregunté á Jacub-el-Meknesi, que me refirió lo mismo que me habia referido el califa: yo repetí el nombre de mis padres, y para no olvidarlo, le hice esmaltar en el aro de esta sortija: mirá:

Y Otamida mostró á Bernardo una hermosa sortija con una gruesa esmeralda, y en su aro algunas palabras escritas en arábigo con esmalte verde.

—¡Hija del conde Alfonso de Saldaña y de doña Luz de Mendavia! dijo Bernardo: ¡si supieras María cuántas veces he oído hablar al noble conde de su hija perdida!

— ¡Cómo! ¿conoces tú á mi padre? — Pero yo he resistido

— Sí, como que tambien es padre mio, dijo Bernardo.

— ¡Tú padre! exclamó con espanto Saida Otamida: ¿somos hermanos!

— No: yo llamo mi padre al conde Alfonso, porque le debo todo, todo, menos lo que debo tambien al rey D. Alfonso de Asturias y de Galicia: por el rey soy caballero y respetado en la corte de Asturias; por el conde Alfonso de Saldaña tengo hogar, y gentes con que correr las fronteras de los árabes, sin embargo, yo no sé quienes son mis padres: alguna vez doña Luz me ha dicho:— Tus padres son muy nobles y muy altos. Pero cuando he preguntado á Alfonso de Saldaña, me ha respondido:— Mi esposa se engaña, no conoce á tus padres, nadie los conoce: una mañana te encontró el rey muy temprano en el cajon de los espósitos, en la catedral de Oviedo, á tiempo que iba á la catedral, y te amparó: despues te encomendó á un hidalgo de la montaña, y por último á mí. Puede ser que algun dia conozcas á tus padres, pero eso consiste en Dios y no en nosotros: puede ser que algun dia encuentre yo tambien á mi hija.

— ¡Oh padres míos! dijo Saida Otamida: ¿conque aun me aman! ¿conque aun no me han olvidado!

— ¡Olvidarte! ¡Oh! ¡no! y ahora recuerdo: bendigamos á Dios, María: mil veces tu madre al darla yo tan hermoso nombre, me ha dicho:— Si mi María no nos hubiese sido arrebatada, tendria ya catorce años: sería una hermosa doncella: si os amábais os casaríamos y entonces, entonces si que podrias llamarme tu madre.

— ¡Oh! conque al unirnos vamos á cumplir un deseo de la madre de mi alma! dijo Saida Otamida. Pues bien: vamos amado mio, vamos: el altar nos espera.

— Un momento: tengo ansiedad por saber por qué el rey de Córdoba te reveló que no eras su hija.

— Porque desde el momento en que triunfé, ó quisieron que triunfase de la hermosura de Beatriz, de Kaydah, me amó como muger.

— ¡Ah!

Bernardo del Carpio

—Pero yo he resistido sus amores, yo he desdeñado un lugar en el trono de Al-Hhaken, yo no podía amar como esposo al mismo á quien amo como padre: le compadezco porque sufre: pero jamás mi compasion me hubiera hecho sobreponerme á la repugnancia que esa union me inspira.

—; Será además viejo! dijo Bernardo,

—; Ah! no, te engañas: cuando me robó solo tenia diez y seis años, ahora tiene treinta; es hermoso, dulce; sus grandes ojos negros no saben espresar mas que la generosidad, el amor, ó la bravura: es pálido y blanco, y sus palabras son graves, llenas de dulzura y de sabiduría: cuando anda, toda magestad es mezquina comparada con la suya; cuando recibe á los embajadores estrangeros en su trono parece que el trono se ha hecho para él; de tal modo le domina; cuando cabalga, en las cañas y justas, no hay valiente que le venza habiendo tantos de el califato de Córdoba, y cuando sale con sus taifas contra el cristiano ó contra algun walí (1) rebelde, dicen los que con él van, que enviste con el corage del leon, y con la fuerza del leon destroza; cuando en paz en su alcázar se reclina en almohadones de púrpura, y canta al son de la guzla (2) no hay esclava del haren que le aventaje; cuenta consejas de encantamientos con gracia y hacer primorosamente versos; ; Oh! ; Al-Hhaken haria morir de amo á una muger de mármol.

—Tu le hubieras al fin amado, dijo celoso Bernardo.

—Yo no podía amarle. Yo amaba ya al esposo que debia encontrar bajo el firmamento en medio de las aguas: un doble augurio nos habia unido: el corazon de mi madre y el decreto de las estrellas. ; Por qué, pues, estás triste y pálido, desde que has oido mis justos elogios á Al-haken? dijo Saida Otamida rodeando sus frescos brazos al cuello de Bernardo y posando en él una hermosa mirada, llena de amor y de angustia.

(1) Gobernador de provincia en este lugar: en otros puede ser capitán de gentes de guerra ó funcionario de palacio.

(2) Especie de guitarra.

—No, no, dijo Bernardo pasándose la mano por la frente como para arrancar de ella un pensamiento importuno: yo te creo, creo en tu amor, necesito creer en él: yo te amo, y puesto que la religion ha de consagrar el lazo que ya nos une, vamos amada mia: arrojémonos asidos de las manos al pié del altar del Señor.

—No, dijo Saida Otamida: ; tú dudas de mí ! ; Esperemos !

—; Esperar ! ; esperar yo la felicidad de ser tu esposo ! dilata el momento de volver á Asturias contigo y arrojarte en los brazos de tus padres !

—; Ah ! ; tu esposa ! ; mis padres ! sí, amado mio, sí: corramos el altar nos espera, el obispo Yldebrando esté acaso cuidadoso por nuestra tardanza. Vamos.

Saida Otamida y Bernardo se levantaron y asidos de las manos salieron de la sala.

VI.

Sombrio, humilde, sencillo, apenas desvanecida la oscuridad por una lámpara en un punto delante del altar, la iglesia mozárabe de Córdoba, llena de un religioso misterio estaba desierta, en el momento que Saida Otamida y Bernardo salian del alcázar de la Rusafa para dirigirse á ella.

Los altos arcos semicirculares, sustentados sobre robustas columnas bizantinas: las severas estatuas de piedra de los santos medio escondidos en sus nichos, las capillas con su fondo tenebroso, el techo perdido en la oscuridad, la vaguedad de todos estos objetos, el silencio profundo, todo imponia respeto, todo inspiraba asombro.

Al lado de la iglesia, comunicándose con ella por una puercecilla situada en la parte del Evangelio de la capilla mayor, habia una humilde casa, donde vivia con sus clérigos humilde y

santamente como un monje en su monasterio, el obispo Yldebrando.

Era este un anciano venerable.

De continuo usaba una sencilla túnica de lana oscura, y vestido con ella y apoyado en un báculo, sin llevar mas distincion de su dignidad episcopal que el anillo del pescador, atravesaba las calles de Córdoba con la humildad y la magestad de un apóstol.

Siempre á pesar de su pobreza tenia una limosna para el pobre, y aunque fuese musulman, un consuelo para el desdichado.

Los árabes le llamaban el santo faki de los rumies (1).

Yldebrando, cumplia religiosamente sus pactos con los musulmanes, que eran demasiado civilizados á pesar de su fanatismo religioso, para tener establecida en sus leyes la libertad de cultos: Yldebrando jamás predicaba en las calles; ni hacia tocar sus campanas sino para llamar á la oracion; ni sacaba procesiones de su iglesia, sino al pequeño claustro de la casa conventual que estaba unida al templo; ni dejaba de encerrarse en una litera cuando tenia que llevar la Comunion y la Estremauncion á un moribundo.

Dios pasaba desconocido por las calles de Córdoba, porque Yldebrando era bastante ilustrado para someterse á las leyes del pais en que se daba hópitalidad y templo á su culto, respecto á él; proteccion á los cristianos.

En el momento en que le presentamos á nuestros lectores, el obispo Yldebrando leia en su breviario en una modesta celda junto á una mesa de pino, á la luz de una lámpara de hierro que reflejaba sobre su calva frente.

Contaria el obispo á lo menos setenta años, y su ancianidad era hermosa, la frente dilatada, grandes los ojos, negros y dulces; las mejillas pálidas; la larga y poblada barba blanca como

(1) El santo sacerdote de los cristianos.

la plata virgen; las manos diáfanas y descarnadas; el hábito blanco luengo ancho, los pies calzados con sandalias de cuero.

Era una hermosísima figura del Evangelio en la cual todo hacia conocer la paz, la caridad, la dulzura, la resignacion, la fortaleza.

XIV

En el aposento no habia mas que una tarima con un gergon, un armario con libros, una litera, la mesa sobre la cual leia el obispo, y sobre la mesa un crucifijo y una calavera humana, blanca y reluciente como el marfil.

Y á pesar del intenso frio que hacia, ni un brasero, ni nada que templase lo crudo de la admósfera.

De improviso distrajeron al obispo tres golpes que retumbaron en la casa y en la iglesia.

Yldebrando cerró el breviario y se levantó.

—Ellos deben ser, dijo.

Y luego dirigiéndose á la puerta, añadió con voz dulce:

—¿Duermes, Zacarias?

—No, padre mio, contestó una voz juvenil.

—Han llamado á la puerta y deben ser ellos, la sultana Maria Otamida, nuestra amada hija, y su guardian y su esposo.

—Ellos son, qué digo, la dulce voz de ese angel, dijo el jóven.

—No hay mas ángeles que los de Dios, dijo severamente el obispo, un diácono cristiano no debe reparar tanto en la dulzura de la voz de las mugeres. Vamos hijo, vamos: y no retárdemos, que á los grandes señores les impacienta el esperar y debemos evitar por caridad que nuestros hermanos se impacienten.

Tomó el jóven Zacarias un farol y bajó con el obispo por una estrecha escalera de caracol.

la plata virgen; las manos distendidas y descarnadas; el hábito blanco luego ancho, los pies calzados con sandalias de cuero.

En una hermosa figura del Evangelio en la cual todo parece conocer la paz, la caridad, la dulzura, la resignación, la

VII.

En el aposento no había más que una lámpara con un rergon, un armario con libros, una librería, la mesa sobre la cual se el obispo, y sobre la mesa un crucifijo y una calavera humana, blanca y resplandeciente como el marfil.

Poco despues estaban en la sacristía.

Otro diácono, jóven tambien, entró en seguida.

—¿Quién es, Yago? dijo el obispo.

—La sultana María Otamida con otros dos hombres, dijo el jóven.

—¿Y por qué no les has abierto?

—He venido á pedirte licencia, padre, porque ya es tarde.

—La casa del Señor está siempre abierta para los que en él creen: vé y ábreles.

Yago salió.

—Vísteme mis ornamentos pontificales, Zacarias, dijo el obispo.

Entonces el jóven abrió un armario y sacó de él una finísima alba de lino, una admirable capa pluvial de brocado, que no podia desmentir la mano del árabe que la habia fabricado, por sus preciosas labores, y una mitra con todo lo demás que constituye el traje de pontifical de un obispo.

Yldebrando con aquellos ornamentos estaba verdaderamente venerable y hermoso.

Entretanto habian entrado Saida Otamida, con su sencillo traje de lana blanco, y Bernardo con las magníficas ropas árabes que le habian vestido aquel dia.

—¿Venís solos! dijo severamente Yldebrando: no padre, no, dijo Saida Otamida: ha venido conmigo Jacub-el Meknesi.

—¿Y por qué no ha entrado?

—Ya sabes padre, que tiene horror al culto cristiano. Fuera se ha quedado en el átrio. Toma, Bernardo, dijo la sultana dán-

dole una cajita, y dásela á nuestro venerable padre Yldebrando.

Bernardo tomó la cajita y la entregó al obispo.

Este la abrió.

Dentro habia siete doblas de oro y una sortija.

Las arras y el anillo nupcial.

Aquel anillo era el que tenia una magnífica esmeralda, y en su aro el nombre esmaltado de los padres de Saida Otamida.

—No me agrada esta vanidad, hija mia: algunas pobres monedas son bastante y un anillo de plata, para una doncella cristiana.

—Dios ha hecho tambien, padre, el oro y las piedras preciosas y no porque sean ricas hemos de despreciarlas.

—El mejor tesoro que una muger lleva á su esposo, es su pureza, su sumision y su amor. Pero ya es la media noche; ya ha empezado otro dia, podeis ser velados. Yago; dí al arcipreste Alberto, que venga para ser padrino de una boda: á nuestra anciana Emilia mi hermana, que deje el lecho para ser madrina: tú Zacarias enciende los cirios del tabernáculo; á Gracia dile que suba al coro para acompañar con el órgano la misa, y vosotros hijos míos venid entretanto á confesarme vuestras culpas; primero tú María; despues tú Bernardo.

Y saliendo á la iglesia entró en un alto y voluminoso confesionario, y se puso á confesar á Otamida; mientras Bernardo oraba á los piés del Tabernáculo, en el cual Yago encendia hasta una veintena de cirios.

Del mismo modo encendió los candelabros de las pilastras.

La iglesia salió de su caos y se mostró con toda su grandiosa sencillez.

Fustes, chapiteles, arcos, estatuas, bóvedas, pavimento, todo tenia luz.

Bernardo se sentia arrebatado por una magia inexplicable: habia encontrado en Córdoba un amor, y su Dios le iba á santificar, y Bernardo sintió ese espíritu divino que parecia llenar el templo.

Pero á pesar de su doble fascinacion religiosa, y cediendo á un poder incontrastable, un sentimiento íntimo, una actividad

involuntaria, forzaban á los oídos de Bernardo á trasladarse allí, á aquel confesonario, donde Saida Otamida abría su alma en el tribunal de la penitencia, al obispo Yldebrando.

Y aunque nada oía, percibía sin embargo un eco rónico, severo, que era, á no dudarlo, el de la voz del obispo que reprendía duramente á Otamida.

Dé tiempo en tiempo Bernardo creía escuchar un sollozo de su amada, y Bernardo sufría y se avergonzaba en nombre de Otamida, porque comprendía la causa de la severidad del obispo y de los sollozos de la jóven.

Al fin el eco de la voz de Yldebrando se dulcificó, y poco despues Saida Otamida se levantó resplandeciente, pura, de los piés del confesonario.

El diácono Yago llamó á Bernardo, que fué á su vez á abrir su conciencia al obispo.

Infórmose este de quién Bernardo era, escuchó sus culpas, le amonestó, le aconsejó, púsole ante los ojos las grandes obligaciones que como esposo iba á contraer, y por último, le bendijo, se levantaron entrambos, y el obispo se fué al altar, donde revestidos ya el diácono y el subdiácono, le revistieron á su vez, dos ancianos, el alcepreste Alberto y Emilia la anciana, hermana del obispo, se arrodillaron, el uno á la derecha y la otra á la izquierda de Bernardo y Otamida, que se habian arrodillado tambien sobre el presbiterio delante del tabernáculo.

Empezaron los desposorios.

Entonces un gemido grave, armonioso, magnífico, partió del fondo de la iglesia: era el órgano, el templo de Dios hablaba, y siguió lanzando los armoniosos sonidos de esa grande elocuente armonía, que se llama canto llano: concluyeron los desposorios, pusieron los ayudantes el velo blanco sobre la cabeza de Otamida y la estola roja sobre los cuellos de ambos esposos, y empezó la misa de velacion, entre el humo aromático de los incensarios de oro: dió el obispo la comunión á entrambos esposos, llenó las últimas prescripciones del rito, y los dos, Otamida y Bernardo, se levantaron del pié del altar consagrada ya su union por el Altísimo.

— Al volver á la sacristía, Otamida dijo á uno de los diáconos.

— Pide al que espera en el átrio lo que consigo tiene, y tráelo.

Yago salió y poco despues volvió con un pesado cofrecillo de sándalo.

— ¡Y qué es esto, dijo el obispo.

— Yo no tengo bodas, padre: no puedo tenerlas, secreto á sido mi casamiento como secreto mi segundo bautismo: ya sabes que ignorábamos si yo habia sido bautizada, porque hasta hace dos años, no me reveló el califa que yo era hija de cristianos: dejo de ser la sultana Saida Otamida para recobrar mi nombre segun los usos de mi patria: la esposa de Bernardo, caballero y servidor del rey de Asturias, se llama desde hoy doña María de Saldaña: pues, bien, ya que no puedo celebrar aquí mis bodas, que las celebraré en Asturias, quiero que mi casamiento alegre á algunos desdichados. Aquí hay joyas de inestimable valor: reservad de ellas lo necesario para el culto del Altísimo, y repartid lo que reste á los cristianos pobres de Córdoba.

— ¡Que Dios te bendiga, hija mia! dijo conmovido el obispo.

Y despues de algunas tiernas palabras, Otamida y Bernardo salieron al átrio, donde se paseaba meditabundo Jacob-el-Meknesi, y luego de la casa conventual.

Entró Otamida en una silla de manos que la esperaba, siguióla Bernardo y algo mas atrás Jacob, que exclamó al alejarse de la iglesia.

— ¡Que se cumpla la voluntad del Señor!

CAPITULO IV.

De lo que resultó de la ronda nocturna de un kadi.

ENTRETANTO un kadi que con su ronda de alwacires (1) habia escuchado al pasar por la calle donde estaba la iglesia mozárabe, la armonía del órgano y los cánticos de los sacerdotes, encontrando extraordinaria aquella festividad religiosa á tal hora ya la tercera ó del último tercio de la noche, se habia detenido y aun ocultádose él y su gente en los huecos de las puertas de las casas inmediatas, deseoso de saber si los cristianos, sus naturales enemigos, se reunian en su templo á horas en que no les estaba

(1) Kadi, alkadi, alcalde, juez: Alwacir, alwacil. Alguacil, ministro inferior de justicia.

permitido, con arreglo á las leyes, ó mas bien prescripciones del califa.

No esperaba ciertamente el kadí, que fuesen solas tres personas las que estuviesen en el templo; pero cuando vió salir por el postigo del claústro una dama envuelta en un haíke negro y dos musulmanes, porque Bernardo lo parecia, y que la dama entraba en una litera, y cuatro esclavos cargaban con ella, el kadí vió un delito gravísimo de traicion á Dios y al califa y se puso recatadamente en seguimiento de nuestros personages, á los que no prendió en el acto por cierto temor que le infundió al notar, aunque la noche era un tanto oscura, lo fornido de los esclavos y el arrogante aspecto de Bernardo y de Jacob-el-Meknesi.

Siguiólos, pues, recatándose y sin ser sentido, entre el silencio y la soledad del estrecho barrio de la Axarquia, hasta que llegaron al alcázar real de la Rusafa, y abriendo el Meknesi un postigo desaparecieron por él, litera, esclavos, Bernardo y Jacob.

El kadí se quedó como quien vé visiones.

Indudablemente aquella dama que de la iglesia mozárabe habia salido, y en el alcázar habia entrado, era una sultana del haren, ú otra muger de la familia del califa, y dos grandísimos caballeros los dos que la acompañaban.

Podia suceder tambien que uno de aquellos caballeros fuese el califa.

La situacion en que se encontraba el kadí era, á no dudarlo, comprometidísima.

Callar, era acaso dejar oculta una traicion al califa.

Hablar, era acaso ofender al califa y darle á conocer que habia sorprendido uno de sus secretos.

Por ambas cosas podia perderse la cabeza, y el kadí se hallaba muy bien con la suya para arriesgarla á una suerte de dados, como quien dice.

Era, pues, necesario asegurar la cabeza.

Lo primero que hizo el kadí fué pensar en procurarse el secreto de los cuatro alwacires que consigo llevaba, y por lo mismo separándose silenciosamente y á buen paso del alcázar, tomó

por el revuelto laberinto de callejuelas del barrio de Alkibla (1).

Vosotros no sabeis lo que era Córdoba, lectores míos, en los tiempos de sus califas; algunos la conocerán hoy; algunos morarán en ella; hoy es una ciudad casi desierta, comparada con lo que fué: todo en ella ha cambiado: la gran mezquita ha perdido sus arabescos, su mirab (2) y su alminbar (3); las campanas cristianas, conquistadas por Almanzor, que la servían de lámparas, han vuelto á la catedral de Santiago, de donde fueron arrebatadas; ya no se vé á la derecha del mirab la maksura (4) del califa: ha desaparecido: las paredes labradas de la mezquita han sido rotas para poner en los huecos los órganos, el tabernáculo, los altares, los retablos y las capillas cristianas: un obispo mandó que la blanqueasen, y sus restos de arabescos desaparecieron bajo la cal: otros obispos han seguido mandando poner mas y mas capas de cal sobre los ya escondidos adornos, y sin embargo, todavia allá en algun rincón olvidado que no se blanqueó por oscuro, se lee en letras sáficas el artículo de fé del Korán que dice: «No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» El alminar de su torre, desde donde el mueden (5) llamaba á los árabes á la oracion, ha perdido sus labradas almenas reales, y en su lugar se vé el cuerpo de bárbara arquitectura añadido por los cristianos para colgar en él sus campanas: algunas de sus antiguas puertas han sido tapiadas, abiertas otras: su patio de ablucon ha sido convertido en claustro: solo han quedado á la gran mezquita sus calles de columnas, sus capiles de piedra, el elegante corte de sus arcos y de sus bóvedas, al-

(1) En árabe Alguí ó Algufia, significa la parte norte; Alkibla, la de mediodía; Aljarkia, la de oriente; y Algarb ó Algarbia, la de occidente; en este lugar del texto significa que el kadi había entrado en el barrio del mediodía de Córdoba.

(2) Lugar situado al oriente en todas las mezquitas á donde se vuelve el musulman para adorar á Dios.

(3) Púlpito desde el cual el faquí (sacerdote) esplicaba al pueblo el Korán.

(4) Gabinete de madera portátil, cerrado con celosias y puesto sobre ruedas, donde oculto á sus vasallos oraba el califa.

(5) Como sacristan.

guno que otro arabesco, y su historia y sus recuerdos que nadie ha podido quitar: el tiempo al cabo la destruirá y en el tiempo se perderá su memoria.

El historiador, el arqueólogo, el artista y el poeta se sienten oprimidos por la profanación artística é histórica, que se cometió con aquel monumento al consagrarlo y se preguntan con dolor: ¿No habian conquistado los expugnadores de Córdoba bastante terreno para levantar al Dios verdadero un templo gótico, dejando intacto aquel prodigio de las artes árabes, en vez de consagrar á Dios un templo, que mientras guarde su forma guardará el espíritu sensual del Korán, destruyendo la joya árabe sin hacer de ella el templo cristiano? ¿no sería mejor que Córdoba se enorgulleciese con dos magníficos monumentos en vez de mostrar avergonzada la bárbara mutilacion del uno?

El fanatismo y el odio, ciegos y bárbaros, se unen al tiempo que destruye, y le aventajan en su obra de destruccion.

El Guadalquivir corria entonces como ahora á los piés de la mezquita: ¡pero cuán diferente entonces! limpio su cáuce y profundo, mostraba sus riberas cubiertas de jardines, en los cuales penetraba el rio por curvos y tranquilos canales, yendo á henchir las albercas de mármol de las bellísimas casas de recreo, que levantaban sobre las frondosas odoríferas de los árboles frutales; sus cúpulas caladas con sus relucientes tejas de colores, asentando sus muros sobre el fresco y mullido cesped hordado de florecillas: ligeros esquifes surcaban la tersa superficie del rio, yendo á perderse por los canales bajo la sombra de los árboles, y los ruseñores entónaban continuamente entre la fresca espesura su cántico armonioso.

La ciudad era tambien enteramente distinta.

Peró todo lo que tenia Córdoba de alegre y risueña alrededor de sus fuertes muros, lo tenia de grave y severo dentro de ellos.

Las calles estrechas, hasta tal punto algunas, que no podian marchar por ellas dos personas de frente, tortuosas con el bello desórden de las construcciones hechas al capricho sin atender en nada á la simetría; ciegos, sin una ventana, sin un respirade-

ro los blanqueados muros, ostentando únicamente en lo mas alto sobre el alero, y como recatándose de la calle un pequeño mirador cubierto por espesas celosías: las puertas bajas de arco de herradura, por el que no podia pasar un hombre á caballo, y tras aquel arco, una puerta fuerte claveteada, y á veces forrada de hierro, con un postigo pequeñísimo cuadrado, para entrar por el cual era necesario encorbarse hasta tocar casi con las manos al suelo: esta estrechez y esta tortuosidad de las calles servia para precaverse con la sombra y con la circulacion del aire encañonado, del ardiente sol de Andalucía; esta total carencia de vistas á la calle para defender el corazon de las mugeres de las tentaciones del amor, y estas puertas bajas y redobladas para hacer mas fácil la defensa del hogar en el caso de una irrupcion enemiga dentro de los muros.

Y este triple objeto se veia servido por todas partes en la inmensa ciudad de los califas; laberinto enmarañado de callejuelas, que iban á confluir en mil puntos distintos como en otros tantos nudos de una red, en pequeñas plazuelas, en las cuales se veia generalmente un algibe á la sombra de un árbol, y delante del árbol y del algibe, un edificio mas rico, con un patio por vestibulo y en aquel patio una fuente, una alberca y algunos árboles.

Estos edificios eran generalmente una mezquita, una escuela, un almarestan ú hospital, ó una casa de moneda, ó un tribunal. Cuatro casas de moneda tenia Córdoba entonces, doscientas^s mezquitas, ochocientas escuelas, donde los doctores mas sábios enseñaban la interpretacion del Korán, como si dijéramos, el derecho árabe; la poesia, la filosofía aristotélica, la medicina, la cirugía, la botánica, la química y la astrología; los hospitales eran innumerables; las casas de baños se encontraban á cada paso, y eran para los cordobeses lo que para nosotros los cafés; y las alhóndigas, y los mercados; y en las plazas mayores las escuelas de armas, donde un viejo guerrero sentado sobre un viejo almohadon, teniendo delante dos alfanges cruzados sobre dos adargas redobladas, esperaba desde el amanecer á los que querian, por un precio módico, aprender la ciencia de matar; y mas allá del maestro de armas, el barbero ambulante con sus útiles de

rasurar; y á otro lado el mendigo, sentado contra el muro, con un largo rosario en la mano, rezando con voz plañidera las suras del Korán que prescriben la caridad; y en otro punto el juglar y la bailarina, la bayadera, con sus trages de colores y oropel, la alfombra raída, bailando la una al son de la pandéreta sobre la alfombra, sentado á un ángulo de ella el juglar con las piernas cruzadas tañendo la guitarra y cantando con voz cadenciosa romances de amor; allá en un ángulo, bajo un soportal, subido en un poyo, el narrador de cuentos; y alrededor del maestro de armas, soldados y valientes disputando lances y resolviendo las dudas de una manera práctica; y alrededor del mendigo gentes piadosas que á trueque de una limosna le hacen rezar una oracion; y niños y viejos y alguna muger del pueblo, con su cántaro en la cadera, viendo danzar á la muchacha y oyendo cantar al juglar, y alguna víctima en manos del barbero, y un crecido número de oyentes en torno del narrador de cuentos; y entre los que atraviesan por la plaza, algun árabe envuelto en su albornoz, que sigue recatándose, y á distancia alguna dorada silla de manos con las celosías cerradas; y llevando la silla esclavos, y guardándola algun árabe sombrío y receloso: y con paso furtivo alguna tapada completamente envuelta en un haïke, sin dejar ver más que dos ojos negros como la noche con un lucero ardiente y opaco allá en el fondo de cada ojo; y graves xeques con su barba blanca y sus ropas talares, convenientemente rodeados de servidores; y jóvenes que vagan; y ociosos que toman el sol ó la sombra tendidos en los lados ó bajo los soportales; y por todas partes las estrechas puertas con escalones, por los que se baja á las profundas tiendas de joyeros y mercaderes de sedas y perfumes, judíos los unos, árabes los otros, cristianos de España y de Génova muchos; y aquellas tiendas concurridas por jóvenes señores, y por damas tapadas que solo dejan ver sus manos que toman las joyas ó las telas para examinarlas, y los ojos con que las miran sin dejar de mirar al soslayo y como á la derecha á los hombres que hay en la tienda; y recorriendo todo esto el alwacir para cuidar que nadie falte á los preceptos del Korán y á los no menos impres-

cindibles del califa, y el recaudador de la *Alcudia* (1) á que corresponde la plaza, con su saco de cuero, cobrando su dinar de cobre (2) al maestro de armas, y al mendigo, y á la bayadera, y al juglar, y al barbero, y al adivino y al ensalmador, y al contador de cuentos y á los vendedores de dátiles y de frutas, de bebidas y refrescos; hé aquí el aspecto de una plaza de Córdoba, cuando Córdoba era sultana, durante el día.

Por la noche todo cambiaba: cerrábanse las tiendas y los baños, y las buñolerías, y las escuelas, todos los establecimientos públicos, en fin, poco despues de la puesta del sol; cada cual se metía en su casa sin salir de ella sino para alguna urgencia despues de oscurecido, hora en que cada alkadí en su jurisdicción con sus alguaciles salia á rondar las calles, y evitar los robos, y las músicas de los enamorados y los peladeros de pava desde la calle al mirador, cosa opuesta al reposo de las familias: á mantener, en fin, el orden y la seguridad de su alcaldía, como si dijéramos, á guardar el sueño de los vecinos.

Solia suceder que algun Reduan bizarro, que cambiada ternezas con alguna linda Xarifa, allá en medio del silencio de la noche, sin mas testigo que las estrellas y algun celoso vecino, al quererle prender el kadí, por contraventor de los reglamentos, asiese del broquel y de la espada y diese una zurra á la justicia, ó bien que al revolver una esquina la justicia se encontrase con algun Abindarraez difunto á poder de la celosa rabia de algun negro Otelo: en el primer caso la justicia encomendaba su salvacion á la velocidad de sus pies, y en el segundo el kadí llegaba al hospital mas próximo, mandaba al muni-dor que fuese con sus sepultureros por el muerto y le enterrasen, y asunto concluido.

A pesar de sus mendigos, de sus juglares, de sus bayaderas, de sus vagos, Córdoba era industriosa, trabajadora, rica: su policía urbana inmejorable; sus hospitales, asilos preciosos donde

(1) Alcudia, jurisdicción de un alcalde.

(2) Moneda infima.

el doliente hallaba todo género de consuelos; sus baños alegres, bellos, perfumados, saludables; sus escuelas emporios de ciencia, y la libertad amplia dentro del círculo inviolable de las leyes: es verdad que todas estas cosas y derechos, costaban algo caro á los cordobeses, que pagaban tributo hasta por el aire que respiraban, pero era preciso tener en cuenta que las magnificas mezquitas, y las limpias y abundantes cisternas, y los bellos baños, y los humanitarios hospitales, y los árboles que daban sombra, y la limpieza de las calles, y los ministros que protegían el sueño de los vecinos honrados, costaban dinero: sin contar conque el califa se veía obligado todos los veranos á salir á campaña, ya para reprimir algún walí soberbio y ambicioso que pretendía alzarse con la provincia encomendada á su gobierno, ya para poner coto á las acometidas de los reyes cristianos de la montaña y de más allá del Pirineo, que no cesaban de acometer la frontera, ya para proteger las costas de las rapiñas de los piratas berberiscos.

Córdoba, pues, pagaba con gusto sus tributos, porque aquellos tributos se invertían en engrandecerla y gobernarla en justicia en el interior, y á mantener su gloria en el exterior.

Córdoba, en fin, era en aquellos tiempos en que lucía para ella el astro de su próspera fortuna, hartamente diferente de lo que es en el momento en que escribimos estas líneas.

II.

Al buen kadí Aben-Mithsan, no le había acontecido jamás una aventura tan comprometida como la de aquella noche, en que había visto salir de la iglesia mozárabe, una dama y dos caballeros musulmanes, y meterse, sin tropezar en ninguna parte, en el alcázar.

Ello era que musulimes habían entrado en el templo de los
Bernardo del Carpio.

cristianos, en el cual se habia celebrado una ceremonia religiosa.

Que habian salido y que no se habia atrevido á prenderlos; que habian entrado en el alcázar y que no se atrevia á dar parte de ello al califa.

Y si él solo hubiese visto esto, con guardar silencio y dejar que se cumpliese la voluntad de Dios, quedaba terminado el negocio y orillado el apuro: pero lo habian visto tambien los cuatro alguaciles que le acompañaban.

Y sabia el bueno de Aben-Mithsan, que los alguaciles eran gente habladora y maleante, y que nunca murmuraban de mejor gana que cuando lo hacian de un superior, por lo que era inminente que aquella aventura trascendiese, y si trascendia, el kadí esperaba tales peligros que no se atrevia á pensar en ellos.

Así es que, por único recurso y con desconfianza de que bastase, se llevó á su casa á los alguaciles con el objeto de sobornarlos, prevenirlos y atemorizarlos, todo junto.

III.

Ya dijimos que se habia encaminado en seguida al barrio de de Alkibla.

En él, en una callejuela sin salida, que de estas habia un número infinito en Córdoba, y en su fondo, se detuvo delante de una puerta de herradura y llamó por tres veces.

Respondieron de adentro, contestó el kadí, abrióse á poco un pequeñísimo postigo que no tenia una vara de altura, y apareció una vieja con un candil en la mano, que sacó la cabeza rodeada de un turbante negro, y adelantando el candil examinó recelosa aun, quién era el que llamaba.

—Quítate, quítate de enmedio, Lay, la dijo el kadí, vieja desconfiada, que no parece por las precauciones que tomas sino que

Córdoba está sitiada por los cristianos, y ya ves que eso no puede ser, añadió el kadí encorbándose y entrando casi á gatas por el pequenísimo postigo. Entrad, hijos, entrad, dijo desde adentro á los alguaciles, que tengo que haceros graves advertencias: cierra, Lay, buena vieja, añadió cuando estuvieron dentro los alguaciles que se asombraban de que el siempre ceñudo y silencioso kadí, estuviese con ellos tan comunicativo y afable.

Lay, que era una especie de estantigua, alta, delgadísima, huesuda, angular, sobre la que caía lacia y pegada á aquel cuerpo sutil, una especie de túnica de lana parda, corta, dejando ver unas canillas de pájaro, y unos piés largos calzados con unas viejas babuchas, que producian á su andar un desvergonzado chancleteo, con los brazos desnudos, semejantes á sarmientos, y un trapo negro puesto en la cabeza á manera de toca: tiró magestuosamente hácia adelante, metióse por un bello patio en el que habia una fuente y una alberca, cuyo monótono murmullo se dejaba oír entre el silencio de la noche, al lado de las cuales habia algunos limoneros y dos cipreces, y perdiéndose por una galería formada por arcos esbeltos y columnas de mármol, metióse por unas estrechas escaleras y tras ella el kadí y los alguaciles, que se asombraban cada vez mas de verse de tal modo tratados por el siempre terrible juez.

Llevólos Lay á una habitacion pequeña y sencilla, pero muy bella, blanqueada, con adornos azules y encarnados, cubierto el pavimento por una alfombra de esparto, con un divan de lana puesto alrededor de un brasero encendido.

Hizo sentar el kadí á los alguaciles, y removió el brasero para que se calentasen, lo que aumentó el asombro de estos haciéndoles creer que soñaban, despues de lo cual el kadí les dijo:

—Esperadme aquí, hijos míos: que voy á mandar que os traigan algun refrigerio, que siendo la noche tan fria y habiendo andado tanto, bien lo habreis menester. Calentaos y descansad, que yo pronto vuelvo.

Metióse, dicho esto, el kadí, por una puertecilla que abrió con un llavin que sacó de entre sus ropas, atravesó un corredor oscuro y se paró á escuchar junto á una puertecilla.

—Zanna duerme, dijo con cierta sensual delicia el kadí: escucho su dulce aliento: ¡oh luz de mis ojos! ¡oh ventura mia! ¡oh deliciosa hija del mar y de las flores! ¡sin duda que voy á quitarte uno de los hermosos sueños con que te sonrien las buenas hadas! ¡pero es preciso, mi corazon! ¡mi cabeza está amenazada! yo no sentiria la muerte si no fuera por tí. Porque ¡qué sería de tí muriendo yó? Mis codiciosos parientes venderian tu hermosura, y en vano te habria yo comprado con los ahorros de mis afanes, y en vano habria halagado la esperanza de que me amases alguna vez, luz de mis ojos! ¡Es necesario que tú, que eres sabia, me aconsejes, y que para aconsejarme despiertes.

Y el kadí llamó quedito y comó con miedo, á la puertecilla.

Nadie contestó.

El kadí volvió á llamar con alguna mas fuerza.

Tampoco contestaron.

—¡Oh y como duerme! exclamó el kadí: y sin embargo, es necesario que despierte.

Y volvió á llamar con mas fuerza.

De uno á otro llamamiento habian pasado á lo menos cinco minutos.

Todavia pasaron otros cinco antes de que la puerta se abriese

IV.

Una muger alta, esbelta, hermosa, jóven, lánguida, soñolienta, desordenadas bellísimamente las anchas y largas trenzas de sus cabellos castaños, envuelta en una ancha túnica de lino, apareció delante del kadí.

Todo era voluptuoso en aquella muger, ó mejor dicho en aquella niña: su actitud de dulce cansancio, su mirada adormecida entre las sedosas pestañas de sus grandes párpados; que de-

jaban ver á medias los oscuros y brillantes ojos garzos, y el acento dulcemente fatigado y desdeñoso con que dirigió su palabra al kadí.

—¿Qué me quieres, mi señor Aben-Mithsan? dijo: nunca has llegado á estas horas á la habitación de tu esclava. Te habrás cansado ya de ser un señor generoso. Dilo y no te embarace la respuesta: tu esclava soy, á tu obediencia vivo, tu voluntad es para mí una ley. ¿Que te suspende? habla ¿A qué es esta extraña venida en medio de la noche?

—Cuando dices que eres mi esclava Zanna, dijo el kadí, no dices palabra de verdad: tú eres mi señora, y la señora de cuanto poseo: si yo te compré fué porque te vendian, y si no te doy la libertad es por verte alguna vez, por adorar tu hermosura, que es el único bien que me concedes: á mis amorés te has negado como muger, y yo no quiero tu sumision como esclava: no quiero que llores: conozco que soy viejo, que nada tengo de hermoso, y que pudiera ser tu abuelo: por lo mismo te trato como si fueras mi hija, y nada solicito de tí que pueda disgustarte: por tenerte contenta faltó muchas veces á la justicia, esponiéndome á un severo castigo, y el dinero que me dan aquellos por quienes ofendo á la justicia, lo empleo en joyas para adornarte y en ricas telas de seda y oro para vestirte: comes y vives como una sultana y tus habitaciones son un pequeño alcázar, en que nada falta, ni el blando y hermoso lecho, ni las alkatifas (1) de Persia, ni los perfumes de oriente, ni los espejos de Venecia; dos esclavas doncellas te sirven, y siempre que quieres salir á recrearte en los jardines del rio, tienes litera dorada y dos esclavos negros que te guardan.

—Yo te lo agradezco Aben-Mithsan, y te amo como amaria á mi madre, pero no puedo amarte de otro modo, porque solo él Altísimo manda en los corazones y no ha querido que el mio arda por tí.

—¿Y quién trata ahora de eso? dijo con un doloroso acento de resignacion, el viejo kadí.

(1) Alfombras.

—¿A qué entonces esta venida en hora tan desusada?

—Porque desusados y terribles son los peligros que me amenazan, y vengo á pedirte consejo.

—¿Y qué puedo aconsejar yo, inesperta y jóven, á un hombre anciano, que de continuo está leyendo, como juez, el corazón de los hombres, y castigando crimenes.

—Tú eres sábia Zanna: ya recuerdas que por lo que sabias, tu primer amo me cobró un precio cien veces más cara por tí que lo que me hubiera cobrado por cualquiera otra esclava.

—Veamos lo que te sucede, Aben-Mithsan, dijo Zanna cerrando la puertecilla por donde el kadí había entrado y sentándose indolentemente sobre tres almohadones de damasco azul bordado de plata.

Aben-Mithsan tomó otro almohadon y se sentó á cierta distancia de Zanna, que escuchaba en una posición abandonada, magnetizando al pobre viejo con la candente mirada de sus hermosos ojos, y el kadí la dijo:

—Hacia yo esta noche mi rónda de costumbre, cuando al pasar junto á la mezquita de los rumís (1) oí la armonía grave y cadenciosa del órgano, y por los calados de las ventanas ví el reflejo de las luces del interior. A esta hora los cristianos no celebran ningun rito, como no sea en la noche de Navidad, y debí extrañarme de ello, y cumpliendo con mi obligacion, procurar saber lo que aquello fuese. A la voz del órgano, se unian las voces de los fakís (2) cristianos como cuando hacen esa ceremonia que llaman la misa: pero muy luego la música cesó, y fué oscureciéndose la iglesia hasta quedar completamente oscura.

—Debiste haber dado cuenta de esto al kadí de los kadís (3).

—Es que aun hay mas. A poco de haber cesado la música y de haberse apagado las luces, salieron de la mezquita de los cristianos una dama y dos caballeros árabes.

Debiste haberlos preso.

(1) El templo de los cristianos.

(2) Sacerdote.

(3) Gran ministro de justicia.

—No me atreví, oían á poderosos y la dama se habia metido en una litera, que llevaban cuatro esclavos; otros dos, el uno delante y el otro detrás, acompañaban la litera.

—Fuiste muy cobarde.

—No llevaba mas que cuatro alguaciles y ellos eran ocho.

—Debiste seguirlos á lo menos.

—Y los seguí.

—¿Y dónde se metieron?

—En el alcázar de la Rusafa, por un postigo.

—¡En el alcázar de la Rusafa! exclamó con asombro Zanna.

—Sí, y por esto es mi perplegidad: solo Dios sabe quiénes eran la dama y los dos caballeros.

—Debiste haber dado cuenta al emir Algalib-billah (1) que hubiera dada cuenta al califa.

—No me he atrevido.

—Pues te anuncio, mi buen Aben-Mithsan, que es muy posible que te descabecen.

Estremecióse el kadí y dijo con voz temblorosa.

—Lo mismo me temo yo: y mas habiendo sido testigos de esto los cuatro alguaciles que me acompañaban.

—Soborna á los alguaciles.

—Eso he pensado y los he traído á casa; les daré vino de naranja y de higos (2) y alhajú, y otras frioleras: los embriagaré, les haré luego creer que lo que han visto ha sido un sueño de su embriaguez y les llevaré á la cárcel como contraventores de los preceptos del Korán, y luego me será mas fácil probar si declaran, que lo que han declarado es mentira, bien de la embriaguez, ó en venganza contra mí por haberles preso.

—¡No has pensado mal! dijo profundamente Zanna.

—Sí, pero estoy sumamente inquieto. Tú que eres sábia ¿por qué no me dices lo que me puede sobrevenir?

(1) El príncipe vencedor por Dios.

(2) El Korán prohíbe terminantemente á los musulmanes el uso del vino, pero ellos salían á salvo de esta prescripción respetando el vino de uva, y usando el de otras frutas: porque para ellos el verdadero vino era el producido por el árbol de Noé.



Levantóse gravemente Zanna, fué á una especie de alhacena, y de ella sacó una cajita: luego puso la lámpara de ágata que alumbraba la estancia sobre la alfombra y sentándose á los pies de Aben-Mithsan, abrió la cajita y sacó una especie de baraja cabalística de sutiles ojas de márfil. En cada una de aquellas hojas habia un cierto número de signos, rojos los unos, los otros verdes, los otros negros, y otros azules.

Zanna barajó lentamente aquellas hojas, y luego fué estendiéndolas en la alfombra.

—Mal, muy mal, decia á medida que aquella especie de naipes iban saliendo. Has nacido con malas hadas, Aben-Mithsan: mira las siete salamandras rojas, junto á la grande y sangrienta espada, y esté caballero mas allá con la espada desnuda: y ni un solo dinar: tu eres muerto, Aben-Mithsan, tu eres muerto: tu crimen ha sido descubierto ya.

—¡Descubierto! ¿pues quién ha podido saberlo?

—Alguno que, invisible para tí, ha tenido conocimiento de cuanto has hecho.

—¡Oh misericordioso Señor!

—Y mira: estos cuatro bastones significan, que cuatro ministros de justicia son los que han de perderte.

—¿Y no hay remedio?

—Sí, aquí sale la gran copa: embriaga á esos hombres. Aben-Mithsan: embriágalos y no pierdas tiempo: mira que cada instante que corre es un año de tu vida.

Aben-Mithsan se levantó trémulo.

Su larga barba blanca estaba erizada y temblorosa; sus ojos erraban sin fijarse en ningun objeto, y maquinalmente se dirigió á la puertecilla por donde habia entrado en el aposento de Zanna, la abrió y salió.

La hermosa Zanna fué á aquella puerta, la cerró de nuevo, y corrió sobre ella un doble tapiz de seda y oro.

Luego fué á su alhamí (1), abrió las cortinas y dijo:

(1) Alcoba.

—Sal, mi hermoso señor, luz de mi alma, he asustado á ese pobre viejo loco para que se vaya, y tú tienes tiempo de salir antes de que vuelva.

Tras las cortinas apareció un jóven como de unos veinte y siete años, pálido, hermoso, altivo y al parecer gran caballero por su riquísimo traje.

—¿Has oído lo que me ha relatado Aben-Mithsan? dijo Zanna.

—Si lo he oído todo: ese hombre es un miserable, un traidor.

—Príncipe Algalib-billah, tu eres walí de los walíes (1) del califa, el primero despues de su grandeza, y puedes salvar ó perder á Aben-Mithsan.

El emir miró profundamente á Zanna.

—¿Quieres tú acaso perder la cabeza? la dijo: sin saberlo has pronosticado su destino á ese infame kadí: no quieras envolverte en él.

Zanna miró á Algalib-billah y tembló: los negros ojos del árabe, no eran entonces los ojos del antilope enamorado, sino los terribles, fijos y sangrientos ojos del leon.

Zanna cayó de rodillas juntando las manos.

—¡Guárdate, la dijo el príncipe, guárdate de avisar á ese viejo, si amas tu cabeza!

El príncipe miró de una manera terrible á Zanna y la dejó de rodillas y aterrada saliendo por una pequeña puerta.

Inmediatamente despues de la puerta habia una estrecha escalera de caracol, por la que trepó el príncipe Algalib-billah con paso sostenido y nervioso hasta llegar á un terrado.

Cuando estuvo allí, el príncipe silvó.

Entonces, en el terrado mas bajo de una casa inmediata se vió agitarse un bulto, y luego una escala se arrimó al terrado donde estaba el príncipe.

Este bajó por la escala, y dijo cuando estuvo en el terrado mas bajo, dirigiéndose al bulto que en el terrado estaba.

—Pronto, Zeid, pronto, vé al alcázar y vuelve con la rapidez del relámpago con diez de mis soldados zenetes.

(1) Como capitán general, ó como gobernador de la corte.
Bernardo del Carpio.

Poco despues el príncipe y Zeid se undieron por las escaleras del terrado.

V.

Ahora debemos esplicar por qué se encontraba un príncipe de la familia real dentro de la casa del kadí Aben-Mithsan, y en la habitacion de su esclava Zanna.

Algunos años antes habia llegado al bazar de las esclavas en Córdoba un comerciante de mugeres de Tahart (Africa).

Entre las esclavas que espuso desde el primer dia á la venta, venia una niña por su edad, pero muger ya por su magnifico desarrollo.

En Africa las mugeres se desarrollan muy pronto, de tal modo, que la mayor parte de ellas pueden ser madres á los nueve años.

¡País de bendicion, donde la palma real se balancea altiva, agobiada por el peso de su dulce fruto; donde las llanuras rinden sin trabajo al labrador tres cosechas, y donde la muger es la niña, con un corazon que parece templado en los rayos del fecundante sol que centellea en el cielo mas límpido y azul del mundo!

Zanna era un prodigio: bailaba como una hada, cantaba como un ruseñor, tocaba la guzla y la vorba, como puede haberlas tocado el rey de los juglares; sabia la astrología y la magia, y componia hermosos versos.

Ademas, su hermosura era arrogante y estremada.

Sin embargo, era parte de un desecho de esclavas de que se habia hastiado el bey de Egipto, y que habia comprado por poco dinero el mercader de Tahart.

Era sin embargo tan jóven y tan ladina, fingia de tal manera la salvage pureza de las vírgenes del Cáucaso, que su amo

pregonaba su venta anteponiendo á su nombre el calificativo, de hermosa doncella.

Viéronla muchos señores árabes, pero el mercader pedía tal precio por ella, que no hubo uno que se atreviese á hacer una adquisición tan costosa.

Pasó un día por el bazar el kadí Aben-Mithsan.

Vió á Zanna, y una súbita llamarada le abrasó el alma.

Se habia enamorado de ella de una manera peligrosa.

Quedóse fascinado mirándola bailar delante de unos jóvenes señores, á quienes el mercader habia propuesto su venta.

—Vamos, dijo uno de los jóvenes, cuando Zanna medio desnuda se sentaba sobre una alfombrilla fatigada por la danza: ¿cuánto quieres por esa muchacha?

—Doscientas doblas marroquíes, mi señor.

—Tú estás loco; con ese dinero se compran diez caballos de Arabia, y diez arneses de Damasco, con sus correspondientes espadas de Toledo. Cincuenta doblas.

—Eso me costó en Andrinópolis, mi señor, y despues ha costado otro tanto el hacer que la enseñen las maravillas que sabe.

—Yo no voy á hacer á mis esclavas maestras de escuela.

—Mira, mi señor, qué arrogancia de sultana.

—Cien doblas.

—Dáme ciento cincuenta.

—Ni un dinar mas de las cien doblas.

Aben-Mithsan, de quien se habia apoderado por completo el diablo del amor, sufría una agonía infinita: para él hubiera sido un golpe de muerte que el jóven señor árabe se hubiese llevado la esclava.

Y, por otra parte, su avaricia le hacia terrible el pensamiento de desenterrar sus ahorros y el fruto de sus cohechos y picardías de juez, para hacerse dueño de Zanna.

Siguió, pues, con suma ansiedad la especie de lucha del trato, el regateo, en una palabra, del precio de Zanna.

El jóven noble, llegó á ofrecer por ella ciento setenta doblas marroquíes: entonces Aben-Mithsan, que no quitaba ojo del semblante del mercader, comprendió por la espresion que tomó

este, que el mercader estaba á punto de aceptar la oferta, y antes de que adjudicase á Zanna, se apresuró á decir con la voz temblorosa:

—Yo doy ciento ochenta doblas marroquíes por esa muchacha.

Volvió el noble el rostro á ver quién le hacía la competencia, y al ver al viejo kadí con su venerable barba que le temblaba, apoyado en una larga vara, se sonrió con desden.

—Las doscientas doblas, mercader, aunque no sea mas que por que la hermosura no distraiga de sus graves obligaciones á la justicia.

—Doscientas cuatro doblas, dijo el kadí, con la voz ronca y los ojos inyectados de sangre.

—Doscientas cincuenta doblas, dijo el noble.

Cubrió un sudor frio los miembros de Aben-Mithsan, y por algun tiempo no pudo articular una sola palabra.

—¿Será este, se dijo, un postor falso, que tenga este mercader para aumentar el precio de sus esclavas, robando á los crédulos?

Pero vió que era tan altivo el jóven árabe, que eran tan ricas sus vestiduras y que todo trascendia en él á gran señor, que dominando su ansiedad, dijo.

—¿Doscientas sesenta doblas!

—¡Oh! ¿te combates conmigo y me apedreas con oro, viejo? dijo el soberbio jóven: pues aguarda. ¿Trescientas doblas por tu esclava, mercader!

—¿Cuatrocientas! dijo, perdida ya la prudencia y la avaricia, Aben-Mithsan.

—¡El diablo te lleve! dijo soltando una alegre carcajada el jóven: con cuatrocientas doblas se compra la mas hermosa de sus sultanas al emir de Tahart: llévatela y que buen provecho te haga, viejo chocho.

Y el noble y sus amigos volvieron la espalda y se alejaron riendo.

—Ven á mi casa con esa muchacha á recibir por ella las trescientas doblas, dijo Aben-Mithsan.

—Cuatrocientas, mi señor, dijo el mercader: todos estos honrados musulmanes son testigos de que has dado una muestra de apreciar, mas que ese presuntuoso walí, la hermosura y la ciencia: tú sabes admirar las maravillas de Dios: ese señor proveerá su haren de monas de Tetuan.

Riéronse todos de la chocarrería del mercader, afirmaron que el kadí había pujado cien doblas al walí, que había ofrecido trescientas: miró de nuevo Aben-Mithsan á Zanna, que maravillada del sacrificio del viejo, le miraba de hito en hito con sus grandes y lucientes ojos zarcos, y ratificó la oferta, firmó un documento, y el mercader dió á Zanna un haíke blanco en que se envolvió y la mandó que les siguiera.

Pero Aben-Mithsan no quiso que Zanna fuese á pié y mandó buscar una litera, venida la cual, entró en ella Zanna, y él y el mercader y los testigos del trato, se trasladaron á casa del kadí, y dejándoles este en una habitacion, por estrechos pasadizos, y abriendo y cerrando puertas cuidadosamente, llegó á un aposento pequeño completamente cerrado, sin mas que una pequeñísima puerta fuertemente forrada de hierro, que mas que puerta parecia una gatera, y que guardaba las riquezas acumuladas por Aben-Mithsan en su larga carrera de magistrado, en que había hecho cuantas injusticias le había permitido la elasticidad ó la ambigüedad de las leyes, pero nunca sin recibir una fuerte recompensa por estirar, encoger ó tergiversar la ley.

Dentro de aquella habitacion había una grande arca de alerce con anchas fajas de hierro, fuerte, reluciente, como si la mano del kadí la acariciara de continuo, con tres candados y tres cerraduras, y antes de pasar adelante debemos decir, que de tal manera había meditado los medios de guardar su tesoro el kadí, que había inventado un mecanismo admirable.

El aposento guardador de su tesoro, estaba algunos piés mas bajo que las demas habitaciones de la casa.

El pasadizo que conducía á su puerta, era tan estrecho como esas calles en que algunas veces soñamos encontrarnos, que van estrechando sus paredes hasta el punto de que no podemos pasar atrás ni adelante, hasta que nos despierta la pesadilla.

El kadí era flaco, y sin embargo, pasaba con gran trabajo por aquel estrechísimo cañon.

En el suelo de este cañon, habia en tres lugares distintos, tres resortes, que tenia que pisar necesariamente el que por el callejon pasase, ó mas bien tres trampillas que se hundian como un pié, y al hundirse atirantaban una cuerda con que cada una de las trampillas estaba interiormente en comunicacion.

Estas tres cuerdas iban á terminar en una que por los techos horadados subia hasta la habitacion donde dormia el kadí, que al acostarse tenia un gran cuidado de atarse á un brazo el extremo de aquella cuerda.

Era imposible que nadie entrase en el pasadizo del tesoro, sin que atirantándose la cuerda, atragese fuertemente al kadí, y le despertase; si no se despertaba al primer tiron debia despertarse al segundo, y era necesario que le dominase el sueño de los siete durmientes, si en último caso no le despertaba el tercero.

Una vez avisado el kadí por este mecanismo de que habia en su casa ladrones, no tenia mas que soltar otra cuerda que estaba atada á una escarpia en la pared junto á su lecho, y en el momento en que aquella cuerda se soltaba, debia abrirse la compuerta de una alberca, llena siempre de agua, é inundarse en el momento completamente el pasadizo y la habitacion del tesoro.

Los ladrones debian necesariamente ahogarse.

Todas estas precauciones eran un refinamiento de seguridad, porque nadie sabia que tal tesoro existiese en la casa del kadí.

Vió este con una complacencia al pasar por el callejon, que los resortes jugaban perfectamente, y ya dentro de la habitacion recorrió los fiadores de los tres candados y de las tres cerraduras de la enorme arca que contenia sus riquezas.

Aben-Mithsan alumbró el interior del arca con la lámpara que llevaba, y dejó ver en su semblante esa espresion de placer sórdido que solo puede comprender un avaro.

Dentro del arca y en diferentes compartimientos, brillaban la plata, el oro y los diamantes y otras piedras preciosas.

Por algun tiempo Aben-Mithsan no tuvo ojos, ni corazon, ni vida, ni alma, mas que para contemplar su tesoro, en el cual metia las manos revolviendo el dinero y las pedrerías, y halagando su oido con el choque de estos preciosos objetos.

Acordóse al fin de Zanna, y por la primera vez el recuerdo de la hermosura se sobrepuso á su codicia, aunque no sin que su codicia vencida luchase poderosamente.

Pero debemos hacer justicia á la firmeza del kadí: una vez decidido al sacrificio, no vaciló en llevarle á cabo: sintió sí, un dolor terrible, semejante al que experimenta aquel á quien amputan un miembro, pero le dominó, hundió sus manos crispadas en el compartimiento donde brillaban las monedas de oro, y arrojó de una manera nerviosa algunos puñados sobre la falda de su caftan talar.

Luego se puso á contar aquellas monedas, que eran grandes, pesadas y relucientes: doblas marroquíes, en una palabra (1).

Cuando hubo contado cuatrocientas, las envolvió en un paño, y contó otras ciento, que puso en los profundos bolsillos interiores de sus vestidos.

Y sin embargo de haberse sacado del compartimiento del dinero en oro quinientas doblas marroquíes, apenas se conocia la falta.

Tanto tiempo habia vendido, á tan buen precio, y tan frecuentemente la justicia el kadí.

Y no concluyó aun.

Cuando hubo tomado el dinero, se puso á examinar las alhajas.

—Zanna, decia, tiene los cabellos negrísimos: la estarán muy bien en ellos estas perlas.

Y contó hasta ciento gruesas y redondas, de valor inapreciable, y las guardó.

—Zanna es blanca como la luna, añadía, y en sus orejas es-

(1) Moneda de triple valor próximamente que nuestras onzas de oro, doblones de á ocho.

tarán bien estas arracadas, y en su incomparable cuello este collar de diamantes; sus brazos y sus piés bien merecen estas ajorcas de rubíes, perlas y esmeraldas, y este inapreciable talisman que perteneció á la sultana Darlahajara, la defenderá de los malos pensamientos á que siempre está espuesta la muger: sus manos son tan perfectas, que honrarán á estos hermosos cintillos, y su cintura, que es tan flexible y delgada, parecerá muy bien con este ceñidor de oro, záfiro y carbunclos.

Indudablemente el amor habia cometido una de sus enormidades, venciendo la monstruosa codicia del kadí: se habian necesitado para ello, no menos que la maravillosa hermosura y las miradas satánicas de Zanna.

El kadí cerró suspirando el arcon, en que tan terrible merma habia hecho, y pesadamente cargado con el dinero y las alhajas, salió: volvió por los mismos pasos cerrando con igual cuidado todas las puertas, y se presentó al mercader de mugeres que con Zanna y los testigos de la puja, esperaban murmurando ya de la tardanza.

Aben-Mithsan puso gravemente sobre una mesa el paño en que estaban envueltas las cuatrocientas doblas marroquíes, y dijo con altanería al mercader:

—Mira si está completo el precio que te he prometido por esa doncella.

Admirarónse todos, inclusa Zanna, cuando abierto el paño vieron aquel reluciente y tentador monton de oro.

No creían tan rico á Aben-Mithsan.

El mercader contó, temblando de emocion, aquellas monedas.

Nunca hubiera podido esperar que el capricho de un jóven y de un viejo, hubiesen de hacerle rico.

Nunca, al comprar á Zanna, eligiéndola entre el desecho, por decirlo así, del haren del bey de Egipto, habia pensado sacar por ella ni aun la milésima parte de aquel dinero.

Porque en Zanna ganaba un mil por uno.

Miró y remiró las doblas temiendo que fuesen de alquimia; esto es, falsas.

Pero eran de oro de excelente ley, pesadas, sonoras, relucientes.

Su fortuna no era mentira.

Estendieron á seguida el documento legal que acreditó la posesion de Aben-Mithsan sobre Zanna; el mercader y los testigos saludaron respetuosísimamente al kadí, haciéndole tres profundas zalumas ó reverencias, llevándose las estremidades de las manos á la boca y saliendo aturdidos de lo que habian visto.

VI.

Quedáronse solos Zanna y Aben-Mithsan.

El kadí sentía esa felicidad dolorosa que experimenta un hombre con la muger que le enloquece, cuando se cree próximo á la posesion de aquella muger.

Pero Aben-Mithsan se engañaba.

El no podia poseer á Zanna.

Era Zanna demasiado experimentada, para no conocer, que quien por ella se habia desprendido de una suma tan enorme, mas que su señor, era su esclavo.

Porque la muger, en general, es tal, que aprecia menos á aquel por quien es mas apreciada, que á otro que la tiene en poco.

Y esto se esplica por la opresion que todas las sociedades han ejercido sobre la muger, y al constante deseo de emancipacion de esta.

Aben-Mithsan se encontró, con una hermosura severa que le miraba de una manera incontrastable, con una altivez infinita.

Con una señora, en fin, no con una esclava.

Aterróse, porque en la mirada de Zanna comprendió que existia un abismo entre ella y él.

Y mucho mas cuando al pretender abrazarla en el transporte de su deseo, Zanna le dijo:

—Soy tu esclava, es cierto: pero esclava contra mi voluntad: puedes destinarme á las faenas mas groseras de tu casa, me resignaré á ello; puedes condenarme á un alimento mezquino, á un vestido miserable, á una vivienda horrible, no me quejaré: pero si tu has sacrificado locamente por mí un tesoro con la intencion de que satisfaga tus placeres, te has engañado: tal cual mi belleza sea, no la poseerá otro que el hombre á quien ame: y serán inútiles cuantos medios quieras emplear: yo prefiero la muerte, los tormentos mas acerbos, á sufrir las caricias de un viejo como tú.

Quedóse estático, aterrado y frio Aben-Mithsan, un sudor amargo, y decimos amargo, porque en situaciones dadas toda nuestra piel se convierte en lengua, ó mejor dicho, adquiere la facultad de apreciar los sabores, cubrió su cuerpo, tembló todo, se le nublaron sus ojos, sintió en fin una agonía infinitamente mas penosa que la de la muerte.

Se le desvanecia un sueño que habia acariciado durante el tiempo que habia trascurrido desde que Zanna le habia sido adjudicada, y como el tiempo no tiene otra medida que la que le dan nuestras sensaciones, para Aben-Mithsan cada uno de los instantes que habian trascurrido, desde que consideró suya á Zanna, habia tardado la duracion de un siglo.

Zanna habia resumido su vida entera, su pasado, su presente y hasta su porvenir.

Parecíale que antes de nacer la habia visto y la habia amado en la eternidad, y que despues de morir, en la eternidad, habia de continuar viéndola y amándola.

Aben-Mithsan estaba loco.

Y como para enloquecer no se necesita mas que un momento, y como la locura no es otra cosa que un cambio de sentimiento en la apreciacion de lo que sentimos, una manera distinta de vivir, y por consecuencia de sentir de nuestra manera anterior; hé aquí por qué Zanna llenaba la existencia, las necesidades, las aspiraciones todas de Aben-Mithsan.

Dominado aun por el vértigo que le habia causado la esplicita y ruda manifestacion de Zanna; maquinalmente, como por instinto, sacó una á una de entre sus ropas, las magnificas alhajas que habia sacado de su tesoro, y las puso silenciosamente á los piés de la hermosa esclava.

—Si me ofreces eso para vencer mi repugnancia á tí, dijo friamente Zanna, sin dignarse mirar las alhajas, te engañas: yo desprecio esos dones que solo la vanidad estima: yo no cambio por ellas mis sacrificios: aunque me ofrecieses los tesoros del templo de Salomon, me encontrarias insensible. Mis desgracias pueden ser tuyas, nunca mi felicidad ni aun fingida.

—¡Moriré! dijo roncamente el kadí.
—Puedo amarte sin embargo, dijo Zanna.
—Y qué he de hacer yo miserable para que me ames tú, luz de los cielos?

—Si tú quieres ser mi padre, yo te amaré como una hija.
Rugió en el fondo de su pecho Aben-Mithsan, pero como todos los enamorados locos, tomó lo que le daban y se resignó á considerar á Zanna como si fuese su hija, á no pasar jamás de los umbrales de su aposento, sino cuando ella se lo permitiese, á llenar en fin todos los deberes paternos.

Empezó Zanna, exigiendo del kadí, como prueba de su amor paternal, una habitacion bella, que tuviese una bella escalera por donde se subiese á un belló mirador, desde donde se viese á Córdoba.

Aben-Mithsan, sangró de nuevo su tesoro, y Zanna tuvo habitaciones dignas de un alcázar, y un alto mirador desde donde se descubria por cima de las casas del barrio de Alkibla el campo con sus lejanos horizontes de montañas azules.

Pero Zanna no se satisfizo con esto: mas que esclava, señora de Aben-Mithsan, quiso tener á su vez esclavas y esclavos: Aben-Mithsan, que estaba loco, la compró dos jóvenes doncellas africanas y dos nubios, negros como el ébano, que puso á su servicio.

Y no fué esto solo.

Zanna quiso telas de oro y plata, de seda, de lino blanco como la nieve y sutil como las telas de las arañas.

Aben-Mithsan complació á Zanna.

Pero Zanna no se satisfizo aun.

Quiso entrar y salir libremente, hasta el punto que podian ser libres las mugeres, segun las costumbres árabes.

Es un error muy generalizado, creer que las mugeres árabes no salian jamás ni solas ni acompañadas de la casa de sus padres, parientes y señores.

Llenas están de episodios galantes, de mugeres encontradas paseando solas por los jardines públicos de Córdoba á orillas del rio, las crónicas árabes.

Es cierto que todas las casas tenian un lugar reservado á todo el mundo donde vivian las mugeres, el haren, y donde no entraban mas que el esposo, el señor, el padre, el hermano ó el pariente próximo.

Cierto es que las casas tenian pocas ventanas á la calle y aun así altas y cerradas con celosías, que una dama árabe no atravesaba la ciudad sino completamente envuelta en un haïke, que era una inmensa pieza de tela de lana ó seda, ó lino, segun la estacion y la riqueza de la que lo llevaba, que encubria enteramente sus formas y que no dejaba ver mas que los ojos, y que generalmente toda dama, ó esclava de señor rico, iba en litera cerrada, conducida por dos esclavos.

Pero cuando estas señoras llegaban á los jardines del rio, cuando se aventuraban en los sombríos senderos de sus alamedas, dejaban el haïke á un esclavo, ó si no le llevaban recogido en el brazo y se dejaban ver por completo mas ó menos engalanadas, pero siempre incitantes, voluptuosas y dispuestas á una aventura de amor, cuando no iban ya de esprofeso á una cita.

De esta libertad quiso gozar Zanna tambien y la tuvo.

Aben-Mithsan la compró una bella litera dorada, revestida en el interior de blandos almohadones, y los dos esclavos negros la condujeron indistintamente y á su voluntad, ya á la mezquita, ya á los bazares de los mercaderes, donde invertia en joyas y telas el dinero que Aben-Mithsan la daba sin tasa, ya á los jardines del Guadalquivir, en los que se aventuraba sola, dejando en una de las entradas la litera y los esclavos.

A pesar de estas enormes condescendencias de Aben-Mithsan, el desdichado no obtenia nada de Zanna, como no fuese las demostraciones afectadas de un amor puramente filial, ó alguna traidora sonrisa, que siempre era precursora de una peticion de dinero.

Aben-Mithsan no sabia que al comprar á Zanna habia comprado la perdicion de su cuerpo y acaso tambien la de su alma.

VIII.

Hacia ya algun tiempo, que Zanna, abusando del poder que la daba sobre el viejo kadí su hermosura, salia todos los dias é iba á esparcirse en los jardines públicos.

Persiguiéronla, desde el momento en que la vieron, los señores jóvenes que iban á los jardines en busca de aventuras amorosas: tuvo empero la suerte Aben-Mithsan, de que Zanna no encontrase en algun tiempo en sus perseguidores ninguno que la enamorase.

Zanna les dejaba ver el rostro mas severo del mundo, guardaba un silencio tenaz por mas que los enamorados la prodigasen las mayores alabanzas y la hiciesen las mas tentadoras promesas, y por entonces de nada hubiera podido quejarse Aben-Mithsan, respecto á la fidelidad de su esclava.

Pero Zanna no habia amado todavía, y estaba escrito que amase.

Porque la muger ha sido creada para el amor.

Habia sido esclava súmisa del bey de Egipto, porque aquel no habia sido un señor tan débil y tan complaciente como Aben-Mithsan.

Pero no le habia amado, porque la juventud no ama á la vejez.

No podia amar á Aben-Mithsan, porque era débil y viejo tambien, y Zanna se encontraba ya en la edad en que la muger no puede vivir sin amor.

Un dia en que Zanna, pensando tristemente en la soledad de su corazon, estaba sentada debajo de un hermoso granado, con la cabeza apoyada en una mano, la mirada fija en las florecillas que se escondian entre el césped, halagada por el rumor continuo y blando de un arroyuelo que corria á poca distancia, y resplandeciente de galas y de hermosura, oyó junto á sí una voz de hombre sonora y dulce, que exclamó.

—¿Eres una estrella caída del cielo, ó un ángel del señor que vaga sobre la tierra?

Zanna levantó los ojos y vió delante de sí un hombre jóven y hermoso que la miraba de tal modo, con tal asombro, con tal amor, que Zanna vencida por su mirada, bajó los ojos, se estremeció toda, se puso pálida y no contestó.

Zanna se habia enamorado.

El hombre de quien se habia enamorado, á juzgar por su rico trage y por su altivez, era un gran señor.

En efecto, aquel hombre era primo hermano del califa Al-Hhaken, hijo de una de sus mas queridas hermanas, príncipe de la sangre, segundado en el imperio por su dignidad de wali de los walis, y poderoso y rico por su padre.

Aquel príncipe era Algalib-billah.

Y llamábanle de tal modo, esto es, el príncipe vencedor por Dios, porque siempre que salia contra los cristianos, que era con suma frecuencia, volvian sus gentes cargadas de banderas y de una rica presa, trayendo delante de sí un crecido número de cautivos.

Su nombre anterior á este sobrenombre de guerra , era el de Mohhamet-el-Zulamita , porque descendia de la egregia tribu árabe Zulema.

X

IX.

Zanna se turbó de tal modo , que se levantó , y como quien huye , se apartó del príncipe.

Pero el príncipe se había enamorado profundamente y la siguió.

—Así Dios te dé venturas sultana , la dijo: ¿será esta la última vez que mis ojos vean el sol de tu belleza?

Zanna no contestó y siguió andando á buen paso.

El príncipe la siguió hasta que Zanna entró en la silla de manos.

Al dia siguiente , por una coincidencia singular , Zanna fué á pasear por el mismo sitio , y el príncipe Algalib-billah se encontró con ella.

Aquel dia Zanna fué menos rigurosa con el príncipe y le contestó algunas palabras.

Siguiéron viéndose todos los dias , y cada uno de ellos Zanna se mostró menos esquiva con el príncipe.

Antes de haber pasado quince dias , desde su primer encuentro , Zanna y el príncipe se paseaban asidos de las manos por lo mas solitario de las alamedas del rio , locamente enamorados el uno del otro.

Algalib-billah , quiso obtener á Zanna , rescatándola del dominio de Aben-Mithsan á fuerza de oro : pero Zanna , que sabia hasta qué punto llegaba el amor del viejo kadí por ella , le desengañó haciéndole buscar otro medio.

Su nombre anterior á este sobrenombre de guerra , era el de
 Mohamet-el-Zahana , por su descendencia de la estirpe tribu
 Zanna.

X.

XI.

El príncipe compró , por lo que su dueño quiso , una casa in-
 mediata á la de Aben-Mithsan.

Esta casa tenia un terrado.

Este terrado estaba mas bajo que el de las habitaciones de
 Zanna.

Por medio de la escala , silenciosamente y en las noches os-
 curas podia Algalib-billah entrar en casa del kadí , y en el apo-
 sento de Zanna.

Hé aquí por qué pudo comprender el secreto del kadí , escon-
 dido en el aposento de Zanna , el príncipe Algalib-billah , primo
 del califa y walf de los walfes del imperio.

CAPITULO V.

I.

No tardó en volver Zeid, con los diez soldados zenetes que el walí de los walíes le habia mandado fuese á buscar al alcázar de la Rusafa.

Una vez allí, el príncipe los sacó fuera y los apostó entre lo oscuro alrededor de la casa del kadí.

Se vió obligado á esperar mas de una hora.

Al cabo de ella se abrió el postigo de la puerta, se vió á través de él á la seca y huesuda Lay, con su túnica parda, su toca negra y su lámpara en la mano, y á seguida, encorbandose salieron uno por uno los cuatro alguaciles, y tras ellos el kadí Aben-Mithsan.

Lay tornó á cerrar la puerta.

Kadí y alguaciles se aventuraron en la calle ; pero apenas habian dado algunos pasos en ella , cuando Aben-Mithsan se sintió fuertemente asido y oyó una voz severa, tonante , que le dijo:

— ¡ Traidor ! ¡ el califa te prende !

Tembló Aben-Mithsan como un pájaro que se vé en las garras de un gato , y tal fué su miedo , que no creyó sino que el mismo califa , convirtiéndose en alguacil , le tenia asido por el cuello.

Cierto es que quien le asía y casi le estrangulaba , era el segundo personage del califato ; pero aun así , desde el segundo al primero habia un abismo.

— ¡ Ah ! ¡ oh ! ¡ misericordia ! exclamó el kadí pudiendo apenas pronunciar estas palabras bajo la presion de la vigorosa mano del príncipe Algalib-billah.

Entretanto los soldados zenetes , se habian apoderado de una manera no menos ruda , de los cuatro alguaciles que estaban borrachos.

Un momento despues el kadí y los cuatro alguaciles fuertemente atados , eran conducidos á empellones á la cárcel.

II.

El príncipe Algalib-billah , cuando hubieron llegado á la cárcel , mandó al alcaide de ella le llevase con los presos á una habitacion donde de nadie pudiesen ser escuchados.

El alcaide , que no disponia de otra habitacion mas secreta que aquella donde se atormentaba á los reos que se negaban á declarar , llevó á ella al príncipe , al kadí y á los cuatro alguaciles.

Cuando Aben-Mithsan se encontró en aquel lugar que tam-

bien conocía, entre el formidable arsenal de ruedas, garfios, poleas, borceguies y otras máquinas é instrumentos no menos espantables, creyó llegada su última hora y se arrojó desolado á los piés del príncipe.

—Magnífico, noble y vencedor caudillo, espada de la ley, columna del Islam, leon contra infieles, mantenedor de la fé, adalid triunfante... exclamó.

—Si como eres hablador fueras leal y bueno, Aben-Mithsan, dijo el príncipe, no habria con qué pagarte. Levántate y deja de graznar como una corneja, y respóndeme en verdad á lo que voy á preguntarte, que de nó, por Salomon el sábio que he de hacerte pedazos.

—Yo no he tenido la culpa, sydi (1), contestó todo trémulo Aben-Mithsan.

—¿Estaban en el templo mozarabe?

—Si señor.

—¿Y quiénes eran ellos?

—Una dama y dos caballeros.

—¿Y la dama entró en una litera?

—Si señor.

—¿Quién llevaba la litera?

—Dos esclavos.

—¿Quién mas iba?

—Otros cuatro esclavos.

—¿No pudiste conocer á qué clase pertenecian estos esclavos?

—Si señor: eran soldados de la guardia negra del califa.

—¿Y dí, traidor, por qué no prendiste á esos criminales.

—Porque no podia, sydi: ellos eran ocho jóvenes y robustos entre caballeros y esclavos, y yo no llevaba mas que cuatro miserables y cobardes alguaciles, que en cuanto un caballero desnuda el yatagan, no encuentran tierra bastante para huir.

—¿Y por qué no apellidaste ayuda, por el profeta y por el

(1) Sydi. mi señor

califa? todos los buenos musulimes que te hubiesen oído te hubieran ayudado.

—Desengáñate, sydi: cuando la justicia pide auxilio de noche, los buenos musulimes, por no ayudarla, se hacen los dormidos y ni uno solo asoma la cabeza á la ventana.

—Y dime, descreído: ¿por qué una vez habiendo entrado en el alcázar esa dama y esos caballeros, que siendo musulmanes habian cometido un grave delito entrando en el templo mozárabe, no avisaste al califa?

Aben-Mithsan no supo por el momento qué contestar, la lengua se le habia pegado al cielo de la boca.

—¿No presumiste que no habiendo en el alcázar mas mugeres que las del haren, podia ser una sultana la que con tal resguardo entraba secretamente en el alcázar?

—¡Ah! señor, señor: yo iba á dar parte á tu grandeza, exclamó pronunciando apenas sus palabras Aben-Mithsan.

—Sí, cuando ya estén borradas las huellas del delito: ¿has cometido crimen de negra traicion contra el profeta y contra el califa!

—¡Señor! ¡señor! exclamó cayendo de rodillas Aben-Mithsan á los piés de Algalib-billah, porque en el acento con que este habia pronunciado sus palabras, habia leído el kadí su sentencia de muerte: tú tendrás compasion de mí; ha sido una inadvertencia: me he encontrado entre la espada y la pared: yo no sabia si alguno de los dos caballeros que acompañaban á la dama, encubiertos con sus alquiceles, podia ser el califa.

—¿Cómo, miserable! ¡cien veces traidor! exclamó con una cólera siempre creciente Algalib-billah: ¿has podido sospechar siquiera que el elegido de Dios, el poderoso califa, emir de los creyentes, podia cometer el horrendo pecado de pisar el templo de los idólatras? ¡Nada puede salvarte! ¡ola! ¡alcaide!

Aben-Mithsan sintió el frío de la muerte y se anonadó.

El alcaide, que era un africano atezado y feroz, se presentó á la puerta.

—Tráeme un tintero y un pergamino.

El alcaide salió, Algalib-billah se quedó paseándose pensa-

tivo y ceñudo, con el paso lento del tigre, á lo largo de la cámara, y Aben-Mithsan permaneció doblegado, rezando apresuradamente por su vida, y poniendo por intercesores para con Dios, á Mahoma, á Jesus, á Abraham, á Josef, á todos los profetas y escogidos, á los siete arcángeles, y hasta á los siete Durmientes.

El alcaide volvió con los objetos pedidos. El príncipe le mandó esperar, se sentó junto á una mesa y escribió con gran rapidez durante algun tiempo, en un largo pergamino.

Cuando hubo concluido dijo:

—Alcaide: lleva al momento esta sentencia pronunciada por mí, en nombre del poderoso y vencedor califa, tu señor y mio, al kadí de los kadíes, y que la firme y la selle: llama despues al verdugo, y que un kadí presencie la ejecucion de la sentencia.

El alcaide tomó el pergamino. —Entretanto, en tu poder se quedan, dijo Algalib-billah: de ellos me respondes con tu cabeza.

Y salió con paso rápido, alejándose de Aben-Mithsan como la tormenta de un campo en que ha dejado la desolacion.

III.

Dormia el obispo Yldebrando, cuando le despertaron fuertes golpes dados á la puerta de la iglesia.

A poco se le presentó uno de sus diáconos. —Padre mio, dijo: el wali de los wálies viene á hablarte de orden del califa.

El obispo mandó que franqueasen la entrada al príncipe, y empezó á vestirse apresuradamente.

Poco despues en una pobre y severa habitacion del piso bajo se presentó Algalib-billah.

IV.

El venerable aspecto de Yldébrando, su sencilla apostura, la santidad que de él emanaba, templaron la dura expresión del príncipe.

Se inclinó profundamente ante el obispo, le asió las manos, se las puso sobre el pecho y sobre la frente, y dijo:

—Perdóname, buen padre, si he venido á turbar tu tranquilo sueño.

—Obediente siempre á las órdenes del califa, mi sueño y mi vigilia son tuyas, príncipe. ¿Qué quíeres, pues? ¿por qué vienes á estas horas á la casa del Dios de los cristianos?

—Tú sabes, buen padre, dijo dulcemente Algalib-billah, con cuanta fé guardamos los árabes nuestros pactos con vosotros los rumies. Cuando nuestros abuelos conquistaron la España, dejaron á los conquistados, su religion, sus leyes y sus costumbres. Inviolable es vuestro templo y vuestra casa, y herido de muerte será el musulman que se atreva á turbar el reposo, ó á mancillar de cualquier modo el uno ó la otra. Nuestras leyes y nuestra fé de caballeros os amparan: entre nosotros vivís favorecidos, y aun podria decir que honrados. ¿No es cierto lo que digo?

—Religiosamente cumplís los árabes vuestros pactos, dijo con dignidad Yldébrando, pero con no menos religiosidad los cumplen los cristianos: ya lo sabeis.

—Voy á poner á prueba vuestra fé y vuestra verdad, dijo sonriendo amargamente Algalib-billah. ¿Quiéres decirme por qué sonaba el órgano, y relumbraban luces en el templo del Dios de los rumies á la media noche?

—Celebraba yo la misa.

—¿Y quién oia la misa?

—Cristianos.

—¿No habia en el templo musulmanes?

—No, príncipe.

—Te creo, porque no puedo creer que tu venerable boca mienta. Sin embargo, obispo cristiano: cuando el sonido del órgano se perdió en el silencio, y las luces se perdieron en las tinieblas, salieron de vuestro templo una dama y dos caballeros árabes.

—La dama es cristiana y venia vestida como las cristianas: los dos caballeros llevaban trages árabes, es cierto: ¿pero no sabes muy bien príncipe, que muchos cristianos ricos, visten como vosotros?

—Es verdad: ¿pero á qué venian al templo mozárabe á la media noche, esa dama y esos caballeros?

—Yo no puedo mentir: la dama y uno de los caballeros, venian á casarse.

—¿Y se casaron!

—Los he casado yo mismo.

—Su nombre, obispo, su nombre.

—Vas á verlo por tí mismo en el libro de desposorios.

Y el obispo llamó á uno de sus familiares, y le mandó llevar el libro de los desposorios.

—¿Pero cómo le entenderé yo, si está escrito en vuestra letra y vuestra lengua?

—Las partidas, ya de nacimiento, ya de desposorios, ya de muerte, para que hagan fé entre vosotros los árabes, las escribo en árabe letra y palabra. Pero ya está aquí el libro: mira, la tinta está fresca aun: lee.

El príncipe leyó lo siguiente:

—Yo Yldebrando, siervo de los siervos de Dios, obispo de la iglesia mozárabe de Córdoba, desposé por palabras de presente á los nobles señores Bernardo y doña María de Saldaña.

—¿Y viven en Córdoba estos dos? dijo el príncipe.

El obispo se vió ya obligado á mentir.

Las consecuencias de decir la verdad podian ser terribles.

Si el peligro hubiese existido para él solo, Yldebrando no hubiese mentido.

Pero se trataba de la vida de Bernardo y de Saida Otamida.

—Ignoro si viven en Córdoba, respondió.

—¿No los conocias anteriormente?

—No.

—¿De modo que los has casado sin conocerlos?

—Han jurado que estaban libres y que eran cristianos: si han mentido responderán á Dios.

—Déjame que copie esos dos nombres, dijo el príncipe.

Yldebrando buscó un pergamino y se le dió á Algalib-billah.

Este escribió el nombre de Bernardo y de doña María de Saldaña.

—¿Y el nombre de aquel otro caballero que acompañaba á estos?

—No lo sé: ese otro caballero no entró en la iglesia: quedóse en el átrio mientras duró la ceremonia.

—¿De modo que nada mas sabes? buen anciano, dijo Algalib-billah, guardando el pergamino donde habia anotado los nombres de los esposos.

—Nada mas, príncipe, contestó el obispo.

Adios, pues, mi buen padre. Te creo: tú no puedes mentir. Pero sin saberlo has tenido en tu templo á tres traidores. Adios.

Y Algalib-billah salió, primero de la estancia y luego de la casa del obispo.

Yldebrando quedó con una ansiedad mortal y bajo su imperio escribió precipitadamente un pergamino.

—¡Yago! ¡Yago! ¡hijo mio! dijo cuando lo hubo escrito! ya amanece: busca ropas musulmanas, disfrazate y vé al momento á llevar esta carta á Jabub-el-Meknesi, médico y astrólogo del califa: en el alcázar de la Rusafa le encontrarás: debo advertirte que espones la vida, pero es necesario para salvar la de nuestros hermanos.

—¡Oh! y bien: no importa padre mio, dijo el valiente jóven tomando la carta.

Yldebrando le besó conmovido en la frente.

Poco despues, Yago, con un humilde trage árabe, salia de la iglesia mozárabe y se encaminaba á la Rusafa.

Ya era de dia.

Algalib-billah entretanto se presentaba en la cárcel lleno de ansiedad.

Su ansiedad era por si habian descabezado ya ó no á Aben-Mithsan, porque habia meditado que la esplanacion de las declaraciones del kadí culpable, podrian servir de luz en aquel laberinto que se presentaba tenebroso: pero apenas habia entrado en la cárcel, cuando se le presentó otro kadí viejo, y le dijo:

—Sydi: las órdenes del califa están cumplidas: á Aben-Mithsan se le ha cortado la cabeza, y la lengua á los cuatro alguaciles, según la sentencia firmada por el kadí de los kadies: cuando se curen las llagas de los cuatro criminales serán enviados á las galeotas del califa.

Algalib-billah se mordió los labios contrariado: por su precipitacion en hacer justicia, habia perdido un hilo que acaso hubiera podido guiarle.

Ahora mismo, añadió el kadí, y para acabar de cumplir las soberanas órdenes del califa escelso y vencedor, voy á confiscar y á poner de venta los bienes de Aben-Mithsan.

Acordóse entonces de Zanná el príncipe, y esto salvó á Bernardo y Otamida, porque enamorado el príncipe de Zanna, quiso asistir á la venta de los efectos de Aben-Mithsan, creyendo que le quedaba tiempo para sus averiguaciones.

Fuése, pues, con el kadí, y se estuvo hasta bien entrado el dia, en que puesta á la venta Zanna, como esclava de Aben-Mithsan, el príncipe dijo:

—Compró esta muchacha para mi harem.

Nadie por respeto al príncipe, se atrevió á pujar, y Zanna, que tan cara habia costado al infeliz kadí, pasó á ser propiedad de Algalib-billah, por el bajo precio que obtienen todas las cosas vendidas por la justicia.

VI.

Yago entró en la Rusafa poco despues de haber salido de la iglesia mozárabe, y pidió por Jacob-el-Meknesi.

— Como este era un personaje, todos le conocian, y Yago fué conducido al departamento que Jacob ocupaba en el alcázar.

— Cuando Jacob leyó la carta de Yldébrando, que le habia entregado Yago, se inmutó.

— ¡Ah! bien lo habia temido, dijo.

— Y volviéndose á Yago añadió:

— Mancebo, di al venerable obispo, que he recibido su aviso, y que haré lo posible por salvarle y por salvárnos.

Yago salió.

El obispo habia avisado de todo á Jacob, y este sin perder tiempo, se trasladó á las habitaciones de Saida Otamida.

Esta reposaba entre los brazos de su esposo.

— Mas cuando sintió la señal con que la avisaba su llegada Jacob, saltó del lecho, y vistiéndose apresuradamente, salió á una habitacion inmediata al encuentro de Jacob.

— Es necesario salvarnos, dijo Jacob.

— ¿Pues qué, estamos en peligro? dijo Otamida.

— El príncipe Algalid-billah nos vió anoche á lo que parece, salir de la iglesia mozárabe, y aunque no nos ha conocido, se ocupa de averiguar quiénes eran los que vió salir de la iglesia.

— ¡Ah! ¡el príncipe Algalid-billah! ¡el que no pierde ocasión de decirme que me ama! ¡Dios mio! ¡y Bernardo!

— Es preciso salvarle, es necesario que te salves tú.

— Yo no corro peligro.

— Te engañas: si el califa sabe que eres cristiana... sobre todo... que amas á otro hombre... que eres su esposa... ¡oh!

no quiero pensar en ello... es necesario salvarnos.

—¿Y cómo?

—Partiendo al momento de Córdoba.

—Pero es necesario que lo permita Al-Hhaken.

—Lo permitirá, porque no sabe negarte nada: dile que quieres marchar al momento á Algeciras... es el punto mas próximo: allí encontraremos barco que nos lleve á Africa en pocas horas, y una vez en Africa resolveremos.

—¿Y cómo sacar á Bernardo del alcázar?

—Como ha entrado, dormido en una caja: déjame, que yo le sacaré. Tú entretanto vé á buscar al califa: está en los jardines: engaña-le, hija mia; ten valor y astucia: mira que en ello te vá la vida y la vida de tu esposo.

VII.

Tan sagaz anduvo Saida Otamida; tan cariñosa con Al-Hhaken; le hizo concebir tales esperanzas de que consentiria en ser su esposa, que el califa, aunque estrañando aquel raro capricho de Otamida, mandó al momento preparar una litera y doscientos zenetes, mandados por un wali, escogidos entre los mas valientes de su guardia, que escoltasen á caballo la litera.

Mando así mismo que la acompañase Jacub.

Pero Jacub no parecia: era que entonces sacaba de Córdoba á Bernardo dentro de una caja.

Cuando aquella caja estuvo en el campo, Jacub, que habia tenido la precaucion de sacar del alcázar los mismos seis esclavos de la guardia negra que le habian acompañado para resguardar á Otamida la noche anterior, les mandó que llevasen aquella caja donde supuso iban joyas y efectos del califa, á una casa de placer que este tenia á dos leguas de Córdoba.

Los esclavos ni aun siquiera sospecharon que dentro de aquella larga caja iba un hombre aletargado.

—¿Y cómo?

—Partiendo al momento de Córdoba.

—Pero es necesario que lo permita Al-Hakem.

—Lo permitiré, porque **VIII.** por que
quieres marchar al momento á Algeciras... es el punto mas
próximo: allí encontraremos barco que nos lleve á África en pocas
horas, y una vez en África resolveremos.

Jacub se volvió al alcázar y llegó á él á tiempo de que el califa le ordenase acompañar á Saida Otamida, que ya le esperaba impaciente.

Poco después en una litera llevada por cuatro caballos, acompañada de Jacub-el-Meknesi, á caballo también, y del walí y de los doscientos zenetes, salió Saida Otamida de Córdoba en direccion á la casa de recreo del califa, á donde Jacub habia enviado con los seis esclavos á Bernardo.

Cuando llegaron, Jacub dió orden al walí de que sus ginetes desensillasen los caballos y descansasen, porque en aquella casa iba á parar la sultana Otamida todo el dia, y los zenetes, aprovechando aquel plazo, se esparcieron por los alrededores buscando soláz en las arboledas del rio.

Entretanto Jacub encerrado en una habitacion con Saida Otamida y con la caja donde estaba Bernardo, hacia volver en sí á este.

Cuando se hubo desvanecido completamente su letargo, informóle de todo Jacub, hizo sacar nueve caballos de pura raza árabe de las caballerizas que en aquella quinta tenia el califa, y sacándolos por un postigo al campo, montaron en ellos Otamida, Bernardo, Jacub y los seis esclavos de la guardia negra, armados hasta los dientes, y tomaron á toda carrera el camino de Algeciras.

Debemos advertir que Otamida llevaba consigo, y en algunos pequeños fardos, repartidos entre Jacub y Bernardo, un tesoro inmenso en alhajas,

esta de placer que este tenia á dos leguas de Córdoba.

Los esclavos ni aun siquiera sospecharon que dentro de aquella larga caja iba un hombre ataragado.

durante una hora, los reunió en círculo y les habló de esta manera. — Amigos: sois valientes y diestros: no hay uno solo de vosotros que pueda ser mejor que yo. **IX.** Pero que pueda ser mejor maneje una lanza ni que á mayor distancia y con mas acierto ponga una flecha: pero hay entre vosotros seis que quiero premiar, y que anoche sin saberlo, saliendo del alcázar, hicieron un gran servicio al

Cuando el príncipe Algalib-billah llegó al alcázar, era ya mas de medio dia.

Debimos decir á nuestros lectores, por qué el primo del califa, el walí de los walíes, el príncipe Algalib-billah, el héroe del califato, en una palabra, habia tomado tal empeño en saber quién era la dama que habia salido de la iglesia mozárabe con dos hombres y habia entrado con ellos en la Rusafa por un postigo.

Ya nos lo ha indicado en su breve diálogo con Jacob, Otamida.

El príncipe la amaba con un amor violento, á pesar de que sabia que la amaba tambien su escelsò primo y señor el califa.

Algalib-billah temia fuese Otamida la dama que habia andado aquella noche en aventuras.

Era solamente una presuncion de celoso, que bastó para que el kadí Aben-Mithsan perdiera la cabeza, la lengua los alguaciles, se confiscasen los bienes del ajusticiado, y pasase Zanna, aquel otro amor de los sentidos del príncipe, al haren de este.

Y como Algalib estaba tambien celoso en su primo el califa, quiso hacer el negocio por su cuenta.

Así es, que apenas estuvo en el alcázar, cuando, como capitán general de las tropas de la corte, que esta venia á ser su dignidad de walí de los walíes, llamó al walí de la guardia negra, y con el pretexto de sacarla á ejercitarse, mandó que los atabales y las atakebiras y demas instrumentos guerreros la llamasen, que se diese orden de que no faltase un solo esclavo, y cuando todos estuvieron reunidos, armados y á caballo, se llevó al Haza de la Escaramuza, es decir, al Campo de Maniobras, y despues de haberlos hecho galopar y trotar á su gusto

durante una hora, los reunió en círculo y les habló de esta manera.

—Amigos: sois valientes y diestros: no hay uno solo de vosotros que pueda ser mejor ginete, ni que mejor maneje una lanza, ni que á mayor distancia y con mas acierto ponga una flecha: pero hay entre vosotros seis que quiero premiar, y que anoche sin saberlo, saliendo del alcázar, hicieron un gran servicio al califa. ¿Dónde estan esos seis bravos mancebos?

El príncipe pretendia engañarlos para que se apresurasen á presentarse.

Pero aquellos seis esclavos no se podian presentar porque se los habia llevado consigo Jacob-el-Meknesi.

Por consecuencia nadie contestó al príncipe.

—¿Qué, no quereis el premio que se os prepara? dijo el príncipe: ¿por qué no hablais?

—Sydi, dijo un anciano árabe, que era gefe de taifa de la guardia negra; esos seis hombres por quien pides no pueden presentarse; se los ha llevado consigo Jacob-el-Meknesi, médico y astrólogo del alto y vencedor califa, nuestro señor, á quien Dios prospere.

—¿Y para qué se ha llevado consigo seis de nuestros leones ese médico?

—La sultana Saida Otamida ha salido hoy de Córdoba, sydi, contestó el wali de la guardia negra, y esos seis hombres van en su resguardo sin duda, porque Jacob-el-Meknesi acompaña á la sultana, y él es quien me ha pedido los seis hombres armados y á caballo.

—¿Que la sultana Sayda Otamida ha salido de Córdoba, dijo el príncipe para quien aquellas palabras habian sido un sombrío rayo de luz, y no la resguardan mas que seis de la guardia negra!

—Van con la noble sultana doscientos ginetes escogidos de la guardia zeneta, con su wali Aben-Rafhia.

Disimuló el príncipe y ansioso con aquella novedad de volver á Córdoba, dijo:

—Será necesario esperar á que esos valientes vuelvan para

premiarlos: volved á formar vuestras taifas, amigos, y á Córdoba: hemos concluido por hoy. Y poniéndose á la cabeza de la guardia negra, se lanzó á galope, y entró poco despues con el estruendo de la tempestad por la puerta de la Axarkia.

Era á la puesta del sol.

Otamida, Bernardo y Jacob, habian tenido tiempo para tomar una gran delantera.

Apenas llegado al alcázar Algalib-billah, se presentó al califa.

Al-Hhaken estaba profundamente triste.

El príncipe encontró un pretesto en la tristeza de su egregio primo para informarse de lo que deseaba.

—¿Es acaso, señor, la ausencia de la sultana Otamida lo que te contrista? le preguntó respetuosamente.

—Te lo confieso, amigo mio, dijo el califa: la amo cada vez con mas ardor, y no sabré vivir sin verla.

—Ha sido demasiado repentina su marcha.

—¿Qué me quieres decir con eso, Mohhamet? exclamó severamente el califa, que habia adivinado una intención en el acento que el príncipe habia dado á sus palabras.

—El korán señor, nos aconseja que desconfiemos de la muger, que por su flaqueza está mas espuesta á ceder á las sugeriones de Satanás, dijo, siempre con el mayor respeto el príncipe.

—Va con ella mi leal y sábio Jacob-el-Meknesi, dijo el califa.

—Jacob puede serte traidor.

—¡Ay de su cabeza!

—Pero su cabeza no podría darte la felicidad.

—¿Es decir que desconfias de la partida de la sultana?

—Me parece á lo menos estraña.

—¿Y qué piensas que debo hacer? preguntó despues de algunos segundos de meditabundo silencio, el califa.

—Enviar alguna persona de tu confianza, que observe, que vea, y si es necesario, que impida.

—¡ Irás tú! dijo, adoptando una resolucion decisiva el califa.

Estremeciöse de alegría el príncipe Algalib.

—Iré, dijo: y ¡ay! si algun traidor se ha atrevido á poner los pensamientos en tí, señor, para ofenderte, y ha llevado á colmo su traicion con las obras: pero es necesario no perder tiempo: la sultana Saida Otamida salió esta mañana de Córdoba y ya el mueden de la mezquita real llama á los fieles á la oracion de Almagreb (1).

—Si, sí, parte, mi buen hermano, dijo el califa, que estaba profundamente preocupado; parte, y quiera Dios que tus prudentes recelos sean vanos.

Media hora despues, á punto que el sol se ponía, una taifa de doscientos zenetes, á cuya cabeza iba el príncipe Algalibillah, salió, con el estruendo de una tempestad, al galopé de sus caballos, bajo el arco de la puerta de Adohar.

Al pasar bajo el arco interior de la puerta, que era bastante bajo, la lanza del príncipe tropezó en él y se rompió.

Esto, que será muy frecuente por la poca altura de los arcos internos de todas las puertas de las poblaciones y castillos árabes, y por la estremada longitud de las lanzas que entonces se usaban, era tenido por muy mal agüero.

—Ah! dijo el príncipe al sentir que su lanza se rompía: con malas hadas empezamos nuestra expedicion.

Y arrojando el trozo de lanza que le habia quedado en la mano, clavó los acicátes en los flancos de su blanca yegua, que partió como un rayo, llevando tras sí como una tromba, los doscientos zenetes por el camino de Algeciras.

(1) A puestas del sol.

Algalib-dillah cabalgaba del mismo modo: cuando los ca-
ballos no podían más, los relevaba con los de las tropas que en-
contraba en las poblaciones, y seguía adelante después de ha-
berse informado del paso de los fugitivos.

Y ya no tenía nada de que le eran.
En la quinta de recreo del castillo había encontrado á los dos-
cientos venecios que habían dejado allí, sin avisarles de su partida,
la suliana y sus compañeros.

Por todos los lugares **CAPITULO VI**
que la suliana y su escasa escolta iban que volaban.
Llevaba Algalib-dillah la desventaja, de que el número de su
gente le embarraxaba en el relevo de los caballos, invirtiendo más
tiempo del que él hubiera querido: así es que, á medida que
adelantaba, su impaciencia dejaba alguna de su gente atrás,
disminuyéndose su número progresivamente.

Progresivamente el príncipe hacia correr más á la gente que
atraxaba consigo.
**En que seremos testigos de una hazaña de Bernardo, y tendremos
ocasion de ver cómo su valor le puso en el caso de poder cumplir
un voto que había hecho á la Virgen.**

Y los árabes le seguían, suelta la tienda, ensangrentados los
arcos, inclinados sobre los riñones, convertidos en un tor-
bellino.

Peró de repente, y esto sucedió con frecuencia, un caballo
se detenia jadeante, cubierto de espuma, tembloroso, arrojaba
un negro vomito de sangre y caía muerto.

Con no menos rapidez habían cabalgado todo el día sin descanso
comprando á peso de oro, de distancia en distancia, excelentes
caballos para reemplazar á los caballos cansados, Otamida,
Bernardo, Jacob-el-Meknesi, y los seis esclavos africanos de la
guardia negra.

Y sin descansar un punto más que para los relevos de cabal-
gaduras, pasaban por una población, la dejaban atrás, y atra-
vesaban otra nueva.

Nadie se oponía á su marcha, porque Jacob-el-Meknesi, lle-
vaba una orden terminante del califa para que nadie les pudiese
impedimento.

— Algalib-billah cabalgaba del mismo modo: cuando los caballos no podían mas, los relevaba con los de las tropas que encontraba en las poblaciones, y seguía adelante despues de haberse informado del paso de los fugitivos.

Y ya no tenía duda de que lo eran.

En la quinta de recreo del califa había encontrado á los doscientos zenetes que habían dejado allí, sin avisarles de su partida, la sultana y sus compañeros.

Por todos los lugares por donde pasaban, decían al príncipe que la sultana y su escasa escolta iban que volaban.

Llevaba Algalib-billah la desventaja, de que el número de su gente le embarazaba en el relevo de los caballos, invirtiendo mas tiempo del que él hubiera querido: así es que, á medida que adelantaba, su impaciencia dejaba alguna de su gente atrás, disminuyéndose su numero progresivamente.

Progresivamente el príncipe hacia correr mas á la gente que arrastraba consigo.

— ¡Volad! ¡volad! gritaba desgarrando los hijares á su cabalgadura: ¡volad! ¡volad! ¡que se nos escapan!

Y los árabes le seguían, suelta la rienda, ensangrentados los acicates, inclinados sobre los arzones, convertidos en un torbellino.

Pero de repente, y esto sucedía con frecuencia, un caballo se detenía jadeante, cubierto de espuma, tembloroso, arrojaba un negro vómito de sangre y caía muerto.

A pesar de esto, Algalib-billah gritaba sin cesar:

— ¡Volad! ¡volad, que se nos escapan!

Y volvía á caer otro caballo, y mas allá otro y luego otro, y el escuadrón del príncipe se disminuía.

Al fin Algalib-billah llegó á su última jornada sobre la ribera del Mediterráneo; pocas horas despues debía ver ante sí los azules horizontes del mar.

Pero apenas le quedaba gente: había salido de Córdoba con doscientos zenetes, y había llegado á la aldea de Beni-Samthni ya cerca de la costa, con solo diez hombres.

Pero había ganado una inmensa ventaja.

Quando entró en la aldea le dijeron que una dama muy hermosa, un caballero anciano, otro jóven y seis esclavos negros, acababan de tomar el camino de la costa á través de unos espesos pinares, por unas colinas, traspuestas las cuales, debia verse á Algeciras.

Al saber esto Algalib-billah, montó en un caballo de refresco, y con solos seis zenetes, resto de la gente que habia sacado de Córdoba, tomó el camino de los pinares con una rapidez horrible.

II.

Y preguntaba al paso á los pastores de ovejas y á los campesinos por la dama, los dos caballeros y los seis esclavos, y le decian siempre.

—Corriendo como tú van, por allá, al otro lado del monte: si aprietas un poco los alcanzarás, porque ellos van muy cansados.

El príncipe seguía.

Al fin, un pastor de toros que estaba á un ribazo del camino, le dijo cuando le preguntó:

—Acaban de pasar: la dama iba enferma y me han preguntado dónde podria hallar pronto descanso, y yo los he encaminado á la Rambla-honda, donde está la cabaña del morabitho (1) para ella se han ido, y si tanto le interesa el encontrarlos, yo te guiaré.

Algalib-billah hizo que uno de los zenetes tomase en la grupa de su caballo al pastor y que partiese.

Poco despues entraban por una estensa rambla: es decir,

(1) Ermitaño.

por uno de esos anchísimos lechos secos de los torrentes que las lluvias del invierno forman en las montañas cerca de la ribera del mar.

Pero apenas habia entrado el príncipe en la rambla, cuando de lo alto, de entre las breñas, salieron algunas flechas, que rebotaron en el templado arnés damasquino del príncipe, y en la finísima cubertura de mallas de su caballo:

—¡Ah! exclamó el príncipe con alegría al conocer por aquel saludo que desde las breñas le hacian, que habia dado con los fugitivos: adelante, hijos; adelante: tenemos que habérmolas con gente valiente: pero no importa, somos tantos para tantos, y no sois vosotros hombres que cedais á ninguno: pié á tierra hijos, arco en mano y saeteará al costado, y á las breñas.

Los seis zenetes desmontaron, entregaron sus caballos encadenados, sobre cada uno de los cuales dejaron sus lanzas, al pastor que se puso á cubierto con las cabalgaduras, y solo el príncipe quedó á caballo, adelantando al galope rambla arriba hácia una pequeña cabaña que se veia en lo alto, mientras los seis zenetes con las adargas echadas á la espalda, los arcos entezados y flecha en mano, adelantaban por los flancos, saltando sobre las breñas á la carrera.

III.

Aun le quedaba al príncipe un tiro de arco para llegar á la cabaña, cuando aparecieron en su puerta dos hombres.

Era el uno Bernardo: el otro Jacob-el-Meknesi.

Este último adelantó un tanto haciendo una señal de paz con el extremo de su blanca toca.

El príncipe llegó junto á él, se detuvo y le dijo con acento trémulo por la cólera.

— ¡Cómo te atreves á presentarte á mí! ¡traidor! El califa me envía por tu cabeza.

— Poderoso, señor, dijo Jacub: Dios lo ha querido, y así estaba escrito: el decreto de las estrellas se cumple.

— ¡Y cuál es el decreto de las estrellas? dijo con acento convulso Algalib-billah.

— Que la doncella encontraría á su esposo y que se uniría á él.

Cegó de cólera el príncipe, y sin pronunciar una palabra mas, levantó la lanza y la dejó caer sobre Jacub-el-Meknesi, que apenas tuvo tiempo para separarse y evitar el golpe, huyendo hácia la cabaña.

En aquel momento Bernardo, que estaba apércibido, tomó con la rapidez del relámpago una adarga redoblada y una lanza, que se veían sobre un caballo á la puerta de la cabaña, saltó en él, y con la adarga al pecho, y la lanza en ristre se fué sobre el príncipe.

— ¡Ah, por Mahóma y por todos los profetas! dijo Algalib-billah, con una feroz alegría, veremos ahora cuál es el decreto de los astros.

Y recogiénose en los arzones, adargándose y enristrando la lanza, se fué para Bernardo que ya iba sobre él.

IV.

Entretanto se oía el chasquido de las cuerdas de los arcos y el ronco silvido de las flechas en las cortaduras cercanas.

Aquello era un pequeño combate, en el cual los dos caudillos de las reducidas fuerzas, se batían cuerpo á cuerpo.

Por algun tiempo, ni el árabe, ni el godó, aquellos dos enemigos naturales, obtuvieron la mas pequeña ventaja.

Recejaban los poderosos caballos bajo el mas poderoso em-

puge de las formidables lanzas, y las adargas gemian, y los golpes retumbaban sin que ninguno de los dos contendientes dijese una sola palabra.

Al fin la lanza de Algalib-billah se hizo astillas, y el generoso Bernardo arrojó la suya, ni mas ni menos que si se hubiese encontrado en torneo.

Dos solos testigos tenia este duelo de caballero á caballero. Jacob-el-Meknesi y Saida Otamida, que estaban en la puerta de la cabaña.

El morabitho ó ermitaño oraba entretanto.

Los zenetes se batian á distancia de breña en breña y en guerrilla, contra los seis esclavos de la guardia negra.

Bernardo y el príncipe habian desnudado sus yataganes y caracoleaban el uno alrededor del otro, cambiando golpe por golpe, devorándose con la sangrienta mirada de los feroces ojos, y pintada una amenaza sombría de muerte en sus semblantes.

Los dos cabalgaban admirablemente á la gineta.

Los dos se adargaban de una manera impenetrable.

Los dos daban á sus golpes la fuerza del rayo.

Y las fuertes adargas de Fez, fabricadas con tres cueros de toro curtidos, y tres ojas de acero templado, y claveteadas de bronce, se abrian bajo los terribles fundientes como si hubiesen sido de cera, y muy pronto, deshechas, desguarnecidas y arrojadas por inútiles, fueron á dar en los finisimos arneses de damasco, los golpes que antes habian sufrido las adargas.

El combate no podia dilatarse mucho.

Los caballos estaban cansados y empezaban á vacilar á obedecer torpe y tardamente al freno y al acicate.

Los arneses se desclavaban.

Los yataganes, mellados ya, convertidos en sierras, cortaban las piezas damasquinas de las armaduras, sacando de ellas á cada golpe un raudal de chispas, que se veian rojas por un momento á pesar de ser de dia claro.

Muy pronto la carne debia recibir los golpes que apenas resistian ya las destrozadas armaduras.

Solo el valor y el corage de los dos enemigos no menguaba,

le sostenian los celos, el odio de raza, la competencia del valor.

De los anchos pechos de entrambos, salia un rugido ronco.

Algalib-billah era un tigre.

Bernardo un leon.

Nunca se habia visto un combate tan terrible y tan sostenido entre un musulman y un cristiano.

El Dios del combate debia estarlo mirando asombrado desde una nube roja.

V.

Al fin el caballo de Algalib-billah, se negó á obedecer, ó mas bien no pudo obedecer.

Se plantó, abrió sus remos, vaciló un momento sobre ellos como una araña moribunda y cayó.

Pero prevenido Algalib-billah, soltó á tiempo los estrivos y saltó del caballo evitando que este le arrastrase consigo.

El príncipe, irritado, furioso, se fué de través hácia Bernardo para desjarretarle el caballo: pero el valiente montañés salió al galope rambla arriba, tomó distancia, desmontó, y se vino á pié contra Algalib-billah.

—Es necesario que esto concluya, dijo Bernardo: puede sorprendernos gente y entonces somos perdidos.

Y entrando rápidamente, parando un golpe del príncipe, se metió bajo su acero, arrojó el suyo y se aferró á Algalib-billah.

El combate habia venido á concluir en lucha.

Y decimos á concluir, porque apenas Bernardo tuvo abrazado al príncipe, cuando este, sin poderlo evitar, aunque era escesivamente forzado y gran luchador, se sintió levantado en alto, y luego arrojado contra el suelo, de espaldas, con una fuerza horrible.

El príncipe no se movió. Sus narices, su boca y sus oídos manaban sangre.

Bernardo le contempló un breve espacio, y de repente su semblante se iluminó con una expresión de gratitud infinita, cayó de rodillas y exclamó:

— ¡Gracias, madre mía de Covadonga! ¡yo te ofrecí sobre el mar, cuando la muerte nos cercaba, el manto de oro y púrpura de un wali muerto á mis manos, si salvaba á Otamida, y ya puedo cumplir mi voto!

Y levantándose arrancó del cadáver de Algalib-billah su albornoz de príncipe, que era en efecto de púrpura y estaba bordado de oro.

VI.

En aquel momento, uno tras de otro, aparecieron por las cortaduras los seis africanos de la guardia negra.

Venían enjugándose el sudor, y tan tranquilamente, que no podía decirse que huían.

En efecto, habían muerto á tres de los zenetes, y otros tres habían huido.



Perez Baquero dib. y lit.

Ruiz, editor.

Lit.^a de Losada.

..., cayó de rodillas y exclamó:



VII.

Cuatro horas despues , Otamida , Bernardo , Jacob y los seis esclavos , entraban en una casa de placer situada á las orillas del mar.

Aquella tarde se embarcaban todos, entre las rocas, en un cárabo de contrabandistas, que tambien habia contrabandistas ó contraventores de los reglamentos de aduanas entre los árabes , y tomaban á toda vela y con un viento próspero el rumbo hácia las costas occidentales de España.

Cuatro horas después, Otamida, Bernardo, Jacub y los seis esclavos, entraban en la bahía situada á las orillas del mar.

CAPITULO VII.

Aquella tarde se embarcaban todos, entre las rocas, en un cárabo de contrabandistas que tambien habia contrabandistas ó contraventores de los reglamentos de aduanas entre los árabes, y tornaban á toda-vela y con un viento prospero el rumbo hacia las costas occidentales de España.

En el que arriban á feliz puerto nuestros personajes, con otros sucesos que verá el curioso lector.

I.

FUE casualidad ó fortuna, ó providencia de Dios, que nadie á quien pudiese estrañarle, viese el embarco de Saida Otamida, Bernardo, Jacub-el-Meknesi, y los seis esclavos de la guardia negra.

Ni aun los mismos contraventores que tripulaban el cárabo, y que no por ser contrabandistas, dejaban de ser buenos musulmanes, y hubieran aprovechado la ocasion de hacer un gran servicio al califa, recibiendo por él su perdon y una razonable recompensa, encontraron estraño el embarco en su buque de dos jóvenes esposos, que con un antiguo servidor, seis esclavos armados con sus correspondientes caballos y un pesado equipa-

ge, quisieran pasar á Africa á bordo de un buque que hacia continuamente su travesía de las costas de España á las de Marruecos.

Hiciéronse al cabo á la vela con rumbo á Africa, y mientras duró el día y estuvieron á vista de tierra, permanecieron tranquilamente en su cámara, Otamida, Bernardo y Jacob, y los seis esclavos indolentemente tendidos sobre la cubierta.

Pero cuando al ponerse el sol y ya en alta mar, cerca de la noche se encontraron, Jacob-el-Meknesi llamó al arrayaz del cárao y le dijo:

—Amigo: la noche se presenta bonancible: el frio no es grande y bien podremos pasar un rato conversando amigablemente.

—Lo que tú quieras haré yo gustoso, dijo el arrayaz: el viento es favorable, la mar buena, el barco velero y mañana al amanecer veremos la costa de Africa. Conversemos, pues.

—Quiero me relates uno de los maravillosos cuentos de los fantasmas del mar que sabeis vosotros los que siempre estais navegando, y que he oído ponderar allá en Córdoba.

—Por mi vida que mejor entretenimiento no pudieras desear, dijo el arrayaz: voy á contarte la historia de las siete desposadas vírgenes, que al pasar por delante de Bujia se aparecen á los navegantes las noches en que la luna sale cuando se pone el sol.

—Espera, dijo Jacob, que para que el cuento sea mas sabroso, le acompañaremos con buenos tragos de vino de vid, que traigo conmigo, y aunque el korán lo prohíbe, como nadie puede verlo, nos hacemos cuenta que no lo hemos bebido.

—Con buenas hadas has entrado en mi barco, dijo el contrabandista, y yo te juro que si el vino es bueno, no ha de ser peor mi historia.

—Pues espera que voy á donde el licor tengo escondido, y al punto vuelvo.

Entróse en la cámara Jacob y se estuvo en ella mas de un cuarto de hora, despues del cual salió con un cantarillo vidriado en la mano, y tan panzudo, que bien mostraba contener una razonable cantidad del líquido que tenia la virtud de hacer pecar

á los musulmanes, contraviniendo gravemente los preceptos del korán.

Tan ansioso estaba el arrayaz de probar la bondad del néctar, que como cosa prohibida lograban con dificultad y raras veces los árabes, que cuando le entregó el botijo Jacob, se lo invocó y se estuvo cinco minutos con los ojos fijos en las estrellas y paládeando con placer el vino, que era escelente.

Jacob le observaba de una manera profunda sin que el arrayaz notase su observacion.

El vino que Jacob le habia dado tenia en sí el mismo poderoso narcótico de que Jacob se habia valido para adormecer á Bernardo y poderle llevar oculto á Córdoba, hasta el centro mismo del alcázar del califa.

De tal manera habia bebido el arrayaz, y era tal la actividad del narcótico que el vino contenia, que apenas el bebedor entregó la cantarilla á Jacob, cuando sin ser poderoso á otra cosa, se sentó sobre el puente, apoyó la cabeza entre las manos y luego cayó de costado completamente dormido.

Entonces Jacob silvó.

Los seis esclavos de la guardia negra se levantaron como sombras de uno de los costados del buque, entezaron los arcos, es decir, templaron las cuerdas y armaron en cada uno de ellos una flecha.

Algunos marineros notaron esta actitud y llamaron á grandes voces á su arrayaz.

Pero este no estaba en estado de oirlos.

Al ver la actitud que habian tomado los esclavos los marineros, comprendieron de lo que se trataba, y se acorralaron hácia la parte de proa.

—Amigos, les dijo el Meknesi adelantando hácia ellos, vuestro arrayaz está dormido, y no despertará sino cuando yo quiera; porque habeis de saber que yo soy un gran encantador, y del mismo modo puedo encantaros á vosotros: pero no lo haré, sino que mas bien os pagaré generosamente si me obedecéis.

—¿Y qué hemos de hacer? dijo uno de ellos tomando la voz por sus compañeros aterrados.

—Encaminar el barco hácia el estrecho de Geb-al-Tarik (1).

Los marineros obedecieron.

Al amanecer, pasado el estrecho, navegaban por el Océano con rumbo á las costas de Asturias.

Algunos dias despues doblaban los cabos Finisterre y Ortegon, y al cabo entraban en el puerto de Pravia.

Era á fines de enero.

Entonces solo pudo decirse que Bernardo habia salvado á Sayda Otamida.

Estaba delante de la torre de Pero Perez, de aquella misma torre desde el pié de la cual se habia arrojado al mar para socorrer á Otamida la noche de Navidad, y durante una de las mas horribles tormentas del Océano.

Solo al tener delante de sí la torre de Pero Perez, recordó Bernardo á Heriberta.

Á aquella dulce niña de los ojos de cielo, la frente de nieve y los cabellos de oro.

Aquella purísima doncella á quien Bernardo habia creído amar con toda su alma, y de quien sin poder evitarlo, sin pensar siquiera en evitarlo, se habia olvidado, absorvida su alma entera por la magia de Otamida.

Y era que Bernardo habia creído amor el sentimiento dulce que la dulce hermosura de Heriberta le habia inspirado, y solo pudo comprender que el amor era hartó distinto cuando le sintió soberano, dominador, ardiente, incontrastable al conocer á Otamida.

(1) Monte de Tarik, por corrupcion Gibraltar.

Sin embargo, Bernardo al ver la torre de Pero Perez suspiró, no por sí, sino por Heriberta.

Sabia demasiado que la pobre niña le amaba como Otamida.

Porque al ser amado por Otamida, al amarla, comprendió lo que antes no habia comprendido en Heriberta, recordando la triste sonrisa, la mirada intensa, y el acento entrecortado y trémulo con que la hija de Brunequilda y de Diego Perez le saludaba, cuando le encontraba al pié del promontorio entre los castaños del valle.

Es cierto que entre Bernardo y Heriberta no habian mediado confesiones de amor ni promesas; pero estaban acostumbrados á verse, mas que á verse á buscarse las tardes serenas en el valle, y siempre durante las ausencias de Diego Perez, porque cuando el terrible mudo estaba en la torre, Heriberta no se hubiera atrevido á salir de ella.

Bernardo, pues, sentia una especie de malestar por Heriberta, no por sí mismo, porque Otamida llenaba su alma.

Y sin embargo, la torre de Pero Perez tenia para él algo de lúgubre á pesar de que estaba iluminada por la hermosa luz del sol de un despejado y límpido dia de enero.

III.

Al ver una embarcacion árabe, los moradores de la torre, los de la cercana villa de Pravia, y los de las casillas de la playa, se alarmaron.

Muy pronto la costa estuvo cubierta de gente armada.

Algunas barcas de pescadores, llenas de estas gentes, se acercaron al carabó para reconocerle.

Bernardo les dejó acercarse sin hacer ninguna demostracion hostil, y cuando estuvieron tan cerca que podian oir su voz dijo á los de la barca mas próxima:

—Nada temais: somos cristianos que venimos de Córdoba.

—¡Calla! dijo uno de los que venian en la barca, pues si es Bernardo el de la torre de Saldaña.

—Si, yo soy, amigos míos, dijo el jóven.

—Te dábamos por muerto, dijo otro de los de la barca, y tanto que el buen Alfonso de Saldaña ha hecho rogativas por tí.

—Pues vengo sano y salvo: dijo Bernardo: ahora bien amigos míos: voy á saltar en tierra: los que me acompañan son mi esposa.....

—Tu esposa, dijo un viejo que hasta entonces no habia hablado: te has casado por allá con una infiel: no lo creeríamos á no verlo, Bernardo: todos te teníamos por valiente y cristiano.

—Cristiana es mi esposa y como vosotros asturiana y noble entre las nobles: como que es hija de mi protector Alfonso de Saldaña.

—¡Bah! saltó uno: Alfonso de Saldaña no tiene ni ha tenido hijos.

—Que no tiene, dijo el viejo que habia hablado antes, es cierto: pero no que no los ha tenido: hace catorce años, lo recuerdo bien, que estando él fuera de la torre le quitaron los sarracenos una hija.

—Pues esa hija que robaron á Alfonso de Saldaña, es mi esposa, á la que yo traigo de Córdoba.

—La hija de Alfonso de Saldaña, á la que se creia muerta ha parecido; exclamó el viejo: ¡bendito sea Dios!

—¡Viva! ¡viva! gritaron los de las otras barcas, porque Alfonso de Saldaña era muy conocido y muy estimado de todos.

Y para probar su dicho, Bernardo asió de la mano á Otamida, la llevó á la borda del cárao y la mostró á los buenos asturianos de las barcas.

—¡Ella es! ¡ella es! ¡se parece á su padre! gritó el viejo.

—Y á su madre, gritaron otros.

—¡Viva! ¡viva! exclamaron todos.

Y aquella noticia pasó del mar á la costa, y de la costa á la

torre de Pero Perez, y á Pravia que estaba á la derecha, y á la torre de Saldaña, que estaba á larga distancia á la izquierda.

Aquella noticia cambió en confianza el recelo, y en alegría el temor.

No eran enemigos los que estaban á la vista, sino antiguos y conocidos amigos.

Solo en un lugar y por una sola persona se escuchó aquella noticia con espanto.

Aquella persona era Brunequilda, que se encontraba sola en la torre de Pero Perez, sin saber hacia mas de un mes, lo que habia sido de su hija ni de su esposo.

Entrambos habian desaparecido la noche de Navidad, y no habian vuelto á parecer.

Cuando Brunequilda oyó decir que Bernardo, el de la torre de Saldaña habia vuelto, y venia casado con una hija perdida de Alonso de Saldaña, exclamó comprimido el corazon:

—Si mi desdichada Heriberta no ha muerto, si parece; esta noticia la matará.

Porque Brunequilda sabia cuánto amaba Heriberta á Bernardo.

II.

Bernardo y Otamida fueron conducidos á tierra en una de las barcas de pescadores, que en ello se obstinaron, y en otra Jacob y los seis esclavos africanos.

Al poner los pies en tierra lo primero que hicieron Bernardo y Otamida fué arrodillarse y dar gracias á Dios porque al fin se encontraban á salvo en su patria.

Cuando se levantó Bernardo, vió en lo alto del promontorio, en la torre de Pero Perez, asomada á aquella terrible ventana, que los naturales señalaban con misterio á los es-

trangeros, á Brunequilla pálida y sombría que fijaba en él la intensa mirada de sus poderosos ojos.

Bernardo buscó con miedo otra persona junto á Brunequilla, pero Brunequilla estaba sola.

Entonces apartó instintivamente los ojos de aquella ventana, y montando con Saida, Jacob y los seis esclavos en los caballos que tambien habian desembarcado, llevando sobre sí los tesoros que Otamida traia de Córdoba, se alejaron todos al galope á lo largo de la costa en direccion á la torre de Saldaña.

CAPITULO VIII.

En que el autor da á conocer á sus lectores dos nuevos personajes.

I.

NECESITAMOS retroceder algunas horas, y trasladarnos á una de las habitaciones de la torre de Saldaña.

Alzabase esta torre, compuesta de algunos edificios aglomerados, en una playa descubierta, como á dos tiros de ballesta del mar, dejando ver sus macizas murallas almenadas, en lo que propiamente podia llamarse la torre, que era un inmenso y gigantesco cuadrado, sin mas aberturas al exterior que un número incalculable de saeteras á manera de hendiduras, y en la parte media algunas grandes ventanas bizantinas recargadas de rudos pero ricos, y característicos adornos.

Estas ventanas estaban cerradas por grandes vidrieras de

colores, lo que era sorprendente en aquellos lugares, porque en Asturias no se acostumbraba tanto lujo.

Además el arco de la parte interior de cada de una estas ventanas, estaba dorado, y doradas las estatuitas, y las repisas y los doseletes que adornaban en aquel término el arco.

En contraposición, los arcos superpuestos á este hasta el plano del muro, y el muro mismo mostraban ese color amarillento denegrido que dá el tiempo á los edificios.

A los cuatro ángulos de la torre habia torrecillas almenadas tambien, y en una de ellas, en la del norte, se veia colgada de una chata espadaña una campana, y sobre esta espadaña un asta de bandera.

Lo que significaba que quien en aquella torre vivia, era señor de vasallos, y por consecuencia muy noble y muy rico.

En las almenas de esta torre se veia reflejar al sol el casco de hierro bruñido de un hombre de armas que hacia la guarda.

Rodeaba á esta torre estableciendo un cuadrado estenso, una muralla maciza que solo se alzaba hasta igualarse con el tercio de altura de la torre, en cuya muralla entre dos cubos almenados con rastrillo y puente levadizo, habia una ancha poterna.

Por último, un foso profundo lleno de agua verdinegra, defendido por una barbacana y una empalizada, se estendia al pie de la muralla exterior.

II.

En el espacio comprendido entre la muralla exterior y la torre, habia algunos patios unidos por calles y formados por edificios.

Correspondian la mayor parte de estos edificios, que solo constaban de un solo piso, á la labranza: allí estaban los esta-

blos, las caballerizas, los graneros, el horno, los corrales donde se criaban los animales domésticos y el lagar.

Mas allá hácia el norte se veia un patio estenso, empedrado, formado por un edificio de ladrillo, de dos cuerpos, por donde pasaban y cruzaban hombres de armas.

Aquello era la estancia ó cuartel, digámoslo así, de la gente de guerra del noble conde Alfonso de Saldaña, vasallo y magnate del señor rey don Alfonso II, el Casto.

Mas allá, alegre, ventilada, con vistas á unos pobrecillos viñedos, tales como los permite el clima de Asturias, con grandes ventanas labradas, estaba la hospedería, que un tal señor, no podia menos de tener un lugar digno de su nobleza, destinado á hospedar á los nobles que honrasen su morada, permaneciendo en ella algún tiempo.

Por último, á la parte del mediodía, y con vistas á un jardín, en que el arte y el cuidado habian ayudado á la naturaleza, se veia un lindisimo y estenso edificio puramente árabe.

Siendo este edificio árabe y rico, inútil es decir que en él brillaban las cúpulas doradas; que recreaba la vista con sus callados miradores y las esbeltas columnatas de sus galerías de alabastro; con sus caprichosos transparentes y sus ligeras y bellísimas ventanas; matizado, dorado, ornamentado, resplandeciente.

Tal era la torre de Saldaña: castillo fuerte y alcázar de placer: árabe y cristiano por un misterio que se aclarará pronto, en aquella tierra clásica de la independencia española, donde todo lo que tenia sabor árabe era aborrecido.

III.

Penetremos en la torre de Saldaña.

Supongamos que vivimos en aquellos tiempos; ó que aquellos tiempos viven para nosotros, y que al llegar delante de la poterna, del otro lado de las barreras, el guarda que vaga en el almenar que corre entre los dos cubos, nos pregunta qué queremos: que le respondemos, pidiendo hospitalidad y deseando besar las manos á la castellana y ponernos al mandado del castellano: que el guarda se vuelve para dentro y habla con otro hombre de armas, que desaparece; que poco despues sentimos un rechinamiento áspero y estridente: es el pesado rastrillo que sube; que despues vemos caer lentamente con estridor de cadenas y produciendo al asentarse un estruendo ronco, el puente levadizo; que vemos una profunda arcada, y por ella aparece atravesando el puente, con un haz de llaves en la cintura, un hombre membrudo; aquel es el alcaide: le siguen cuatro hombres de armas: el alcaide abre la puerta, de la barbacana, y luego la de las barreras, y ya en el campo llega junto á nosotros, se informa de donde venimos y á lo que vamos, y luego nos lleva adentro.

Sucesivamente se cierran las dos robustas puertas exteriores: en cuanto pasamos el puente este se levanta con estruendo, y al atravesar el segundo arco de la profunda poterna cae con no menos fuerza el rastrillo.

Creéis que habeis ya pasado todas las líneas de defensa, y sin embargo, al desembocar en un pequeño patio, al atravesar otra profunda arcada, cae otro rastrillo.

Salís á un pasadizo embovedado que recibe la luz de un patio estenso y al estar en él, veis una cisterna ó algibe, junto á ella un estanque: á la derecha un ángulo de la gran torre; al

frente, un bello pórtico árabe, con galerías; á la derecha el muro exterior con su adarve, y á la espalda, por donde habeis entrado, otro muro desnudo sin mas abertura que la profunda cerca por donde habeis venido.

VI

Entremos por el pórtico del frente.

Encontrareis un vestíbulo, luego un patio pequeño pero bello, cubierto con una cúpula árabe y en un ángulo de aquel patio una puerta de herradura con adornos árabes, y entrando en aquella puerta, una escalera de mármol estrecha, con fajas de mosaico, que asciende en tramos recuadrados de ocho pedaños cada uno.

Al cuarto tramo desembocais ya en una galería maravillosa que da sobre el jardín.

El pavimento y las paredes hasta una vara de altura son de mosaico de colores caprichosamente combinados, formando estrellas y entrelazos bellos é ingeniosos: el arabesco de la pared parece de oro bruñido, y los huecos entre el arabesco están pintados con diversidad de colores que forman juegos caprichosos, complicando el minucioso enlazamiento del adorno: al fondo de la galería hay una rica puerta, tras aquella puerta una pequeña y preciosa antecámara, y levantando el tapiz de oro y seda de otra puerta mas pequeña os encontrareis en una magnífica cámara.

Necesitamos para hacer comprender el maravilloso efecto de aquella cámara, tener el poder de un mago y presentáros-la tal cual nosotros la vemos en nuestra imaginacion, con sus arcos afligranados, delicados, incomparables, cubiertos por la parte interior de tapices de brocado de oro: con su alfombra de la India alrededor de los muros, dejando en el centro descubierto un espacio donde hay una fuente de mármol, de la cual se levantan surtidores formando caprichosos juegos de agua: con su doble agimez de cuatro columnas por donde penetra el alegre y dorado sol de un hermoso dia de enero, que parece por lo templado y diáfano, una gracia del invierno: quisiéramos que admiráseis aquellas paredes tan prolijamente labradas con recuadros de arabescos, fajas caprichosas, cornisamento de bovedillas, y sobre este cornisamento, levantándose, atrevida una inmensa cúpula estrellada que parece á un mismo tiempo por sus estrellas y sus brillantes colores un cielo; por la complicacion de sus estalácticas, una gruta de hadas; y en el arranque de aquella cúpula, treinta y dos ventanas cerradas por celosías caladas de estuco por donde entra la luz blanca y perdida, dando un encanto indefinible á aquella maravillosa cúpula, brillando levemente en los adornos dorados, velando los colores, haciéndolo todo vago y aéreo; y sobre la alfombra, en cada uno de los ángulos de esta cámara, perfumeros esféricos de oro, que por su mecanismo ruedan, sin volcarse jamás el fuego donde arden lentamente los perfumes, produciendo un humo blanco y leve que se difunde por la estancia llenándola de delicados olores; y á un lado un ancho divan de seda, y á los pies del divan pieles de oso por el frio.

Y colgados de las paredes, brillantes como la plata y en-

cendidos como el oro, arneses, adargas, espadas, bocinas; y allá un estante de roble tallado con ricos adornos bizantinos, lleno de libros *in folio*, cubiertos de amarillo pergamino; y acullá un arca maravillosa con los aros y las cerraduras bruñidas y labradas á cincel; y en otro lugar el tocador de piedra de la castellana con el enorme espejo de plata, de tal manera pulimentada, que reemplaza con ventaja á nuestros jactanciosos espejos de Venecia, y junto al tocador el aguamanil de oro, y mas allá el reclinatorio con un crucifijo de plata y á los pies un cojin de brocado, y ocupando todo un ángulo un magnífico lecho, que por sus accesorios demuestra ser el tálamo de los castellanos.

Aquella estancia en la torre de Saldaña es la estancia común de los esposos, y por eso se ven en ella al par los perfumeros y el tocador, y el reclinatorio, y las armas de guerra y las trompas de caza: y en efecto, aquella es la cámara nupcial de Alfonso de Saldaña y de su esposa doña Luz de Mendavia.

VI.

Sobre el divan estaba sentada una dama como de treinta y cinco años, hermosa aún, pero triste y pálida como si grandes desventuras hubiesen pasado por ella.

Vestía sencilla aunque noblemente y escuchaba con una atención profunda á un caballero que se paseaba á lo largo de la cámara visiblemente contrariado.

Este caballero contaba á lo mas treinta y ocho ó cuarenta años.

Era hermoso relativamente tanto como lo era la dama, pero éran la belleza de entrambos de diferente tipo.

Doña Luz de Mendavia, hija del conde Odoard de Mendavia,

que así se llamaba la dama, era blanca, rubia, de grandes ojos azules, y dulcemente grave y magestuosa.

Alfonso de Saldaña, que este era el caballero, tenía la tez ligeramente morena, pero con un moreno límpido, la frente alta y pensadora, los cabellos tan negros, que tenían reflejos azulados; las cejas anchas y dilatadas, los ojos enormes, rasgados, melancólicos y fuertemente negros y negrísima y sedosa la barba.

En doña Luz, se revelaba á primera vista la raza goda.

En el conde no podía desconocerse ni un solo rasgo distintivo de la raza árabe.

Tales eran los esposos castellanos de la torre de Saldaña.

Veamos cómo habían podido unirse los descendientes de la raza árabe moradora de las abrasadoras comarcas de oriente y de los bárbaros que vinieron de las frías orillas del Danubio.

Sepamos cómo habían llegado á casarse aquellos dos hijos de razas enemigas.

Allá en en los tiempos del miserable rey Mauregato, que pagaba vergonzosamente á los árabes un tributo anual de cincuenta doncellas nobles y otras tantas plebeyas, escogidas por los mismos árabes, fué á Asturias á cobrar el tributo en el último año del reinado de Mauregato, enviado por el califa de Córdoba, el príncipe Saleiman, hijo mayor del califa á quien con una taifa de árabes numerosa y valiente, acompañaba un xequí llamado Abd-el-Melek.

Abd-el-Melek llevaba consigo á un hijo suyo llamado Hesham, hermoso, jóven y valiente.

Aconteció que habiendo elegido los árabes una doncella noble á quien amaba el rey Mauregato, este, olvidándose del gran poder de los árabes y del pacto que con ellos tenía, les negó aquella doncella bajo el pretesto de que era su esposa.

Pero siendo esto falso, el príncipe Saleiman, por sostener el derecho del califa, se obstinó en llevarse la doncella que Mauregato le disputaba, llegando el caso de que los árabes recurriesen á la fuerza y encerrasen y cercasen á Mauregato en su cas-

tillo de Pravia, donde se habia refugiado con sus gentes y con la doncella, causa de aquel conflicto.

Sucedió tambien por entonces que los solariegos, vivamente irritados por las tiranías, las injusticias y las maldades de Mauregato, pensaban en destronarle y proclamar rey á don Bermudo el Diácono, á quien se habia unido don Alfonso II el Casto destronado antes por Mauregato.

La guerra civil iba á estallar.

Los condes, los nobles y los obispos que habian proclamado á don Bermudo, y despues unido á su gobierno á don Alfonso el Casto, no tenian fuerzas bastantes para derrocar por sí solos al tirano.

Ofendidos de él al mismo tiempo los árabes, hicieron por el momento causa comun con los solariegos, y acometieron y entraron en el castillo de Pravia, mataron á Mauregato y se apoderaron de la doncella disputada.

En el asalto del castillo, fué gravemente herido el wali Haschan-aben-Abd-el-Melek, de tal modo, que cuando los árabes hubieron de partir de Asturias no le pudieron llevar consigo á causa de sus heridas.

Quedóse, pues, el wali Hescham en Pravia y en la casa del conde Odoard de Mendavia.

Ahora bien, el conde Odoard tenia una hija hermosísima con cuya hermosura convenia su nombre.

Se llamaba doña Luz.

El jóven árabe, confiado por su padre el hagib (1) Abd-el-Melek á la hidalguia del padre de doña Luz, habia pasado un mes entre la vida y la muerte á consecuencia de las heridas que habia recibido en el asalto del castillo de Pravia.

La convalecencia fué larga y penosa.

Durante ella, el jóven Hescham tuvo junto á sí al espíritu del cristianismo y al del amor, representados, el uno por Edgardo, obispo de Tuy, y el otro por la hermosísima doña Luz.

La doncella, que se habia unido á don Alfonso el Casto, se habia casado con un noble de Asturias, y se habia retirado á un castro de Asturias.

(1) Primer ministro

Lentamente las creencias del árabe en cuanto á religion, fueron cambiándose bajo el influjo de la dulce y persuasiva palabra, llena de uncion y de caridad del obispo, y de la purísima hermosura de doña Luz.

Esto consistía en que el conde Odoard de Mendavia habia comprendido que su hija sentía un violento amor hacia el árabe, y para hacer posible un enlace y evitar una desdicha, se habia valido del obispo de Tuy, que era un grande amigo suyo.

Y tal fuerza tuvieron las palabras del prelado y la hermosura de doña Luz, que cuando Hescham dejó el lecho enteramente restablecido, estaba ya decidido á adjuar del Korán, á bautizarse, y á ser esposo de doña Luz.

Hizo sin duda mal para ante los árabes, en abjurar de la religion que le habian enseñado sus padres; pero ante Dios y ante los cristianos, practicó una accion meritoria renegando del dios de Mahoma, y ganando de este modo su amor en la tierra y su bienaventuranza en el cielo.

No se decidió, sin embargo, sino despues de una larga lucha: por una parte le llevaban al cristianismo su conviccion, la fé que habia sabido inculcar en su espíritu el virtuoso prelado; y es seguro que sin esta fé, los amores de doña Luz, no le hubieran llevado por sí solos á la conversion; y por otra su alma se desgarraba al considerar el terrible golpe con que iba á herir el corazon de su padre, que no teniendo otro hijo que él, habia reconcentrado en Hescham todo su cariño.

Sin embargo, cuando el jóven wali se decidió, cumplió como noble y leal; envió un mensagero á Africa á la ciudad de Tahar, donde se encontraba su padre con el príncipe Suleiman; el mensagero llevaba una larga carta que Hescham habia escrito temblando, en que participaba á Abd-el-Melek su resolucion de hacerse cristiano, y de casarse con doña Luz de Mendavia, y le pedia su bendiccion.

Un mes tardó la respuesta; mes de terrible ansiedad para Hescham.

Al fin llegó á Asturias un mensajero de su padre, que traía la brevísima carta siguiente:

« Lo que Dios dispone bien dispuesto está. Me lo había arrebatado todo y ahora me arrebató mi hijo. Hágase su voluntad. Yo te perdono, y pido á Dios que te perdone del mismo modo. Una vez apartado tú de nuestra ley, el único consuelo que me queda, es saber que eres esposo de una hija del noble conde Odoard de Mendavia. Que os bendiga Dios, hijos míos. El día primero de la luna de regeb, año ciento sesenta y cinco de la Hegira.—Ishac-Aben-Abd-el-Melek-el-Hagib.»

A esta carta acompañaban otras dos; una para el conde Odoard de Mendavia, en que Abd-el-Melek le trataba como hermano, y en la cual no había una sola palabra de queja, y otra para doña Luz, á quien llamaba su querida hija.

Sobre las cartas á Hescham y doña Luz dejaba ver el pergamino algunas señales de lágrimas que se habían vertido sin duda al escribirlas.

Además, en el galeon en que había venido el mensajero, venia tambien un inmenso tesoro, que el fiel servidor de Abd-el-Melek entregó á Hescham.

—Pero mi padre se ha quedado pobre, dijo Hescham, considerando la inmensa cuantía de aquel tesoro en alhajas, piedras preciosas y doblas cendradas.

—El hagib, respondió el mensajero, se ha reservado sus armas, su caballo y su tienda, no necesita mas.

En vano Hescham se negó á recibir aquellas riquezas: el mensajero, dejándolas en su casa, desapareció.

Poco despues, cuando Hescham quiso enviar aquel tesoro á su padre, recibió una tristísima noticia por medio de un mensajero, que le envió el príncipe Suleiman.

El anciano Hagib-Abd-el-Melek había muerto como bravo, dentro de su armadura en la batalla de Lorca, en que Suleiman había sido vencido por el príncipe Al-Hhakem, hijo del califa Hexem, hermano de Suleiman, contra quien este se había revelado.

No quedaba otra familia á Hescham que la que había tomado entre los cristianos.

Bautizado con el nombre de Alfonso de Saldaña, por haber

sido su padrino el conde de Saldaña don Sancho, esposo infeliz, como veremos mas adelante, de la infanta doña Jimena, hermana del rey don Alfonso el Casto, quiso que el solar que construyó para su familia en la costa de Asturias cerca de Pravia, llevase tambien el nombre de su padrino, y la llamó la torre de Saldaña.

No hay que confundir, pues, esta torre con la que se conserva aun en Castilla con el nombre de Fuen-Saldaña, y á la que ha hecho popular una bella poesía de Zorrilla.

Y como al fin y al cabo, aunque cristiano, Alfonso de Saldaña era árabe, y recordaba la riqueza de su casa y los magníficos alcázares de Córdoba, y como era riquísimo por los tesoros que de su padre habia heredado, quiso tener en Asturias, y le tuvo, un magnífico alcázar árabe, en una de cuyas cámaras hemos introducido al lector, en el momento en que doña Luz, pensativa, pálida y hermosa, estaba sentada en un divan, y Alfonso de Saldaña se paseaba visiblemente disgustado, dirigiendo de tiempo en tiempo algunas palabras á su esposa.

VII.

De repente Alfonso de Saldaña se detuvo, y sentándose desalentado en unos almohadones, dijo:

—Pienso que Dios me castiga por haber adjurado de la religion de mis padres; por haber abandonado mi patria; por lo que es peor aun, por haber vuelto mi espada contra ella.

—¡Alfonso! exclamó doña Luz, mirando severamente á su marido, á pesar de lo que, se veian el amor y el interés de aquella exclamacion: ¿por qué dudar de Dios?

—Hay momentos en que el hombre, no sabiendo á quién acusar de sus desgracias, busca en sus recuerdos alguna mala accion suya que considerar como causa de un castigo: ¿acaso no

amargué los dias de mi anciano padre? ¿acaso no puedo creer que cediendo á su despecho al verse abandonado buscó la muerte en la batalla de Lorca?

—¡Alfonso! ¡tú no crees lo que dices! exclamó doña Luz con acento de dulce reconvencion.

—¡Es verdad! ¡soy injusto! Á Dios debo la ventura de que seas mi esposa! ¡Á Dios debo el haber abierto los ojos á la luz de la verdadera fé! ¡pero soy tan desgraciado!...

—Lo somos los dos, Alfonso.

—Es verdad: tú eres el alma de mi alma: lo que á mí me entristece, te entristece á tí; pero tú tienes el alma mas fuerte que yo: tú sufres en silencio, y yo me quejo: yo no sé tolerar la desgracia.

—¡Pero qué sucede de nuevo, Alfonso? dijo con ansiedad doña Luz.

—Sucede que el rey me escribe ordenándome que envíe á Pravia á Bernardo.

—¡Bernardo! exclamó tristemente doña Luz.

—No era bastante, dijo Alfonso, que hubiéramos perdido á nuestra hija: que no sepamos si es muerta ó si vive, si es feliz ó desgraciada. Todos los dias aunque no lo digamos, por no afligirnos mutuamente, nuestro corazon nos pregunta ¿dónde estará? Pues bien, era necesario que tambien nos acordásemos de nuestro hijo del corazon, de nuestro hermoso y valiente Bernardo; que nos preguntemos tambien con el corazon lleno de lágrimas: ¡si habrá muerto! y si no ha muerto, ¿dónde está? es necesario que yo diga al rey don Alfonso por respuesta á su mandato: ¡señor, desde la noche de Navidad nada sabemos de él!

—Calló el conde y doña Luz no se atrevió á replicarle: sufría como él.

—Y no es esto solo: es necesario que yo vea á nuestra buena Brunequilda, pálida, aterrada, sola en la torre de Pero Pérez apurando su agonía, sin saber lo que ha sido de su esposo ni de su hija, desde esa terrible noche de Navidad: es necesario que despues de una escursion inútil á la montaña para buscar

á ese maldecido Roldan, la diga: ninguna noticia te traigo: la montaña no me ha revelado el paradero de ese hombre: espera, espera aun y enloquece esperando á las prendas de tu alma: ¡ Oh! esto es horrible, Luz: una desgracia inmerecida nos envuelve á un tiempo en un mismo y agudísimo dolor á Brunequilda y á nosotros, y es necesario sufrir, y no enloquecer: esperar y morir esperando.

— Hé ahí por qué durante un momento he dudado del todo: he creído que Dios me castigaba. Pero ya no dudo. Esta tarde vuelvo á partir con mis ballesteros, con diez veces mas número del que llevé antes, y no volveré, yo te lo juro, sino trayendo nuevas, siquiera sean funestas, de Diego Perez, de Heriberta y de Bernardo.

— ¿Y si no vuelves? dijo con ansiedad doña Luz; dicen que Roldan es un espectro terrible, un fantasma que vaga insepulto y maldito desde la batalla de Roncesvalles, y que quien le vé muere.

— Ojalá que yo le viera, para probar si mi espada bastaba para hacerle estar quieto en su tumba. Pero yo creo que el cuento de Roldan es una conseja: que murió realmente en la batalla de Roncesvalles, y que solo la sencilla credulidad del vulgo, es la que mantiene la creencia de que Roldan vive en carne y hueso.

— ¿Y esa bocina que se oye durante las noches de tormenta entre las quebraduras?

— ¡ Zumbidos del viento en las rocas!

— Tú mismo has oído desde el lecho y cerca de nuestra casa esa maldita bocina.

— He creído oirla y me he lanzado del lecho, me he armado apresuradamente y he salido con los míos. Hemos recorrido los alrededores, nos hemos internado en la montaña y nada hemos hallado. ¿Huiria el terrible Roldan?; el mejor par de los doce?; el que lidió como un héroe de los antiguos tiempos en Roncesvalles? No, Luz, no: la desaparición de Heriberta, de Bernardo, de Diego Perez, debe tener otra causa: sin embargo, voy á partir esta tarde y á recorrer á Asturias durante un mes:

¿si nada encuentro, cómo podemos seguir oyendo sin desprecio que Roldan es la causa de tantas desdichas?

—¡Oh! ¡no partirás! dijo doña Luz.

—Brunequilla abrazaba ayer llorando mis rodillas, por mas que yo queria impedirlo: pero ella pugnando por no levantarse me decia: A tus pies estaré, Alfonso, hasta que me prometas apurar tu valor y tu caridad para volver á una esposa su esposo, á una madre su hija.—Se lo prometí, me lo he prometido á mi mismo, que tambien yo necesito saber la suerte de Bernardo, y partiré.

—Cúmplase la voluntad de Dios; dijo pálida como un difunto doña Luz.

El conde Alfonso de Saldaña continuó paseándose profundamente pensativo á lo largo de la cámara.

VIII.

De repente se levantó grande alarido de gritos, pero alarido de alegría y de aclamacion, en el exterior.

Alfonso de Saldaña salió de su abatimiento, se detuvo y corrió al mirador.

Doña Luz se levantó tambien.

En aquel momento, un hombre atlético, de rostro cuadrado, en el que rebosaban la valentía y la franqueza, entró en la cámara.

—¡Albricias, señor, albricias! exclamó.

—¡Albricias! ¿de qué? exclamó el conde apartándose del mirador y volviéndose al hombre que habia entrado.

—¡Bernardo!... ¡el noble y valiente Bernardo acaba de llegar y viene tras mí! dijo pudiendo apenas pronunciar estas palabras sofocadas por la alegría el que habia entrado.

—¡Bernardo! exclamaron á un tiempo el conde y doña Luz.

—/ En aquel momento, con un magnífico traje árabe, entró Bernardo en la cámara.

—Se arrojó en los brazos de doña Luz, que fué la primera que le salió al encuentro, la besó llorando de alegría y luego se arancó de sus brazos y se arrojó en los del conde.

—¡Ah! ¡gracias á Dios! exclamó, he creído no volveros á ver.

—¿Pero dónde has estado? dijo el conde.

—Sí, sí, ¿dónde has estado durante este terrible mes?

—En Córdoba! dijo Bernardo.

—¿En Córdoba! exclamaron con asombro los dos esposos.

—Sí, mis buenos padres (Bernardo llamaba sus padres, aunque no lo fuesen, al conde y á doña Luz, porque con él habian hecho el oficio de tales), en la corte del califa: y se conoce en mí que vengo de allá.

—Sí; ese magnífico vestido... exclamó alentando apenas Alfonso de Saldaña: ¿has renegado de Dios Bernardo?

—¡Padre!... exclamó dolorosamente Bernardo; y has podido creer eso en mí!

—Pero espícate Bernardo por Dios: ¿cómo has ido á Córdoba? dijo doña Luz.

—Me ha llevado Dios, dijo Bernardo.

Notábase en el jóven algo de confusión, algo de embarazo: necesitaba, anhelaba presentar á sus padres su hermosa Otamida, y él, tan valiente, temblaba al pensar en el efecto que podia producir en Alfonso y en doña Luz aquella revelacion.

—Pero espícanos, dijo doña Luz, como has podido ir á Córdoba y volver de este modo.

—La caridad empezó la obra y la ha concluido el amor,

—Cada vez te entiendo menos, dijo Alfonso.

—Pues bien, la noche de Navidad iba yo á la torre de Peró Perez: la noche era tempestuosa, rugía el viento, el mar bramaba, un barco se habia deshecho contra las rocas. A la luz de un relámpago ví que el mar arrebatava uno de los palos del barco, y que á aquel palo iba asida una muger. Me arrojé al mar para socorrerla.

—¡Oh mi valiente hijo! exclamó con entusiasmo el conde Alfonso.

—Después de una larga lucha, logré al fin alcanzar á la mujer: iba desmayada sobre el palo y era hermosa como un ángel: volvió en sí; pero nos encontrábamos en alta mar; la tormenta habia cesado: brillaba la luna sobre el mar tranquilo y no veíamos mas que cielo y agua: el cansancio, el frio, la conmocion me quitaron el sentido. Cuando volví en mí me encontré en un lecho, se me presentó un anciano árabe, me habló amigablemente y me dió á beber el licor que contenia una copa, y volví á dormirme: desperté seis veces y las seis veces ví al árabe, las seis veces me dió de beber y me dormí: cuando desperté la sétima vez me encontré en el alcázar de la Rusafa en Córdoba.

—En el alcázar del califa! exclamó Alfonso.

—Sí; en el alcázar del califa: entró el anciano que yo habia visto otras veces y que me ayudó á vestirme unas magnificas ropas árabes, después de lo cual me llevó á la presencia de la dama á quien yo habia pretendido salvar arrojándome al mar. Aquella dama era la sultana Saida Otamida.

—Una de las mas hermosas hijas del califa Al-Hhaken!

—Te engañas, padre, no es hija del califa mi esposa.

—¡Tu esposa! exclamaron con asombro Alfonso y doña Luz.

—Sí, mi esposa: ¿no os he dicho que me llevó á Córdoba la caridad y que me ha traído de Córdoba el amor? La sultana Saida Otamida era cristiana, me amaba, nos amábamos, y el santo obispo Yldebrando nos ha desposado. Después hemos huido. He vencido y muerto al walí Algalib-billah que nos perseguia, me he traído conmigo su manto de púrpura y oro que me sirve para cumplir un voto que he hecho á Nuestra Señora de Covadonga, y mi esposa, y el buen Jacob el Meknesi, y mis valientes esclavos de la guardia negra del califa, estamos aquí.

—Pero todo eso es maravilloso; parece un cuento de nuestros antiguos poetas del Yemen y del Hedjaz, dijo Alfonso de Saldaña que no olvidaba de que era árabe.

—Ya te lo contaré punto por punto, padre, y te asombrarás mas.

—¡Casado con una estrangera! dijo doña Luz: ¿qué vá á ser de Heriberta cuando lo sepa!

—Mi buena madre, dijo Bernardo: yo ceria que amaba á Heriberta: yo no habia amado nunca; pero despues de haber conocido á mi esposa, he conocido que mi amor á Heriberta era amor de hermano: ademas, la sultana Saida Otamida no es estrangera; está en su patria, ha nacido en Asturias: los árabes la habian robado del solar de sus padres.

—¡Como á nuestra hija! dijo poniéndose densamente pálida doña Luz.

—Sí, como tu hija, madre mia.

—¿Y qué edad tiene esa dama? dijo profundamente Alfonso de Saldaña que habia notado algo de preocupacion en el aspecto, en las palabras, en las miradas de Bernardo.

—Vas á verla y tú mismo juzgarás, padre, dijo Bernardo; yo la he hablado mucho de vosotros y hasta conoceros está impaciente.

Y sin decir ni una palabra mas Bernardo, salió y entró á poco trayendo de la mano á Otamida.

IX.

La primera mirada de Saida Otamida fué para doña Luz.

Adelantaba lentamente, con un sencillo trage de lana blanca, hermosa, hermosísima, como nunca, pálida, estremecida, con la mirada lucida, dilatada, ardiente, llena de un amor divino fija en doña Luz.

Doña Luz temblaba: Alfonso de Saldaña miraba á Otamida, fascinado, dominado por un no sé qué vago, misterioso, instintivo.

Veia tras Otamida á Bernardo conmovido y con las lágrimas

en los ojos, él, que era tan fiero: una sospecha vaga, inesplicable, oprimía el corazón del conde; y Otamida adelantaba lentamente hasta que llegó junto á doña Luz.

Entonces se arrodilló.

— ¡Benedicidme madre mia! dijo con voz apagada y trémula.

Y al escuchar aquel ardiente *madre mia* que había salido de el corazón de Otamida, Doña Luz dió un grito; levantó á la jóven entre sus brazos y mirándola de una manera ansiosa la dijo:

— ¿Que edad tienes?

— Diez y seis años, exclamó Otamida.

— ¿Que edad tenias cuando te robaron los árabes de Asturias?

— Dos años.

Pasó la palidez y el temblor de la agonía por doña Luz, Alfonso se acercó y se detuvo junto á las dos damas.

Bernardo se apoyó en una pilastra del lecho.

— ¡Cómo!; cómo te llamas! exclamó con ansiedad doña Luz.

— María de Saldaña, contestó Otamida.

Y una mirada recíproca, inmensa, dulce, ansiosa, se cruzó entre la madre y la hija, y sus dos semblantes se unieron y los sollozos, y las lágrimas, y los besos, y las ardientes caricias sucedieron á las palabras.

Alfonso de Saldaña miraba aquel grupo anonadado por la felicidad, mudo, pálido, inmóvil.

Bernardo gozaba, se sonreía como al sentimiento de una felicidad suprema, y se recogía con el revés de la mano las gruesas lágrimas que salian de sus ojos.

Al fin la madre y la hija se separaron.

Entonces doña Luz asió á Otamida de la mano y la llevó andando un solo paso á Alfonso de Saldaña.

— ¡Mi esposo! ¡tu padre! exclamó.

— ¡Oh! ¡cuán noble y cuán hermoso! exclamó Otamida, dejándose caer en los brazos del conde.

Alfonso la estrechó contra su corazón y la besó en la frente.

Luego la separó de sí, la miró enloquecido de amor y de orgullo, y exclamó:



Verde Roq. d. 71.

Ruiz, editor.

Est. de Luenda.

Y una mirada recíproca, inmensa, dulce, ansiosa, se cruzó entre

—¡Hermosa! ¡hermosísima y pura como mi madre!

Y luego se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

Hacia poco tiempo que habia blasfemado de Dios, y Dios siempre bueno y misericordioso, le enviaba la felicidad.

Abandonemos por algun tiempo aquella familia á sí misma, porque hay situaciones para reproducir las cuales es impotente la imaginacion.

Nuestros lectores, dada la situacion, la comprenderán mejor que si nosotros nos obstinásemos en reproducirla.

Y luego se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.
 Hacía poco tiempo que había blasfemado de Dios y Dios
 siempre bueno y misericordioso, le enviaba la felicidad.
 Abandonemos por algún tiempo aquella lanilla á sí misma,
 porque hay situaciones para reproducir las cuales es impotente
 la imaginación.
 Nuestros lectores, dada la situación, la comprenderán mejor
 que si nosotros nos ocupásemos en reproducirla.

CAPITULO VIII.

De como Bernardo salió en busca de Roldan.

I.

Pasaron bien dos horas.

Jacub-el-Meknesi fué presentado.

Fuéronlo tambien los seis bravos esclavos de la guardia negra del califa.

El paroxismo de la alegría habia pasado para los principales personajes de la escena anterior.

Para evitar interpretaciones y murmuraciones, los trages árabes habian desaparecido.

Bernardo habia vuelto á vestir su trage acostumbrado de noble solariega, á Jacub-el-Meknesi se le habia dado un trage del conde, y los seis nubios vestian ni mas ni menos que como los arqueros montañeses de la torre de Saldaña.

El tesoro traído de Córdoba por Otamida había sido religiosamente guardado por su padre.

Otamida se había encerrado con doña Luz para contarle por estenso la historia de su casamiento con Bernardo, y Alfonso se había llevado á Bernardo á una cámara apartada y se había encerrado con él.

II.

—En momentos has venido, dijo á Bernardo, cuando estuvieron solos, en que me creía abandonado del cielo y de la tierra. Desde la funesta noche de Navidad no sabíamos de tí, ni si eras muerto ó vivo: tampoco se sabe nada de Diego Perez ni de Heriberta.

—¡Cómo! ¿pues qué desgracia les ha acontecido? dijo con terror Bernardo.

—Dejáronse la puerta de la torre abierta, los escuderos de Diego Perez, cuando habiéndole reconocido por su manera de tocar la bocina con que desde el mar pedía socorro, fueron á salvarle. La bocina de Roldan se había oído poco antes entre las cortaduras de la cercana montaña: cuando Diego Perez en salvo por los suyos entró en la torre, Heriberta había desaparecido. De repente sonó cerca de la torre la bocina de Roldan, como burlándose del dolor de los dos infelices esposos, como provocando á Diego Perez. Entonces Diego Perez salió con cuatro ballesteros, y ni él, ni ellos han vuelto á parecer.

Estó me lo contó tres días despues de la noche de Navidad y anegada en llanto la infeliz Brunequilda, que me pedía amparo.

Nunca han acudido en vano á mí la debilidad y la desgracia, y salí con mis gentes á registrar la montaña: espesura por espesura, breña por breña: mis arqueros han matado muchos osos

y muchos lobos, pero no hemos podido dar con Roldan, ni hemos logrado que nuestros perros se pusiesen sobre su rastro.

Y sin embargo, con mucha frecuencia esa maldita bocina resonaba á lo lejos; ya á la derecha, ya á la izquierda, ya detrás, ya delante.

Yo creo que Roldan no existe; que algun bandido conocedor de los senderos y de los escondrijos de la montaña, ha tomado su nombre, y que el sonido que se cree producido por una bocina, no es otra cosa que el ruido que el viento hace silvando y rugiendo entre las rocas.

Por que solo se oye esa bocina en las noches de tempestad: nunca en las noches serenas; solo cuando el viento furioso azota nuestros muros y encrespa las ondas; nunca cuando el viento duerme y el mar se tiende tranquilo sobre la playa.

Sin embargo, de lo que no puede dudarse es de que Heriberta, Diego Perez y los cuatro ballesteros han desaparecido.

Brunequilda se ha arrojado de nuevo en su dolor á mis pies, me ha pedido que busque á su esposo y á su hija y yo voy á partir: pero sin que Luz lo sepa: tu en tanto, hijo mio, vé á Oviedo á donde te llama el rey don Alfonso.

—Espere el rey si le place, dijo con altivez Bernardo, ó vé tu en mi lugar, padre, porque yo en tu lugar voy á la montaña: la conozco mejor que tú.

—¿Y si no vuelves, qué será de tu esposa, de mi pobre hija?

—Partiré, padre, y volveré, no lo dudes, aunque los doce pares de Francia me esperasen en las angosturas de la montaña. Y partiré solo: acaso Roldan, ó el bandido que tú crees ó satanas si quieres, huye porque no se atreve á medirse solo con la gente que te ha acompañado.

—Acompañado fué Diego Perez.

—¿Con cuatro montañeses asalariados!

—Es verdad: yo he llevado siempre mas de cien hombres.

—Y ese miserable ha huido de tí: yo te aseguro que no huirá de un hombre solo, y de un perro, porque yo llevaré conmigo á mi fiel Vigilante. Ahora bien, padre, mi resolucion está tomada: si no me permites cumplirla, por la primera vez en mi vida te

desobedezco; si tú te obstinas en ir también, seremos dos, y acaso no consigamos nada: vé tú á Pravia á disculparme con el rey, y déjame ir á la montaña: ¿crees que yo no conozco como tú las entradas y las salidas de estos contornos, todos los senderos, todas las cimas desde las cuevas de los osos, hasta los nidos de las águilas? y crees tú, que si encuentro á ese hombre, ese hombre me vencerá?

—Pronunció Bernardo con una suprema altivez estas palabras.

—Los negros ojos del conde Alfonso brillaron de entusiasmo.

—Vé, hijo mío, vé, dijo al fin, dominado por el generoso valor de Bernardo: pero es necesario ocultar la causa de tu ausencia á mi hija.

—No: que sepa la verdad: ella no temblará, yo te lo juro; ella confía en mi valor y en mi fortuna: ella me ha visto ahogar entre mis brazos al terrible emir de los ginetes cordobeses.

—Ni una palabra más, dijo el conde: parte pero, es necesario que partas al momento.

—Necesito un vestido que haya tenido puesto Heriberta y otro de Diego Perez.

—El conde se levantó, abrió y llamó á un escudero, á quien mandó que fuese á la torre de Pero Perez, y pidiese lo que Bernardo queria.

El escudero partió á caballo á la carrera.

Entretanto Bernardo se fué á ver á Otamida.

Relatóla brevemente la causa de su partida: pintóla á una esposa sin esposo, á una madre sin hija, á quien tan necesario era devolver la hija y el esposo, y la anunció que iba á partir al momento.

Otamida le escuchó grave y serena, y cuando hubo concluido, le dijo:

—Vé, que esa madre, esa esposa, te deba el enjugar su llanto: pero no vayas sin un talisman que te proteja.

—¿Aun crees en los amuletos y en los talismanes? dijo Bernardo.

—Creo en la milagrosa virtud de este *Lignum Crucis* y de la santa imágen de la Virgen madre de Dios.

Y quitándose el relicario que llevaba al cuello, le puso en el cuello de Bernardo.

—Ahora, dijo, ármate y parte: yo quedo tranquila porque vas á hacer una buena accion, porque eres un héroe y porque te ampara Dios.

Bernardo abrazó trasportado á Otamida: luego se puso un vestido de montañés, se ciñó una pesadísima espada, que mas que espada, era una clava: tomó una ballésta de áya curada, una venablera con diez jaras; se puso sobre el pecho una coraza de hojas de hierro, redoblado y un fuerte casco en la cabeza: luego poniéndose en la espalda una adarga de cuero y en fin sacó un vestido de Heriberta y otro de Diego Perez que habia traído el escudero, hizo que sacasen un hermoso y fuerte perro: de montería, y saliendo de la torre, se encaminó solo á la montaña.

Mientras pudo vérselo, estuvieron en el almenar mas alto de la torre, el conde, doña Luz, Otamida y Jacob-el-Meknesi.

Antes de perderse en el primer seno de la montaña, Bernardo se volvió y tañó la bocina tres veces.

Los que desde la torre le miraban, le saludaron con sus lengüelos.

Luego Bernardo desapareció.

En aquel momento se ponía el sol.

El escudero partió á buscar á Bernardo se fué á ver á Otamida. Relató brevemente la causa de su partida: pintó á una esposa sin esposo, á una madre sin hija, á quien tan necesario era devolver la hija y el esposo, y la anunció que iba á partir al momento.

Otamida le escuchó grave y serena, y cuando hubo concluido, le dijo:

—Vé, que esa madre, esa esposa, te deba el engragar su hijo: pero no vayas sin un talisman que te proteja.

—¿Un cres en los amuletos y en los talismanes? dijo Bernardo.

—Cresco en la milagrosa virtud de este riquísimo cres y de la santa imagen de la Virgen madre de Dios.

domaba en torno al solemne y tremendo silencio de las montañas cuando el viento que me, y el torrente que se despenaba de las rocas en rocas, y cuyos mugidos repetían los sonoros ecos de las quebraduras, parecía como que no turbaba aquel silencio, sino que por el contrario y por un vigoroso contraste le hacía más profundo.

Allí á lo lejos, al fondo, á la derecha, á la izquierda, por entre los escuetos peñascos, que parecían aguijas góticas de mil caprichosas formas, se veían á veces las montañas nevadas que se

CAPITULO X.

perdían en la distancia. Aquello era un desierto. Pero Bernardo, infatigable cazador de osos y de lobos, estaba tan acostumbrado á la privación y solemne de aquellos lugares, que gozaba en ellos de un sentimiento que levantaba su alma y la hacía más fuerte y más valiente.

Desde el momento en que Vigilante entró en la montaña, pegó las narices al suelo y tomó un rastro por el que siguió.

De lo que aconteció en la montaña á Bernardo.

— Ya estas sobre el oso, dijo Bernardo; pues bien, sigue, así como así, los dos necesitamos alimento antes de la media noche, por que hemos salido muy á la ligera de la torre; pues bien, sobre el rastro y al oso.

El perro siguió. A poco empezó á trepar por el estrecho y peligroso sendero de una alta quebradura.

En el lugar en que Bernardo se encontraba poco después, estrecho, flanqueado de altísimas rocas y surcado en su fondo por un torrente hijo de las lluvias, no había ya más luz que la del crepúsculo.

La noche, sin embargo, se presentaba clara y serena: poco después del oscurecer debía salir la luna.

Altas espesuras de pinos se veían en los flancos de la montaña, con su verde negro, sus troncos escuetos y sus apretadas copas.

Brotaba á los costados el helecho, y el musgo hacía resbaladizo el áspero sendero por donde adelantaba vigorosamente Bernardo, precedido de su bravo y hermoso Vigilante.

Dominaba en torno el solemne y tremendo silencio de las montañas cuando el viento duerme, y el torrente que se despeñaba de de roca en roca, y cuyos mugidos repetían los sonoros ecos de las quebraduras, parecía como que no turbaba aquel silencio, sino que por el contrario y por un vigoroso contraste le hacía más profundo.

Allá á lo lejos, al fondo, á la derecha, á la izquierda, por entre los escuetos peñascos, que parecían agujas góticas de mil caprichosas formas, se veían cimas de montañas nevadas que se pierden en lontananza.

Aquello era un desierto.

Pero Bernardo, infatigable cazador de osos y de lobos, estaba tan acostumbrado á lo bravío y solemne de aquellos lugares, que gozaba en ellos de un sentimiento que levantaba su alma y la hacía más fuerte y más valiente.

Desde el momento en que Vigilante entró en la montaña, pegó las narices al suelo, se orientó y tomó un rastro por el que siguió.

—Ya estás sobre el oso, dijo Bernardo: pues bien, sigue, así como así los dos necesitamos alimento antes de la media noche, por que hemos salido muy á la ligera de la torre: pues bien, sobre el rastro y al oso.

El perro siguió.

A poco empezó á trepar por el estrecho y peligroso sendero de una alta cortadura.

Al fin de este sendero en la parte media de un tajo había una cueva.

Bernardo y el perro llegaron á la boca de la cueva; y Bernardo desnudó su cuchillo y entró.

Oyóse dentro un rugido sordo, y luego entre la sombra se vió levantar un bulto enorme y venir hacia Bernardo.

El joven se acercó lentamente al oso y se dejó abrazar de él.

Pero en el mismo momento el oso lanzó un rugido lastimero y cayó.

—Es la osa, dijo tranquilamente Bernardo; á ese rugido el macho no tardará en venir: dé guardia Vigilante y esperemos atentos á que ese caballero llegue.

Y saliendo á la plataforma que formaba el resalte de la roca, á la entrada de la cueva, cortó con su espada de la maleza, que había en abundancia entre las grietas, y la apiló en el centro de la cueva.

Entonces el perro empezó á gruñir impaciente, y se oyeron las piedras que caían del sendero al fondo de la cañada.

—¡El oso! dijo Bernardo.

Y armando un venablo en la ballesta, esperó desde el fondo de la cueva.

Oyéronse sordos rugidos ya cercanos.

—¡Viene herido! ¡y herido de muerte! exclamó Bernardo, ¿pero quién ha podido herirle? no se oye son de bocinas ni ladridos de perros.

En aquel punto Vigilante ladró con fuerza como anunciando la proximidad de una persona.

A seguida un sonido retumbante, atronador, terrible, fué á despertar los ecos de la montaña.

Nunca había oído Bernardo un sonido tan poderoso sino cuando en medio de la noche y del silencio había retumbado la bocina de Roldan.

En aquel momento entró el oso cubriendo casi, con su enorme cuerpo, la entrada de la cueva.

Bernardo disparó, y el oso cayó lanzando un postrer rugido.

Vigilante ladraba entretanto.

Resonó un segundo toque de bocina, pero mas lejos. Y

—¡Ah! exclamó Bernardo, ¿es Roldan! pues ya nos veremos valiente, si sois vos el Roldan tan celebrado; ó contigo, terrible bandido, si no eres el sobrino de Carlo-Magno: entretanto preparemos la cena para Vigilante y para mí.

Y Bernardo sacó tranquilamente de su bolsa útiles de encender, puso fuego á algunas ojas secas y encendió la hoguera.

Los dos osos, macho y hembra, estaban por tierra y muertos, la una al fondo, el otro á la entrada.

Bernardo reconoció al macho.

A más del venablo que Bernardo le había disparado, y que tenía en medio del pecho, tenía un en un costado una fuerte jara.

Bernardo le arrancó aquella jara y la examinó. Era de encina tosca, labrada al parecer con un cuchillo y sin punta de acero, sino simplemente una estremidad aguzada.

—Hé aquí, dijo, la razon de no haber rematado al oso; la puntería es buena, pero esta punta de madera ha hecho demasiado atravesando la piel del animal y rompiéndose en las costillas: á no ser por mi buen venablo acerado, vida tenia, el oso, para largo tiempo. Siento que tan mal armado te encuentres, noble par, porque el vencerte será menos glorioso. Cuán diferente mi buen venablo! ha entrado por el pecho y ha salido por la espalda.

Y Bernardo sacó el venablo del cuerpo del oso, y sangriento aun como estaba, le puso en la venablera.

Vigilante sentado en cuclillas miraba alternativamente á las dos piezas y á Bernardo con cierta impaciencia, como de quien espera regalarse bien con una succulenta vianda y tiene buen apetito.

—La carne de la osa es mas tierna, dijo Bernardo.

Y desenvainando su cuchillo, degolló á la osa para que se desangrase, la abrió, y arrojó el corazon y las entrañas á Vigilante, que las devoró con ansia.

Despues cortó un gran trozo de la parte mas sabrosa y la arrojó al fuego.

Y todo esto hecho como pueden haberlo hecho, no un caballero de la corte de don Alfonso, casi un magnate, sino un monterero, que jamás hubiese salido de la montaña.

Es verdad que Bernardo casi se había criado en ella.

Cuando la carne estuvo asada, Bernardo la comió con lentitud, bajó por el sendero al torrente, bebió agua en el hueco de la mano, y luego se volvió á la cueva y se echó junto á la hoguera, sirviéndole de almohada el oso.

—Reposemos hasta la media noche, dijo: necesito sorprendente, Roldan, y te sorprenderé; pero para ello es necesario que te demos tiempo para que llegues á tu guarida y te entregues al reposo.

Poco despues dormia, donde acaso ningun hombre habia dormido.

Vigilante, sentado á la entrada de la cueva, velaba el sueño de su señor.

II.

A la media noche despertó Bernardo.

Alzóse, colgóse la venablera, púsose á la espalda la adarga y el saco donde llevaba los vestidos de Heriberta y de Diego Perez, púsose el capacete, tomó la ballesta y descendió con paso lento y mesurado por el áspero sendero, precedido de Vigilante.

Una vez en la hondura, á la orilla del torrente, Bernardo se detuvo, se quitó de sobre las espaldas su saco, le abrió, sacó de él la túnica de Heriberta, y la dió á oler al perro.

Vigilante levantó las narices, y tomó el viento, pero despues de esto se estuvo quedo.

—Por aquí no ha pasado Heriberta dijo: busquemos en otro lugar.

Y salvó á saltos el torrente pasándole sobre las puntas verdinegras y resvaladizas de los peñascos, entre los cuales el torrente se partia.

Una vez al otro lado, Bernardo, tomó hácia una garganta y se perdió por ella.

Vigilante se adelantó.

A cada momento se paraba y se sentaba.

Cambiaba de lugar hácia atrás ó hácia adelante, y venia de nuevo.

Sabia que era necesario hallar un rastro y le buscaba.

Buscándole sin hallarle recorrió grandes espacios, alentando

el viento, ya en el fondo de un barranco, ya en la cumbre de una colina.

Al fin y después de haber recorrido internándose en la montaña mas de dos leguas, Vigilante dió un ligero gruñido de alegría, y partió sin vacilar con el hocico tocando á la tierra.

Bernardo para asegurarse de que Vigilante no habia tomado un rastro falso, le llamó y le dió á oler de nuevo la túnica de Heriberta.

A seguida el perro continuó sobre el mismo rastro que habia tomado anteriormente.

—Hemos encontrado á esa desdichada, dijo Bernardo.

Y se puso á seguir con ardor á Vigilante.

Las oscuras penumbras de las montañas, á las cuales esclarecía de una manera fantástica el reflejo de la luna que iluminaba por completo en la parte opuesta grandes masas de rocas; los profundos despeñaderos herizados de maleza; los grupos de ayas y de pinos que acá y allá formaban masas informes é indeterminadas; las aberturas caprichosas de las montañas que dejaban ver otras montañas que la luna hacia parecer como nubes lejanas adheridas á la tierra; el silencio profundo, solo turbado por el graznar estridente de las águilas en las cortaduras, hé aquí los lugares por donde avanzaba rápidamente Bernardo, siguiendo á Vigilante; hé aquí los ruidos que llegaban á su oído; y sobre todo esto un cielo despejado de un fuerte azul oscuro sembrado de estrellas.

Bernardo y Vigilante parecían incansables. Y trepaba el perro con gran facilidad por senderos ásperos, apenas señalados, cortados por picos resbaladizos, y Bernardo le seguia con paso rápido, firme, seguro, como si hubiese andado por el pavimento pulimentado de un alcázar.

Y andaban y andaban.

A una montaña se sucedia otra. A cada momento se bajaba á un profundo barranco, trepaban á una cumbre: despues de haber recorrido un largo espacio á oscuras bajo las tupidas copas de los pinos, caminaban á la luz de la luna recorriendo la cresta de una montaña.

Al llegar á estas eminencias, y como para respirar el aire mas puro y descansar un momento, Vigilante se sentaba.

Bernardo sin sentarse arrojaba en derredor suyo una mirada de exploracion.

Pero ni una voz, ni una hoguera, ni el ladrido de un perro, le indicaban que hubiese cerca ó lejos habitaciones humanas.

Solo se veían cumbres y valles.

Hacia un frio intenso, y sin embargo el perro jadeaba, tendido sobre el suelo y Bernardo sudaba.

Tan precipitada, tan violenta era su carrera.

Bernardo, despues de haber descansado algunos instantes, de haber vuelto con su pensamiento á la torre de Saldana, donde habia dejado á Otamida, á Alfonso y á dona Luz, enviaba tambien su pensamiento á la torre de Pero Perez, y allí, en un tálamo, viuda, desvelada, aterrada, á la luz de una lámpara opaca, creia ver á Brunequilda que pensaba con la ansiedad del dolor y de la desesperacion, en su hija y en su esposo.

Entonces el noble mancebo se estremecía tambien de impaciencia, daba á oler de nuevo á Vigilante la túnica de Heriberta, y el valiente perro se lanzaba en seguida á la carrera siguiendo el rastro.

Habian pasado mas de dos horas desde la media noche, en que Bernardo se habia puesto sobre el rastro, y el y el perro habian andado mas de cuatro leguas.

Se habian internado completamente en la montaña.

La anchura de roca á roca invadida por el torrente, era considerable; el impulso de las aguas despenadas, terrible. Bernardo se lanzó torrente arriba. Vigilante le siguió con vivas señales de contrariedad, por que apartaba de su rastro, con el cual se habia encariñado como buen perro de montería.

III.

De improviso un rumor vago, ténue, perdido casi, semejante á un zumbido remoto, se percibió entre el silencio.

A medida que Bernardo y Vigilante adelantaban, aquel rumor se hacia mas perceptible, mas calificable.

Al fin Bernardo no tuvo duda de que aquel ruido provenia de un torrente.

Y siguieron caminando hombre y perro.

Al fin distinto, cercano, bramador, se oyó el ruido del agua que en un raudal inmenso se despeñaba por un lechó peñascoso, al pie de una altísima mole cónica de granito, truncada en la cima.

Muy pronto Vigilante se detuvo en la parte baja, á la orilla de la corriente, que turbia, atronadora, espumosa, se precipita en largos y anchos saltos destellando de una manera vigorosa y móvil la luz de la luna.

Era imposible pasar.

Y sin embargo, el perro venteaba y gruñía, con las narices levantadas á la cumbre de la gigantesca mole.

Allí sin duda estaba Heriberta.

Era Bernardo demasiado buen montero, para no conocer que Vigilante habia llegado al fin de su rastro, por su viva impaciencia, y por la tenacidad conque arremetia á la orilla procurando hallar un paso.

Pero aquel paso era imposible.

La anchura de roca á roca invadida por el torrente, era considerable; el impulso de las aguas despeñadas, terrible.

Bernardo se lanzó torrente arriba.

Vigilante le siguió con vivas señales de contrariedad, porque le apartaba de su rastro, con el cual se habia encariñado como buen perro de montería.

Orillando el torrente, dieron vuelta á la roca.

Despues el torrente, dejando un pequeño espacio de tierra, único punto por donde podia treparse á la roca, mostraba su curso, proviniendo de un pendiente barranco por donde descendia encañonado con un fragor espantoso.

Para llegar á aquella pequeña puerta de tierra por donde únicamente podia llegarse á la roca, era necesario atravesar su corriente.

Y en el lugar en que se encontraba Bernardo, lanzadas las aguas por un desnivel violento, eran necesarias las fuerzas de un Dios para llegar á nado á la otra orilla.

Y Bernardo era un hombre.

Siguió, pues, torrente arriba.

Muy pronto las laderas de la montaña se estrecharon.

El sendero se perdia, constituyéndole á veces un estrechísimo, pendiente y resbaladizo resalte, colgado sobre las aguas á una inmensa altura.

Bernardo recorría sin temor aquel sendero peligroso.

Y con la misma valentia recorríalo Vigilante.

Al fin la corriente apareció, aunque considerable, menos violenta, menos ruidosa, pero insalvable todavía.

El sendero se hizo mas fácil.

Al poco espacio el gran fragor del torrente resonaba á lo lejos.

Al fin Bernardo desembocó en un estenso ensanchamiento de la montaña.

Era un valle en que el torrente habia formado un pintoresco y tranquilo lago, un remanso inmenso, por decirlo así, que reflejaba en paz y de una manera fuertemente poética, la luz de la luna.

No se conocia la direccion de la corriente.

Sin embargo, podia llevar demasiada fuerza bajo su apariencia tranquila, y arrastrar hácia la desembocadura por donde se despeñaba, al imprudente que se hubiese atrevido á arrojar al agua.

Bernardo cortó con su espada una porcion de maleza, y la arrojó al agua para probar la fuerza de la corriente.

Apenas la rama cayó al agua, cuando partió con la rapidez de una flecha.

Bernardo siguió adelante.

El lago se ensanchaba mas y mas.

A dos tiros de ballesta de donde habia arrojado la primera rama, arrojó otra.

La rama partió con menos violencia, pero con la bastante para que pudiera ser arrastrado el nadador mas fuerte.

Al fin, despues de otras dos pruebas, Bernardo vió que el peligro no era excesivo.

Pero desde el lugar de la orilla en que se encontraba á la orilla opuesta, habia una distancia al menos de seis tiros de ballesta.

Es decir, una distancia igual á la de seis tiros de una cárbina comun de nuestros dias.

Bernardo se decidió á salvar aquella distancia á nado.

Para apreciar el valor del jóven, á mas del peligro que arrostraba, esponiéndose á ser arrebatado por la corriente, que en el centro del lago debia ser violenta, es necesario tener presente que era entonces el mes de enero, y que estaba en Asturias.

Podia morir, si la corriente no le arrebataba, á consecuencia de un pasmo.

Y sin embargo, no vaciló.

Era valiente y tenia fé.

Le llamaba la desgracia y volaba en su socorro sin mas auxiliares que Dios y su corazón.

Pero ambos eran bastante para Bernardo.

Si la potencia incontrastable de la corriente, no se extendía á una gran anchura, el peligro estaba salvado. Y Bernardo redoblaba su vigor.

Estaba ya á poca distancia **IV.** Irigar por donde en la entrada de un cañón de la montaña, se derrumbaban las aguas.

Un momento mas, y todo se habia acabado para Bernardo. El jóven se acordó entonces de que llevaba el relicario de

Antes de arrojar al agua, quitó á la ballesta la cuerda, la ató por un extremo al collar de Vigilante, y por otro á su cinturón de cuero.

Luego se quitó el saco en que iban los vestidos de Heriberta y de Diego Perez, y lo suspendió en su ballesta, á fin de llevarlos levantados con una mano, mientras nadaba con la otra para que los vestidos, por mojados, no perdiesen el olor que debia servir para poner sobre el rastro á Vigilante.

Después se persignó, se encomendó á Dios, y entró en el lago, arrastrando á Vigilante, que resistia por un temerario instinto.

—Adelante, mi buen amigo, decía Bernardo, que si la corriente se hace demasiado fuerte, nos volveremos.

Poco después nadaba como un pez, y con un solo brazo, llevando levantada con el otro la ballesta en que iba el saco de los vestidos.

Le ábrumaba el peso de sus armas, y lo que Bernardo no habia previsto, esto es, que los venablos fuesen á buscar la superficie del agua, por tener las astas de madera, sucedió quedándose el jóven sin el auxilio de las armas arrojadizas.

Entonces y viendo que los venablos desaparecían, para aliviarse de peso, abandonó la venablera.

Y siguió nadando.

Al llegar á la parte media, notó que la corriente aumenta en fuerza de una manera progresiva.

Vigilante, arrastrado por Bernardo, gruñía dolorosamente.

Al fin, de improviso Bernardo se sintió arrastrar.

Entonces redobló su vigor.

Le arrastraba la corriente, pero la atravesaba al sesgo.

Si la potencia incontrastable de la corriente, no se estendia á una gran anchura, el peligro estaba salvado.

Y Bernardo redoblabá su vigor.

Estaba ya á poca distancia del lugar por donde en la entrada de un cañon de la montaña, se derrumbaban las aguas.

Un momento mas, y todo se habia acabado para Bernardo.

El jóven se acordó entonces de que llevaba el relicario de Otamida, aquella prenda sagrada, que él creia ciagamente los habia salvado á entrambos en el mar, y cobrando nueva confianza y con el corazon puesto en Dios, redobló sus esfuerzos.

Y fué que sus esfuerzos bastasen, fué que Dios hiciese un milagro, como la corriente le habia impulsado hácia la parte mas estrecha del lago; despues de algunos momentos tocó la tierra, y poco despues saltó sobre ella.

Bernardo se arrodilló y oró á Dios en accion de gracias.

Vigilante sacudió las negras lanas y prodigó á su amo las mas ruidosas caricias en señal de alegría.

Bernardo y Vigilante estaban en salvo.

Seguir de aquel modò hubiera sido imprudente.

Los vestidos de Bernardo estaban mojados, y el viento le helaba, el supremo esfuerzo anterior le habia rendido.

Metióse por unos jarales y cortó leña con su espada.

A falta por el momento de sus mojados útiles de encender, hizo fuego frotando dos pedazos de madera, y poco despues ardía una alegre y viva llama.

Bernardo hizo tres hogueras formando un triángulo, y se puso en su centro con Vigilante; se quitó las armas y los vestidos, y secó estos últimos, suspendiéndolos delante del fuego con el arco de su ballesta.

—La noche va venida, dijo el joven consultando las estrellas que brillaban en el cielo completamente despejado. Y al levantar la vista vio ante sí la inmensa mole cónica de granito, aquella misma roca que Vigilante había visto al salir de su casa. Y á la par le había impedido llegar el torrente que descendía desde el centro de la montaña.

Mientras los vestidos se secaban, Vigilante había entrado y salido, alejándose y volviendo á aparecer con señales de grande impaciencia, y como provocando á su amo á que le siguiese.

Bernardo entretanto secaba sus vestidos y observaba las idas, las venidas y la impaciencia cada vez mas marcada de Vigilante.

Pero como todo el que es escesivamente bravo, y confiado en su corazon y en sus fuerzas, y une á esta confianza una fé profunda, una completa confianza en Dios, Bernardo no se entregaba á esa febril impaciencia de los débiles, cuya primera causa es la duda.

Bernardo había salido en busca de Roldan con propósito de salvar á Diego Perez y á Heriberta, de vengarlos, y estaba seguro de su salvación, ó de su venganza, por que estaba seguro de la justicia de su propósito.

Así es que cuando las ropas estuvieron secas, se las vistió lentamente, se ciñó el corselete, echóse á la espalda la adarga y el saco de los vestidos, púsose el casco, se echó la ballesta al hombro y por aquella vez siguió á Vigilante.

Este, al ver en marcha á su amo, dejó oír un gruñido de alegría y luego partió en silencio precediendo á poca distancia á Bernardo, y llevándole por unos barrancos lóbregos cubiertos por la maleza que se cruzaba de una parte á otra, sin dejar la mas leve entrada á los rayos de la luna.

Aquel era un laberinto, una especie de camino cubierto, por donde caminaron durante largo espacio el joven y el perro.

Al fin desembocaron en una ancha planicie iluminada enteramente por la luna, que ya descendía.

—La noche vá vencida, dijo el jóven consultando las estrellas que brillaban en el cielo completamente despejado.

Y al levantar la vista vió ante sí la inmensa mole cónica de granito, aquella misma roca truncada hasta la cual le habia llevado Vigilante siguiendo el rastro, y á la que le habia impedido llegar el torrente.

Vigilante entretanto llevaba á su amo hácia el centro de la planicie.

De repente los ojos de Bernardo se fijaron con espanto en algunos objetos esparcidos acá y allá, en el lugar donde se habia detenido Vigilante.

VI.

Cuatro cadáveres humanos devorados por las aves carnívoras y por los lobos, dejaban ver mutilados fragmentos de sus osamenta, en medio de muchos esqueletos indudablemente de osos, los unos revelando como los esqueletos humanos que hacia poco tiempo que la muerte los habia reducido á aquel estado, los otros demostrando en su blancura que habian recibido durante mucho tiempo la influencia de la atmósfera.

Entre los esqueletos humanos se veian fragmentos de ropas y de zapatos, y un casco mohoso estaba abandonado á alguna distancia.

Bernardo recogió aquel casco y lo examinó.

—Que Dios nó me ayude, dijo, si este casco no es enteramente igual á los que usan las gentes de Diego Perez. Dichen que Diego Perez vino á la montaña con cuatro ballesteros: ahora bien, añadió el jóven, aqui no hay mas que cuatro cráneos humanos, los demás son de osos: estos infelices debieron de morir al pretender subir á ese peñon, que sin duda sirve de guarida á Roldan: pero ¿habrá muerto tambien Diego Perez? El era valiente y feroz, y grande balletero: ¿Quién sabe?

Bernardo arrojó aquel casco mohoso, y se quedó contemplando las osamentas de hombres y animales que estaban esparcidas por el suelo en torno suyo; sin que le impusiesen pavor, sin que se le ocurriese ni un solo momento que él también podía ser muerto por el terrible Roldán; servir su cuerpo de pasto á los osos y á los buitres, y quedar sus huesos allí, blanqueando como los de otros desgraciados que tenía ante sí.

Por el contrario, decidido á llevar á cabo su empresa, buscó un acceso que le llevase á la cumbre de la roca, y encontró un sendero, pero tan empinado, tan áspero, tan cortado, que parecía imposible se pudiese subir por él.

Sin embargo, Bernardo no vaciló.

—Esta es la hora mas á propósito; dijo: hemos llegado aquí sin causar el mas leve ruido, y ese hombre, confiando sin duda en lo fuerte del sitio y en el torrente, descansará descuidado.

Y sin decir más, se encomendó á Dios y empezó á preparar por el sendero sin causar el mas leve ruido.

A pesar de que encontrándose sin venablos, porque por imprevision, como dejamos dicho, los habia perdido al atravesar á nado el lago formado por el torrente, Bernardo no habia abandonado su ballesta, aunque era pesada.

Esta le servia para apoyarse en los pasos difíciles.

Habia subido sin accidente alguno un tercio de la altura de la roca, cuando de repente oyó un zumbido sordo, y un cuerpo semejante á un venablo, dió en su casco, del que revotó.

Una forma vaga de hombre, pero gigantesca, se agitaba allá en lo alto de la roca.

—¡Ah! exclamó Bernardo con alegría, porque habia encontrado al enemigo, y quitándose de sobre la espalda la adarga, cubriéndose con ella: ¿con que eres tú, Roldán? ¿Con que velabas? Pues bien, veamos si puedes impedirme que suba, y me encuentre frente á frente contigo á la distancia de la hoja de mi espada.

Y cubierto con la adarga, continuó subiendo con mas rapidez que antes.

Una docena de venablos, uno tras el otro, vinieron á rebo-

tar, como otros tantos granizos, sobre la adarga del jóven.

—Gástalos, gástalos, decia Bernardo subiendo siempre, peor para tí: ¡Oh! ¡si yo tuviera mis buenos venablos!

Pero de repente no fué ya un venablo lo que vino sobre el jóven, sino un enorme peñasco, que, desviado de la direccion que habia querido darle el hombre de la roca por los accidentes de sus rebotes en las asperezas, pasó con horrendo fragor por delante del jóven, rebotando cada vez con mas fuerza, y perdiéndose al fin con estruendo sordo en las profundidades.

—¡Ah! esto ya es distinto, dijo Bernardo: podrá suceder muy bien, si uno de tus mensajeros me alcanza, Roldan, que te veas libre: pero Nuestra Señora de Covadonga me protege: arriba, Vigilante, arriba: verémosi si ese villano, que de tan ruin manera se defiende de un hombre solo, sabe defenderse cuerpo á cuerpo. Adelante.

En aquel punto se oyó otro ronco zumbido, y Bernardo vió venir sobre sí en línea recta y mucho mayor que la que antes habia pasado por delante de él otra piedra.

Bernardo se arrodilló rápidamente, y con ambos brazos sostuvo la adarga que le cubria.

Pero todo hubiera sido inútil, si el peñasco no hubiera rebotado á poca altura sobre él en un saliente de la roca, saltando de una manera terrible, y dejando á Bernardo ileso bajo su salto.

Levantóse el jóven, y siguió ganando el sendero.

Los peñascos continuaban cayendo, pero por detrás, ó por delante, ó saltando sobre él.

Bernardo corria ya, y le quedaba poco espacio para llegar á la cumbre.

Entonces el hombre que la defendia, desapareció del borde superior, que Bernardo ganó á la carrera.

Cuando estuvo sobre el borde vió que la cumbre no era convexa ni llana, sino cóncava, determinando una gran hondura.

Por el declive corria vigorosamente un hombre agigantado, en direccion á una torre que se veia en medio de aquella cumbre, elevada en su centro.

La torre estaba envuelta en la sombra proyectada por los altos bordes.

Bernardo se puso á la carrera en seguimiento de aquel hombre.

Pero aquel hombre, que desconfiando sin duda de impedir á Bernardo que llegase hasta él, habia abandonado mucho antes el borde, le llevaba gran delantera.

Bernardo le vió llegar á la torre, saltar su foso, entrar dentro, salir despues llevando una mujer vestida de blanco, y que gritaba sobre sus hombros, y partió por el otro lado.

Bernardo en aquellos gritos reconoció á Heriberta.

Entonces, para darla valor, para avisarla de que iba en su socorro, sin dejar de correr, tocó en su bocina una de las sonatas que tanto conocia la jóven.

Un grito de alegría de Heriberta, le dió á entender que habia sido conocido.

Bernardo esperiméntó una sensacion al mismo tiempo alegre y dolorosa: alegre, porque habia encontrado á Heriberta: y dolorosa, porque en la expansiva alegría del grito de la pobre niña, habia recibido una manifestacion de amor, y él no amaba á Heriberta ni podia amarla.

Debía sin embargo salvarla, y redobló para ello su esfuerzo, poniéndose con ardor en seguimiento de Roldan.

Ayudábale Vigilante, que habiendo alcanzado al coloso, le embarazaba la carrera cruzándosele por delante, y acometiéndolo aunque inútilmente sus piernas, porque el galo las llevaba cubiertas de mallas.

Salvaba al mismo tiempo á Vigilante su agilidad.

Roldan, sosteniendo con su nervudo brazo izquierdo, sobre su hombro, á Heriberta, llevaba en la mano derecha su ancha y terrible espada, y pretendia, sin dejar de correr, porque Bernardo le iba á los alcances, matar al perro; pero este le acometia por detrás, cruzaba por delante de él fuera del alcance de su espada, evitaba con suma agilidad los golpes y fatigaba á Roldan con los continuos círculos que describia al rededor de él y sobre su marcha, y sus atronadores é incesantes ladridos.

A pesar de esto Roldan llevaba una inmensa delantera al joven que se desesperaba el encontrarse sin venablos.

Si no los hubiera perdido al pasar el torrente, de seguro hubiera herido de muerte á Roldan sin tocar un solo cabello de Heriberta.

Tal confiaba en su puntería.

Sin embargo, ganaba terreno acortando cada vez más la distancia que de Roldan le separaba, ayudado por lo que entorpecían la carrera del galo, el peso de Heriberta y las acometidas y cruzamientos de Vigilante.

Roldan llegó al fin al borde de la cumbre de la roca, opuesto al lugar por donde había trepado á ella Bernardo.

Este llegó poco después, y al arrojar una mirada al fondo, lanzó un grito salvaje de alegría.

Roldan no podía escapársele.

Dentro de poco debían venir á las espadas.

El torrente atronador y furioso rodeaba por aquella parte la base de la roca.

Roldan aparecía descendiendo con una rapidez horrible, no como un hombre, sino como un objeto que hubiese sido arrojado desde la cumbre y que rebotase de peñasco en peñasco.

Vigilante le seguía cansado como él.

Algunas veces le adelantaba; le esperaba sobre el estrecho resalte de una roca, y al pasar Roldan le acometía; se le interponía, procuraba hacerle perder el equilibrio y caer; pero Roldan, describía seguro y fuerte un nuevo y gigantesco salto y se acercaba cada vez más á la base de la montaña abesto al torrente.

Bernardo le seguía, lanzado como él, sin reparar en el peligro, abandonándose en la difícilísima ruta en que le precedía Roldan.

Parecía que la mano de Dios le sostenía.

Pero de repente, Bernardo haciendo un poderoso esfuerzo para vencer el impulso que llevaba, se detuvo helado de espanto.

Roldan no se había detenido al llegar al torrente, sino que con Heriberta se había lanzado en él.

Debia creerse inevitable la muerte de Heriberta y de Roldan, como la de Vigilante que, ciego ya en la persecucion de la pieza que tal era Roldan para él, se habia arrojado tambien al torrente.

Durante un momento se vieron flotar sobre las espumosas aguas las blancas vestiduras de Heriberta.

Despues nada.

Bernardo se lanzó de nuevo, y llegó hasta la orilla del torrente.

CAPITULO XIX.

Una vez allí, vió que imitar á Roldan era buscar como él una muerte segura: conoció la inutilidad de este intento, se acordó de Otamida, suspiró de una manera dolorosa, y luego arrodillándose sobre la roca mojada por la espuma que el torrente enviaba sin cesar, oró por el alma de la infeliz Heriberta.

Como Bernardo recibió una revelacion inesperada.

Seguro de que habia salido con tanta satisfaccion. Bernardo iba con fuerza por tres veces una semana.

El

lentamente, con el corazón oprimido por un dolor agudo,

frio, insupportable, Bernardo volvió á tomar el acceso de la roca detenándose de tiempo en tiempo para mirar al torrente.

Llegó al fin, anonachado, vencido por el dolor, á lo alto de la cortadura.

Allí se encontró solo. Aquella soledad le apremiaba.

El mugido del torrente que se despeñaba allí en la hondura, sobre su pendiente helada, traía hasta él en sus múltiples sonidos, remedos de gritos humanos, de imprecaciones, de lamentos, de alaridos, de risas horribles que parecia aportar el infierno.

Debia creerse inevitable la muerte de Heriberto y de Rodolfo como la de Vigilante que, ciego ya en la persecucion de la pieza que tal era Rodolfo para él, se habia arrojado tambien al torrente. Durante un momento se vieron flotar sobre las espumosas

aguas las planas vestiduras de Heriberto. Después nada. Bernardo se lanzó de nuevo, y llegó hasta la orilla del

CAPITULO XI.

Una vez allí, vió que imitar á Rodolfo era buscar como él una muerte segura: conoció la inutilidad de este intento, se acordó de Otaminda, suspiró de una manera dolorosa, y luego arrojándose sobre la roca mojada por la espuma que el torrente envidaba sin cesar, oró por el alma de la infeliz Heriberto.

De como Bernardo recibió una revelacion inesperada.

I.

Lentamente, con el corazón oprimido por un dolor agudo, frio, insoportable, Bernardo volvió á tomar el acceso de la roca deteniéndose de tiempo en tiempo para mirar al torrente.

Llegó al fin, anonadado, vencido por el dolor, á lo alto de la cortadura.

Allí se encontró solo.

Aquella soledad le abrumaba.

El mugido del torrente que se despeñaba allá en la hondura, sobre su pendiente lecho, traía hasta él en sus múltiples sonidos, remedos de gritos humanos, de imprecaciones, de lamentos, de alharidos, de risas horribles que parecia abortar el infierno.

Y era la fiebre, el delirio, que daba aquellas formas á la variedad infinita de ruidos que producía el torrente al quebrarse entre las bocas.

Alternativamente la vista calenturienta de Bernardo, se fijaba, ya en el torrente, como hemos dicho, ya en la naturaleza muda que le rodeaba, ya en la gigantesca y negra torre sumida en la hondonada de la cumbre.

Desde el lugar en que se encontraba Bernardo, se veía en aquella torre y en su parte superior una luz.

Aquella luz ejercía sobre el jóven una influencia magnética; una atracción irresistible.

Bernardo sintió una necesidad imperiosa de penetrar en aquella torre.

Pero antes de moverse de el sitio en que completamente dominado por las circunstancias se habia detenido, quiso saber si al menos Vigilante se habia salvado.

Porque Bernardo amaba tambien á Vigilante.

Seguro de que si el buen perro se habia salvado contestaria á su bocina, Bernardo tocó con fuerza por tres veces una sonata de montaña, y esperó á ver si Vigilante le contestaba.

En efecto, allá en las profundidades, á lo lejos, resonó un largo ladrido, que el eco trajo de roca en roca, de quebradura en quebradura, hasta los oídos de Bernardo.

Pero al mismo tiempo el eco le trajo tambien el sonido atrozador de una bocina poderosa: un sonido estridente, hueco, en que Bernardo creyó encontrar una despreciativa burla, una provocacion audaz y una sombría amenaza.

Aquel toque se repitió por tres veces.

Bernardo contestó como diciendo:

— Nos veremos.

Y la tremenda bocina, mas burlona, mas amenazadora, contestó como diciendo:

— En buen hora.

Y aquel sonido que se repetía, se alejaba cada vez mas, y los ladridos de Vigilante se hacian cada vez mas cercanos, pero por el otro lado de la roca.

Bernardo tomó aquella dirección. Pero sin poder evitarlo miraba cada vez con más intensidad á la luz que reflejaba en la parte superior de la torre, de que ya hemos hecho mención.

Al fin tanto pudo con Bernardo la influencia misteriosa de aquella luz, que, aplazando por un momento la prosecución de su aventura en socorro de Heriberta, se encaminó decididamente á la torre.

En aquel momento se oyeron los ladridos de Vigilante sobre el borde de la cumbre, y poco después el fiel perro, fatigado, ensangrentado, jadeante, se tendía á los pies de su señor.

Bernardo sintió una necesidad imperiosa de penetrar en aquella torre.

Pero antes de moverse de el sitio en que completamente do-

minado por las circunstancias se había detenido, quiso saber si al menos Vigilante se había salvado.

II.

Porque Bernardo amaba también á Vigilante. Seguro de que si el buen perro se había salvado contestaría á su bocina, Bernardo tocó con fuerza por tres veces una sonata.

Bernardo, como buen montero, apreciaba mucho á su perro, y aunque no le hubiera apreciado, le necesitaba.

Reconocióle, pues.

Por fortuna Vigilante no tenía más que contusiones, y la sangre provenia de algunas heridas que sin duda le había causado el torrente sacudiéndole contra las rocas.

Vigilante solo necesitaba descanso.

Bernardo, pues, se encaminó á la puerta de la torre que encontró abierta.

Pero el interior estaba densamente tenebroso.

Bernardo tocó su bocina, esperando que en la habitación donde brillaba la luz, hubiese alguna persona, y le contestase.

Pero nadie le contestó.

Entonces dominado de no sabemos qué pavor del alma, uno de esos pavores que nos inspira el presentimiento de una desgracia agena, y de una desgracia irremediable, puesta en aquel antro, y como por intento, como si la mano de Dios

le hubiera guiado, halló una puerta, tropezó en un escalón y se halló en una estrecha escalera de ojo, por la que adelantó.

Después de subir más de cien escalones encontró una puerta forrada de planchas de hierro mohoso: aquella puerta estaba franca: empujola y se halló en una cámara abovedada, chata, polvorienta.

En la grieta de dos piedras había una tea, cuya luz humosa era la única que alumbraba aquel espacio, y cuyo reflejo había visto desde fuera el joven.

En un ángulo, sobre un montón de ojas secas, había un ser humano.

La cámara estaba impregnada de ese desagradable olor, que debía llamarse olor de enfermo.

Bernardo adelantó con ansiedad hacia aquel ángulo.

III

—¿Vienes á regocijarte en mi agonía? dijo una voz ronca, saliendo del ángulo de la cámara, al acercarse el joven.

—Yo no soy Roldan, dijo Bernardo.

—Pues si no eres Roldan, ¿cómo has podido llegar hasta aquí? dijo el mismo hombre: quien se acerca á esta torre muere.

—¡Yo soy Bernardo de Saldaña! dijo el joven, que tomaba el apellido de su protector el conde Alfonso.

—¡Bernardo de Saldaña! exclamó el moribundo pugnando por incorporarse y cayendo de nuevo sin fuerzas. ¡Bendito sea Dios que te trae para que escuches mis últimas palabras! y me perdones!

—¡Para que te perdone! exclamó con estrañeza Bernardo; nadie me ha hecho mal, que yo sepa.

—¡Oh! sí, sí, te han hecho mucho mal, hijo mío, y no he tenido yo en ese mal poca parte.

—Pero tú ¿quién eres tú?

—Yo soy Diego Perez.

—¡Diego Perez!

—Sí, yo soy: yo que he querido libertar á mi hija, á mi pobre hija, del poder de Roldan, y muero á sus manos. ¡Pero tú!.. ¡tú!... cuando estás aquí habrás vencido á ese mónstruo, habrás salvado á mi hija.

—No; el miserable ha huido de mí, llevándose consigo á Heriberta.

—¡Misericordia de Dios! exclamó el moribundo.

Y hubo algunos momentos de un pavoroso silencio.

—Que se cumpla la voluntad del Altísimo. Dios me castiga en mí y en los míos: pero acércate, escúchame y perdóname: tal vez tu perdón, que no puede servir para salvarme, sirva para salvar á esa desdichada, que ninguna culpa tiene, que es inocente, Señor.

Bernardo hincó una rodilla en tierra para aproximarse mejor á Diego Perez.

El semblante de este ponía espanto: pálido, desencajado, macilento, crecida la barba, inflamado el pecho, en que se veían los negros é inflados bordes de tres grandes heridas, cubiertos de sangre coagulada y seca, y en el ronco aliento, que herbia en aquel pecho, todo movía á horror y á piedad á un tiempo.

—Oye, oye; dijo Diego Perez: yo muero y no tenemos tiempo que perder. El rey don Alfonso de Asturias, de Leon y de Galicia, es tu tío carnal.

—¡Mi tío!..... ¡el rey!

—Sí, tu tío, porque tú eres hijo de su hermana la infanta doña Jimena.

—¡La que ha muerto hace dos años en el monasterio de Oña!

—Sí, muerta por la crueldad de su hermano, apartada del mundo y de su amor y de su hijo sin saber siquiera si existias.

—¿Pero qué falta, qué delito cometió mi madre para ser tra-

tada con tanta crueldad? dijo Bernardo, que apenas alentaba.

—El haberte dado á luz.

—¿Qué, acaso mi madre se olvidó de sí misma? ¿acaso yo soy bastardo? exclamó con acento anhelante y cobarde el joven.

—No, tu madre te tuvo de un esposo legítimo, de un noble y valiente esposo.

—Pero mi padre... ¿quién fué mi padre?

—Sancho de Saldaña, contestó Diego Pérez.

—¡Sancho de Saldaña! ese es el nombre de un bravo y valiente caballero de quien oigo hablar con gran frecuencia á Alfonso de Saldaña, mi protector.

—Sí, el conde de Saldaña, era el caballero mejor de la cristiandad, la honra de España.

—Pero... ¿por qué si mi padre era tal, si mi madre era hermana del rey? ¿por qué castigar á la madre y robar el nombre al hijo? ¿Acaso Sancho de Saldaña, godo de origen, como godo noble, rico por herencia, valiente por sus hechos, no era digno de ser esposo de mi madre?

—Tu madre y Sancho de Saldaña se casaron contra la voluntad del rey don Alfonso.

—Pero no doy, no puedo dar con la causa de la resistencia del rey á ese casamiento.

—El rey amaba á su hermana, con un amor que nadie conocía; que yo, confidente íntimo del rey, he adivinado; con un amor violento, terrible, que le hacia mirar con desprecio á toda otra muger, que no fuese su hermana; amor comprimido por su mismo horror; amor ignorado, amor sufrido, amor de mártir, pero por lo mismo, profundo, terrible, arraigado en el alma de Alfonso, á quien por su amor, que como te he dicho le hacia repugnante toda muger, ha llamado el mundo, que no conocia el secreto, *el Rey Casto*. ¡Casto Alfonso II! un infierno de impureza se revolvía en su corazón: un demonio le atormentaba, y ni el cilicio, ni la oracion, ni la penitencia podian curarle. Por eso, cuando al nacer tú, supo de una manera irremediable el rey el casamiento de su hermana, su furor no conoció límites: hizo prender á tu padre, á los obispos que guardaban el secreto de su

casamiento, y á tí... á tí... te arrancó apenas dada á luz de los brazos de tu madre, te envió á un lugar distante y te dió á criar á unos montañeses, que nada sabían.

—¿Y mis padres?

—Tu madre apenas convaleció del alumbramiento, cuando fué enviada á Castilla al monasterio de Oña, donde ha muerto desesperada sin saber lo que habia sido de su hijo.

—Pero... ¡mi padre... mi padre!... exclamó con voz rugiente Bernardo.

—¡Escucha y no me maldigas! dijo Diego Perez,

—Me haces temblar ¡le mató!

—No: fué peor aun; no se muere mas que una vez, y aunque se muera como yo muero, todo se reduce á algunos dias de dolor, de desesperacion, de rabia: Alfonso II dió á tu padre, sin matarle, mil muertes.

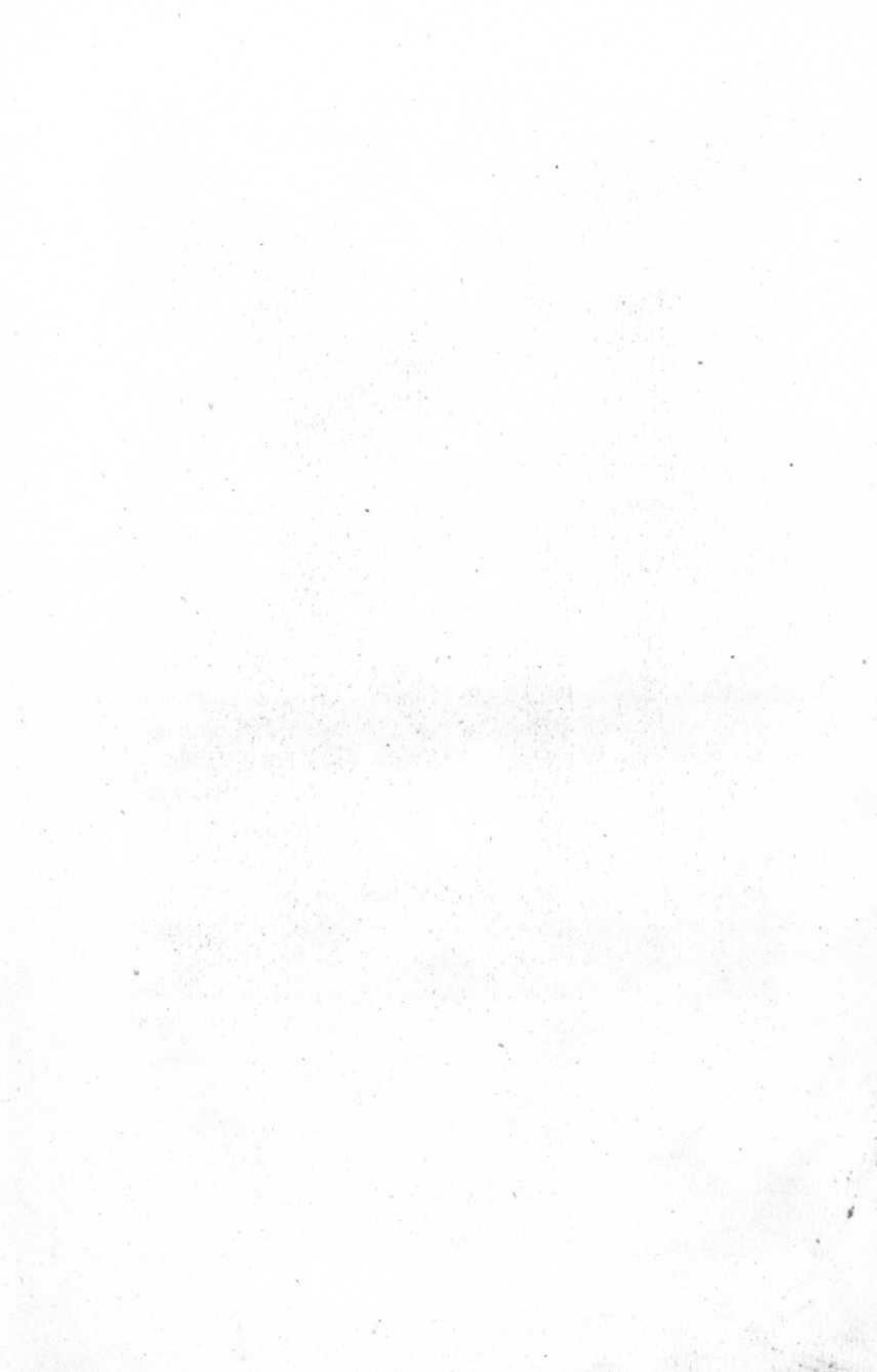
—Acaba de una vez.

—Yo era conde (1) de la casa del rey; gozaba de su confianza. Una noche... ¡noche terrible!... me acuerdo bien... Dios habia enviado la tempestad sobre la tierra, como siempre que me ha enviado una desgracia, porque yo he debido de nacer maldito: las torres del castillo de Cangas de Tineo, donde se encontraba el rey, temblaban combatidas por el huracan, y parecia que el trueno que retumbaba sobre ellas se habia propuesto aplastarlas. Me llamó el rey y se encerró conmigo en un aposento retirado: el rey estaba lívido: á la luz de la lámpara que tenia en la mano, parecia un difunto. Y allí, al son del trueno y del huracan, me dijo con voz sepulcral:

—Monta á caballo; véte al castillo de Luna: en él, en un calabozo profundo, está preso el maldito Sancho de Saldaña: toma esta orden mia, llévala al conde del castillo de Luna y presencia tú mismo la ejecucion.

Le temblaba al rey la mano cuando me dió el pergamino.

(1) Esto es, alto funcionario de la corte.





Urrabieta lit^o

Bernardo del Carpio.

Ruix. altos.

...los mismos que egecutaban la sentencia, se horrorizaban de su obra!

— ¡La ejecucion! exclamó Bernardo ¡ pues qué hizo el rey con mi padre!

— Lo mismo me pregunté yo entonces, y olvidado de todo, leí la orden y me estremecí de horror. El rey sentenciaba al conde de Saldaña á que se le quemasen los ojos.

— ¡ Ah! exclamó Bernardo.

Y aquella exclamacion fué al mismo tiempo un rugido de dolor, de amenaza, de venganza.

Diego Perez tembló á pesar de que sentia próxima la muerte: porque era por su alma por lo que se estremecía, no por su vida.

— ¡ Y llevaste la orden! dijo con una voz cavernosa, horrible, incalificable, Bernardo.

— Quise conmovér al rey: hacerle renunciar á aquella crueldad, pero el rey mirándome de una manera que me espantó me dijo:

— Que ciegue quien se ha atrevido á poner los ojos en la hermosura de mi hermana: que ciegue quien ha visto sus ojos posados en los suyos: que ciegue quien la ha visto desfallecida de amor entre sus brazos.

Y yo, continuó Diego Perez, no tuve valor para resistir, ni para negarme: el rey estaba furioso, temí por mi vida, y..... salí de la presencia del rey..... monté á caballo, partí y llevé la horrible sentencia al castillo de Luna.

Un momento despues..... ¡ oh! ese ha sido el remordimiento de toda mi vida..... el crimen por el que Dios sin duda me ha maldecido..... un momento despues..... los mismos que ejecutaban la sentencia se horrorizaban de su obra.

Calló Diego Perez como agoviado por la terrible declaracion que acababa de hacer á Bernardo, y como si habiendo hecho un desesperado esfuerzo para pronunciar aquellas palabras, hubiese sentido faltarle el aliento.

— ¡La ejecución! exclamó Bernardo; ¡pues qué hizo el rey con mi padre!

— Lo mismo me pregunté yo entonces, y olvidado de todo,

leí la orden y me estremecí de horror. El rey sentenciaba al con-

de de Saldaña á que se le quemasen los ojos.

— ¡Ah! exclamó Bernardo.

Y aquella exclamación fué al mismo tiempo un rugido de do-

Bernardo midió con una ojeada sombría, terrible, á Diego Pérez.

— ¿Con que es decir, que yo, que por salvarte á tí, por salvar á tu hija, he espuesto mi vida, soy hijo del mismo á quien tú llevaste una muerte horrible, una muerte mil veces mas horrible que la que Dios permite que sufras, cansado de tus maldades?

— Voy á presentarme en la presencia de Dios, dijo Diego Pérez: he sido vencido y muerto por Roldan; hé visto á mi hija loca... profanada por ese miserable...

— ¡Ah! ese crimen mas... ese crimen producido sin duda por tí... mi madre muerta, mi padre ciego, Heriberta deshonrada y loca... ¡oh! la maldición de Dios ha caído sobre tí y sobre los tuyos... ¡maldito seas!

— ¡Ah Bernardo! ¡y me maldices cuando voy á morir!

Era tan desesperado, tan desgarrador, tan terrible, tan lleno de espanto el acento con que pronunció Diego Pérez estas palabras, que Bernardo, que ante todo era cristiano, tembló por el moribundo.

Parecióle que sus últimas palabras eran una blasfemia de la desesperacion; la primera blasfemia del condenado pronunciada entre la vida y la muerte; recordó aquel precepto divino que manda perdonar á los enemigos, volver bien por mal; vió que si Diego Pérez habia cometido el crimen, jamás disculpable, de ser el instrumento de la tiranía, de haber ocultado á una madre la existencia de su hijo, dejándola morir desesperada; de haber ocultado á un hijo el nombre de sus padres, su suerte desgraciada é injusta, que exigia venganza; Dios en cambio habia arrojado sobre aquel hombre, todas las desgracias posi-

bles, permitiendo por último que muriese de una manera desastrosa.

Y entonces la agonía, el dolor, la desesperación que tenía ante los ojos, vivos, palpitantes, rugientes, dominaron por un momento sus propios dolores; vió que Diego Perez, sobreponiéndose á sus dolores, á su postración, se revolvía entre aquellas hojas podridas, procurando, aunque inútilmente, abrazar sus pies; que gemía, que lloraba, que se aterraba, sintiendo ya sobre sí un castigo eterno, y que como única y última esperanza, le pedía que le perdonase.

Y entonces el generoso mancebo, conmoviéndose á la vista de tanta desgracia, de tanto dolor, de tanto miedo, se inclinó sobre Diego Perez, y poniendo su mano derecha sobre la cabeza del moribundo, doblando una rodilla y levantando al cielo los hermosos ojos en que vacilaban dos gruesas lágrimas, exclamó:

— ¡Señor de cielos y tierra! ¡Dios omnipotente y misericordioso! ¡olvida la maldición que en un momento de dolor hé arrojado sobre la cabeza de este infeliz! y si de algo puede servirle mi perdón para que te apiades de él, yo le perdono, en nombre de mis padres, del mal que les ha hecho, y del que á mi mismo me ha causado; perdónale, Señor, que yo te prometo, por esta y otras bondades tuyas, emplear mi vida y mi brazo, luchando con los infieles enemigos de tu nombre.

— ¡Que me perdonas! exclamó Diego Perez alentando apenas.

— Sí, yo te perdono, aunque me has hecho muy desgraciado; ¡quiera perdonarte Dios!

Diego Perez cayó inerte agotadas ya sus últimas fuerzas.

Bernardo se inclinó sobre él.

— Pero ya que te he perdonado, dime... dime si me he engañado al interpretar tus palabras: dime que Heriberta no está deshonrada ni loca.

— ¡Ah! ¡Dios... Dios mio!... exclamó con voz casi estinguida Diego Perez, cuyo rostro se descomponía rápidamente.

— ¡Habla! ¡un esfuerzo! dijo Bernardo.

— ¡Ah! ¡yo... muero!... perdón!... ¡Dios! ¡el infierno!

esclamó Diego Pérez cuyas palabras apenas se percibían ya. Bernardo se inclinó mas sobre él.

La terrible impresion que habia pasado por Diego Pérez, le habia postrado completamente; ya no hablaba, no podia hablar: sus labios se agitaban trémulos; salia de su pecho levantado, horrorosamente hinchado, el ruido de un hervor sordo, terrible; su palidez crecia, su semblante se desencajaba mas y mas.

Al fin el ruido de aquel hervor interno fué cesando, cada vez con mas largos intervalos, hasta que al fin cesó del todo.

Bernardo vió sus ojos empañados como con un cristal, cubiertos de un vapor impuro; fijarse de una manera horrorosa y quedar al fin inmóviles.

Diego Pérez habia muerto.

Cuando Bernardo estuvo seguro de ello, cumplió con ese deber religioso que consiste en cerrar los ojos del que acaba de morir y luego se arrodilló y rezó.

Quedábale otro deber que cumplir, allí donde nadie podia cumplirle; el de sepultar el cadáver.

Tomó sobre los hombros lo que quedaba de Diego Pérez, sin reparar en lo repugnante de lo que hacia, tomó luego la tea, y bajó con su fúnebre carga, por la estrecha escalera.

Cuando salió fuera de la torre, empezaba á alborear.

Bernardo arrojó la tea.

Vigilante, que se habia quedado tendido en la puerta, se levantó y siguió gruñendo dolorosamente á su amo, que se encaminaba con su horrible carga á un lugar áspero de aquel valle socabado en la cumbre de una roca, y cuando hubo llegado á un breñal espeso, dejó en tierra el cadáver.

Despues desnudó su espada y cortó ramas y ramas con las cuales hizo un lecho, sobre el que puso el cadáver: cubriole despues con otras ramas: á seguida fué llevando con unas fuerzas hercúleas enormes peñascos que puso al rededor del cadáver unidos, sin dejar lugar para que pudiesen entrar aves ni fieras; cubrió de otros peñascos el cadáver hasta el peso bastante para que los lobos no pudiesen removerlos, y luego, tendiendo

su adarga arrancó tierra con su espada, llenó la adarga y fué cubriendo con tierra las piedras.

Tres horas continuó Bernardo en esta tarea.

Cuando hubo concluido, quedó un túmulo fuerte de tierra apretada, que guardaba perfectamente al cadáver.

Bernardo había hecho esto en la imposibilidad de cabar una sepultura: además, por honda que hubiera sido una sepultura, los lobos hubieran desenterrado el cadáver.

Estaba muy alto el sol cuando concluyó su piadosa tarea Bernardo.

Por último, hizo una cruz de dos ramas atando la mas corta sobre la otra, con la cuerda de su ballesta, que por falta de venablos le era enteramente inútil y clavó aquella cruz sobre el túmulo.

De como Bernardo siguió sus aventuras en persecucion de Holoan

I

El día se mostraba alegre y diáfano. Un sol radiante se levantaba sobre el horizonte. Sin embargo, hacia frío. Porque el sol de invierno, particularmente por las mañanas y á la caída de la tarde, no da calor alguno. Y el viento helado de las cumbres, zumbaba desapacible y fuerte. Bernardo no sentía el frío. El volcán que ardía en su alma, abrasaba su cuerpo. Pero vigilante, que por su preciosa cualidad de animal, no estaba ni podía estar en la disposición de ánimo de su amo.

En adelante arrancó tierra con su espada, llenó la adarga y fue corriendo con tierra las piedras. Tres horas continuó Bernardo en esta tarea. Cuando hubo concluido, quedó un túmulo fuerte de tierra apretada, que guardaba perfectamente el cadáver. Bernardo había hecho esto en la imposibilidad de caber una sepultura; además, por honda que hubiera sido una sepultura, los lobos hubieran desenterrado el cadáver.

CAPITULO XI.

Estaba muy alto el túmulo. Por último, hizo una cruz de dos ramas estando la más cortasobre la otra, con la cuerda de su ballesta, que por falta de venablos le era enteramente inútil y clavó aquella cruz sobre el túmulo.

De como Bernardo siguió sus aventuras en persecucion de Roldan.

I.

El dia se mostraba alegre y diáfano.

Un sol radiante se levantaba sobre el horizonte.

Sin embargo, hacia frio.

Porque el sol de invierno, particularmente por las mañanas y á la caída de la tarde, no dà calor alguno.

Y el viento helado de las cumbres, zumbaba desapacible y fuerte.

Bernardo no sentia el frio.

El volcan que ardía en su alma, abrasaba su cuerpo.

Pero Vigilante, que por su preciosa cualidad de animal, no estaba ni podia estar en la disposicion de ánimo de su amo, tiritaba.

Bernardo, triste, pálido, profundamente conmovido, se encaminó á la torre que se levantaba, negra, agrietada, ruda, en el fondo de la hondonada de la cumbre.

Vigilante seguía á su amo cabizbajo y rabo entre piernas.

A más del estado doloroso en que se encontraba y del cansancio, tenía hambre.

De cuando en cuando exhalaba un doloroso gruñido, que su amo no oía, porque no estaba en estado de oírle.

Y así lentamente, el hombre delante, detrás el perro, llegaron á la puerta de la torre.

Vigilante buscó un lugar al abrigo del viento, y se tendió al sol.

Bernardo entró.

II.

La torre por su arquitectura demostraba una antigüedad que se remontaba, cuando menos, á los tiempos de la prepotencia de Róma.

Sabido es que las construcciones romanas, resisten de tal modo al tiempo, que las tenemos aún entre nosotros, fuertes como el día despues de aquel en que se las construyó.

Pero sobre esos viejísimos edificios no pasa en valde el tiempo, que lame incesantemente sus aristas hasta redondearlas, que cubre los muros de un revestimiento musgoso, áspero, verdinegro, como la piel de esos viejos que sobreviven á cuatro generaciones.

En tal estado estaba aquella misteriosa torre, pero fuerte y robusta.

Bernardo á pesar que conocía todos los escondrijos, senderos y pasos de las montañas circunvecinas á Pravía, no conocía

aquella torre; jamás había subido aquella cumbre, por que aquellaroca pelada y estéril, no prometia nada á un cazador.

Ni aun águilas anidaban en ella.

Y luego la ceñia casi un torrente insuperable, y por la parte que el torrente en su prefijado curso había dejado franca, la subida era tal, tan terrible, tan difícil, que se necesitó no menos que el interés que tenía Bernardo por encontrar á Heriberta, para que se atreviese á subir por ella.

La torre constaba de tres pisos.

Cada uno de aquellos pisos tenía una puerta á la escalera.

Bernardo encontró cerrada la puerta del primer piso.

Pero metió bajo ella su fuerte ballesta y la desencajó.

Es cierto que otro que no hubiera tenido la fuerza de Bernardo, no hubiera logrado abrir aquella puerta.

Una vez dentro, se encontró en una habitacion que ocupaba todo el espacio de la torre.

¿Qué había allí?

Unicamente en un ángulo, algunas pieles de oso curadas al sol y al aire, que parecian haber servido de lecho, y junto aquel lecho, una túnica blanca de muger y dos pequeños zapatos de muger tambien.

En otro ángulo había cuatro ballestas ensangrentadas, y cuatro venablas con algunos venablos.

—Estas deben ser de los hombres de Diego Pérez, cuyos huesos están alla abajo: pero estas cuerdas y estos venablos me vienen bien, dijo Bernardo.

Y tomó una venabla, la colgó de su cinto, puso en ella todos los venablos que llegarían á veinte, quitó las cuerdas á las ballestas y puso una en la suya.

—¿Por qué no habrá usado Roldán estos venablos que tienen buena punta de acero? dijo el jóven profundamente pensativo.

¡Ah! recuerdo que el venablo que encontré en el cuerpo del oso, y los que me disparó cuando asaltaba la roca eran enormes; sin duda estos no tienen el alcance de la ballesta de Roldán: pero por qué no habrá puesto estas puntas á sus enormes venablos? Por indolencia tal vez? ¡Ah! ¡si yo hubiéramos tenido estas

buenas armas arrojadas cuando el miserable huía con Heriberta! Pero ahora los tengo y si vuelvo á encontrarlos... ¡y por qué dudar! los encontraré, si Dios me ayuda. Pero la encontraré tarde segun me dijo Diego Perez: ¡Deshonrada! ¡loca! ¡ah!

En la estancia en que se encontraba Bernardo, no habia mas utensilios:

Algunas astillas de tea á medio encender, clavadas en las grietas de las piedras, demostraban que el en otros tiempos altivo par de Francia, sobrino de Carlo-Magno, el de las hazañas, vivia lo mas primitivamente que podia vivir.

Bernardo salió de aquel espacio, no sin haber recogido la túnica y las sandalias de Heriberta, que metió en el saco de los otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso ó estado de la torre, encontró otra puerta, pero franca: penetró dentro y encontróse con que aquel era el almacén de provisiones, por decirlo así, de Roldán.

A un testero habia un grande hogar, al que servia de chimenea una grieta abierta en el muro: de la enorme campana de piedra de aquella chimenea, pendian pedazos enormes de carne de oso y de venado conservados por medio del humo: en un ángulo opuesto habia hacinados gran número de pedazos de encina y ramaje seco, y entre los cuales se veia un hacha.

Por último, aquí y allá se veian montones de castañas y nueces.

Bernardo no tenia apetito; el estado en que se encontraba su espíritu despues de las terribles revelaciones de Diego Perez, no era para pensar en el alimento: pero tenia sí, necesidad; estaba desfallecido: estábalo de igual manera Vigilante; era necesario ponerse en seguimiento de Roldán, y para esto tener fuerzas; descolgó, pues, uno de aquellos abumados tasajos, llamó con su bocina á Vigilante, que subió tardamente, y poco despues amo y perro comian aquella carne curada; el uno por prevision, preparándose á un nuevo dia de fatiga y de combate; el otro, el animal, con ansia.

Sin embargo, Bernardo no satisfizo por completo la vo-

racidad de su buen perro: le acarició, le lavó las heridas con agua que allí mismo encontró en una odre hecha con una piel de gamo, y á seguida, como en el tercer piso de la torre no habia nada nuevo para Bernardo, por que era el lugar donde habia muerto Diego Perez, bajó triste y preocupado las escaleras, salió de la torre, se volvió al lugar donde Diego Perez quedaba sepultado, rezó brevemente, y luego se encaminó al borde de la cumbre, tomó el áspero sendero, y bajó, encontrándose muy pronto en el lugar en donde yacian insepultos, entre despojos de osos y lobos, los huesos de los ballesteros de Diego Perez.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras. Bernardo salió de aquel espacio, no sin haber recogido la túnica y las sandalias de Heriberta, que metió en el saco de los otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

En el segundo piso de la torre, encontró otros vestidos y siguió trepando por las escaleras.

Una vez allí, Bernardo acarició á Vigilante.

—Amigo mio, le dijo mientras le acariciaba: es necesario

sacar fuerzas de la misma flaqueza, y concluir nuestra tarea: si

morimos en ella, habremos muerto como valientes; vamos, es

menester encontrar de nuevo el rastro y seguirle con ardor,

mientras nos quede aliento. Tú eres un buen y valiente perro,

y no dejarás de ser hoy lo que has sido siempre, yo lo espero.

Vigilante miraba atentamente á su amo, que tenia entre

sus manos su hermosa cabeza, y meneaba lentamente la cola

como si le hubiera comprendido y le contestase de una manera

afirmativa.

Despues Bernardo sacó, no ya los vestidos que antes habia

dadó á oler á Vigilante, sino la túnica de Heriberta que habia

encontrado en la torre.

Vigilante gruñó con impaciencia, sacudió con vigor las la-

nas y consultó el aire dilatando las anchas narices.

Bernardo guardó de nuevo la túnica de Heriberta, y sacó

los vestidos de Diego Perez, que ya eran inútiles y que le emba-

razaban, y los arrojó; luego dirigió la voz á Vigilante, y le gritó:

— ¡Sobre el rastró!

Y como si Vigilante hubiese recobrado todas sus fuerzas despues de algun tiempo de descanso y de una comida sólida, levantando de nuevo las narices al viento, partió al fin á la carrera, por la orilla derecha del torrente arriba.

VI.

Dejemos á Bernardo atravesando valles, superando cumbres, salvando barrancos y flanqueando cortaduras, y retrocediendo algun tiempo, veamos lo que pasaba en una estrecha y lúgubre garganta á la salida del sol.

Nos encontramos con Roldan y con Heriberta.

Jadeante, pálida, anonadada, ensangrentados los desnudos pies la primera: fuerte, altivo, feroz, atlético el segundo.

Roldan era, sin embargo de sus seis pies de estatura, de sus miembros musculosos, hercúleos, de su blanca cabellera larga y enmarañada, de su poblada barba gris y de su traje pobre y bravío, un hombre hermoso, que podría contar como cuarenta y cinco años, y á pesar de los cuales podia decirse se encontraba en la fuerza de su virilidad, casi de su juventud.

Aquellas canas debian ser el resultado del continuo azote de las lluvias, del sol y de los vientos, ó acaso del estado de su espíritu: sobre la parte superior de la frente, se veía una ancha cicatriz profundamente marcada: sus ojos rojos, pero grandes y magníficos, mostraban una espresion terrible de valor indomable y de un disgusto profundo que causaba una cólera concentrada y rugiente: sin embargo, cuando aquellos ojos se posaban en Heriberta, se dulcificaban: aparecia en ellos la espresion del hombre que ha vivido entre los hombres,

y que no ha sido ageno al trato de las damas: cuando aquellos ojos se fijaban en Heriberta, habia en ellos conmiseracion, casi amor; pero no el amor bastardo del deseo, sino un amor paternal, profundo; Heriberta á su vez miraba á Roldan sin miedo, pero de una manera triste, anhelante.

El traje de Roldan era montaráz; le constituian una especie de sayo de piel de oso, sujeto por un cinturón de piel curtida; llevaba bajo este sayo una cota de mallas que se veia ciñendo sus piernas y sus brazos; en contraposicion de la pobreza de este traje, que se completaba con un casco de cuero claveteado, de la cintura de Roldan pendian dos objetos preciosos: una bocina de oro cincelada, con relieves de batallas y orlado de piedras preciosas el borde, y una espada con una magnífica empuñadura de oro y pedrería que habia saltado de su engaste en muchos lugares; llevaba además algunos venablos enormes, ó más bien jaras aguzadas, atravesadas en el cinto, y una ballesta monstruosa por sus dimensiones.

Heriberta llevaba sueltos los rubios cabellos; una túnica de lino ligera, los piés desnudos; estaba pálida y escitada, pero no estaba loca, ni de su frente habian desaparecido su nitida pureza.

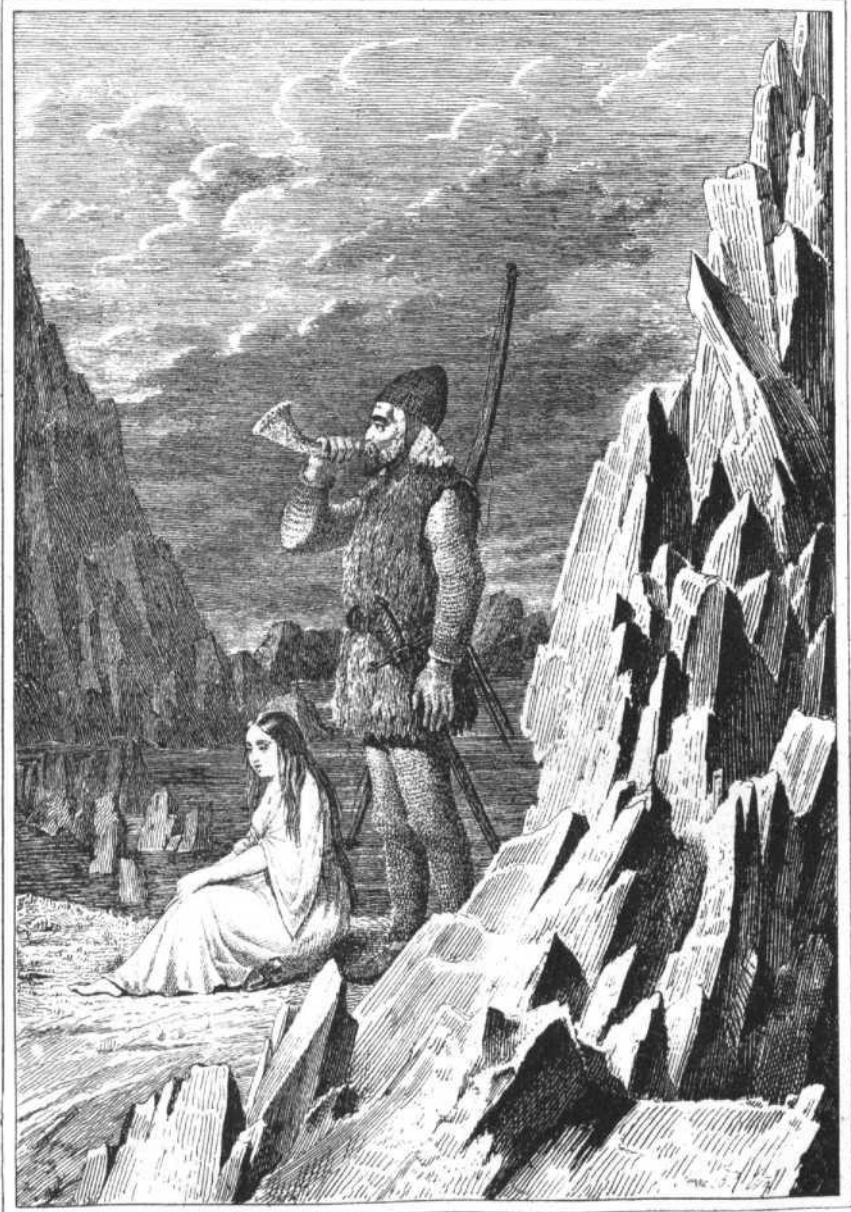
—Un esfuerzo, hija mia, un solo esfuerzo, la decia Roldan, por donde caminamos la yerba es una blanda alfombra.

—Tengo ensangrentados y doloridos los piés, contestó tristemente Heriberta.

—Eres tan hermosa, que pesas lo bastante para fatigarme; además, he luchado como un león para vencer la fuerza del torrente, y no puedo más; es necesario que yo te ponga en salvo.

—¿Pero en salvo de quién? ¿no te he dicho que el que nos sigue es Bernardo? ¿que yo le amo? ¿no dices que yo soy tu hija, que me amas tú? ¿que me has robado para tener el consuelo de que te acompañe en tu soledad?

—Es necesario que lleguemos pronto á ese choza de la montaña, donde me llaman el buen cazador, por que me deben muchos beneficios. Es necesario que allí cambies de ropas; las que llevas, mojadas por el torrente, heladas por el frio, te són



Ruiz, editor

Y tocó su bocina, aunque no de la manera atronadora que otras veces.

dañosas; un momento, hija; un esfuerzo mas: allá detrás de esa roca, está la choza blanca de Fortunio, rodeada de castaños y alegre como un nido de palomas: ven, Heriberta, ven.

—¡ Ah! no puedo: necesito descansar.

—Detenerte te será fatal; se enfriarán tus miembros.

—Y si muero ¿qué pierdo? desdichada siempre, mas desdichada ahora ¿qué valor tiene para mí la vida?

—¡ Oh! es necesario que vivas: lo quiero yo, acuérdate de tu madre.

—¡ Mi madre! ¡ oh! ¡ pobre madre mia! ¿ que será de ella?

—Ella que amaba tanto á mi padre...

—¡ A tu padre! exclamó roncamente Roldan.

—Perdóname, señor; pero yo me habia acostumbrado á llamar mi padre á Diego Perez; pero no sigamos; no puedo, desfallezco.

Y Heriberta se sentó en el suelo.

—¡ Oh! ni yo puedo tampoco conducirla, exclamó Roldan; se han agotado mis fuerzas: será necesario llamar y puede oírnos el que acaso me sigue de cerca; nunca he temblado; nunca he temido morir... y ahora...

Roldan miraba profundamente á Heriberta.

—Es preciso, dijo al fin el galo; ella antes que todo.

Y tocó su bocina, aunque no de la manera atronadora que otras veces.

Al tercer toque de la bocina de Roldan, apareció por el fondo de aquella estrecha quebradura un hombre de aspecto rústico, pero benévolo.

Adelantó, y llegó hasta el terrible par de Francia.

—Qué me mandas, señor, le dijo viendo con estrañeza que acompañaba una muger á Roldan, y en el estado en que Heriberta se encontraba.

—Esta dama necesita reposo y un asilo seguro, dijo Roldan.

—Ninguno mas seguro que mi casa, dijo el montañés.

—Pero tu casa es débil: una cabaña de madera....

—No importa, señor, dijo el montañés: cuando llegues, verás si es un asilo seguro mi casa.

—Pues bien; toma sobre tus hombros esta dama, y vamos.
 Roldan ayudó al montañés, que cargado con Heriberta, emprendió la marcha.

Cuando salieron de la quebradura, se encontraron sobre una colina, á cuyos pies entre altas montañas se veía un valle profundo, agreste y solitario.

El montañés con Heriberta, y seguido por Roldan, rodeó la cumbre de la colina; descendió un trecho; y llegó á una casa de madera pegada contra una pequeña cordillera á la parte del mediodía.

Esta cortadura y el espacio sobre que estaba construida la cabaña y á alguna distancia alrededor, eran de roca calcárea.

—Por fortuna, señor, dijo el montañés poniendo á Heriberta en tierra delante de la puerta de la cabaña, mis dos hijos y mi hija han ido al mercado á vender las legumbres de esa pequeña huerta que puedes ver allá en la hondonada; y mi muger ha ido á confesarse con el ermitaño de la Cañada Blanca, y estoy solo.

—¿Y por qué es una fortuna que estés solo? dijo Roldan.

—Porque así no tengo necesidad de que mi muger ni mi hija sepan el secreto; porque las mugeres son muy habladoras y todo lo dicen.

—¿De qué secreto hablas?

—Ven, señor, y lo verás.

Roldan y Heriberta entraron siguiendo al montañés en la cabaña; al fondo de esta, que era estrecha, se veía la roca tapada con asperezas, y una gran mole, como si hubiera sido desprendida, se veía en un ángulo.

El montañés llegó á aquella mole de piedra, la rodeó, y se ocultó tras ella, y poco despues Roldan y Heriberta vieron que aquella roca se movía, giraba, y dejaba descubierto un agujero oscuro y profundo.

—Entrad, entrad pronto, dijo el montañés apareciendo de nuevo encendiendo una tea, y perdiéndose por aquel agujero.

Cuando entraron Roldan y Heriberta, la roca volvió á gi-

rar; cerróse la entrada, y se encontraron en medio de unas tinieblas profundas, que solo desvanecía turbíamente la luz de la tea que llevaba el montañés.

Aquella tortuosa, estrecha y baja galería subterránea, descendía insensiblemente, teniendo de trecho en trecho algunos escalones.

Al fin, cuando hubieron andado un largo espacio, llegaron á un ensanchamiento, á una gran caverna, en cuyo centro habia un pequeño lago mudo y tranquilo, que provenia de las numerosas filtraciones que dejaban caer constantemente gotas de agua, cuyo ruido monótono se dejaba escuchar por intervalos siempre iguales.

Aquello oprimia el alma.

Alrededor de esta caverna habia bocas de cuevas.

El montañés se dirigió á una de ellas.

Entraron los tres.

En aquella cueva habia algunos lechos, frutas secas, provisiones de la montaña y algunos toscos utensilios.

—Estais en el lugar, dijo el montañés, que sirve de asilo á las doncellas de la comarca, cuando los árabes vienen todos los años por el tributo.

—¡El feudo de las cien doncellas! exclamó roncamente Roldán.

—Sí, señor, sí: ese feudo vergonzoso y terrible que el infame rey Mauregato dió á los árabes, y del cual aun no ha podido todavía libertarnos nuestro buen rey don Alfonso: los árabes son muy poderosos; si ese feudo se les negara, vendrian con un formidable ejército y lo arrasarian todo.

—¡Entregar doncellas cristianas á los infieles!.. exclamó Roldán, eso solo lo haria un Rey de España.

—Pues nuestros reyes son muy cristianos y muy valientes, pero los árabes son innumerables, como las ojas de los castaños de la montaña: bien es verdad que hace mucho tiempo, casi todo el tiempo que reina don Alfonso, que no se llevan una sola doncella, sino el dinero que piden en cambio, aunque ellos quisieran mas las doncellas que el dinero. Pero oye de qué manera nos gobernamos. Cuando sabemos que los árabes han

llegado á cobrar el feudo, en una noche desaparecen todas las doncellas de Asturias.

—¡ Que desaparecen!

—Si por cierto: por ejemplo; en cuanto yo recibo cierto aviso del conde de Pravia, digo á mi muger y á mi hija: vamos ya están ahí esos malditos sarracenos; es necesario ocultarse; venid conmigo; y al mismo tiempo digo á mis dos hijos: ea, id á decir al conde tal ó cual, segun se llama el conde de Pravia, que he recibido su aviso.

La cabaña, pues, se queda sola.

Entonces llevo á mi muger y á mi hija á la Cañada Blanca á la ermita donde vive el penitente Alberto, y cuando llegamos, ya estan allí todas las doncellas, hasta las niñas de pecho de la comarca.

Cada una trae sobre sí provisiones secas para un mes y mas, y cuando no falta ninguna, los padres y los hermanos se marchan y dejan toda aquella multitud de mugeres con nosotros.

El penitente las echa una plática, recomendándolas mucho silencio y mucha prudencia, las bendice y despues, el penitente y yo las vendamos los ojos y las sujetamos las manos á la espalda á fin de que no puedan, por curiosidad, quitarse la venda y ver á donde se las lleva;

Despues, como el camino desde la ermita aquí, es bueno y no hay tropiezos, ni barrancos, ni cortaduras, el padre Alberto delante y yo detrás, traemos aquí todo aquel rebaño de mugeres y niñas, y no las dejamos libres las manos, ni les quitamos las vendas sino cuando ya están aquí. Mi muger viene tambien vendada, que no me fio yo ni de mi muger, que como tal es habladora, y si se supiese donde están estos escondrijos, los árabes darian con ellos; y como á esos malditos les gustan mas las muchachas hermosas que el dinero, se las llevarian.

Quando los árabes no encontrando mas que mugeres viejas se quejan á don Alfonso, este les dice:

—Yo nó puedo evitar que mis vasallas, cuando saben que llegais, huyan: buscadlas: las que encontréis vuestras son: pe-

ro por mas que los árabes buscan, nada encuentran, por que el reino está lleno de estos escondrijos.

Entonces don Alfonso echa una contribucion de dineros para entregarlo á los árabes en cambio de las mugeres que no han podido hallar, y los árabes se marchan; despues de lo cual entramos de nuevo aquí el padre Alberto y yo, vendamos de nuevo los ojos y sugetamos las manos á las mugeres, las sacamos de aquí y las llevamos á la ermita de la Cañada Blanca, donde ya las están esperando sus parientes, que se las llevan, y yo me traigo á la cabaña á mi muger y á mi hija que no sospechan siquiera que esté en su misma cabaña la puerta del subterráneo en que han estado escondidas.

—¡Ingenioso modo de burlar á los árabes! dijo Roldan.

—El rey don Alfonso es un rey muy bueno, que ama mucho á sus vasallos y que es muy cristiano. Cuando reinaba con don Bermudo el Diácono, se buscaron en las montañas y en los antiguos edificios del reyno y en los sitios que servian para guardar el trigo, escondrijos cuya entrada fuese un secreto que no hubiesen de conocer mas que hombres leales.

Yo era entonces ballestero del rey, y me enviaron aquí, solo para guardar la puerta oculta de este subterráneo.

Sueldo me dá por ello el rey, y fielmente le sirvo.

Vosotros solos sois los que habeis entrado aquí sin los ojos vendados: porque yo no puedo olvidarme.....

—¿De qué? dijo Roldan.

—Un dia siguiendo á una cabra, me habia yo despeñado en un barranco solitario por donde no era fácil pasase una sola persona; no podia moverme y apenas me alcanzaban las fuerzas para pedir socorro debilmente con mi bocina: pero tú señor me viste, y me ayudaste, esponiéndote á morir, porque para llegar hasta donde yo estaba, era muy aspero el camino, y muy fácil despeñarse como yo; por tí tienen padre mis hijos; así pues, yo estoy obligado á servirte: me has pedido un lugar seguro para esta dama, y te he traído aquí, donde ocultamos nuestras esposas y nuestras hijas.

—Si alguna vez puedo recompensarte, te recompensaré, dijo

Roldan: por ahora no soy mas que un hombre, que come lo que mata su ballesta.

—Penitencia debe ser que cumples tu permanencia en estas breñas, dijo el montañés: porque pareces muy grande y principal caballero.

—Algo de penitencia hay en ello, dijo Roldan: pero procuremos que esta dama descanse y tome alimento que esta desfallecida y destrozada.

—Estos lechos que veis aquí, dijo el montañés, los ha costeado el rey, y aquí tambien se guardan algunas provisiones por lo que pueda suceder.

Y el montañés arreglaba un lecho.

Algun tiempo despues Heriberta habia tomado algun alimento y reposaba.

El montañés y Roldan habian desaparecido.

Heriberta se encontraba sola y á oscuras.

Solo se oía el ruido acompasado y uniforme de las gotas de agua que caian sobre el pequeño lago que habian producido las filtraciones en el fondo de la caverna.

VII.

Heriberta, por mas que el doloroso estado de cansancio en que se encontraba lo reclamase, no podia dormir.

Su situacion era terrible y la desvelaban sus recuerdos dolorosos y sus tristísimos cuidados.

La existencia de la pobre niña se habia hecho insoportable.

Desgraciada desde su infancia, por que como dijimos al principio de nuestro cuento, la habia faltado siempre, aunque solo fuese en la apariencia, el amor de sus padres; los terribles

sucesos de la pasada noche de Navidad, la habian llevado á una situacion desesperada.

Y el recuerdo vivo, punzante, de lo que desde aquella noche la habia acontecido, la destrozaba el alma.

Recordaba.....

Pero narremos á nuestros lectores lo que habia acontecido á Heriberta, lo que contenian sus recuerdos.

CAPITULO XIII

Después de haber penetrado Rolán en la torre de Pero Pe-
 rez, por el descuido de los que al ir á socorrer á su señor,
 habian dejado franca su puerta; después de haber arrebata-
 do la joven, se dió á correr con ella en direccion á la montaña.
 Cuando estuvo interrumpido en ella, descansó sentándose en
 un ribazo, porque Heriberta era demasiado buena moza para no
 rendir á Rolán con su peso, después de una hora de marcha,
 á pesar de sus increíbles fuerzas.
 Cuando Rolán se detuvo, empezó á caer la tempestad y
 apareció la luna.
 Heriberta miró con espanto al hombre terrible que la acom-
 pañaba.

CAPITULO XIII.

Historia de los sucesos de un mes.

I.

Despues de haber penetrado Roldan en la torre de Pero Perez, por el descuido de los que al ir á socorrer á su señor, habian dejado franca su puerta; despues de haber arrebatado á la jóven, se dió á correr con ella en direccion á la montaña.

Cuando estuvo internado en ella, descansó sentándose en un ribazo, porque Heriberta era demasiado buena moza para no rendir á Roldan con su peso, despues de una hora de marcha, á pesar de sus hercúleas fuerzas.

Cuando Roldan se detuvo, empezó á ceder la tempestad y apareció la luna.

Heriberta miró con espanto al hombre terrible que la acompañaba.

— ¡Por qué tiembblas, hermosa niña? dijo Roldan, que aun sabia ser galante como buen caballero francés: nada temas: de mí no puedes temer violencia alguna, porque yo no puedo considerarte mas que como hija: si te he arrebatado de tus hogares, razones he tenido para ello, que pronto sabrás, y acaso por tí haga, lo que no he podido hacer por mí mismo. Acaso resucite.....

— ¡Que acaso resucitarás!.....dijo con temor Heriberta.

— Sí, dijo Roldan, porque aunque me ves, aunque oyes mi voz, aunque puedes juzgar que soy un hombre de carne y hueso como otros tantos, sin embargo hace muchos años que soy un hombre muerto: aun no habias nacido tú cuando yo habia dejado de existir.

No eran estas palabras, dichas en aquel lugar, en aquella situacion, en aquel sitio y por Roldan, lo mas á propósito para tranquilizar á Heriberta.

Sin embargo, Roldan se esforzó por tranquilizarla y despues de haber descansado algun tiempo, volvió á cargar con Heriberta y siguió su camino por la mañana.

Despues de varios descansos, Roldan llegó al fin á su negra torre, donde hemos visto morir á Diego Perez, y llevando á Heriberta á la habitacion del primer piso, y diciendo que no pensase en otra cosa que en descansar y en tranquilizarse, salió dejándola sola y encerrada.

II.

Y aquel mismo hombre á quien hemos visto huir delante de Bernardo, evitando por cuantos medios le eran posibles que Bernardo pudiese darle alcance, salió decididamente al encuentro de Diego Perez.

Digamos antes por qué Roldan huia de Bernardo.

Bernardo del Carpio.

A pesar de su juventud, la fama del joven héroe volaba por todos los ámbitos de Asturias.

— Cuando se preguntaba quién era el caballero mas valiente de Alfonso II el Casto, hasta los niños de las aldeas contestaban:

— Ese es Bernardo, el huésped, el ahijado de Alfonso de Saldaña, el buen conde.

En efecto, si se trataba de cabalgar ¿quién cabalgaba mejor que nuestro joven?

Para él no había caballos indómitos; el corcéel más fiero escuchaba temblando su voz, y se estremecía al sentirle sobre sí.

— Parecía que Bernardo había nacido á caballo.

— Cuando se veía en la tienda de un herrero una de aquellas machuchas y pesadas armaduras del siglo X, los que la veían colgada de la parte de adentro de la tienda decían:

— Maese: ¿te ha mandado adovar esos hierros Bernardo de Saldaña?

— Porque no se concebía que otro que Bernardo pudiese usar desembarazadamente aquella armadura.

— Cuando uno de los jayanes que abundaban en Asturias, vencía uno despues de otro á los mas famosos luchadores, no faltaba quien le amargase su triunfo diciéndole:

— Fuerte y diestro eres; pero no hubieras escapado así como con estos, si hubieras luchado un solo punto con Bernardo de Saldaña.

— Cuando un ballestero hacia prodigios de puntería, no faltaba nunca quien despues de alabarle dijese:

— Has hecho muy buenos tiros: pero ¡bah! ninguno que valga lo que los tiros de Bernardo.

— Cuando un oso viejo y formidable se bajaba de la montaña y se acercaba á las poblaciones, aterrándolas y burlando los esfuerzos de los monteros mas bravos, todos decían:

— Harto se conoce que Bernardo de Saldaña está en la corte del rey don Alfonso.

— Si un mancebo era alabado de hermoso, no faltaba alguna joven que dijese:

— Sí, pero es mas hermoso Bernardo de Saldaña.

Si se practicaba una acción generosa, si se alababa la piedad de alguno, siempre había quien añadiese: —

—Tratándose de cristianos y de caballeros, ninguno lleva ventaja á Bernardo de Saldaña.

Todos, pues, conocían en Asturias al jóven, si no de vista, de nombre; todos le alababan, todos le respetaban, todos le amaban.

Su fama habia penetrado hasta las montañas y llegado hasta el oculto y montaraz asilo de Roldan.

Y no era ciertamente el miedo de la muerte el que habia hecho que el terrible Roldan huyese del jóven.

Habia sido su amor á Heriberta.

Es decir: Roldan que jamás habia temido morir, se estremecía al pensar que muriendo perdería á Heriberta y con ella su amor y su venganza.

Por eso, sabiendo que Bernardo, si no le superaba le igualaba en valor y fuerzas, habia huido de él, para poner á salvo á Heriberta.

Pero respecto á Diego Perez, no tenía los mismos motivos.

Diego Perez era bravo y diestro, es verdad, pero tratándose de Roldan, no podia buenamente compararsele.

Ni aun yendo acompañado con algunos hombres temía á Roldan.

Así es, que apenas tuvo á Heriberta segura en su poder, cuando salió en busca de Diego Perez.

III.

Ya hemos dicho que despues de la tormenta, la noche se habia tornado clara.

Al descender por la roca en busca de los que le perseguian,

Roldan vió moverse allá en el fondo del valle algunas personas.

— ¡ Ah ! son ellos , exclamó .

Y descendiendo con rapidez se encontró á poco frente á frente de Diego Perez y de sus cuatro ballesteros .

— ¿ Qué quereis en este lugar de la montaña ? dijo Roldan con acento feroz , armando una jara en la ballesta .

— ¿ Qué has hecho de mi hija ? exclamó con acento rugiente Diego Perez .

Roldan soltó una horrible carcajada .

— ¡ Tú hija ! ¿ acaso tienes tú alguna hija ? preguntó : si la tienes no la conozco .

— ¡ Que no la conoces ! qué , ¿ acaso no has robado de mi torre á Heriberta .

— Sí sí por cierto no la he robado la he recobrado como que es ¡ hija mia !

— ¡ Hija tuya ! . . .

— Sí hija mia y de Brunequilda tu esposa .

Y Roldan soltó otra mas terrible carcajada .

Renacieron los horribles celos de Diego Perez : parecióle que las lágrimas y los juramentos de Brunequilda habian sido una cobarde burla , y ciego de furor acometió á Roldan .

Al mismo tiempo le acometieron los cuatro ballesteros .

Pero las habian con el mejor par de los doce , con el formidable Roldan , que solo agobiado por el número habia caido en Roncesvalles ; disparó su ballesta y uno de los montañeses de Diego Perez cayó muerto .

Pero quedaban tres , tenaces como perros alanos , y Diego Perez feroz como un lobo .

Le rodeaban con las espadas desnudas , y le acometian de una manera terrible ,

Roldan desnudó su vieja espada , la espada de tantas victorias , la espada de Roncesvalles , y el combate fué muy pronto de duracion imposible ; Roldan evitaba un golpe esquivando el cuerpo , y á seguida avanzaba .

A cada avance de Roldan caia por tierra como herido por un rayo , uno de los monteros de Diego Perez .

Al fin quedaron frente á frente los dos solos.

Roldan se retiró un paso, y dijo á Diego Perez.

—¡Ríndete á Roldan; aquí no te ayudan los innumerables montañeses, que hacian llover rocas sobre la garganta de Roncesvalles; ríndete, esposo de Brunequilla, es necesario que seas mi esclavo.

Diego Perez permaneció por algun tiempo inmóvil.

—Dios sabe, dijo con la voz ronca y trémula de cólera, como el rugido de un leon irritado, cuál de los dos será esclavo del otro; cual de los dos satisfará sobre el otro su sed de venganza.

—La voluntad de Dios es manifiesta, puesto que te ha hecho mas débil que yo, dijo Roldan: si resistes peor para tí, irás á acompañar á tu padre.

—¡A mi padre! exclamó rugiendo de furor y de dolor Diego Perez.

—¿Qué? ¿ignoras acaso que yo le maté?

Diego Perez no contestó: su espada desnuda temblaba en su mano: su semblante lívido iluminado por la luna, temblaba tambien; sus ojos relucian como dos ascuas: el furor le embargaba la palabra.

—Tu padre mereció la muerte, como tu la merecas por felon, por mentiroso, por infame.

—¡Habla! ¡habla! dijo Diego Perez: consiento en dilatar nuestro combate: quiero que me cuentes....cuéntame como fué la muerte de mi padre: cómo penetraste en mi torre: quiero oírte.

—Oye en buen hora: pero siéntate: estás fatigado.

Y señaló á Diego Perez una piedra, y él se sentó en otra á cierta distancia.

Diego Perez se sentó maquinalmente.

Era un espectáculo singular el ver á aquellos dos hombres, abarcándose mutuamente en una mirada amenazadora y llena de odio, sentados el uno frente al otro, cada cual sobre una piedra, con las espadas desnudas, y rodeados de los cadáveres palpitantes aun, de otros cuatro hombres.

Roldan comenzó de esta manera.

IV.

—Yo tenía una prometida esposa, con la cual debía unirme al volver á Francia.

Pero Dios no quiso que yo volviese.

La desgracia me esperaba en las quebraduras de Roncesvalles.

Allí caí.

Un peñasco desprendido de la altura me habia partido la cabeza.

Sin embargo, luché aun durante mucho tiempo como no hubiera luchado ningún hombre: al fin creí que la muerte era conmigo.

Un letargo horrible en que no supe lo que pasó por mí, me tuvo como difunto durante algun tiempo.

Cuando abrí los ojos me encontré en un lecho, rodeado de frailes que cuidaban de mí con gran solicitud.

A su caridad debo la vida, después del hombre generoso y desconocido, que me sacó de entre los cadáveres y me llevó al monasterio de Roncesvalles.

—Ese hombre fuí yo por mi desdicha, dijo roncamente Diego Perez.

—Tú! Tú!

—Sí, yo.....

—Mentira: el que ha hecho lo que tu has hecho no escapaz de de ninguna acción generosa.

—Yo fuí: te habia visto lidiar como un valiente, y quise que tu cuerpo no quedase entregado á los lobos y á las aves de rapiña.

Te busqué en el lugar en que te ví caer; te reconocí por tus prendas, y al recogerte noté que tu corazón latia: entonces

cargué contigo y te llevé al monasterio de Roncesvalles, quedándome con una señal tuya.

—¿Con qué señal?

—Con tu anillo de baron, que llevabas en la mano izquierda, y que desde entonces llevo yo en la mia.

Mira.

Y desde el lugar en que estaba, arrojó al lugar en que se encontraba Roldan un pesado anillo de oro.

Roldan le reconoció á la luz de la luna, y poniéndoselo en el dedo dijo:

—Es verdad: este es mi sello: pero si me salvaste entonces peor para tí: porque has cometido un crimen que no puede perdonarse á ningun caballero: el de mentira y traicion.

—¡Yo!

—Tu dijiste al conde de Bigorre que yo habia muerto, y solo creyéndome muerto, pudo Brunequilla consentir en ser tu esposa; porque muerto yo, la era igual morir ó unirse á tí.

—¿Quien te ha dicho eso! exclamó con un acento cobarde y feroz al mismo tiempo Diego Perez.

—Me lo dijeron hace diez y ocho años, primero el conde de Bigorre, despues tu esposa.

Diego Perez hizo un movimiento brusco.

—Déjame, déjame concluir, dijo Roldan, asi que yo te diga las razones que tengo para ser tu enemigo, para esterminarte, puedes decir hacer lo que quieras: pero entre tanto escucha.

—Concluye pronto, porque me tarda matarte, dijo Diego Perez.

—No será muy larga mi relacion.

Despues de curado por los caritativos padres de Roncesvalles, cuando despues de una larga dolencia causada por mis heridas, me encontré de nuevo fuerte, hice voto á Nuestra Señora de Roncesvalles y á Nueatra Señora de Embrum, de vivir como un solitario, sin salir jamás de las breñas: de vivir como un salvaje, yo no podia volver á Francia: habia sido vencido: aquella derrota habia matado mi nombre: yo no podia volver con mi nombre muerto entre los mios.

Me despedí, pues, de los religiosos, dijeles que iba á ha-

cer una peregrinacion á la Tierra Santa, y sin conservar mas que mi espada y mi bocina, salí del monasterio de Roncesvalles una noche, y me interné en la montaña.

Vagué por ella mucho tiempo: durmiendo de dia en cuevas ó entre las espesuras: caminando de noche, alimentándome de la caza; buscando un lugar fuerte y apartado donde pasar lo que me quedase de vida: al fin una noche de luna, me encontré en el lugar en que estamos, al pie de esta roca.

Rodeada casi por un torrente, sin senderos que indicasen que jamás habia sido pisada por planta humana, parecióme el lugar que yo venia buscando, y á pesar de su aspereza trepé á la cumbre.

En ella ví una antigua torre de romanos: era cuanto podia desear: un abrigo fuerte y apartado: y me asenté sobre la cumbre de esa roca, en la torre antigua y denegrida.

En ella triste, solitario, irritado, luchando rudamenté con mi pensamiento, con mi destino, viví algun tiempo.

Hervia en mi corazon una pasion indomable.

Yo amaba á una muger.

Aquella muger era Brunequilda.

Brunequilda, sin el desastre de Roncesvalles, hubiera sido mi esposa al volver á Francia con sus huestes mi tio el emperador Carlo-Magno.

Yo no podia vencer la pasion desesperada que me inspiraba el recuerdo de Brunequilda.

Y su recuerdo amante me hizo vacilar en mi propósito de no volver vencido á una patria de la que habia salido con el renombre de invencible.

Porque decia yo;—He luchado como bueno y bravo: puede romperse por medio de las contrapuestas lanzas, atravesar de parte á parte un ejército, pero ¿cómo luchar con los peñascos que se derrumban sobre nuestras cabezas? no me ha vencido frente á frente un hombre, sino una piedra lanzada de la altura: quien la lanzó ni aun siquiera sabe á quién aquella piedra habia herido: yo tengo sobre mi frente, sobre mi cabeza la ancha cicatriz ¿por qué no volver?

Y me aquejó tanto el deseo de ver á Brunequilla, que una noche abandoné esta torre y esta roca, dirijiéndome á la vecina frontera de Francia, y ocultándome de día en las cuevas de las montañas y las espesuras de los bosques, y caminando de noche, llegué quince dias despues al castillo de Bigorre.

Era la media noche de una oscura y lluviosa de invierno cuando llegué al castillo de Bigorre.

Mi bocina retumbó por tres veces delante de la poterna.

El enano que velaba en las almenas me preguntó qué queria.

Pedí hospitalidad.

Y cómo un noble no puede jamás negar su hospitalidad al viandante, la poterna se abrió, penetré en el castillo y poco despues estaba sentado á la mesa de la hospedería, donde los domésticos del conde de Bigorre me sirvieron una abundante cena.

Mi aspecto, era sobre poco mas ó menos, el mismo que ves ahora.

Un capacete fuerte de hierro, mi buena cota de mallas, mi espada y mi bocina de oro, una ballesta y una docena de venablos, y en vez de estas pieles una sobrevesta de piel de gamo adóbada.

Sobre el rostro llevaba la máscara de hierro con que me he encubierto durante algunos años.

Dije á los servidores del conde que habia hecho voto de no descubrirme durante algunos años delante de persona viviente, y les pedí, si era que querían que yo tomase algun alimento, del que tenia suma necesidad, que me dejasen solo.

Hiciéronlo: cerraron la puerta y noté que se ponian guardas á aquella puerta como desconfiando de mí.

Y esta desconfianza era muy natural, porque no me conocian.

Cuando me dejaron solo me coloqué de espaldas á la puerta, me quité la máscara despues de asegurarme de que no habia al frente de mí un resquicio por donde pudieran verme, comí lo que hube menester, volvíme á poner la máscara y llamé.

Pedí papel y tintero, y escribí al conde de Bigorre dándome

Bernardo del Carpio.

á conocer de él y manifestándole que necesitaba hablarle al momento.

Cerré la carta y dije que la entregasen en seguida al conde, que le importaba demasiado.

No tardó mucho en volver uno de los escuderos de este, que me pidió que le siguiese.

Poco despues estaba en la cámara de honor de Reinaldo, conde de Bigorre.

Cuando nos quedamos solos me quité la máscara de hierro.

Ví una espresion terrible en el semblante del conde, que yo atribuí á su sorpresa al encontrarme vivo cuando me creia muerto.

— Hermano, le dije tendiéndole la mano: héme aquí: yo vencido en Roncesvalles, avergonzado de mi vencimiento, pasando por muerto, habia jurado no volver á mi patria, no revelar mi existencia y vivir oscurecido y pobre sin que nadie pudiese decir: Roldan, el mejor par de los doce, ha sido vencido y vive; pero hay una fuerza superior á todas, el amor: yo amo más que á mi vida y mas que á mi orgullo, á Brunequilla, y rompo mi voto: vuelvo á mis hogares: el emperador mi tio me verá otra vez junto á su trono, pero no me verá solo: alegrando la corte con su hermosura, verá tambien á mi esposa Brunequilla.

Reinaldo tembló y bajó los ojos anonadado, confundido, apenas pronuncié yo aquellas palabras.

— ¿Acaso ha muerto Brunequilla? le pregunté.

— Pluguiera á Dios que hubiera muerto yo, me dijo, que no sufriria la vergüenza de verte ante mí; yo, que me rendí como un cobarde por conservar la vida. ¡Oh! ¡si yo hubiera muerto! al venir no me hubieras hallado, pero hubieras hallado á Brunequilla honrada con la gloriosa muerte de su padre.

— ¡Qué! ¿Brunequilla no está contigo?

— Todos creyeron tu muerte: el emperador Carlo-Magno ha hecho celebrar exequias por tu alma en su ciudad de Paris..... Brunequilla habia llorado tu muerte.

— ¡Ha pasado mas de un año! dije con desaliento: ¿será acaso Brunequilla esposa del Señor?

No, me dijo Reinaldo, es esposa de un hombre.

El peñasco que cayó sobre mi cabeza en la hondonada de Roncesvalles, me aturdió menos que esta terrible noticia; porque yo amaba á Brunequilla: no puedo decirte con cuánta fuerza, con cuánta voluntad: mi sangre moza y brava ardía en mis venas: Brunequilla era una parte de mi ser y lo es todavía: ya perdida para mí Brunequilla, sentí que me faltaba una parte de mi alma.

El valor, Diego Perez, espera y escucha: la cólera es el valor de los cobardes.

Yo comprimí mi cólera, la devoré, y pedí cuentas de lo que habia hecho al conde Reinaldo.

Este me juró que Brunequilla se habia casado contigo creyéndome muerto, y por salvar la vida de su padre á quien habias dado la libertad, con la condicion de que te entregaria como esposa su hija, y que si está se negaba, volveria como caballero que te habia empeñado su fé, á ponerse bajo tu espada. Brunequilla, pues, habia apurado un sacrificio horrible por salvar á su padre, y tú eras la causa de ese sacrificio.

Cuando el conde Reinaldo me dijo tu nombre, yo no pude perdonarte: tú habias mentido: tú que habias salvado mi vida, habias afirmado mi muerte, y me habias robado á Brunequilla.

Mi furor no podia saciarse en Reinaldo.

Habia sido engañado.

Pero podia satisfacerse en ti.

Pregunté al conde de Bigorre dónde morabas.

Cuando me lo dijo, en aquel mismo punto salí del castillo de Bigorre, aproveché lo que quedaba de la noche caminando con la feroz velocidad del lobo que busca una presa á su hambre, y al fin, despues de ocho noches de marcha violenta, llegué á la torre de Pero Perez, á tu solar, y pedí hospitalidad.

Yo ignoraba que estuvieses ausente.

Quería verte ante mí y estermínarte.

Pero cuando entré y pregunté por el señor de la casa, me dijeron que tú y tu padre estabais ausentes en una expedicion contra los árabes.

Y... Brunequilla me amaba aun.

—Y cual fué la noche en que llegaste á mi casa? dijo con voz ronca Diego Perez, que hasta entonces no habia interrumpido á Roldan.

—Fué una noche quince dias antes de la noche de Navidad, en que tu padre y yo desaparecimos de la torre de Pero Perez.

—Mientes! dijo Diego Perez, Brunequilda me ha jurado por la salvacion de su alma, que tú llegaste á mi torre poco antes de que llegásemos mi padre y yo, y que ella ni habló contigo ni siquiera te vió.

—¿Eres tan imbécil que cres que una muger puede detenerse en juramentos, para convencer á un marido que la acusa de adúltera?

—Oh! si sale de tus labios una horrible calumnia, si has manchado tu fé de cristiano y de caballero con una infamia, que Dios haga caer sobre tí su cólera.

Estremecióse Roldan, porque en efecto mentia.

Su relacion era completamente falsa; su intencion, vengarse de Diego Perez envenenándole el alma.

Brunequilda no habia mentido; habia guardado su fé de esposa y Heriberta era el fruto de su union con Diego Perez.

Sin embargo este, que como sabemos, habia creído adúltera á su esposa, volvió á creerlo bajo la influencia de la terrible palabra de Roldan.

—Jamás he mentado, dijo Roldan volviendo á su feroz impasibilidad: yo llegué á tu torre quince dias antes de que llegáseis á ella tu padre y tú.

Tuve, pues, bastante tiempo de ver á Brunequilda, de recordarla mi amor y mis juramentos.

Y... Brunequilda me amaba aun.

Brunequilla había consentido en seguirme, en huir de tí, en ser dichosa conmigo apartados ambos del mundo.

Pero de repente y cuando menos os esperábamos, entrásteis en la torre tu padre y tú.

¿Qué ha sido de tu padre, Diego Perez?

Roldan calló por un momento cómo gozándose en el furor de Diego Perez.

Este, inclinado hácia Roldan, con la espada desnuda y la mano temblorosa, sentado aun sobre la piedra, parecia un tigre encogido en el punto de ir á lanzarse sobre su presa.

Roldan le contempló por un momento en silencio como gozándose en su furor, y luego dijo:

—Estaba yo retirado en mi aposento, y no dormia, no podia dormir: yo sabia demasiado que por las señales que de mí podian darte tus servidores, me reconocerias, y estaba preparado: para que no pudiese atribuirse á temor mi encierro, habia dejado la puerta franca y la lámpara encendida. Pero habia dejado tambien abierta una ventana que daba sobre el mar; sobre el mar, que mugia irritado, conmovido por la tempestad.

El viento que entraba por la ventana hacia oscilar la lámpara.

De repente oí pasos recatados, luego sentí que la puerta se abria silenciosamente, y me fingí dormido.

Pero á través de mis párpados entreabiertos, ví asomar una cabeza cana; el semblante feroz de un viejo que aquella cabellera cana rodeaba, posaba en mí dos pequeños y móviles ojos encarnados, semejantes á los de un lobo.

Continué fingiéndome dormido.

Entonces la puerta se abrió por completo y apareció enteramente un viejo membrudo, fuerte, que llevaba en la mano un puñal desnudo.

Yo no tuve duda de que era tu padre.

Porque en aquel viejo se conocia al señor de solar, si no por su nobleza, por su altivez, y no siendo tú viejo, aquel hombre no podia ser otro que tu padre.

El miserable, el asesino, no se llegó á mí para despertarme, para interrogarme, para entenderse conmigo como hubiera hecho un buen caballero, sino que con paso silencioso se acercó á la mesa donde ardía la lámpara y la apagó.

Pero no pudo apagar del mismo modo el resplandor del rayo, que con suma frecuencia penetraba por la ventana.

Lució un relámpago, y en el momento en que tu padre creyéndome dormido se acercaba al lecho con el puñal levantado, me encontró de pie, terrible, amenazador, á la llamarada fugitiva del rayo.

Lo demás es inútil que te lo diga.

Tu padre desapareció para no volver más.

Las olas tragarón su cadáver ensangrentado, y aquellas mismas olas me sirvieron para apartarme de la torre.

No ha quedado sobre aquel lecho alguna mancha de sangre?

No has encontrado un reguero de sangre desde aquel lecho hasta á aquella ventana?

Sucedió á estas palabras un silencio terrible.

Los dos enemigos se abarcaron recíprocamente en una vaga mirada de odio.

Roldan se levantó al fin.

Frente á él se levantó también Diego Pérez y dió un paso hácia Roldan.

—Espera, espera aun, dijo éste: aun no he concluido.

—Pues concluye pronto, dijo Diego Pérez, porque me tarda esterminarte.

Roldan, á la blanca luz de la luna, dejó ver á su enemigo una fria sonrisa de desprecio.

—Luego dijo:

—Todas las noches de Návidad, he ido al pie de tu torre y he dejado oír el toque de mi bocina, este toque debía ser para tí terrible, porque te recordaba la muerte de tu padre y el adulterio de tu esposa, y lo era en efecto, porque salias lleno de furor contra mí, pero acompañado como un cobarde de tus ballesteros, contra un hombre solo.

Nada tiene esto de extraño, porque tú me habías visto batallar en Roncesvalles.

¿Y sabes por qué no me encontrabas?

No era porque yo te temiese, sino porque quería prolongar tu suplicio.

Quería que uno y otro año vieses la frente impura de la adúltera; el fruto desdichado del adulterio.

¡Oh! esperaba también á que Heriberta fuese muger.

Quería que pudiese comprenderme cuando la relatase la historia de su nacimiento.

El momento ha llegado.

Heriberta tiene ya diez y ocho años y es una hermosa doncella.

Puedo ya decirla: soy tu padre.

Además, Brunequilla es todavía hermosa, y yo la amo aun.

Ella, que no ha querido seguirme por terror, por miedo á su conciencia, por la muerte horrible de tu padre, me seguirá cuando sepa tu muerte, cuando yo la ponga por condicion, para que recobre á su hija, á quien ama con todo su amor, el que sea mi esclava.

IV

Porque despues de haber sido tuya, Brunequilla no puede ser mas que mi esclava.

¡Oh! he esperado diez y ocho años, pero me vengo al fin.

—No, dijo Diego Perez: no te vengarás; por el contrario, espíarás tus crímenes á mis manos.

—A tus manos! créeme y toma mi consejo: ríndete y sígueme. Comprende que querer batallar conmigo es ser tan insensato como lo seria una mariposa que quisiese volar contra el huracan. ¿No te siryen de escarmiento esos cuatro desdichados á quienes has traído á morir á mis manos?

Diego Perez no contestó.

Adelantó y acometió bruscamente á Roldan.

Pero Roldan lo habia dicho: una lucha entre él y Diego Perez era imposible.

Instantáneamente el montañés cayó abierto el pecho por tres formidables heridas causadas por Roldan.

La pérdida de la sangre le privó muy pronto del conocimiento.

Roldan se inclinó sobre él y le reconoció.

—Puede ser que aun pueda vivir, dijo, y mi venganza no se satisface con matarle.

Es necesario que sufra un año y otro lo que yo he sufrido.

Es necesario que un año y otro viva viéndome apoderado de Brunequilda, creyéndome padre de Heriberta.

¿Pero Brunequilda consentirá en seguirme?

¡Oh! ¡sí! aunque no me ama, aunque me ha olvidado ha ya largos años por ese hombre, es madre, ama tiernamente á Heriberta, y su amor de madre la hará mi esclava.

Después de estas palabras Roldan levantó del suelo á Diego Perez, le cargó sobre sus hombros, trepó con él por el áspero acceso de la roca, le llevó á la torre y le puso en la misma habitación donde le encontro espirante Bernardo.

VI.

Al día siguiente apenas abrió los ojos Heriberta, porque la desdichada se habia fatigado tanto que durmió á pesar de la terrible situación en que se encontraba; cuando abrió los ojos decimos, vió junto á sí á Roldan, que la miraba tiernamente.

No era que Heriberta causase en Roldan esa impresión profunda que produce el amor, sino que Heriberta se parecía completamente á su madre cuando tenia su edad.

Y Roldan amaba aun á Brunequilda, sin que este amor escluyese un horrible deseo de venganza.

Heriberta era una prueba viva, hermosísima de los amores de Brunequilda á Diego Perez, ó al menos de sumision de esposa, y esto era insoportable para el terrible par de Francia.

Heriberta miró tímidamente á Roldan y se estremeció.

—¿Por qué tiembblas, hija mia? la dijo el franco.

—Me has robado de mi hogar, me has apartado de mi madre, me has traído á un desierto y me encuentro sola contigo.

—¿Y eso te causa espanto?

—Sí, porque solo con malas intenciones me has robado.

—Al robarte, he recobrado lo mío.

—¡Lo tuyo!

—Sí, dijo bruscamente Roldan, porque tú eres hija mia.

—¡Yo hija tuya!... ¡yo hija del terrible Roldan! exclamó Heriberta levantándose violentamente de su lecho pálida y temblorosa.

—¡Ah! ¡sabes mi nombre! ¿quién te le ha dichò?

—¡Mi madre!

—¡Tú madre! ¿con que tu madre me nombra aun?

—Sí, para maldecirte. Cuando en las noches de tormenta sonaba entre los mugidos del viento el sonido atronador de una bocina, mi madre exclamaba: ¡ese es el maldito Roldan.

Roldan palideció de cólera.

—¡Eso decia Brunequilla! exclamó con voz ronca.

—Sí, eso decia, y mirándome de una manera singular exclamaba: Dios nos libre de ese infame.

—¡Y se atrevia tu madre á hablar de infamias!

—Mi madre es una santa: el amparo de los pobres, el consuelo de los desdichados.

—Todo eso necesita hacer para que la pèrdone Dios.

—No, no, mientes: mi madre no ha ofendido á Dios hasta el punto de verse obligada á hacer obras de caridad para aplacar la justicia de Dios: mi madre ha podido ser muy desgraciada, lo es ahora mas que nunca, pero mi madre nunca ha sido mala.

—¿Porqué defiendes de tal modo á tu madre cuando yo sé que tu madre te aborrece?

El alma de la pobre Heriberta se encogió.

—¡Ah! dijo: te engañas: mi madre no me aborrece, no ¡yo no he podido engañarme: me ha faltado su cariño, su ternura: su mirada se fijaba siempre severa, siempre fria en mí: pero

mi corazón no se ha engañado, no : cuando algunas veces , lastimada por aquel desvío , asomaban las lágrimas á mis ojos , yo veía en los ojos de mi madre una mirada de amor : ¿ qué importaba que despues de un momento aquella mirada se apagase? yo habia visto ya el alma de mi madre.

—¿ Y cuando has tenido razon , no te has preguntado á tí misma en qué podia consistir el despego de tu madre?

—Si , muchas veces.

—¿ Y tu razon te ha respondido?

—Sí.

—¿ Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho que mi madre sufría un desamor mucho mas terrible que el que me hacia sufrir : mi padre.!

—¿ Tu padre!

—Sí : mi padre pasaba la mayor parte del año apartado de nosotras : cuando volvia , se apartaba de nuestra vista : cuando estaba delante de nosotras , su mirada terrible y torva pasaba alternativamente de mi madre á mí y de mí á mi madre. Jamás hablaba ni con nosotras , ni con nadie , mas que algunas palabras secas , imperativas , roncadas , y tan pocas y tan de tiempo en tiempo , que acabaron por llamarle en la comarca *el Mudo* ; pocos dias despues de haber llegado de una expedicion , partia para otra escursion sin despedirse , y no volvia hasta pasado mucho tiempo : mi madre era muy desgraciada , y su desgracia terrible , insopórtable , la hacia ser severa , silenciosa y fria conmigo. Pero yo sé que debajo de su hielo mi madre tiene para mí un amor ardiente : yo sé que si mi madre no fuera tan desgraciada , yo no sufriria su despego.

—Tú te lo esplicas á tu manera , pobre niña : tú no puedes creer que tu madre haya sido impura y miserable , ni que tú seas el fruto de un adulterio.

—¿ Mentira ! ; cien veces mentira ! exclamó con indignacion Heriberta : no sé cual sea tu horrible propósito al calumniar á mi madre : pero jamás conseguirás que yo crea verdades tus calumnias , que yo dude de la virtud de mi madre.

—Una noche sucedió una horrible desgracia en la torre de

Peró Perez : una noche , hace diez y ochó años . ¿No te ha contado tu madre esa desgracia?

— Mi madre hablaba conmigo muy poco , y jamás me revelaba nada : solo he oido su voz severa cuando me decia mis deberes para con Dios y para con mis semejantes , ó cuando me reprendia porque una labor no estaba tan bien hecha como pudiera . Pero sé esa desgracia por boca de los antiguos servidores de mi padre .

— ¿Y qué te dijeron?

— Que una noche un estrangero , cubierto el rostro con una máscara de hierro , que decia llevar cumpliendo un voto , llegó á la torre y pidió hospitalidad : que estando mi padre y mi abuelo fuera de la torre , mi madre mandó que aposentasen á aquel estrangero : que poco despues llegaron mi abuelo y mi padre . Dicese que mi abuelo entró aquella noche en el aposento donde el estrangero estaba hospedado , y que por la mañana se encontró abierta la ventana de aquel aposento , que daba al mar , se hallaron manchas de sangre en el lecho , y un reguero hasta la ventana . Que mi abuelo y el estrangero habian desaparecido . Que no se habia sabido mas de mi abuelo , pero que en cuanto al estrangero , él ó su espectro venia todas las noches de Navidad , y resonaba fuera el clamor de una bocina ; de la bocina de Roldan : porque Roldan habia sido el hombre maldito ó el espíritu condenado que habia entrado aquella noche en la torre y se habia llevado á mi abuelo .

— ¿ Pero no comprendes que sin un gran motivo de odio tu abuelo , ó el que tú crees tu abuelo , Yago Perez , no hubiera entrado en medio de la noche en el aposento en que me creia dormido con intencion de asesinarme?

— ¿Y qué interés tenia en asesinarte?

— Que yo era amante de la esposa de su hijo .

— Te repito que mientes , dijo Heriberta : yo no puedo dudar de la virtud de mi madre .

— ¿ Conque no crees que eres mi hija?

— No .

Roldan tembló de cólera .

Comprendió que Heriberta tenía el convencimiento de la virtud de su madre; que jamás conseguiría que creyese su deshonra, y esto mutilaba la venganza de Roldan contra Brunequilda.

El implacable galo se había propuesto deshónrar á la noble goda, ante su esposa y ante su hija: hacerla sufrir el horror y el desprecio de los dos seres á quienes mas amaba, y envenenár su vida, hacerla horrible, en compensacion de los crueles, de los acerbos sufrimientos que él habia experimentado y experimentaba aun por el enlace de Brunequilda con Diego Perez, y sobre todo por el nacimiento de Heriberta.

Roldan en la soledad, entregado únicamente á sus recuerdos y á sus pasiones, se habia convertido en una fiera.

Necesitaba despedazar á los que eran la causa de sus sufrimientos; necesitaba despedazar su alma, no su cuerpo, y veía con furor, que si bien habia conseguido su objeto respecto á Diego Perez renovándole los celos que siempre habia tenido, si al fin Brunequilda era una muger infame á los ojos de su marido, no podia conseguir que lo fuese del mismo modo respecto á su hija.

Heriberta tenia la firmeza incontrastable de la virtud y de la inocencia.

VII.

Roldan no insistió después de la primera acometida.

Lo esperó todo del tiempo y del cansancio y de la desesperacion de Heriberta.

Llevóla los manjares menos groseros de que podia disponer, y se fué á ver á Diego Perez.

Allí sufrió una nueva contrariedad.

Otra venganza que le habia halagado, se le iba.

Roldan habia deseado que Diego Perez viviese.

Porque Roldan se habia dicho:

—Empresa descabellada es querer apoderarme por la fuerza de Brunequilla: despues de lo que ha sucedido, la torre estará bien guardada, y yo solo no puedo embestir y tomar ese nido de lechuzas que caerian en mi poder si yo tuviese conmigo una sola docena de mis bravos francos: no hay que pensar en la fuerza material: pero me queda otra fuerza irresistible: la del amor de Brunequilla á su esposo y á su hija: este amor la pondrá en mis manos: entonces cautivo mio Diego Perez, apurará toda la amargura de ver esclavas mias á su esposa y á su hija: es necesario que ese hombre no muera,

Esto se habia propuesto Roldan: pero al herir á Diego Perez se le habia ido la mano, se habia distraido, por decirlo así, y le habia muerto.

Roldan se aterroró: su víctima se le iba: su venganza quedaba incompleta.

Roldan como todos los caballeros de su tiempo, sabia algo de cirujía: conocia algunas yerbas y algunos procedimientos químicos.

Pero esto no bastaba.

Es verdad que el cirujano mas famoso de nuestros dias, contando con los adelantos de la ciencia, se hubiera tambien confesado impotente.

Roldan no sabia herir sin matar; tenia la mano dura, y Diego Perez era hombre muerto.

Obstinose, sin embargo, Roldan.

Salió fuera de la torre, buscó algunas yerbas, hizo uno de aquellos brebajes de que hablan á cada paso los libros de caballería, y los apretó sobre las heridas de Diego Perez.

Este conocia demasiado su estado; sabia que iba á morir, pero vencido y en poder de su enemigo, volvió á ser *el Mudo*, reduciéndose al mas obstinado silencio.

Todos los dias, mientras Roldan pudo alentar alguna esperanza de salvar á su víctima, cuidó sus heridas; pero al cabo

comprendió lo infructuoso de sus esfuerzos, y dejó abandonado á una muerte lenta y terrible á Diego Perez.

Los bordes de sus heridas se inflamaron, se hinchó su pecho, y llegó al fin al doloroso estado en que le encontró Bernardo, abandonado como una bestia sobre aquel lecho de hojas podridas.

VIII.

Roldán entretanto trabajaba con una constancia horrible el alma de la infeliz Heriberta.

Alguna vez la desdichada, cediendo á lo agudo de su dolor, cuando se encontraba sola, en medio de la noche, entre una oscuridad aterradora, sentia vacilar su razon y gritaba y daba alharidos ó cantaba de una manera que ponía espanto.

Oíalo Diego Perez en medio del delirio que le causaba su situacion terrible, y muchas veces en medio de su delirio las densas tinieblas de la noche, tomaban para él formas que iluminaban una luz rojiza, impura, vaga.

Pareciale ver á su hija profanada por Roldán, prefiriendo defenderse del horrible mónstruo, gimiendo, gritando de una manera insensata, dominada por una espantosa locura.

Pero esto no era mas que un delirio de Diego Perez.

Roldán habia respetado la pureza de Heriberta.

Roldán no habia dejado de ser el caballero sin tacha, sino para su venganza, y su venganza no se estendia á una violencia brutal contra Heriberta.

Sin embargo, Diego Perez creia una verdad; un hecho consumado, lo que solo veia de una manera fantástica en medio de su delirio, y por esto dijo á Bernardo que Heriberta habia enloquecido á causa de la brutalidad de Roldán.

é creer que protegia algun hechizo á Bernardo, y se precipitó á la torre, así á Heriberta, huyó, y esponiéndose á morir con ella, salvó con su valor sobrenatural y sus fuerzas prodigiosas el imperio del torrente.

Roldan creia inevitable el encuentro con Bernardo, pero despues que tuvo á Heriberta, le esperó mas tranquilo.

Este, entretanto, estaba preparado á una lucha.

Sabia por relacion de Heriberta que Bernardo de Saldaña la amaba, que iria á libertarla, que la encontraria aunque la ocultase en las entrañas de la tierra.

Ya hemos dicho que Roldan tenia buenos motivos para tomar por lo sério una lucha personal con Bernardo.

Ya hemos dicho que la fama de esforzado del jóven, su renombre de héroe habia llegado, á pesar de su aislamiento, á los oidos de Roldan.

Esperaba, pues, la acometida de Bernardo.

Habia esquivado la de Alfonso de Saldaña, que repetidas veces le habia buscado, porque el noble árabe-cristiano iba siempre acompañado casi de un ejército.

Conocedor palmo á palmo de la montaña, se habia escapado del conde Alfonso, le habia desorientado, le habia hecho llegar, creer que al perseguirle no se trataba de un hombre, sino de un ser sobrenatural, y esto habia hecho que el conde Alfonso se desalentase.

Pero cuando de improviso vió á Bernardo en la montaña sin mas séquito que un perro de montería, Roldan, á quien un instinto misterioso hacia temible, ó cuando menos respetable al jóven, hizo lo que ya conocen nuestros lectores; se retiró á su nido de águilas y allí esperó con el oido atento y el corazon pronto.

Por eso defendió cuanto pudo el acceso de la roca.

Cuando vió que á pesar de su terrible defensa, el jóven ascendia ileso, ganando terreno con una velocidad espantosa, llegó

á creer que protegía algun hechizo á Bernardo , y se precipitó á la torre, asió á Heriberta , huyó , y esponiéndose á morir con ella , salvó con su valor sobrenatural y sus fuerzas prodigiosas el ímpetu del torrente.

Roldan creia inevitable un encuentro con Bernardo , pero despues que tuvo á salvo á Heriberta , le esperó mas tranquilo.

Este, entretanto, estaba preparado á una lucha. Sabia por relacion de Heriberta que Bernardo de Salbana la amaba, que iria á libertarla, que la encontraría aunque la ocultase en las entrañas de la tierra.

Ya hemos dicho que Roldan tenia buenos motivos para temer por lo serio una lucha personal con Bernardo.

Ya hemos dicho que la fama de estado del joven, su nombre de héroe habia llegado, á pesar de su aislamiento, á los oídos de Roldan.

Esperaba, pues, la acometida de Bernardo.

Habia escuzado la de Alfonso de Salbana, que repetidas veces le habia buscado, porque el noble árabe cristiano iba siempre acompañado casi de un ejército.

Conocedor palmo á palmo de la montaña, se habia echado de ver que Alfonso, le habia descubierto, le habia hecho llegar, creyendo que al perseguirle no se trataba de un hombre, sino de un ser sobrenatural, y esto habia hecho que el conde Alfonso se desalentase.

Por cuando de improviso vió á Bernardo en la montaña sin mas séquito que un perro de montaña, Roldan, á quien en tanto tanto misterioso hacia temible, ó cuando menos respetable, el joven, hizo lo que ya conocen nuestros lectores; se retiró á su nido de agujas y allí esperó con el oído atento y el corazón pronto á cualquier ataque.

Por eso defendió cuanto pudo el espeso de la toca.

Cuando vió que á pesar de su terrible defensa, el joven accionaba liso, cuando terreno con una velocidad espantosa, llegó

CAPITULO XIV.

En que se relata cómo combatieron los dos mas grandes caballeros de aquellos tiempos y de lo que del combate resultó.

I.

Roldan se alejó del lugar donde quedaba escondida Heriberta, y en paso lento adelantó hácia el sitio por donde debia sobrevenir Bernardo.

Sabia demasiado que aquel terrible perro, que no habia podido matar, pondria al jóven sobre su rastro: que el esquivar el encuentro, no produciria otro resultado que cansarle mas.

Roldan prefirió, pues, aceptar el combate, restaurando sus fuerzas con el descanso, y se sentó sobre una roca, al borde de una cortadura.

De ver era entonces á aquel gigante, replegado en una roca, apoyado el rostro sobre una mano, con la mirada ardiendo

te, sombría y fija, como vuelta á su pensamiento, á su pasado, abarcando su historia desde la batalla de Roncevalles, hasta aquel instante del presente en que se encontraba.

Diez y nueve años de soledad y de horror, tenido por muerto en su patria, perdido todo, su fuerte y magnífico castillo de baron, sus riquezas, su bandera, sus pares, sus hombres de armas; perdido su amor, reducido á un cadáver viviente en que fermentaban, como dentro de una tumba los gusanos, horribles pasiones: recordaba dia por dia aquel largo y terrible periodo de destierro en que no tenia otra distraccion que soñar con una venganza esperada con una tenacidad maravillosa; venganza empezada con la muerte de Yago Perez y terminada con un intervalo de diez y ocho años con el rapto de Heriberta, la deshonra de Brunequilda y la muerte del padre de la una, y del esposo de la otra; pero á despecho de Roldan la aparicion de Bernardo tomando parte en los acontecimientos de su vida, le inspiraba un vago terror.

Roldan veia en aquel jóven, ya renombrado por sus hazañas, en el valiente caballero del rey don Alfonso, en aquella especie de mito bizantino, si se nos permite esta frase estraña, un instrumento destinado á efectuar un tremendo *juicio de Dios*.

Todos sabeis lo que entonces se tenia por *juicio de Dios*: esto es, la apelacion tremenda ante el Eterno, de las acciones de los hombres. El *juicio de Dios* se practicaba de varias maneras: ya por la prueba del duelo, ya por la del fuego, ya por la del agua: en el primer caso, en el duelo, Dios decidia dando el triunfo, no á la fuerza, sino al derecho: es decir, que aunque un hombre estuviese convencido por las pruebas mas claras, terminantes é indudables de un horrible crimen, si este hombre en el último extremo, sentenciado por la justicia humana, apelaba á la divina por medio de la prueba del duelo, era declarado inocente, si salia vencedor de la prueba por sí ó por medio de campeon, matando al sostenedor de la acusacion en palenque cerrado; era declarado inocente, decimos, si vencia, á pesar de todas las evidencias, de todas las pruebas, de toda la certidumbre posible de que era culpable.

En el segundo caso, la prueba del fuego, si el acusado que apelaba á ella, salia ileso sin quemadura, despues de haber aplicado á su cuerpo una plancha de hierro candente, era tambien declarado inocente.

La tercera prueba, la del agua, consistia en que este elemento ahogase ó no al acusado.

Si se ahogaba, justa era la sentencia de los jueces: si no se ahogaba, los jueces, á pesar de todas las apariencias, de todas las pruebas, se habian engañado: Dios en su justicia habia absuelto al acusado, y era inocente.

Roldan veia, pues, una especie de *juicio de Dios* en el combate que debia sobrevenir entre él y Bernardo, y esta creencia le preocupaba un tanto.

Roldan no estaba tranquilo, no podia estarlo, una vez puesto delante de Dios. Roldan, que todo lo hubiera arrostrado tranquilo si hubiera tenido la conciencia de su derecho, que se hubiera creído invencible por la doble razon de la ayuda de Dios y de su derecho, no podia estarlo en aquellas circunstancias.

Tenia sobre su conciencia la sangre del padre y del hijo; de Yago y de Diego Perez; el rapto de Heriberta; la calumnia que habia deshonrado á una esposa ante su esposo; la perturbacion y el dolor del alma de una hija, que habia escuchado una acusacion injuriosa contra su madre: y luego, el *juicio de Dios*, habia empezado á demostrarse: Roldan no habia podido impedir la subida de Bernardo á aquella roca casi inaccesible: recordaba Roldan que los peñascos que, valiéndose de sus hercúleas fuerzas, habia lanzado sobre el jóven, habian torcido su marcha, ó habian pasado por cima de Bernardo, como si la mano de Dios protegiendo al jóven, hubiera apartado de él aquellos terribles medios de destruccion: despues el perro de Bernardo habia salido ileso de su espada, á pesar de que le habia tenido mil veces al alcance de ella, y el perro llevaria á Bernardo sobre él.

De otro modo, Roldan se hubiera ocultado con Heriberta durante el dia, y la noche siguiente hubiera seguido su camino hácia la frontera, perdiéndose al cabo en las asperezas insuperables del Pirineo.

Pero Roldan estaba seguro de que, habiendo quedado vivo, el perro pondria á Bernardo sobre su rastro, y que mas pronto ó mas tarde se veria obligado á batallar con el jóven.

Por eso aceptando un combate que no podia mas que dilatar, esperaba sentado sobre la roca.

II.

Pasaron una, dos, tres horas.

Al cabo se oyó á lo lejos un ronco ladrido.

Despues por una estrecha garganta apareció Vigilante á la carrera.

En el momento en que el noble animal vió á Roldan, redobló sus ladridos y su carrera.

Y eran aquellos ladridos alegres y amenazadores á un tiempo.

Poco despues apareció por la misma garganta Bernardo.

Al verle Roldan se puso de pié sobre la roca, y quedó inmóvil.

Bernardo adelantó, forzando su carrera, y al fin llegó al pié de la cortadura, en cuyo borde superior estaba Roldan.

—¿Me esperas? gritó el jóven.

—Te espero, contestó Roldan.

—¿Combate cuerpo á cuerpo?

—Cuerpo á cuerpo.

Bernardo llamó á Vigilante, le obligó á que le siguiese al paso y empezó á trepar por la parte accesible de la roca.

Roldan entretanto en la parte superior, examinaba el terreno buscando el lugar mas á propósito para la lucha.

Poco despues apareció en la cumbre Bernardo, y se encontró frente á frente con Roldan.

Bernardo mandó, con un ademan enérgico, á Vigilante que

se echase, y el inteligente animal se echó, como adoptando una situacion neutral.

Entonces Bernardo adelantó.

Detúvose á poca distancia del franco, y le dijo con voz tranquila.

—¿Eres tú el mejor par de los doce?

—Así me llamaban en otro tiempo, contestó Roldan.

—¿El conde franco, sobrino de Carlo-Magno?

—Sí.

—¿Roldan el famoso?

—Sí.

—Yo soy Bernardo de Saldaña, sobrino del rey Alfonso de Asturias.

—Sé que eres Bernardo.

—He venido á buscarte.

—Lo sé. ¿Y qué quieres?

—Dame á Heriberta.

—No.

—Te advierto que solo dándome á Heriberta para que la devuelva á su madre, puedo perdonarte los crímenes que has cometido.

—¿Los crímenes! exclamó sombríamente Roldan.

—Sí, has matado á Diego Perez.

—¿Por qué me buscó? insensato: y sobre todo ¿por qué no me mató él á mí? era mi enemigo: él vino cobardemente á buscarme amparado de cuatro montañeses.

—Le habias robado su hija.

—Ha mentido: Heriberta no es hija suya, sino mia.

—Cuentas serán que Dios te pedirá, si mientes, yo solo tengo que pedirte una cosa: Heriberta.

—¿Y con qué derecho?

—Con el que me dan las leyes de la orden de caballería que profeso.

—Tú no tienes derecho alguno: tú te metes en asuntos míos y de esa familia.

—Una madre, una esposa, se ha amparado de mí.

—Esa madre y esa esposa no tienen contra mí derecho alguno.

—Pues bien, dijo Bernardo, que sea nuestro combate un *juicio de Dios*.

Estremecióse Roldan.

—Falta el campo cerrado: no importa; nos basta con la tierra que nos sustenta: tenemos por testigos el sol y el firmamento, y Dios por juez.

—Noble y generoso y valiente eres, infante Bernardo, dijo Roldan; tus hazañas igualan á las mias cuando tenia tu edad: yo no tengo odio hácia tí: ¿por qué me obligas á destruirte?

Midió con una serena y altiva mirada á Roldan Bernardo.

—Si me destruyes, Dios habrá juzgado, y obrarás bien en lo que hicieres y habrás obrado bien en lo que has hecho contra esa familia; pero aun Dios no ha pronunciado su fallo, y vá á pronunciarle. El sol sube; es necesario acabar: es necesario que yo sepa qué ha sido de Heriberta, y cuando haya concluido, que espero en Dios que será pronto, el instinto de mi leal Vigilante me llevará hasta el lugar donde muerta ó viva se encuentre esa desdichada: concluyamos, conde Roldan: el infante Bernardo de Saldaña te reta y te llama felon y mal caballero, si á su desafío no respondes.

Roldan se hizo un paso atrás, y desenvainó su espada.

Al mismo tiempo Bernardo desnudó la suya.

A la primera acometida, las dos espadas saltaron hechas pedazos.

Tal y tan bárbara era la fuerza de los dos contendientes.

—Dios no quiere que lidiemos, dijo Roldan: estamos desarmados.

—Pero aun nos quedan los cuerpos y los brazos, dijo Bernardo.

Y cerrando con Roldan le ciñó en un abrazo de muerte.

Una alegría feroz inundó el alma del franco.

Agigantado, terrible, hercúleo, creyó aquello cosa de un momento, sofocar entre sus brazos á Bernardo, y concluir.

Pero un momento despues de un enlazamiento formidable en

que ninguno de los dos se movió, como si hubieran sido de bronce, los ojos de Roldan se dilataron, dejando ver un lijero tinte rojo: se abrió su boca que dejó salir un gemido ronco, hizo un esfuerzo desesperado, un esfuerzo de agonía; sus brazos se aflojaron y se tendieron: los brazos de Bernardo le apretaban, le apretaban, como hubiera podido apretarle un anillo de hierro que fuese cerrándose, disminuyéndose gradualmente: sus costillas crugian, sus mejillas se enrojecian mas y mas, sus esfuerzos por desasirse eran mas convulsivos á cada momento; entretanto Bernardo, dilatado el pecho, firme en su posicion, formidable, apretados los dientes que crugian, cubierto de un sudor que corria abundante sobre su rostro, con los ojos fieros, en que estaba retratada la muerte, fijos en Roldan, estrechaba sus poderosos brazos en torno del pecho del gigante, que cada momento cedia mas, y empezó á llevarle en pasos lentos, fuertes, terribles, cada uno de los cuales dejaba impresa una huella profunda sobre el terreno, hácia el borde de la cumbre.

Al fin Roldan dejó oír un grito salvaje, una especie de rugido de muerte; sus brazos dejaron completamente de asir al jóven, al rojo color de sus mejillas sucedió una palidez súbita, y se desplomó.

Bernardo entonces le levantó en alto, llegó rápidamente al borde de la cortadura y le lanzó.

El cuerpo del gigante cayó rebotando de roca en roca, y al fin quedó inmóvil en el fondo del tajo.

Bernardo miró por algun tiempo al cadáver.

Al ver desmalazado, ensangrentado, horrible, á Roldan, una espresion de conmiseracion apareció en el rostro del generoso mancebo.

Luego se arrodilló en el mismo borde de la roca, dió gracias á Dios por haberle concedido la victoria, y despues oró por el alma de Roldan.

III.

Fortuno había visto con asombro esta lucha gigantesca, durante un momento, desde la puerta de su cabaña, allá en lo alto de la cortadura.

Cuando vió caer despeñado á Roldan, y que su enemigo había quedado ileso en el borde de la roca, se le heló la sangre.

Porque Fortuno no creía que pudiese existir nadie que venciese á Roldan.

—¿Quién será, dijo, ese hombre que ha vencido al gigante? No debía tardar en saberlo.

Poco despues Bernardo estaba, acompañado de Vigilante, que había seguido su rastro, en la puerta de la cabaña.

IV.

—¿Me querrás decir, dijo Bernardo á Fortuno, por qué mi perro escarba y gruñe junto á esa piedra?

—Lo ignoro.

—Pues mira, dijo Bernardo: estoy resuelto á hacerte hablar, y si no hablas pronto, te agarro, te ato los dedos con la cuerda de mi ballesta, te los agarroto, y ó cantas de plano, ó te quedas manco.

—¿Y cómo hareis eso? dijo cobardemente Fortuno, porque le imponía miedo el hombre aquel que había vencido y muerto al terrible Roldan.

—¿Qué cómo lo haré? de este modo, contestó Bernardo, asiendo del cuello á Fortuno y haciéndole dar un grito de dolor.

—Yo os diré todo lo que queráis, señor, yo os lo diré, exclamó Fortuno con voz dolorida, pero soltadme, que me lastimais.

Bernardo soltó al montañés.

—¿Ha entrado aquí una dama? preguntó Bernardo.

—Si señor, dijo Fortuno.

—¿Con Roldan?

—Con Roldan.

—¿Y dónde está?

—Debajo de esa piedra.

—¿Cómo! ¡sepultada! exclamó palideciendo Bernardo: habrá sido capaz el infame?...

—No señor, está debajo de esa piedra sana y buena.

—No te entiendo.

—Esa piedra cubre la entrada de unas cavernas, que sirven para que se oculten las mugeres cuando vienen los árabes por el tributo de las cien doncellas.

—¿Y dices que nada la ha sucedido?

—Nada, señor.

—¿Y puede esperarse algun tiempo para sacarla de ahí?

—La dama descansa en su lecho.

—Entonces, toma un azadon y ven conmigo.

—¿A donde, señor?

—A sepultar aquel hombre que está muerto allá abajo: no debemos dejar su cuerpo á los grajos y á los lobos.

—¡Ah! ¡el cadáver de Roldan! parece mentira que hayais podido vencerle.

—Dios es muy fuerte y ayuda al que tiene razon, dijo modestamente Bernardo: pero vamos, me urge salir de la montaña.

—Vamos en buen hora, mi buen señor, dijo Fortuno echándose el azadon al hombro.

Y entrambos se dirigieron el barranco abajo, hácia el lugar donde inmóvil, ensangrentado, se veia á Roldan.

Fortuno cavó una honda sepultura en el verde recuesto, al pie de la altísima tajadura de la roca, desde cuya cima habia sido arrojado Roldan por Bernardo.

Bernardo , mientras se cavaba la sepultura , oraba por el alma de Roldan .

Poco despues , el antes terrible par de Francia , estaba sepultado , y sobre su tumba de tierra se veia una cruz tosca hecha con dos ramas .

Desde entonces aquella altísima roca se llama por tradicion la *Peña de Roldan* .

V.

Bernardo tomó como trofeos de guerra , la bocina , la espada rota del par de Francia , y se volvió de nuevo con Fortuno á la choza .

Una vez en ella le hizo abrir la puerta del pasadizo subterráneo , que conducia á la caverna , entró en él , alumbrado por una tea , que habia encendido Fortuno , y desapareció en las sinuosidades .

VI.

Heriberta en tanto estaba entregada á un insomnio penoso .

Reposaba en uno de aquellos pobres lechos , que existian en las grutas , y amodorrada , calenturienta , veia pasar por sus insomnios , sombras vagas , impuras , amenazadoras : á veces la parecia verse anegada , ahogándose en un mar de sangre : á veces que su espíritu volaba , pero sin las travas mortales , por una region diáfana , bella , santa , en medio de la cual brillaba inmóvil su sol de dulces resplandores : de repente la faltaban

las alas y caía despeñada en un abismo sin fin, oscuro, lóbrego, sofocante, ardiente, oyendo rumores estraños y desapacibles, risas sarcásticas, impuras blasfemias: el sueño de Heriberta era una pesadilla, y mas que un descanso un nuevo tormento.

De repente sus ojos se abrieron estimulados por una luz que se habia aproximado á ellos, y vió dos sombras confusas, luego á medida que su vista fué recobrando su fuerza, las formas de aquellos dos objetos fueron determinándose, y al fin Heriberta lanzó un grito de alegría, saltó de la cama y se arrojó con los brazos abiertos sobre el pecho de uno de aquellos dos hombres.

Habia reconocido á Bernardo, y en su primer impulso de alegría, se habia arrojado en sus brazos.

Pero de repente retrocedió pálida y aterrada.

—¿Habrás caído tú tambien en poder de ese infame? dijo la jóven ¿serás su esclavo, como yo soy su esclava?

—Tú no eres esclava de ese hombre, dijo Bernardo, porque ese hombre no existe.

—¡Que no existe Roldan!

—No, ha muerto á mis manos, y he venido á libertarte, á devolvete á tu madre.

—¡Y no te ha herido!

—Me ha protegido Dios.

—¡Y tu valor! exclamó con orgullo Heriberta: no sé por qué te esperaba yo: no sé por qué cuando no aperecias, mi corazon se apretaba y salian á mis ojos amargas lágrimas. ¿Qué habia sido de tí, que no venias á socorrer, á libertar á tu Heriberta? ¿Habias muerto acaso? esto me desgarraba el alma.

—Dios no lo ha querido: he estado ausente: hasta ayer no he vuelto: ayer supe que habias sido robada de tu hogar, y hoy te vuelvo á él.

—¿Y dónde has estado?

—En Córdoba.

—¡En tierra de infieles!

—Sí.

—¿Y has vencido?

—Sí: me ha protegido Dios.

—¿Y mi padre, Bernardo? ¿has salvado también á mi padre?

—Tu padre... se reunirá con vosotras mas tarde, dijo Bernardo pensando en que Diego Perez podia reunirse con su esposa y con su hija en la otra vida, y no atreviéndose á decir la verdad á Heriberta.

Bernardo pidió á Fortuno una cabalgadura.

Fortuno le procuró un caballo pequeño, pero fuerte, verdadero caballo de montaña, y al empezar la tarde, Heriberta sobre el caballo, Bernardo llevándole del diestro y Vigilante siguiéndoles, se encaminaron á la torre de Pero Perez.

VII.

Durante todo el camino, que duró hasta principio de la noche, ninguno de los dos jóvenes habló una palabra de amor.

Es verdad que nunca se habian dicho amores.

Se buscaban, y se encontraban instintivamente, vagaban juntos por los cercanos valles, y se separaban tranquilos.

Se conocian hacia ya largos años: la palabra amor era inútil.

Bernardo no la habia pronunciado.

Heriberta habia creído siempre que no era necesario pronunciarla.

Habia en los sentimientos de entrambos jóvenes, respectivamente, una notable diferencia: Bernardo, aunque creia amar á Heriberta, como hemos visto no la amaba con el amor ardiente que le habia inspirado la sultana Otamida: Heriberta, aunque no se daba cuenta de ello, amaba á Bernardo, no podia amar á otro hombre, ni Bernardo podia ser por ella olvidado.

Durante todo el camino Heriberta no hizo otra cosa que res

cordar á Bernardo pasados dias: esta ó aquella escursion de dos horas: este ó aquel sencillo incidente.

Heriberta se veia defendida por Bernardo, devuelta por él á sus hogares, y estaba tranquila, era feliz.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, un estremecimiento nervioso la agitaba: esto era cuando concentraba su vista sobre la bocina de Roldan, que Bernardo llevaba con la suya pendiente de sus hombros.

Cuando por un acaso aquellas dos bocinas, la una de oro, la otra de hasta de buey, se chocaban, producian un ruido desapacible, especial, que sonaba en los oidos de Heriberta de una manera lúgubre.

VIII.

Velaba Brunequilda.

Arrojada contra un reclinatorio bizantino, delante de un severo Crucifijo, con las manos juntas y la cabeza abatida sobre ellas, oraba.

Sabia que Bernardo habia ido en demanda de su esposo y de su hija y nada se sabia de él.

Brunequilda habia enviado aquella tarde uno de sus servidores á la torre de Saldaña, y el servidor habia vuelto con el mensaje de que Bernardo permanecia aun en la montaña, y que el conde Alfonso de Saldaña estaba en la córte del rey don Alfonso.

Brunequilda, pues, oraba por su esposo, por su hija y por Bernardo.

Lentamente los vidrios de colores del ajimez semicircular, poco antes vivamente iluminados por el sol poniente, fueron palideciendo, envolviendo sus matices en la sombra, hasta

que al fin los envolvió por completo la oscuridad de la noche.

No quedaba en el oratorio otra luz que la de la lámpara que ardía constantemente delante del Crucifijo.

Y Brunequilla seguía orando.

Orando con toda su alma, que se deshacía en lágrimas.

La soledad en que se encontraba, la mataba.

Porque aquella soledad era acaso la muerte de Diego Perez y la horrible, la desconocida desgracia de Heriberta.

Hubo un momento en que Brunequilla levantó la cabeza y escuchó con una gran atención.

Había creído escuchar allá lejano, muy lejano, el sonido de una bocina.

Pero aquel ruido no se repitió.

—Sin duda es el viento, dijo, ó acaso solo mi deseo.

Y volvió á rezar.

Y pasó otro gran espacio.

Repitióse el lejano sonido, pero ya menos lejano.

Entonces Brunequilla se puso de pié de una manera súbita.

No podía dudar que aquel era el sonido de una bocina.

¿Pero aquella bocina, sería la de Bernardo?

¿Sería la de algun cazador que volvía á sus hogares?

Brunequilla corrió al ajimez y abrió violentamente su vidriera.

La noche estaba plácida y tranquila, pero oscura.

Las estrellas brillaban con suma lucidez en el firmamento opaco y de un fuerte azul denso.

Nada se veía cerca ni lejos.

Todo reposaba.

Brunequilla se volvió adentro, tomó la lámpara que estaba sobre el reclinatorio, la llevó al ajimez y la puso sobre su alfeizar.

Ni el mas leve soplo de viento agitó la luz.

Aquella calma tenía algo de terrible, algo de amenazador.

Y el sonido de la bocina no se repetía.

Brunequilla esperó otro largo espacio.

Pero de repente se estremeció.

Ya cerca, retumbó, vibrante, atronador, repetido por los ecos de la noche, el ruido de una bocina.

Brunequilda reconoció la bocina de Roldan.

Y en efecto era ella.

Bernardo la tañía, porque Bernardo se había dicho:

—Ya que esta bocina ha enviado tantas veces una amenaza á la torre de Pero Perez, quiero que por esta vez lleve una voz amiga.

Pero el sonido maldito de aquella bocina era siempre aterrorador para Brunequilda.

Y no solo para ella.

Al escucharse en la torre, los vasallos de Diego Perez corrieron armados á las almenas y esperaron.

Pero por fortuna, para su terror, Bernardo abandonó la bocina de Roldan y tocó la suya.

El sonido del *asta de buey* era ronco, pero franco, alegre, y Bernardo tocaba una sonata de montería.

—¡Ah! si Roldan ha aparecido, dijo Brunequilda, mas cerca está otro hombre ¿quién será? y se acerca á la torre.

En efecto, un grupo informe subía por el repecho.

—¡Deteneos! gritó desde las almenas uno de los hombres de la torre ¿quienes sois?

—Abrid, abrid, buen Garceran, dijo la pura voz de Heriberta, abrid; soy yo y el bravo Bernardo de Saldaña.

Brunequilda dió un grito de alegría, se separó del ajimez, salió del oratorio, y dando voces de que abrieran al momento, se precipitó por las escaleras.

Poco despues la madre y la hija estaban la una en los brazos de la otra, y se bañaban recíprocamente con lágrimas el semblante.

Era la primera vez que la sombría Brunequilda dejaba conocer su amor á su hija.

Habia necesitado para llegar á este punto creerla perdida.

IX.

Algun tiempo despues, Heriberta dormia tranquila en el aposento donde habia trascurrido su infancia, y Brunequilda y Bernardo, encerrados en la gran cámara del hogar, hablaban sentados en anchos sillones, al lado de un alegre fuego.

Nadie podia oirlos.

—Hablad caballero, hablad, dijo Brunequilda, y para hablar tened en cuenta que tengo el corazon fuerte. ¿Por qué no ha venido con mi hija mi esposo.

—Porque no lo ha querido Dios, infanta, dijo Bernardo.

Recordaremos que la altiva Brunequilda, como descendienta del rey godo Witiza, se hacia llamar infanta.

—¿Que no ha querido Dios que vuelva? dijo palideciendo, pero dominando su conmocion Brunequilda.

—Será necesario que espereis á que Dios quiera que vayais á buscarle.

—¿Y á donde Bernardo?

—¡ Al cielo!

—¡ Ha muerto!

—Sí.

Huvo un momento de silencio solemne y terrible.

Los ojos de Brunequilda se llenaron de lágrimas : su corazon se rompió.

Amaba á Diego Perez.

Sin embargo tuvo valor para comprimir su dolor.

—¿ Y cómo ha muerto?

—Vencido por Roldan : cuando llegué , ya era tarde: espiraba: solo he podido salvar á vuestra hija.

—Cúmplase la voluntad del Señor, dijo Brunequilda.

—Pésame el dolor que sentís , dijo Bernardo : pero me ha-

beis preguntado, y yo no he querido de ningun modo engañaros.

—Habeis hecho bien: de la misma manera que habeis sido franco conmigo, yo quiero serlo con vos. La muerte de mi esposo nos deja solas: nuestra hacienda, nuestros vasallos, nuestra casa, no tienen quien los gobierne. ¿Quereis ocupar vos el lugar de ese desgraciado siendo el gefe de la familia?

—Eso no puede ser, señora, dijo Bernardo.

—¿Y por qué?

—Hay razones... causas insuperables.

—¿Acaso que no teneis nombre?... ¿que se ignora quiénes fueron vuestros padres?... os basta con la nobleza que vos mismo os habeis adquirido.

—Debo deciros, señora, que mi nobleza es muy antigua: recordad que me llamo Bernardo de Saldaña.

—No, no exactamente: os llaman Bernardo de Saldaña: es decir, Bernardo el que vive en la torre del conde Alfonso de Saldaña, que tampoco lleva este apellido sino como apadrinado de don Sancho, conde de Saldaña.

—Es señora, que cuando muera don Sancho, yo seré conde de Saldaña.

—¡Cómo!

—Como que soy hijo de don Sancho de Saldaña y de la infanta doña Jimena, hijo legítimo de legítimo matrimonio, y sobrino del rey don Alfonso. ¿Pero para qué entrar en esta disputa en momentos que tan dolorosos son para vos?

—Es que por lo mismo que sufro mucho, queria sufrir menos: es que ya que yo he perdido á mi esposo, quiero dar á mi hija, el último amor que me queda, un esposo; quiero dar á la casa de ese desdichado que ya no existe, un señor, y retirarme á la soledad de un claustro.

Bernardo guardó silencio.

No sabia qué responder.

Brunequilla le miraba con una fijeza extraordinaria.

Hubo un momento de silencio embarazoso, durante el cual Brunequilla tuvo fija su severa y candente mirada en el jóven.

Al fin, obligado Bernardo por aquella mirada que le interrogaba, á romper el silencio, dijo:

—Mi union con Heriberta, que en otras circunstancias hubiera colmado mis deseos, hubiera hecho mi felicidad, es ahora de todo punto imposible.

—¿Imposible decís? dijo Brunequilda como si ignorase el casamiento de Bernardo.

—Sí, señora.

—¿Será que os parezca poco noble ó poco rica mi hija?

—No es eso, señora.

—Vos la amábais.

—La he amado siempre como á una hermana.

—Ella os ama.

—Sentiré mucho que me ame de otro modo que como á un hermano.

—¿Ah! sin duda al saber vos que sois hijo de la infanta doña Jimena, sobrino del rey, infante, creis rebajaros casándoos con mi hija, dijo con sarcasmo Brunequilda.

—No, no señora, no es eso.

—Pues acabad.

—Es que estoy casado.

—¿Casado!

—Si señora.

—Ya lo sabia yo: me lo habian dicho, pero queria oirlo de vuestra boca. ¿Decid, cuándo os habeis casado? ¿dónde? cuando desaparecisteis estábais libre: habeis estado, sin que nadie sepa dondó, perdido mas de un mes.

—He estado en Córdoba, donde me he casado.

—¿Con alguna mora!

—No por cierto, con una cristiana.

—¿Con alguna esclava!

—Con una doncella que pasaba por hija del rey Al-Hhaken, y á quien los vasallos de este llamaban sultana.

—¿Y quien es esa muger?

—Esa dama, mi esposa, es la perdida hija de mi padrino el conde Alfonso de Saldaña: es doña María de Saldaña.

Brunequilla no supo qué responder.

Pero sus ojos abarcaron de una manera terrible á Bernardo.

—¿Comprendeis ahora, por qué no puedo casarme con Heriberta? dijo Bernardo.

—Sí, comprendo que Dios nos lo roba todo; comprendo que como yo tengo que llorar la muerte de mi esposo, mi pobre hija se vé obligada á llorar la muerte de su amor. No importa caballero: puesto que Dios lo ha querido así, mi hija y yo nos resignamos á su voluntad.

—Pero podeis contar con mi amistad, con mi cariño.

—Yo os doy las gracias, infante, por vuestra buena voluntad hácia nosotras, y por el inmenso favor que nos habeis hecho, libertando á mi hija del poder del infame Roldan, vengando con la muerte de este, la muerte desastrada de mi esposo. No olvidaremos jamás vuestros beneficios, y si alguna vez, como es muy posible, necesitamos vuestro amparo, os lo pediremos.

—Y siempre, siempre encontrareis en mí, un hijo y un hermano.

—Gracias, infante Bernardo, gracias: pero como yo estoy transida de dolor y necesito la soledad; como vos debeis ir á tranquilizar con vuestra presencia á la noble dama vuestra esposa, que sin duda os aguarda impaciente, yo os suplico que consintais en que nos separemos.

—Adios, señora, dijo Bernardo dolorosamente herido por el duro acento de Brunequilla.

Y sin decir ni una palabra mas, salió.

X.

Al llegar á la torre de Saldaña, la hermosura y el amor de Otamida, despejaron las nubes que envolvian al jóven.

Alfonso de Saldaña estaba en la córte.

Al día siguiente, él debía ir también.

Necesitaba pedir al rey Alfonso estrecha cuenta, de lo que había hecho con sus padres.

XI.

Antes de partir para la corte Bernardo al día siguiente, se supo una noticia en la torre de Saldaña.

O mas, bien algunas noticias.

El barco en que había hecho tantas expediciones Diego Perez, había sido quemado por sus servidores.

En multitud de acémilas, se habían cargado los tesoros que había acumulado Diego Perez.

Las dos señoras, metidas en una litera y escoltadas por sus servidores y por ballesteros tomados á sueldo, llevando consigo las acémilas, que conducían sus riquezas, se habían puesto en camino.

Nadie sabía á dónde se habían encaminado.

En la torre de Pero Perez, no había quedado una sola persona.

Su puerta había sido clavada, cerradas todas las ventanas, y solo se veía abierta, como una boca maldiciente sobre el mar, la misma misteriosa ventana, por donde Roldan se había arrojado al mar poco tiempo después de haber entregado á las ondas el cuerpo sangriento de Yago Perez.

CAPITULO XV.

De como Bernardo dió un tremendo disgusto, subiéndose á las barbas de su tío el rey don Alfonso el Casto.

I.

BERNARDO habia salido de la torre de Saldaña, con gran pompa y cubierto de galas.

Sobre su toca, que tambien entonces los cristianos como los árabes usaban toca, llevaba una magnífica corona de infante, y tan rica, que las piedras menores que en ella brillaban, eran esmeraldas.

¿De dónde habia sacado Bernardo aquella corona?

Era una de las que guardaba entre sus tesoros su esposa doña María, la hermosísima sultana Otamida, corona que por casualidad tenia una forma casi idéntica á la forma de las ligeras y estrechas coronas de los infantes cristianos.

Acaso la sobraba la pedrería.

Pero esto era una gentileza que podia escusarse en gracia á la belleza de la joya.

Lo demás del traje de Bernardo eran sedas y brocados, brocadós y sedas, tambien de Otamida; y en cuanto á la espada, era una de las buenas compañeras que usaba Bernardo, con la única variacion, de que el armero de la torre de Saldaña, habia puesto á aquella hoja la empuñadura de oro de la espada de Roldan.

Y nada mas justo: era demasiado noble y se habia ganado con harto valor aquella empuñadura.

Cabalgaba el jóven en una mula blanca, cubierta de ricos paramentos de córte.

Pero tan sin armas defensivas como él iba, tan cubiertos de hierro se mostraban los escuderos que habia sacado de la torre de Saldaña, que empuñaban además fuertes lanzas de roble aceradas y barreadas, y cabalgaban en grandes caballos y llevaban en medio la bandera roja de Saldaña.

Delante del jóven iban heraldos y trompeteros.

Las gentes se paraban en el camino para ver pasar á aquel magnate, que por sus galas y acompañamiento parecia un rey.

Todos le conocian y todos se maravillaban.

—¿A dónde irá, decian, de ese modo Bernardo de Saldaña? él era en verdad caballero y conde de la casa del rey, pero nadie sabe quienes fueron sus padres. ¿Por qué llevará corona de infante?

Así, causando la estrañeza de cuantos le veian, Bernardo recorrió el camino, que separaba á la torre de Saldaña de Oviedo.

Pero antes de llegar á esta poblacion, vió venir una cabalgata, y cuando hubo llegado á ella, conoció que quien venia era el conde Alfonso, su protector, el padre de su esposa.

II.

Detuviéronse entrambos al reconocerse.

El conde miró con estrañeza el atavío y el aparato con que marchaba Bernardo.

Y como hubiese cerca una venta, que la invencion de las ventas es muy antigua, y créese que el primer ventero fué el diablo, el conde se apartó con Bernardo hácia la venta.

Asombrado el ventero al ver tan ilustres huéspedes en su casa, les facilitó, caperuzas en mano y sin atreverse á hablar de miedo y de respeto, la habitacion menos mala, y cuando el conde y Bernardo quedaron solos, se entabló el diálogo siguiente.

III.

—¿A dónde vas, hijo mio? dijo Alfonso: ¿ qué corona es esa que rodea tu cabeza?

—La que me corresponde por ser hijo de quien soy , respondió Bernardo.

—¿ Hijo de quien eres! ¿ pues qué, sabes tú quienes fueron tus padres?

—Me ha revelado su nombre Diego Perez.

—¿ Diego Perez! ¿pues qué le has encontrado?

—Sí: moribundo en la guarida de Roldan.

—¿ Como! ¿has conseguido descubrir la guarida de ese monstruo?

—Dios me ha llevado á ella.

—¿Y has salvado á Diego Perez y á Heriberta?

—A Heriberta, sí: á Diego Perez, no: cuando llegué moria de las heridas que le habia causado Roldan. Allá le dejo sepultado en la montaña.

—¿Y Roldan?

—Allá queda sepultado tambien: la empuñadura de su espada brilla sobre la hoja de la mia.

—¡Oh hijo mio! ¡hijo mio! y cuán orgulloso estoy de que mi sangre se haya unido á la tuya por medio de mi hija, ¡cuánta felicidad te debo! pero tus padres, ¿quiénes son tus padres?

—Mi madre ha muerto desesperada en el monasterio de Oña: mi padre vive sepultado, ciego, en el castillo de Luna.

—¡Pero sus nombres!

—Mi padre se llama Sancho de Saldaña, y su esposa, mi madre, la infanta doña Jimena.

—¡Ah! exclamó Alfonso, y vas...

—A pedir cuenta de sus crímenes al rey, mi tio.

Quedóse profundamente pensativo el conde.

—El rey proyecta algo acerca de tí, dijo al fin: apenas llegué á Oviedo me presenté á él, y al verme me dijo:

—¿Viene contigo Bernardo, conde?

—No señor, le respondí: yo vengo en su lugar.

Nublóse el semblante del rey, que replicó:

—No es á tí á quien necesito, sino á él: vete en el momento conde, vete, y no vuelvas, si no vuelves con Bernardo.

—Pues volvamos, padre, volvamos y no perdamos un solo instante, que la impaciencia me devora.

El conde y Bernardo salieron de la venta, y cabalgando tomaron de nuevo la via, harto de prisa y aquella noche entraron en Oviedo.

IV.

Bernardo se hizo anunciar inmediatamente al rey.

El rey no hizo esperar á Bernardo.

Don Alfonso era ya un hombre viejo, no tanto por los años, como por los cuidados: su cabellera cana caía en largos mechones á los lados de su rostro pálido, y su barba blanca y larga, casi le cubría el pecho.

Sus ojos azules, originariamente godos, habían perdido su color y su fuerza con la edad, y reflejaban el cansancio y la pena.

Había momentos en que, el que hubiese visto la mirada mate, apenada y profunda del rey, hubiera creído ver en ella el remordimiento.

Pero siempre que este pasaba por la mirada de Alfonso el Casto, estaba solo.

Algo hubiera podido decir, á tener voz, el ángulo del muro contra el cual se apoyaba el lecho real.

Porque los insomnios del rey eran terribles.

Y el silencio de la noche en aquella cámara sombría...

Porque era muy sombrío el lugar donde el rey recibió á su sobrino.

Era un estenso espacio embaldosado con grandes losas de mármol blanco, sobre las cuales, á pesar del frío de la estación, no había estera ni alfombra; únicamente una enorme piel de oso á los pies del lecho: los muros de aquella cámara estaban cubiertos de un cuero de color oscuro hasta las altas cornisas bizantinas y desde allí la bóveda estaba pintada de azul, con grandes estrellas doradas: algunos arneses, como se usaban en aquella época, sencillos y rudos, estaban colgados acá y allá entre espadas y hachas de armas: un estante alambrado, con

gruesos infólios, se veía allá, en un ángulo: por último, junto á un ajimez cerrado se veía una mesa cargada de pergaminos, con un enorme tintero y una lámpara de hierro con tres luces: detrás de la mesa había un enorme sillón de alto respaldo con un doselete, entre cuyas labores se veía un escudo rojo y en su centro un leon rampante de oro.

V.

Cuando entró Bernardo, el rey escribía y siguió escribiendo sin mirar.

—Guárdeos el cielo, señor, dijo Bernardo con voz ronca, porque sabedor del secreto de su nacimiento, veía en el rey al implacable verdugo de sus padres.

—¿Dónde has estado durante un mes? dijo severamente el rey, sin levantar los ojos del pergamino: ¿á dónde has ido sin licencia mia?

—Me ha llevado el destino á Córdoba.

—¡A Córdoba! dijo el rey sin cesar de escribir, ¿y qué tenías tú que hacer en Córdoba?

—Me ha llevado la mano de Dios.

—En cambio aquí te hemos echado de menos. Los árabes nos talan la frontera por la parte del Carpio: ya vés que esto te interesa: el Carpio es tu señorío: yo te lo dí: de él has tomado nombre.

—Despues que yo lo gané.

—Porque lo ganaste bravamente te lo dí: pero pude haberme quedado con él: es necesario, pues, que vayas á escarmantar á los árabes y evitar que te tomen tu buena y fuerte villa.

—Si me la toman, la volveré á ganar.

—Paréceme que me hablas hoy como nunca, dijo don Alfonso levantando la vista de sobre el pergamino en que escribía.

Hirieronle entonces en los ojos los destellos de los diamantes que brillaban heridos por la luz en la corona de Bernardo.

El rey se levantó lentamente apoyándose con fuerza en los brazos de su sillón; luego rodeó la mesa, adelantó y quedó de pie en medio contemplando severamente á Bernardo, que fijaba en él sus grandes y ardientes ojos con una espresion terrible.

Levantó el rey su brazo y señaló con un dedo inflexible la corona que ceñia Bernardo.

—¿Qué es eso, dijo, que veo sobre tu cabeza?

—Mi corona de infante, contestó roncamente Bernardo.

Estremecióse Alfonso el Casto, pero dominando su presentimiento, dijo con voz dura y sarcástica.

—¿Has ganado esa corona en Córdoba? porque me parece por sus labores obra de árabes.

—He ganado esta corona al nacer, dijo Bernardo, cuya voz era á cada respuesta mas profunda y acentuada.

Volvió á estremecerse y de una manera mas poderosa el rey.

—¿Que has ganado al nacer esa corona! dijo el rey soltando una á una y profundamente marcadas sus palabras.

—Sí, señor, dijo Bernardo: bien lo sabeis.

—¿Y qué sé yo?

—Sabeis que soy vuestro sobrino, hijo del casamiento legítimo de vuestra hermana, la infanta doña Jimena, con el conde de Saldaña, don Sancho Diaz.

Pasó algo terrible por el semblante del rey.

Miró con espanto á Bernardo, tembló todo y retrocedió un paso.

Pero rehaciéndose, deshizo el paso que habia dado atrás, adelantó y asió vigorosamente una mano del jóven.

Bernardo no opuso resistencia.

La mano del rey temblaba de una manera poderosa.

Sus ojos parecian haber aumentado su color y su fuerza.

Brillaba en ellos el fuego sombrío de la cólera.

—¡Mi hermana! ¡Sancho de Saldaña! ¡tú! exclamó con

voz cavernosa ¿quién es el traidor que te ha revelado el secreto?

—Está fuera del alcance de vuestra cólera, tío y señor, porque...ha muerto.

—¿Su nombre!

—¿Diego Perez!

—¿Sabes, dijo don Alfonso sin soltar la mano de Bernardo, que puedo encerrarte, como encerré á tu padre?

—No, dijo secamente Bernardo.

—¿No! ¿y quién puede impedirlo?

—Mis valientes que he dejado fuera, y mi brazo y mi espada dentro, dijo el jóven desembarazándose de la mano del rey, y tomando distancia.

—¿Ah! ¡te me rebelas! exclamó el rey rugiente: ¡digno hijo de un padre traidor!

—¿Mientes, don Alfonso! exclamó Bernardo.

El rey creía un sueño lo que estaba sucediendo: creía ser un rey bastante fuerte, para que nadie se atreviese á arrojarle un mentís á la cara.

Aquel mentís le hizo poner mano á la empuñadura de su espada.

Pero instintivamente la separó.

La prudencia dominó á la cólera.

O acaso la inalterable mirada de Bernardo, le dominaba.

—Tú estás loco, le dijo; tú no piensas en lo que dices, y sería yo tan loco como tú, si hiciese aprecio de tus palabras.

—Pues salen de mi corazon y de mi cabeza á un tiempo, rey don Alfonso, dijo Bernardo.

—¿Que yo miento! ¡puedes atreverte!...

—Yo me atrevo siempre á decir la verdad.

—¿Esa no es la verdad! es la traicion y el desacato.

—Sí es la verdad: mentís llamando á mi padre traidor.

—Se atrevió á mi hermana.

—Era su esposa.

—Se casó con ella sorprendiéndome.

—Porque vos jamás hubiérais consentido en el casamiento.

—No, nunca hubiera consentido en el casamiento de una hermana mia con un vasallo.

—El conde de Saldaña, por su linage, por su valor y por sus proezas, vale tanto como un rey... pero es inútil que disputemos acerca de esto; vos no hubierais consentido jamás que mi madre se casase, aunque os la hubiera pedido el emperador Carlo-Magno.

Palideció el rey.

—Dicen, prosiguió Bernardo, porque el vulgo todo lo adivina, dicen que vuestra castidad es mentira: dicen que vuestra castidad es uno de esos pecados que hacen estremecer á un hombre aun despues de muerto... dicen...

—¡Mientes! exclamó pálido y tembloroso el rey.

—Dicen que amábais á mi madre.

—¡Bernardo!

—Que por eso vuestra crueldad no conoció límites con ella, al verla esposa de otro... dicen que ejerciendo una horrible venganza contra el afortunado, no os satisfacísteis con matarle, sino que le condenásteis á una muerte horrible, hasta sepultarle en un calabozo, y que no bastándoos la oscuridad de aquella tumba de un vivo, mandásteis quemar los ojos á mi padre.

—¡Era traidor!

—Era esposo de mi madre.

—Yo castigué á los culpables, pero no al inocente: yo te hice criar: yo te he tenido en mi palacio: yo te he dado el padrinazgo de un buen caballero.

—Y habeis criado al leon, para que os despedace.

—¡Te declaras mi enemigo!

—Mi madre ha muerto desesperada en el monasterio de Oña.

—Dios solo tiene derecho á pedirme cuentas de tu madre.

—Y yo que soy su hijo: sin embargo mi padre vive aun: vive en el castillo de Luna: dádmelo, volvedle la libertad, y os perdono: aun podré servirlos: aun podré ver en vos á mi rey.

—Es decir, que si no te entrego tu padre...

—Levanto mi bandera: me voy al Carpio: os retiro mi pleito homenaje, y os declaro mi enemigo.

—¡Ay de tí, si al Carpio vas! dijo don Alfonso.

—¡Ay de vos, si al Carpio voy! dijo Bernardo.

—Esto es ya demasiado, dijo don Alfonso: ¿quién es aquí el rey? ¿quién manda y quién obedece?

—La justicia está sobre todo, mi noble tío, contestó con entereza Bernardo: la justicia, y quien dice la justicia, dice Dios, porque Dios es la justicia eterna. ¿Qué culpa habian cometido mis padres? amarse acaso ¿quién puede llamar culpa al amor? Hijo de Dios, viene sin que le busquemos, manda y no hay poder bastante para resistir á su mandato: no, mis padres no fueron culpables por amarse: Dios quiso que se conocieran, Dios quiso que se uniesen ¿fueron criminales por haberse unido? La religion santificó su enlace. ¿Cometieron un delito ocultandoos su casamiento? No. Vos no hubiérais consentido jamás.

—¡Jamás! gritó el rey.

---¡Es verdad, don Alfonso... el Casto! amábais á mi madre.

---La amaba y debia amarla: era mi hermana.

---No, no amábais á la muger que habia recibido la vida de las mismas entrañas en que vos la recibísteis. No: amábais á la muger hermosa: amábais á la hermosísima doncella, que inflamaba vuestro corazon con un amor horrible, tan horrible, que os hacia odiosa toda otra muger que no fuera mi madre.

---¡Oh poder de Dios, exclamó el rey, que no sé como te escucho! ¿como tienes aun aliento para ofenderme de ese modo?

---¡Sentís miedo!

---¡Miedo! ¡miedo yo! gritó fuera de sí el rey: ¡miedo de tí!

---Me habeis visto revolverme solo entre el tumulto de los enemigos: me habeis visto llevar mi caballo sobre cadáveres agarenos dejando tras mi un rastro de sangrienta carne despedazada. Sabeis que la fuerza seria inútil, que mi espada romperia el círculo de muerte en que quisieran encerrarme. Sabeis cuán peligroso es ponerse en medio de mi camino, y dicho sea esto sin vanagloria. Yo no he empleado nunca la fuerza y el aliento que Dios me ha dado, sino para servir á Dios, al rey y á la patria;

yo jamás he dejado de proteger y amparar al débil y al menesteroso, ni jamás he sido soberbio, ni he oprimido al desdichado. Vos lo sabeis bien.

---Y porque lo sé te he premiado: conde de mi casa eres, Bernardo del Carpio te llamas.

---Pero soy mas que conde de la casa del rey: soy infante: yo soy mas que Bernardo del Carpio: soy Bernardo Sanchez conde de Saldaña: porque soy hijo de Sancho Diaz de Saldaña, de doña Jimena de Castilla y vuestro sobrino. Y me importa poco todo esto: á mí me basta con el nombre que he adquirido á lanzadas, soy humilde, las grandezas no me deslumbran: si ciño esta corona de infante, si reclamo mi nombre legítimo, no es por orgullo; es que esta corona sobre mi cabeza, es que el apellido de Saldaña, vuelve por la honra de mi infeliz madre y por la inocencia de mi padre infortunado; es que es necesario que la culpa caiga sobre el culpable delante del mundo, como ha caído delante de Dios: y el culpable lo sois vos, tio y señor, vos que habeis cometido el delito mas horrendo que puede cometer un rey, imágen de Dios sobre la tierra: el delito de la injusticia y yo soy la mano de Dios, y como la mano de Dios, fuerte é inevitable.

El rey perdía rápidamente su entereza: Bernardo le dominaba: Bernardo representaba su remordimiento: el remordimiento implacable, frio, tenaz, que crecía á medida que los años del rey aumentaban, como el moho aumenta sobre una espada á medida que pasa el tiempo y la roe hasta que al cabo la reduce á polvo: porque el remordimiento es el moho del alma.

Y Alfonso el Casto sentenciando á su hermana y al conde de Saldaña, habia cedido débilmente á pasiones impuras; habia sido escésivamente cruel, con esa crueldad horrible que no permite reparación: el remordimiento habia sobrevenido, y el rey para combatir su remordimiento, habia procurado fingirse, aunque en vano, que obrando del modo que habia obrado con su hermana y el conde de Saldaña, habia obrado en justicia.

Habia, pues, cerrado tenazmente los ojos á su crimen: pero

su crimen convertido en un fantasma vengador, le abría los ojos con sus implacables manos de hierro, y se ponía delante de él, atormentándole, torturándole, acusándole, irritándole: por último el remordimiento había tomado la figura y la voz de Bernardo del Carpio, y el rey temblaba al fin.

Sin embargo, aun se defendía.

---Tus padres fueron traidores, exclamó: me sorprendieron, escarnecieron mi autoridad: la primera noticia que tuve de su delito, fué tu nacimiento.

---Castigaraislos en buen hora, pero con un castigo proporcionado á la falta: si mi madre hubiera cometido la bajeza de unirse á un villano, á un miserable, á un felon; si hubiera deshonrado vuestra regia estirpe, por duro, por terrible que hubiera sido el castigo, yo no me hubiera quejado: ¿pero qué visteis vos en mi padre que os hiciera tener por deshonrosa su union con vuestra hermana? ¿no era un caballero sin tacha? ¿su linage, no era tan alto y tan resplandeciente como el vuestra? ¿no habia vertido su sangre por Dios, por vos y por la patria como la ha vertido su hijo? ¿qué podeis contestar que justo sea cuando os pido cuenta de lo que habeis hecho con mis padres?

---Que era su rey y su señor como lo soy tuyo, dijo el rey.

---Esa contestacion cuando se trata de crímenes, no es la contestacion de un cristiano y de un caballero: es la respuesta de un tirano.

---¡Sal de aquí! ¡sal de mis palacios y de mis tierras! y da gracias á Dios de que eres mi sobrino, dijo el rey, que no sabia ya que contestar á Bernardo.

---¿Es decir, que no me dareis mi padre?

---No.

---¿Que me obligareis á levantar contra vos mi bandera?

---Infante don Bernardo de Saldaña, eso no pasará de ser una deslealtad á que contestaré, enviándoos mi verdugo.

---Lo veremos.

---Lo veremos.

Y sin decir ni una palabra mas, Bernardo salió con el corazon desgarrado, dejando lleno de terror el corazon del rey.

CAPITULO XVI.

De como su esposa la reina doña Berta dió otro disgusto al rey Casto.

I.

BERNARDO se fué á consolar con su padrino, Alfonso de Saldaña, con el cual despues de salir de palacio, se encontró en un casaron de Oviedo.

—Y bien, por tu semblante veo que tu entrevista con el rey no ha tenido el resultado que tú esperabas, dijo el conde Alfonso.

—No habia yo esperado mucho del rey en este asunto, dijo roncamente Bernardo, pero peor para su señoría.

—¿Qué piensas hacer, hijo mio? dijo Alfonso de Saldaña.

—Ya lo he dicho al rey; si no me da mi padre, negarle pleito homenaje, desnaturalizarme de estos reinos, levantar ban-

dera contra Don Alfonso y obligarle á que me dé por temor, lo que no quiere darme por justicia.

—Tú lo pensarás, Bernardo, hijo mio.

—Lo he pensado ya.

—No: no lo has pensado: al hacer la guerra al rey, la harás á tu patria. Tú no sabes lo que es volver las armas contra la patria, para el que tiene fé en el corazon.

—Primero es mi padre.

—Yo dije tambien un dia: primero es mi amor: era un asunto mio, como la libertad de tu padre es un asunto tuyo. Para conseguir mi amor, me ví obligado á enlazarme con los enemigos de mi patria, á renegar de ella. Para conseguir tu venganza te verás obligado á verter sangre de tus hermanos: y entonces, cuando en el combate encuentres frente á tí, á tus amigos, á tus hermanos de la infancia, cada golpe que des, estremecerá tu corazon.

—Todo eso lo he pensado en un solo momento y sin embargo no he vacilado en declarar al rey la guerra ¡la patria! la patria es la familia; aquel lugar donde nuestra familia está sentenciada á un martirio injusto, no es nuestra patria: los hombres que toleran y sostienen las injusticias del tirano, no son vuestros amigos, no son vuestros hermanos. ¿Qué patria tiene mi padre, mi infeliz padre, encerrado en un calabozo cuantos años tengo yo de vida, ciego, desesperado, maldiciendo tal vez á su hijo, que no vuela á libertarle? ¿Decidme, qué patria tuvo mi madre, sepultada en un monasterio sombrío, donde ha muerto sin conocer á su hijo? No: esta no es mi patria: yo no la conozco: no puedo reconocerla: si yo saliese gritando, mi padre está injusta y cruelmente castigado por el rey: ayudadme: los buenos asturianos, gallegos y leoneses, se encogerian de hombros, y cuando mas me dirian: compóntelas como puedas con el rey: esos son asuntos tuyos. Pues bien, yo me he escusado de que me lo digan y he acometido de frente á quien debe acometer, el rey se ha negado á mi demanda, y el rey es mi enemigo.

—Una primera tentativa, no es bastante motivo para tomar una resolucion tan grande como la tuya. Insiste, ruega.

—Yo no pediré jamás con ruego humilde lo que me corresponde de justicia.

—Tu peticion ha sido acaso demasiado altiva.

—La justicia siempre pide con altivez.

—Es necesario elegir lo mas conveniente.

—Cuando se trata de mi derecho, lo que encuentro mas conveniente, es pedirlo con energía.

—Has irritado al rey.

—Pues pienso irritarle mas.

—Perdóname si creo que llevas demasiado adelante tu razon.

—Nunca la razon va demasiado lejos.

—Tal vez, te lo repito, en una segunda entrevista...

—Yo no volveré á hablar mas al rey de este asunto: bastante he hecho con hablar una vez. Obraré.

—Serás rebelde.

—En buen hora.

—¿Y si no fueses tú quien hablase?

—Yo no puedo impedir que vos os vayais á hablar de esto al rey, pero me displaceria.

—No seré yo quien hable: soy demasiado allegado á tí, hijo mio, para que el hablar yo al rey no fuese lo mismo que si hablas tú: le hablará la reina.

—¡La reina!

—Sí, la reina Berta, la esposa virgen del rey Casto.

—¡El rey Casto!

—Respetemos el fondo del alma, Bernardo: dentro de la conciencia de los hombres, solo debe entrar Dios.

—Los hombres á veces son la mano de Dios, que desenmascara á los hipócritas.

—Lo que importa, hijo mio, ya que nada puedes hacer por tu madre, es salvar su fama: que el rey te reconozca su sobrino, hijo del casamiento legitimo de su hermana con el conde de Saldaña; que tu padre sea puesto en libertad y honrado por el rey: es esto tan sagrado, tan necesario, que toda paciencia, que todo sacrificio, es poco para conseguirlo. Hablaré á la reina.

—El rey se negará á la demanda de la reina.

—Acaso no.

—El rey se negará.

—Pues bien, es necesario probarlo,

—Probadlo en buen hora: pero si se niega...

—Entonces no serás tú solo quien retire su pleito homenaje al rey don Alfonso, hijo mio: no será tu bandera sola la que se vuelva contra él.

—Yo solo seré ; vive Dios! exclamó Bernardo: yo solo con mi estandarte y mis buenos soldados; que no ha de decir nadie que yo busqué arrimo, para sacar á mi padre.

—Aun no ha llegado el caso de salir al campo y tender los estandartes al viento. Apelemos antes á los buenos medios. Y cómo es inútil hablar mas por ahora de esto, recojámonos al lecho, que ya es tarde, y mañana Dios dirá.

11.

La reina Berta, la esposa virgen del rey Casto, como habia dicho Alfonso de Saldaña, era una matrona de cuarenta años alta, flaca, de semblante angular y duro.

A nada se parecia mas que á una de esas estátuas góticas que parecen replegarse entre los junquillos de una pilastra bajo las ojivas de una catedral, con su larga túnica de severa plegadura, su demacrado busto, en que el escultor ha petrificado la ágría espresion del ascetismo y en cuyas manos ha puesto la palma del martirio.

Sin embargo, si retrocedemos veinticinco años, á la época en que teniendo quince la infanta Berta, fué á Oviedo noblemente acompañada, á casarse con don Alfonso, encontraríamos una hermosísima doncella, en cuyos ojos azules se veia la felicidad, y cuyos cabellos de oro, partidos en anchas trenzas, parecian destinados á ser lazos de amor.

Berta era inocente y pura.

Alfonso jóven y gallardo.

Berta amó al rey.

Pero el rey apenas estuvieron desposados la dijo:

—Señora, he consagrado mi castidad á Dios: yo no puedo ser mas que vuestro hermano.

Desde entonces la jóven perdió su alegría, empezaron á palidecer y á enflaquecer sus mejillas: empezó á trocarse, en fin, en la ágría estatua gótica conque la hemos comparado.

La habian unido á un cadáver, que la habia impuesto una virtud dolorosa, para la que no habia nacido predispuesta.

Berta, sin embargo, cumplió rígidamente, como convenia á su linaje y á sus creencias, con la virtud que se la habia impuesto.

No amó á nadie: ni aun á su esposo, á quien habia amado.

La falta de la ternura conyugal y de ese santo y sublime afecto, que se llama amor de madre, esterilizado en ella por la castidad del rey, habian hecho su carácter duro, seco é intransigible como el de una monja arrastrada contra su vocacion al claustro.

Y habia otra cosa que agriaba el carácter de la reina.

La conviccion de que el rey la despreciaba, ó mas bien de que no reparaba en ella, de que su hermosura y su pureza, no eran bastantes á vencer otra pasion contrariada del rey.

Porque Berta no creia en la castidad de su esposo.

Por el contrario, sabia á qué atenerse respecto á la irascibilidad del rey, á su descontento de todo, á su constante anhelo de entrar en batalla: á su silencio sombrío, á su malestar, á su lucha rugiente y sorda, que se revelaba en su exagerada movilidad, en lo feroz de sus miradas, en lo ronco y escaso de sus palabras.

Berta observó y observó con la poderosa fuerza de los celos y del despecho de verse pospuesta á otra muger, y no tardó en comprender que la muger á quien amaba don Alfonso, era su hermana doña Jimena.

Amor comprimido, guardado como un remordimiento, co-

mo un suplicio, en el corazón del rey: amor que don Alfonso creía ocultar entre Dios, que todo lo vé, y él, que lo sufría con el valor de un héroe, sin quejarse, sin buscar un consuelo en la expresión de dolor, donde ojos ú oídos humanos pudiesen haberle visto ú oído: pero amor que algunos de los cortesanos allegados adivinaban y del que no tenía duda alguna la reina.

Cuando sucedió la tragedia de la venganza del rey sobre Jimena y el conde del Saldaña, por su casamiento, entonces los que habían creído adivinar, no tuvieron duda alguna, y si alguna duda hubiera tenido la reina Berta, la crueldad feroz, indecible, con que el rey castigó á los infortunados esposos, se la hubiera desvanecido.

La reina, sin embargo, guardó un profundo silencio: fuese por altivez ó por pudor, jamás Berta dijo una sola palabra á Alfonso el Casto, que sonase á queja; y así habían pasado por ella veinticinco años.

Nada tenía, pues, de estraña su severidad: su palidez, su carácter atraviliario y duro tenían una razón de ser: el martirio.

Berta, sin embargo, no había dejado escapar de su corazón ni una sola queja.

III.

Al día siguiente acababa el rey de hacer su frugal almuerzo de costumbre, cuando uno de sus servidores le anunció que la reina Berta pedía encarecidamente la concediese la merced de hablarle á solas.

Nunca, en los veinticinco años de su matrimonio, la reina había tenido necesidad de hablar á solas con el rey.

Comprendió que se trataba de un asunto importante, y adivinó que aquel asunto debía referirse á Bernardo del Carpio.

Este asunto le preocupaba demasiado y se apresuró á mandar al servidor, dijese á la reina, que la concedia lo que deseaba.

Un momento despues la reina Berta, sencillamente vestida con una túnica de lana blanca, y una toca de lino sobre los cabellos rubios y abundantes aun, estaba delante de Alfonso el Casto, que no estaba mas ricamente vestido.

IV.

El rey puso un sillón junto á la chimenea á su esposa, se sentó frente á ella y despues de haberla preguntado cortés, pero friamente por la salud, se puso á arreglar en silencio los tizones del hogar.

La reina miraba con una sombría fijeza al rey y callaba.

El silencio duró algunos minutos.

Aquella situacion era sumamente embarazosa y la reina la rompió preguntando al rey:

—¿No os estraña el que yo haya pretendido hablaros, señor, cuando nunca, al parecer al menos, lo he necesitado?

Alzó el rey la cabeza y miró á la reina.

En los ojos de esta habia señales de recientes lágrimas.

Esto era de maravillar, porque todos creian que las lágrimas no se encontraban en el corazón de la reina.

Alfonso el Casto se asombró.

—Nada me estraña de lo que haceis, señora, dijo el rey, porque podeis hacerlo: si antes no lo habeis hecho, vuestro gusto ha sido; pero me parece que habeis llorado.

—Si por cierto, señor, y eso que yo creia que no tenia ya lágrimas: que las habia vertido todas en mi juventud.

Era el primer reproche que la reina hacia al rey, y don Alfonso frunció el cano entrecejo.

—No vengo ciertamente á hablaros de mí, dijo Berta: hace

mucho tiempo que os he perdonado... sin decíroslo: vengo por cuenta de otros: ¿no adivináis cuáles puedan ser esos asuntos?

—Confieso que no, señora.

—¿No habeis tenido recientemente un disgusto?

—Los tengo todos los dias, porque el reinar no dá mas que sinsabores.

—Hablo yo de un disgusto grande con un cercano pariente vuestro.

—¿Y qué pariente es ese? dijo con estrañeza el rey.

—Vuestro sobrino el infante Bernardo Sanchez.

—¡Ah! dijo el rey: ¿conque el terrible Bernardo... del Carpio ha puesto por obra sus tremendas fanfarronadas, poniendo por intercesora á mi esposa?

—Bernardo no me ha hablado, señor: quien me ha hablado es un vasallo leal, que todo lo teme: que vé decidido, completamente decidido á Bernardo de Saldaña, á trataros como á su enemigo mortal: que nada ha podido acatar de él, y ha venido á buscarme á mí.

—¡Y vos habeis llorado creyéndome en peligro! dijo con sarcasmo el rey.

—No: he llorado por la desventura de Bernardo: porque vos habeis nacido para hacer seres desventurados.

—Noble señora y amada esposa, dijo el rey despues de algunos momentos de un silencio demasiado elocuente, hace mas de veinticinco años que, cediendo á los deseos de mis reinos, os tomé por esposa: mis reinos querian un sucesor mio: esto no podia ser: yo habia levantado mi alma á Dios: nada me importaba sobre la tierra mas que el sevicio de Dios: puesto sobre el trono de Asturias, de Leon y de Galicia, teniendo á mis puertas á los infieles enemigos de Cristo, mi deber era ensanchar aquellas estrechas fronteras, disminuyendo dominios poblados por gentes idólatras y descreidos: impulsábame y me impulsa aun el amor de la patria, de esta patria desventurada, empobrecida, amenazada siempre por el hierro y el fuego de los enemigos: yo nunca he vivido para mí: pero lo repito, mis reinos querian un heredero mio: conocian mi castidad, pero se dijeron:

unámosle á una muger jóven, pura, hermosa... pongámosle la tentacion delante: y mis magnates y los obispos de mis reinos pronunciaron vuestro nombre como una esperanza: yo cedí y fuisteis mi esposa. Pero acordaos Berta: antes de unirme á vos os dije obrando como caballero: tened en cuenta, señora, que en mí no tendreis amante, sino amigo: que no podeis hallar el marido, sino el hermano: ¿os acordais de vuestra respuesta?

—Os contesté como debia contestar una doncella amante de su recato, cuidadora de su honra: os acepté como amigo, como hermano.

—Mas aun: aceptásteis con placer mi proposicion.

—Porque no os amaba.

—Amábais, pues, á otro.

—¿Si yo hubiera amado á otro, me hubiera unido á vos?

—Vuestro padre...

—Nunca pretendió ser mi tirano.

—¿Es decir, que aceptásteis porque tambien vuestra vocacion os hacia hermosa la castidad?

—No: cuando yo me uní á vos, era una niña: mi alma dormia: ni aun adivinaba el amor: pero despues...

—¿Habeis amado?

—¡Sí!

—¿Y á quién?

—¡Á quién! me habeis comprendido mal, don Alfonso: yo no he amado á nadie, ni á vos, ni á otro.

—No os comprendo, pues: me habeis dicho que habeis amado.

—He tenido necesidad de amar, y esto es amar: he acariciado dentro de mí misma á un ser soñado, á un ser que no existia, ni existe, ni existirá: he amado sin amor: me he desvelado por él, he vivido con él, he sufrido por él, he empalidecido, he enflaquecido, me he hecho vieja, devorada por esta sed que no me era permitido calmar: he amado los hijos que podia haber tenido y que vos me habeis robado cruelmente...cruelmente si, porque es una crueldad robar á una muger el afecto mas noble,

mas santo, mas grande, mas profundo, mas ardiente, mas puro, que Dios ha puesto en el corazon de la muger: he llevado una vida en la que no he podido vivir: he sido en fin una víctima sacrificada por vos, y por eso os he dicho, don Alfonso, que vos no existís, no habeis existido sino para hacer criaturas desventuradas.

—Acabad, acabad de una vez, señora, y sepamos por último cuál es el objeto de esta estraña conversacion vuestra conmigo.

—Bernardo del Carpio, vuestro sobrino, os pide su padre: si se lo negais os declara la guerra: merece tomarse su peticion en cuenta, y seria insensato despreciar la amenaza. Bernardo es un héroe y la justicia está de su parte: el pueblo le adora: su solo nombre le llena de entusiasmo: cuando vuestros vasallos sepan que Bernardo se vuelve contra vos porque os negais á dar libertad á un noble, á un buen caballero que no ha cometido otro crimen que amar á vuestra pobre hermana, ser amado de ella, y haber llegado á ser su esposo, vuestros vasallos se pondrán á su lado, porque los pueblos generosos y nobles se ponen siempre al lado del infortunio contra todas las tiranías: tendreis en vuestros reinos bandos civiles, y acaso la corona que ciñe vuestra cabeza, vaya á ceñir la de Bernardo: ¿os habeis olvidado de que vuestro padre fué el matador de su hermano?

—Mis reinos no oirán, ni el infortunio de Bernardo, ni mi injusticia. Yo obré como debia: Sancho de Saldaña sedujo á mi hermana, cometió delito de traicion casándose con ella contra mi voluntad... se introdujo por amaño en mi familia.

—¿Podeis llamar desigual el casamiento de Jimena con el conde de Saldaña?

—No.

—Entonces, aquel casamiento no tenia para vos verguenza.

—Se hizo contra mi voluntad.

—Vuestra voluntad era tiránica.

—Yo era su rey y su hermano mayor.

—Vos érais un hombre ciego, arrastrado por vuestro pecado.

—¡Por mi pecado!

—¡Si, por vuestro amor incestuoso! he aquí el secreto de vuestra castidad.

—¡Vos tambien señora!... exclamó irritado el rey.

—¡Yo y vuestros nobles! y el pueblo todo... todos saben la causa de vuestro aislamiento, de vuestra ferocidad, de la cólera con que os arrojaís continuamente contra los árabes. La vida os es enojosa: vuestro disgusto necesita algo en qué embotarse y no encuentra nada mejor que lamatanza y el estrago: vos creéis que nadie lee en vuestra alma y os engañáis: vuestra alma está á la vista de todo el mundo.

—¡Mentira! gritó el rey: los ambiciosos, los enemigos de todo freno, los traidores, son los únicos que pueden inventar tales calumnias: solo una muger ignorante de todo, como vos, puede creerlas.

—¡Calumnias! ¿qué ha sido de doña Jimena? ¿qué es de Sancho de Saldaña? ¿cuál es mi suerte? Si solo amáseis á vuestra hermana con un amor desesperado, indulgencia necesita el corazón á quien las pasiones envenenan: lástima inspiraríais, don Alfonso: pero encerrando á vuestra hermana en un convento, sepultando en un calabozo al conde de Saldaña y cegándole, uniéndome á vos para labrar mi desventura, habeis cometido tres crímenes. Y los crímenes no tienen disculpa ni ante Dios ni ante los hombres; los crímenes si no les alcanza el castigo de los hombres, nunca se libran del castigo de Dios.

—He criado á Bernardo, he cuidado de él: le he mirado como á mi hijo, exclamó completamente aturdido el rey ante la fria serenidad de la reina Berta.

—Porque la Providencia ha querido que vos mismo alenteis la mano vengadora que al fin se levanta contra vos.

—Me obligareis á ser duro con vos.

—Me importa poco: si ejerceis conmigo un acto de tiranía, habreis provocado con un delito mas una severa venganza ¿O es que como habeis pretendido engañar á los hombres, pretendéis tambien engañar á Dios?

—¡Oh! mi castigo contra ese loco mancebo, que ha levan-

tado la tempestad en el seno mismo de mi familia, será terrible.

—Cuidad de que una imprudencia vuestra no sea la primera chispa que encienda la guerra civil.

—¡La guerra civil!

—Inminente, precisa: Bernardo es muy querido de vuestros vasallos, y sobre todo, tiene razon: su infortunio es uno de esos infortunios que conmueven al corazon mas duro.

—Que me pida gracias, mercedes.

—Solo quiere una declaracion de la inocencia de su padre.

—Le casaré con la doncella mas hermosa, mas rica, mas deseada, que haya en los reinos de la cristiandad.

—Bernardo no venderá á su padre por una muger: además, Bernardo no puede casarse porque está casado.

—¡Casado! ¿y con licencia de quién?

—Con licencia de su voluntad: despues que le habeis robado padres, nombre, señorío, ¿quereis tambien robarle su voluntad?

—¿Pero con quién se ha casado?

—Con una hija de aquel árabe convertido, á quien apadrinó vuestro cuñado, el conde de Saldaña.

—¡Alfonso de Saldaña! pero si la única hija que habian tenido Alfonso y su esposa la habian perdido.

—Ha sido una providencia de Dios, Bernardo la ha encontrado: al encontrarse se han amado.

—¿Es decir, que todos mis proyectos se desvanecen?

—Dios está sobre los propósitos de los hombres.

—¡Juro á mi sobrino hacerle comprender hasta qué punto es peligroso burlarse mí!

—Vuelvo á aconsejaros que nada intenteis contra vuestro sobrino, porque podría costaros mucho.

—¿En fin, qué creéis que debo hacer?

—Entregarle su padre, declarar su legitimidad, llamarle como corresponde, infante de Castilla, aprobar su casamiento.

—¿Y sus rebeldías quedarán sin castigo?

—Aun todavia no se ha rebelado: evitad, pues, que se rebele

—¿Y pensais que el temor puede hacerme vacilar? no y cien veces no: si se rebela, iré contra él, le venceré y le castigaré.

—Cuidad, que Dios empezará á haceros sentir su cólera.

—Pues bien, dijo el rey despues de algunos momentos de meditacion: no se ha de decir que he cedido sin castigarle: no han de creer que me ha arrastrado el miedo: decid al conde Alfonso de Saldaña para que se lo diga á Bernardo, que cuando haya arrojado al árabe, que se ha entrado por nuestras tierras, dentro de sus fronteras, le entregaré su padre.

—¡Ah! señor, exclamó la reina: ese querido mancebo irá, triunfará y volverá á recibir tan hermoso premio.

Y la reina, sonriendo por la primera vez al rey, le saludó y se fué impaciente á llevar aquella buena noticia al conde Alfonso de Saldaña, que la esperaba en su cámara.

—Acontece á veces, decia entre tanto el rey paseándose solo á lo largo de su cámara, que un caballero que ha salido vivo de cien combates, cae al fin en uno... y bien, si Bernardo triunfa otra vez... siempre habremos ganado tiempo... porque perdonar yo al seductor, al amante, al esposo de Jimena... ¡oh no! ¡jamás!

Y el rey don Alfonso el Casto continuó dando vueltas á su cámara y á su sombrío pensamiento.

V.

Al dia siguiente, Bernardo del Carpio, desplegado su estandarte y seguido de cuatro mil peones y dos mil ginetes, tomó el camino de la frontera, lleno de fé, de esperanza y de amor.

Se le exigia una nueva hazaña por la libertad de su padre.

por su reconocimiento, por la aprobacion de su matrimonio, y Bernardo no podia regatear este honroso precio.

Bernardo no podia vacilar un solo momento .

Su gran corazon le daba ya por realizada la libertad de su padre.

Porque estaba seguro de vencer.

Por otra parte , á Bernardo, generoso y noble, no podia ocurrírsele el ruin pensamiento de que el rey don Alfonso faltase á su promesa.

Bernardo , pues, partió lleno de alegría contra los árabes que habian acometido la frontera castellana.

Una sola persona quedó triste, agobiada por un funesto presentimiento.

La sultana Saída Otamida.

CAPITULO XVII.

En que suceden nuevas y estrañas aventuras.

I.

PASARON algunos dias y ninguna noticia se tuvo de Bernardo.

Venian sin embargo á Oviedo á cada momento mensajeros que ponderaban los horrores de que los árabes estaban haciendo víctimas á los cristianos fronterizos.

Estas noticias pasaban de Oviedo á la torre de Saldaña, y alarmaban á sus moradores.

El conde Alfonso, que habia querido acompañar á Bernardo en su espedicion contra los árabes, se habia visto obligado á renunciar á ello.

Bernardo habia declarado que una empresa que debia tener por premio la libertad de su padre, debia ser llevada á cabo por él solo.

Asi es que habia levantado á sueldo la gente que le acompa-

ñaba y habia partido solo con ella despues de haber exigido al conde Alfonso juramento de no tomar parte en aquella empresa, cualquiera que fuese la suerte que le cupiese.

Por lo mismo, trascurridos ya los dias necesarios para que Bernardo hubiese llegado á la frontera, y recibíendose noticias posteriores de desmanes de los árabes no se sabia á qué atribuirlo.

O Bernardo habia llevado una insuficiente hueste, ó habian sido desgraciados sus primeros hechos de armas.

Por la primera vez Alfonso el Casto se alegró de que los árabes no fuesen vencidos.

Por la primera vez anheló la derrota de sus gentes y la muerte de su caudillo.

A tal punto le habian llevado las pasiones.

II.

Al fin Alfonso de Saldaña y Saida Otamida tuvieron un dia de placer.

Habian llegado correos de la frontera, con la noticia de una victoria.

Los árabes habian sido completamente destrozados por Bernardo, que á su vez habia pasado la frontera y se ensangrentaba en los dominios del emir de Zaragoza.

Saida Otamida estaba loca de alegría y el conde Alfonso loco de orgullo.

Solo el rey don Alfonso el Casto recibió estas nuevas, si bien con rostro alegre, con corazon torcido.

Bernardo triunfaba siempre.

Bernardo adquiria á cada momento mayor popularidad.

Alfonso el Casto empezaba á tener celos.

Y luego detrás de aquella victoria, cuando Bernardo volvie-

se se veria obligado á poner en libertad al conde de Saldaña.

Porque así lo habia prometido.

Quedaba sin embargo un temor á Saida Otamida, y una esperanza al rey.

La escursion de Bernardo aun no habia concluido: se encontraba en el trance mas peligroso, porque es mas fácil echar al enemigo de nuestra casa, que vencerle en la suya.

Un revés dentro de la tierra de los árabes, podia hacer cautivo ó muerto á Bernardo.

Y este era el temor de Otamida.

Esta la esperanza del rey.

III.

Pasaron algunos dias y ninguna noticia hubo de Bernardo, ningun corredor vino de la frontera.

Y pasaron aun algunos dias.

Alfonso de Saldaña empezó á inquietarse, el rey á alegrarse, Otamida á entristecerse.

Y pasaron algunos dias mas.

Entonces el conde Alfonso de Saldaña hizo resonar sus atabales de guerra, reunió los doscientos ginetes y los cuatrocientos peones continuos de su casa, se despidió de su esposa doña Luz y de Otamida, dejando encomendada su guarda á un viejo y valiente escudero con algunos bravos servidores que se quedaron en la torre de Saldaña, cabalgó en su magnífico corcel árabe, y se fué á Oviedo, y pidió licencia al rey para levantar gente á sueldo y marchar contra los árabes.

Alfonso el Casto no podia buenamente negarse á conceder al conde demanda tan patriótica, y Alfonso de Saldaña hizo dar sus pregones en Oviedo y en las villas circunvecinas y antes de seis dias reunió en derredor de su estandarte cuatro mil

ginetes y diez mil peones, gente toda que ya habia hecho la guerra contra los árabes, y marchó rápidamente hácia la frontera.

Pero antes de llegar al Carpio, á la salida del sol, en un hermoso dia de marzo, vió á lo largo del camino una densa polvareda.

El conde Alfonso se preparó y puso sus gentes en formacion de combate: estando tan próximos á la frontera, aquella nube de polvo podia ser causada por un ejército enemigo.

Así, pues, el conde Alfonso, que era un capitán experimentado, adelantó lentamente con los de á caballo formados en una masa cerrada, á cuyos flancos iba la gente de á pie, honderos y ballesteros.

Pero á medida que adelantaban, la duda de si eran enemigos se desvanecía.

Oíanse, aunque confusamente, á lo lejos, instrumentos de guerra que tañian alegremente y que no eran ni añafles ni atabekiras árabes, sino trompetas y atabales cristianos.

Vióse al fin en medio de las móviles masas que adelantaban, un estandarte redondo, alto, que muy pronto dejó ver su color rojo, y en su centro una cruz de oro.

Aquel era el estandarte de Bernardo del Carpio.

Picó á su corcel el conde y seguido de algunos escuderos, adelantó á rienda suelta hácia el ejército que avanzaba.

De aquel ejército se destacó otro caballero, á quien seguian algunos ginetes.

Poco tiempo despues Bernardo del Carpio y el conde Alfonso de Saldaña se abrazaban estrechamente.

IV.

—¡Oh! gracias á Dios que te encuentro y que te encuentro vencedor, hijo mio, dijo el conde Alfonso: un mes ha que no hemos tenido noticias tuyas, nos tenias sumamente cuidadosos.

—¡Hasta el punto de haber levantado una hueste para venir á socorrerme, mi buen padrino! dijo Bernardo: ¡bah! no ha habido necesidad. Llegué al Carpio y me le encontré puesto en armas: esperaban á los árabes: en Burgos acontecia lo mismo: en los Campos Góticos se me unieron diez mil peones y cuatro mil ginetes que enviaban los concejos sobre la frontera, y al cabo encontré á los árabes acaudillados por el mismo Al-Hhaken, que estaban sobre Osma y la combatian: la batalla fué dura, pero triunfamos con la ayuda de Dios, y el califa se vió obligado á atravesar el Duero completamente vencido: despues recorrí la frontera, llegué al Ebro y me entré por las tierras del emir de Zaragoza. He talado toda la tierra comprendida entre Almazan y Alagon, y cuando me encaminaba sobre Zaragoza, el emir me ha enviado mensageros y rehenes: despues en una barca en medio del Ebro, nos hemos avistado el emir de Zaragoza y yo, y hemos estipulado un tratado de paz y asegurado mútuamente las fronteras: si el rey don Alfonso mi noble y amado tio (y Bernardo pronunció con sarcasmo estas palabras) no confirma este tratado, le confirmaré yo, apoderándome para ello de toda la tierra que hay desde mí señorío del Carpio, por aquella parte hasta la frontera árabe, aunque hubiera de entrar en mi señorío la ciudad de Burgos, arrancada al buen

conde don Rodrigo, á quien mi noble tio ha dado el señorío del reino de Castilla (1).

—¿Y qué ha de hacer don Alfonso mas que confirmar un tratado de paz beneficioso para sus reinos, que tú has escrito á lanzadas? dijo el conde Alfonso.

—Desde que me he llamado infante, desde que he ceñido la corona de infanzonía á que me da derecho mi nacimiento, el rey don Alfonso me aborrece : juraria sin temor de engañarme, que si don Alfonso me ha prometido dar libertad á mi padre, despues de vencer á los árabes que se han entrado por nuestra frontera, ha sido esperando que una lanza infiel acabase con mi vida.

—Tu vida está guardada por Dios, hijo mio, dijo el conde Alfonso.

—Lo que no es fácil que vos adivineis, es por qué el mismo califa Al-Hhaken se ha arrojado sobre nuestra frontera, cuando podia muy bien haber empleado en ello á sus emires.

—Acaso el califa habria pensado en una reconquista decisiva creyéndonos débiles ó acobardados.

—No : Al-Hhaken sabe demasiado que el solariego de Asturias es fuerte y valiente. Lo que ha cegado al califa ha sido el amor.

—¡ El amor !

—Sí : el amor á tu hija, á mi esposa.

—¿ Cómo sabes tú eso ?

—En la primer batalla mis campeadores hicieron cautivo á un xequé árabe de la casa del califa Al-Hhaken. Ya sabes que el árabe se entristece en el cautiverio, y que á todo se doblega, á todo se presta, por obtener la perdida libertad. Pues bien, el noble xequé me propuso un importante secreto á cambio de su libertad : un secreto que convenia á mí y á mi esposa.

(1) Los condes de Castilla empezaron en tiempos de Alfonso el Casto, que concedió á este don Rodrigo y á sus descendientes el señorío del reino de Castilla bajo titulo de condado, debiendo ser los condes vasallos tributarios de los reyes de Asturias, de Leon y de Galicia.

Yo le prometí la libertad , y encerrado el xeque conmigo , me dijo :

—Tú te embarcaste hace dos meses con una doncella árabe en Algeciras ¿ no es cierto ?

—Sí , le contesté.

—Te acompañaban además un xeque árabe y seis esclavos de la guardia negra del califa.

—Es cierto.

—Entrásteis en un barco de contraventores de la ley , con el pretexto de que íbais á pasar á Africa.

—Es verdad.

—Luego apoderándoos del barco , tomásteis la vuelta de Galicia y Asturias , y al fin desembarcásteis en las costas de los cristianos.

—Concluye.

—Cuando el califa se encontró sin la hermosa sultana Saida Otamida ; cuando supo que el príncipe Algalib-Billah habia sido muerto por el rapto de la sultana , cuando la buscó y no la encontró , prometió un altísimo precio y perdon completo de todas los delitos que hubiese cometido á quien le revelase el paradero de la sultana. Este pregon llegó hasta los oídos del arrayaz de los contraventores que habia vuelto de Asturias , y se presentó al califa y se lo reveló todo. Entonces Al-Hhaken envió mensajeros astutos que entraron en Asturias , llegaron hasta el lugar donde se encontraba la sultana Saida Otamida , supieron que se habia casado contigo : que tú eras el célebre Bernardo del Carpio , y entonces el califa juró arrasar á Asturias , y llegar á la fin del mundo por recobrar á la sultana. Vino y le has vencido. Pero no te fies : lo que el califa no pueda alcanzar por la fuerza , procurará alcanzarlo por la astucia : y el califa Al-Hhaken es un enemigo terrible. Considera ahora si el aviso que te doy vale la libertad que te pido.

—Libre eres , dije al árabe ; pero bajo juramento de que llevarás al califa el mensaje que voy á confiarte.

—Te lo juro por Dios , por el paraiso , y por mi alma , me contestó.

—Pues bien: dile que el lugar en que se guarda á la sultana Otamida, es un albergue de leones; que venga cuando quiera sobre el Carpio ó sobre Saldaña, y que si prefiriese la astucia, si ayudado por Satanás lograra apoderarse de mi esposa, no habia de valerle toda la fuerza de su reino, ni su invencible Córdoba, ni su jactanciosa Sevilla. Vé y dí al califa que Bernardo le desprecia, y que está siempre dispuesto á vencerle, como ahora le ha vencido.

Esto dije al árabe que partió.

—Pero tengo miedo, padre, tengo miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—Si se tratase de rechazar la fuerza, todos los ejércitos del mundo no me impondrían espanto; ¡pero las matas artes! ¡la traicion! ¡si un dia me la robasen!

—Estamos avisados, y difícil será que nos sorprendan: nuestros vasallos son valientes y leales; nuestros castillos fuertes y bien defendidos. Todo el poder de Córdoba no puede doblegar la fiereza y el valor de Leon, de Asturias, de Galicia, de Castilla, de Navarra, de Cantábria, de Barcelona. Si un dia el califa pretendiese arrojar todo su poder sobre la España cristiana, don Alfonso y el conde de Castilla, don Rodrigo; el rey de Navarra, Sancho García, los señores de solar vascos, y el valiente conde de Barcelona, don Bernardo, unidos en uno, escarmenarian de una manera tal la soberbia del califa, que no se atreveria á soñar en adelante una empresa tal. El califa Al-Hhaken es completamente impotente contra nosotros.

—¡Ay padre, que no temo yo la fuerza sino la astucia! Tengo un presentimiento funesto. Creo que al mismo tiempo que se ha usado de las armas, se ha usado de la traicion. Me parece que ya me han robado á mi esposa.

Palideció el valiente conde Alfonso.

—¡Robado! ¡no, no lo querrá Dios! exclamó con ansiedad.

—Sin embargo, yo he concluido lo antes posible, porque primero que nosotros y nuestros amores, es la patria; pero en el punto en que he dejado aseguradas las fronteras, he corrido, he volado, he derramado la mayor parte de la gente que habia

tomado á sueldo para que no me embarazasen, y solo me he quedado con la gente necesaria para resguardar los cautivos y la presa; pero tú has venido, padre: tú eres bravo y valiente: quédate tú con mis gentes y con las tuyas, y déjame que yo vaya á la ligera á Oviedo, á Saldaña, porque temo... temo no encontrar ya en tus hogares á tu hija, á mi esposa.

Los celos respecto á un ser que se ama, se hacen contagiosos á todos los que aman á aquel ser, y el conde Alfonso no replicó ni una palabra. Se encargó de los numerosos cautivos y de la riquísima presa que Bernardo había arrebatado de las tierras de los árabes, y el jóven héroe con solos cuatro escuderos, tomó á la ligera y con una rapidez maravillosa el camino de Saldaña.

V.

No habian sido vanos los presentimientos de Bernardo.

Hacia ya algunos dias, antes de que el conde Alfonso levantara gentes para ir á ayudar á Bernardo, que un mendigo, cuya procedencia no podia conocerse por su aspecto, pero que hablaba bastante bien el idioma de los solariegos de Asturias, habia implorado en la torre de Saldaña una caridad que jamás allí se habia negado á nadie.

El mendigo decia estar enfermo, y lo parecia, y fué hospedado y cuidado.

Era hombre decididor y alegre, y el tal logró que la gente menuda y los soldados de la torre le tratarasen con confianza y gustasen de su conversacion.

Por este medio pudo saber el mendigo que nada se sabia del conde don Bernardo del Carpio, desde hacia un mes, sino que se habia entrado por la tierra de los árabes, y que se temia que su gente hubiese sido deshecha y él mismo cautivo ó muer-

to, y que el conde don Alfonso iba á marchar en su demanda.

El mismo dia en que Alfonso de Saldaña salió de su torre para su empresa, el mendigo salió tambien, diciendo encontrarse ya fuerte y en disposicion de seguir su romería á Santiago de Galicia.

Nadie se acordaba al otro dia del tal mendigo.

Pero no pasaron tres dias, cuando se dejó oír una trompeta delante de la barbacana exterior de la torre de Saldaña, y los guardas vieron un caballero con un trompetero y cuatro hombres de armas, que decia ser portador de una carta del conde don Bernardo para su esposa.

Inútil es decir que al punto se bajó el puente, se levantó el rastrillo, y el que se decia mensajero fué introducido á la presencia de doña Luz y doña María.

La madre y la hija miraron con ansiedad al falso mensajero.

—¿Qué ha sucedido á mi esposo? dijo la primera Saida Otamida.

—Siento en el alma, dijo el mensajero, ser portador de malas nuevas.

—¡De malas nuevas! exclamaron á un mismo tiempo y de una misma manera aterradas la madre y la hija.

—El valiente conde don Bernardo, dijo aquel hombre, está peligrosamente herido en el Burgo de Osma, y me ha enviado con esta carta.

Saida Otamida se la arrebató.

Aquella era una carta falsificada de Bernardo en que confirmaba la noticia dada por el mensajero, y pedia á Saida Otamida que al momento corriese á su lado á darle el consuelo de verla antes de morir.

—Yo no conozco su letra, madre mia, dijo Saida Otamida, nunca le he visto escribir.

—Yo no sé leer, dijo con angustia doña Luz: pero nuestro capellan conoce la letra de Bernardo, la de mi esposo...

El capellan del castillo, que era un anciano y venerable sacerdote, fué llamado.

Que cuando siendo de los que vayan a
los que yendo. Siento en el alma, dijo
el mensajero



Mareno dib.^o y lit.^o

Es indudable, la letra de esta carta es de Bernardo.

El capellan examinó detenidamente la escritura del pergamino y declaró que, según él creía, aquella carta había sido efectivamente escrita por Bernardo: tragéronle algunos documentos indudables, y comparados con la carta se halló que no podía haber duda.

Entonces eran muy fáciles las falsificaciones, por el carácter uniforme de la caligrafía bizantina, á pesar de lo cual se usaban muy poco, porque las cartas eran escasas, el trato epistolar rarísimo, y en cuanto á los documentos de importancia, se autorizaban con tantos sellos y tantas confirmaciones, que la falsificación del documento era tan difícil, como fácil la falsificación caligráfica.

Nadie en aquellos momentos de turbación reparó en que la carta que se atribuía á Bernardo, no tenía sello.

Creyóse, pues en el peligro, y Otamida se apresuró á ponerse en marcha.

Pero cuando salía de la torre seguida por un escuadrón de ginetes del señorío del conde Alfonso, se encontró fuera de las barreras á Jacub-el-Meknesi, con los seis esclavos de la guardia negra armados á punto de entrar en batalla.

—¡Oh! ¿tú también vienes, mi buen amigo? dijo la aflijida jóven.

—Yo no te abandono ni un solo momento, sultana, contestó Jacub.

—Pues en marcha.

Y Saida Otamida, y Jacub, y los soldados cristianos y los esclavos negros se apartaron de la torre y tomaron el camino de la frontera.

CAPITULO XVIII.

De como se cumplieron los temores que Bernardo habia concedido por su esposa.

I.

HIZOSE la primer jornada sin novedad alguna, y aquella tarde Saida Otamida y sus gèntes llegaron al Carpio, señorío de Bernardo.

Todo estaba allí tranquilo.

Bien guardada la fortaleza y puesta á cubierto de una invasion.

Pero nada se sabia allí de Bernardo, desde el dia en que habia partido del Carpio contra los árabes.

El alcaide que Bernardo habia dejado en su ausencia, recibió respetuosamente á la esposa de su señor, é hizo que las doncellas de la villa acudiesen á festejarla.

Pero Saida Otamida no estaba para festejos.

La devoraba una ansiedad mortal.

Despidió á las doncellas pagando con ricos regalos su homenaje; tomó una ligera vianda, y se puso inmediatamente en camino hácia Carrion, á pesar de que la noche, prometiendo ser oscura y lluviosa, avanzaba ya por el oriente.

Jacub-el-Meknesi no se atrevió á contrariar á Saida Otamida; pero para mas seguridad tomó veinte lanzas de las del castillo con las que reforzó el resguardo de Saida Otamida.

Este resguardo se componia de treinta ginetes del señorío de Alfonso de Saldaña, de veinte, como acabamos de decir, del señorío del Carpio, y de los seis esclavos de la guardia negra de califa, siendo gefe de todos ellos Jacub-el-Meknesi, que tanto era médico, como astrólogo, como capitán.

Fuerte necesitaba ser el que acometiese á aquellos cincuenta y seis hombres, todos duros y avezados al combate, si habia de vencerlos.

Los árabes habian sido escarmentados y arrojados muy lejos por Bernardo, y los bandidos fronterizos, única gente de que podia recelarse, no eran bastante fuertes para dar un golpe de mano sorprendiendo y venciendo al escuadron que defendia á Saida Otamida.

Jacub-el-Meknesi, pues, aunque la noche era densamente oscura, y el terreno quebrado y próximo á la frontera, iba tranquilo.

II.

Habia pasado mucho tiempo desde que cerró la noche.

Un silencio profundo envolvía los lugares por donde marchaban Saida Otamida y su escolta.

Solo se escuchaba el apresurado paso de los caballos y el

rumor lento, monótono, uniforme de la lluvia que se desprendía de la compacta cerrazón del cielo.

Aquel silencio en torno, aquella oscuridad, el rumor inmediato de las pisadas uniformes, y el más uniforme rumor de la lluvia, comprimían el alma de Saida Otamida, que solo pensaba en Bernardo.

Parecíanla huecas, fatídicas las pisadas de los caballos; desapacibles, fríos, horribles los acompasados y leves crugidos de las piezas de los arneses de los hombres de armas; llanto de duelo la lluvia que se desprendía sorda y lenta sobre la tierra; horrible el silencio que fuera de aquel centro de acción se extendía sobre ella.

Parecía que ella y sus gentes marchaban por el desconocido espacio de la eternidad: que ella y sus gentes se perdían por el interior de un inmenso sepulcro.

Su imaginación recorría su vida entera, y se detenía en un punto luminoso de ella.

En el punto de que despertando de un letargo profundo, encontró fija en sus ojos la mirada de Bernardo, y al mirar en torno suyo, se encontró sola con él en la inmensidad de los mares.

¿Le habré encontrado en aquel momento supremo, decía la aterrada Otamida, para perderle apenas empezaba á gozar la felicidad de ser suya?

Otamida no podía resignarse á creer verdad esta amarga suposición.

Su alma se comprimía al solo recelo de perder á Bernardo.

Su alma se convertía en hiel amarguísima.

En hiel, que debía ser un tósigo de muerte si aquellos temores se realizaban.

Impotente Otamida para resistir lo despiadado, lo terrible del dolor que la causaba aquella suposición, recurría á Dios con toda su fé, con toda su esperanza.

Y Dios, que siempre acude al socorro de los que con verdad de corazón le llaman, descendía al alma de Saida Otamida,

la consolaba derramando en ella el bálsamo consolador de una viva esperanza, y la sostenía en aquella lucha del dolor y del amor, contra la muerte, contra la pérdida del ser en quien se había concentrado la existencia entera de la hermosa, pura y noble jóven.

III.

Había acabado Saida Otamida por encontrarse, á causa de esta lucha, en un estado muy semejante al de el sonambulismo magnético.

Estaba despierta, y sin embargo sentía todas las consecuencias de un insomnio producido por una escitacion nerviosa.

Veía en medio de las tinieblas seres y objetos que ninguna relacion tenían con los seres y los objetos del mundo real, y sin embargo, por una intuicion misteriosa del alma, cuando su actividad se ejercita fuera de las condiciones finitas de la materia, Saida Otamida comprendía la razon de ser y de existir de aquellos seres fantásticos que la fiebre creaba en derredor suyo.

Muy pronto una lucidez maravillosa dilató, perfeccionó, por decirlo así, el espíritu de Saida Otamida, y tuvo una certidumbre suprema de que si Bernardo corría algun peligro, no era por sí mismo, sino por ella.

Es decir: adivinó, vió en lo escondido de su espíritu que la noticia del estado lamentable de Bernardo era completamente falsa, y que el peligro estaba alrededor suyo, que se refería á ella.

Parecióle que se la preparaba un periodo de prueba, y que aquella prueba durísima, terrible, se estendería á Bernardo.

Temió de una manera fría, indescribible, penosa, punzante tuvo miedo de encontrarse en el campo, aunque sabía que la

resguardaban hombres valientes como leones, y quiso avisar á Jacob-el-Meknesi; volverse, ampararse del castillo ó de la poblacion mas cercana: pero esta resolucion estaba envuelta por el estado de sonambulismo de la jóven: la dominaba la fiebre: yacia ni despierta ni dormida en un ángulo de la litera: creia dar voces y no hablaba: creia agitarse y no se movia: parecíala que estaba abandonada y sola, que el peligro desconocido que la aterraba, estaba cada vez mas próximo, y su imaginacion, su voluntad, su actividad, todo se perdia en aquel insomnio febril, en aquella pesadilla horrible.

IV.

Jacob-el-Meknesi por el contrario cabalgaba al lado de la litera, defendiéndose de la lluvia con la envoltura de su tabardo, completamente tranquilo, acerca de la seguridad de Otamida, pero lleno de ansiedad por Bernardo.

Porque Jacob-el-Meknesi sabia demasiado que la ley del combate es rigurosa, y que tanto mas está espuesto á perecer el hombre, cuanto es mas valiente y está mas confiado en su aliento.

Aquejábale, pues, la impaciencia, y pareciéndole que sus gentes podian caminar mas aprisa, exclamaba de tiempo en tiempo:

—Aguijad, aguijad, perezosos: cada momento que pasa vale una eternidad: aguijad por el Dios de los cielos y de la tierra y no os durmais sobre los arzones.

—Vamos á todo el andar de nuestras cabalgaduras, solia contestar un ginete: pero si quereis, señor, y aunque nos derumbemos por entre la oscuridad, soltaremos las riendas á nuestros caballos y apretaremos los acicates.

—Al paso, al paso, decia Jacob; el terreno es quebrado; se-

guid á los guias uno tras otro; pero no os durmais; cuando salgamos á lo llano, correremos.

Los guias delanteros, no hemos tenido ocasion de decirlo antes y lo decimos ahora; los guias delanteros, que eran dos hombres prácticos en el pais, llevaban cada uno un hacha de viento en la mano, que alumbraba el sendero por donde marchaban entre dos montañas á la desfilada, un ginete detrás del otro.

De diez en diez hombres, uno llevaba otra antorcha.

Eran, pues, siete las antorchas de que se servia la escolta de Saida Otamida.

Hubo un momento en que Jacob-el-Meknesi reparó en que las antorchas eran siete.

El número siete es fatal para los árabes.

En siete dias hizo Dios el Universo.

En conmemoracion de esto, siete son los dias de la semana.

Siete las constelaciones celestes que entonces se conocian.

Siete los pecados mortales.

Siete los cielos.

Siete los abismos.

Siete los durmientes.

Siete los brazos del candelabro del templo de Salomon.

El número siete, en fin, tenia, segun las creencias de los orientales, una virtud misteriosa.

Pero esta virtud podia ser tanto favorable, como adversa.

Jacob-el-Meknesi, por si era favorable el número de siete de las antorchas, no se atrevió á aumentarle ni á disminuirle.

Pero temia que fuese adverso, y esto le inquietaba.

Jacob-el-Meknesi sufría punto menos que Otamida.

V.

Empezaron á entrar por un desfiladero profundo, lóbrego, pendiente, escabroso.

El caballo del primer guia se plantó y resistió al acicate.

Por consecuencia, los demás ginetes que iban á la desfilada por razon de lo estrecho del sendero, se vieron obligados á detenerse.

Informóse Jacub de la causa que producía aquella detencion y mandó echar pie á tierra y que los caballos fuesen conducidos del diestro.

Pero en el momento en que Jacub-el-Meknesi pronunciaba esta órden, oyóse un alarido de dolor lanzado simultáneamente por los hombres que llevaban las antorchas.

Habíase percibido, tambien simultáneamente, un zumbido semejante al de muchos venablos disparados á un tiempo.

Los hombres que llevaban las antorchas habian caido heridos de sus caballos, y la mayor parte de las antorchas al caer sobre el terreno encharcado, se habian apagado.

Muy pronto dominó la oscuridad mas profunda, y se oyeron alaridos feroces de hombres que parecian descender del cielo, tan profundo era el desfiladero por donde Saida Otamida y los suyos se encontraban, alaridos de feroz alegría que se acercaban cada vez mas, hasta que al fin se oyeron en el fondo mismo á los dos flancos del sendero.

Travóse un combate á oscuras.

Un combate imposible, puesto que no se sabia quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos.

Pero de repente se oyó un agudo grito de muger.

Jacub reconoció en aquel grito á Saida Otamida.

Y los gritos sucesivos de la jóven se alejaban.

Lanzóse Jacob en la dirección en que los gritos de Otamida se escuchaban, pero fué en vano: las breñas, los pinos, las impracticables desigualdades del terreno, le impedían adelantar.

Y los gritos de Saida Otamida se alejaban cada vez mas.

Al fin se perdieron completamente en la distancia.

El combate habia cesado, porque los acometedores habian desaparecido.

Entonces Jacob llamó á voces á su gente.

Pudo encenderse á duras penas una antorcha y se reconoció el lugar del combate, para ver si habia quedado muerto ó mal herido alguno de los agresores.

En efecto, habian quedado dos, pero muertos.

Por sus trages y por sus armas demostraban ser bandidos fronterizos, que tanto tenian de árabes como de cristianos.

Desesperóle á Jacob-el-Meknesi el que no hubiese quedado alguno de aquellos hombres herido y en disposicion de hablar, y buscó en torno del lugar donde se encontraba; pero no halló ningun bandido mas, ni herido, ni muerto.

Contó entonces su gente.

De los hombres de armas de Saldaña y del Carpio habian quedado cuatro muertos y seis gravemente heridos.

De los seis esclavos de la guardia negra del califa que habian seguido á Saida Otamida, faltaba uno, pero ni muerto ni herido se le encontró.

Buscóselé por todas partes, y no pudo darse con él.

Y era el mas bravo, el mas terrible de los seis esclavos.

Llamábase Ali-ben-Daz, y Jacob-el-Meknesi le amaba, por su lealtad y por su bravura.

¿Qué habia sido de él? Sabíalo Dios.

Aterrado con aquel revés, oprimida el alma con la pérdida de Otamida, Jacob-el-Meknesi reunió de nuevo su gente y sus heridos y en paso lento, en medio de un triste silencio, aquella gente siguió su camino hácia la poblacion mas cercana.

VI

Al amanecer se encontraban en la llanura.

Las montañas se habían quedado atrás y despejado el cielo, una brisa fría ajitaba las yerbas mojadas por la lluvia de la noche.

Al salir el sol, allá á lo lejos se vieron destellos de armaduras á lo largo del camino.

—¿Quiénes serán? dijo al ver aquellos reflejos Jacub-el-Meknesi; á esta distancia no puede percibirse si son musulmanes ó cristianos.

Y preparándose á todo evento, Jacub hizo un escuadroncillo con su gente, dejó atrás los heridos con algunos hombres, y ansiando llegar á encontrarse con los que venían, adelantó á media rienda.

Sin duda que los que venían habían visto también á los que iban, puesto que agujaron y siguieron adelantando con mayor rapidez.

Un cuarto de hora después, aquellos dos grupos se habían encontrado, y Jacub-el-Meknesi y Bernardo se habían reconocido.

Porque el capitán de aquella gente que había visto á lo lejos Jacub-el-Meknesi, era Bernardo del Carpio.

—¿A qué vienes por este camino, mi buen amigo? dijo Bernardo á Jacub.

—Iba á buscarte, dijo este.

—¿A buscarme, y para qué?

—Se ha recibido en Saldaña una carta tuya, que ha llevado uno de tus soldados.

—Yo no he escrito tal carta, dijo con sobresalto Bernardo: yo no he enviado á nadie.

—Ya lo veo, porque la carta mentia.

—¿Qué decia, pues, la carta?

—Que estabas gravemente herido y á punto de muerte, en la frontera.

—¿Y doña María?...esclamó alentando apenas Bernardo.

—Dios es grande, dijo Jacob-el-Meknesi, y su voluntad irrevocable: el hombre es un peregrino que vá sin saber á donde vá, por el camino de la vida. Si la mano de Dios le lleva al lugar de las sombras de duelo, al lago amargo de la desventura, debe inclinar su cabeza ante Dios acatando su voluntad, y recibir las tribulaciones como una prueba del Altísimo.

—¿Pero doña María?...

—La sultana Saida Otamida se puso de marcha conmigo en cuanto la dejaron tu carta.

—¿Pero dónde está?

—No lo sé, pero Dios lo sabe.

—¿Que no lo sabes y has salido con ella de Saldaña? allá en la tierra de los infieles me hablaron de traiciones, exclamó con voz cavernosa y rugiente Bernardo: tú eres árabe: no has querido bautizarte: ¿me habrás tú hecho traicion entregando mi esposa al califa?

—¡Yo!... exclamó poniéndose pálido como un cadáver, pero pálido de cólera, Jacob, al oír la palabra traicion.

—¡Tú! tú has salido con mi esposa de Saldaña y no sabes dónde está, exclamó con desesperacion Bernardo.

Y aquella desesperacion era una terrible amenaza al noble xequé.

—Una noche sobre el mar, dijo grave y sombríamente Jacob, pasó por delante de mi galeota, impulsado por las ondas, el mástil de un barco deshecho por la tempestad.

—Bien si... nos salvaste, dijo con impaciencia Bernardo.

—Yo oí algun tiempo despues á la sultana Saida Otamida: —Yo amo á ese mancebo.—Entraste en Córdoba en el alcázar de la Rusafa y en las mismas habitaciones de Saida Otamida, dentro de una caja, aletargado. Yo te di los amores de la sultana.

—Bien sí... pero ahora...

—Otra noche esponiéndome á morir, á ser descabezado por el califa como traidor, te saqué secretamente con la sultana del alcázar y os llevé á la iglesia mozárabe, donde con arreglo á las creencias de vuestra religion, os casó un obispo cristiano. Despues, te saqué de la Rusafa como habias entrado, y merced á mí, pudiste llegar con tu esposa á tu patria.

—¿Y bien, qué me prueba todo eso?

—Prueba, dijo Jacob, que si yo fuera traidor, si yo amase el oro y los honores, te hubiera entregado á la venganza del califa dentro de Córdoba misma.

—Perdóname, anciano, dijo Bernardo: yo estoy loco: pero no perdamos el tiempo en vanas disputas. ¿como has perdido á mi esposa? ¿quién te la ha robado? Dímelo pronto.

—No lo sé.

—¿Como! ¿no has conocido á quien te ha arrebatado á doña María? porque deben habértela arrebatado.

—Era de noche, en el desfiladero de una montaña: las tinieblas nos envolvian: los bandidos cayeron sobre nosotros como llovidos del cielo.

—¿Eran bandidos!

—Dos que quedaron muertos parecieronme bandidos fronterizos.

—¿Y os habeis dejado arrebatat á vuestra señora, cobardes? exclamó Bernardo arrojando una mirada de muerte á los hombres de armas de Saldaña y del Carpio, que temblaron al choque de la terrible mirada de Bernardo, como se doblegan temblando las cañas al embate del huracan.

—Siete han quedado muertos y heridos, y se ha perdido uno de los africanos: el mas bravo de ellos, dijo Jacob-el-Meknesi.

—¿Pero por qué caminar de noche por una tierra acabada de limpiar de los árabes invasores? exclamó Bernardo.

—La sultana Saida Otamida se obstinó.

—Tú, que eres viejo y prudente, debiste oponerte.

—Cuando la sultana Saida Otamida manda, es necesario obedecer.

—Pero estamos perdiendo el tiempo, exclamó Bernardo en el colmo de la desesperacion, sús, adelante y llevadme al sitio donde os ha sido robada mi alma.

Y saltó en su caballo.

Jacub-el-Meknesi saltó en el suyo y picó.

Al medio dia llegaron al lugar donde la noche anterior habia sido asaltada la gente de Saida Otamida, entre las tinieblas.

Al acercarse al lugar del combate levantóse de él una bandada de cuervos, y algunos lobos huyeron á la aproximacion de los ginetes.

Aquellos animales celebraban su festin con los cadáveres que habian quedado allí de los cuatro soldados y de los dos bandidos.

VII.

En vano Bernardo recorrió frenético durante algunos dias todos los alrededores.

Ni aun vestigios encontró de Saida Otamida.

Preguntó en las majadas de los pastores, en los caserios de las aldeas, en las cabañas de los montañeses.

Nadie le supo dar razon.

Entonces desesperado se fué á Saldaña: entró, permaneció en el castillo un momento, sin hablar con nadie, y salió solo llevando consigo á su buen perro de montería Vigilante, con su ballesta, su espada, su bocina y su traje de montero, como habia ido en busca de Heriberta.

Al ponerse en marcha exclamó:

—¡Yo la encontraré!

VIII.

Con suma rapidez, sin detenerse mas tiempo que para tomar un escaso alimento, y dar de comer á Vigilante, y sin conceder mas que dos horas al sueño, Bernardo hizo seguir á Vigilante el rastro de Saida Otamida.

El inteligente animal le llevó al lugar del combate.

Ya no quedaban allí mas que restos de vestidos.

Hasta los huesos de los muertos habian sido devorados por los lobos.

Vigilante tomó por las escarpadas breñas á la derecha.

Bernardo le siguió.

Era la montaña ágría, difícil y desierta.

La marcha por necesidad era muy lenta.

Bernardo se veia obligado á trepar por cortaduras, á flanquear rocas, á superar todo género de dificultades.

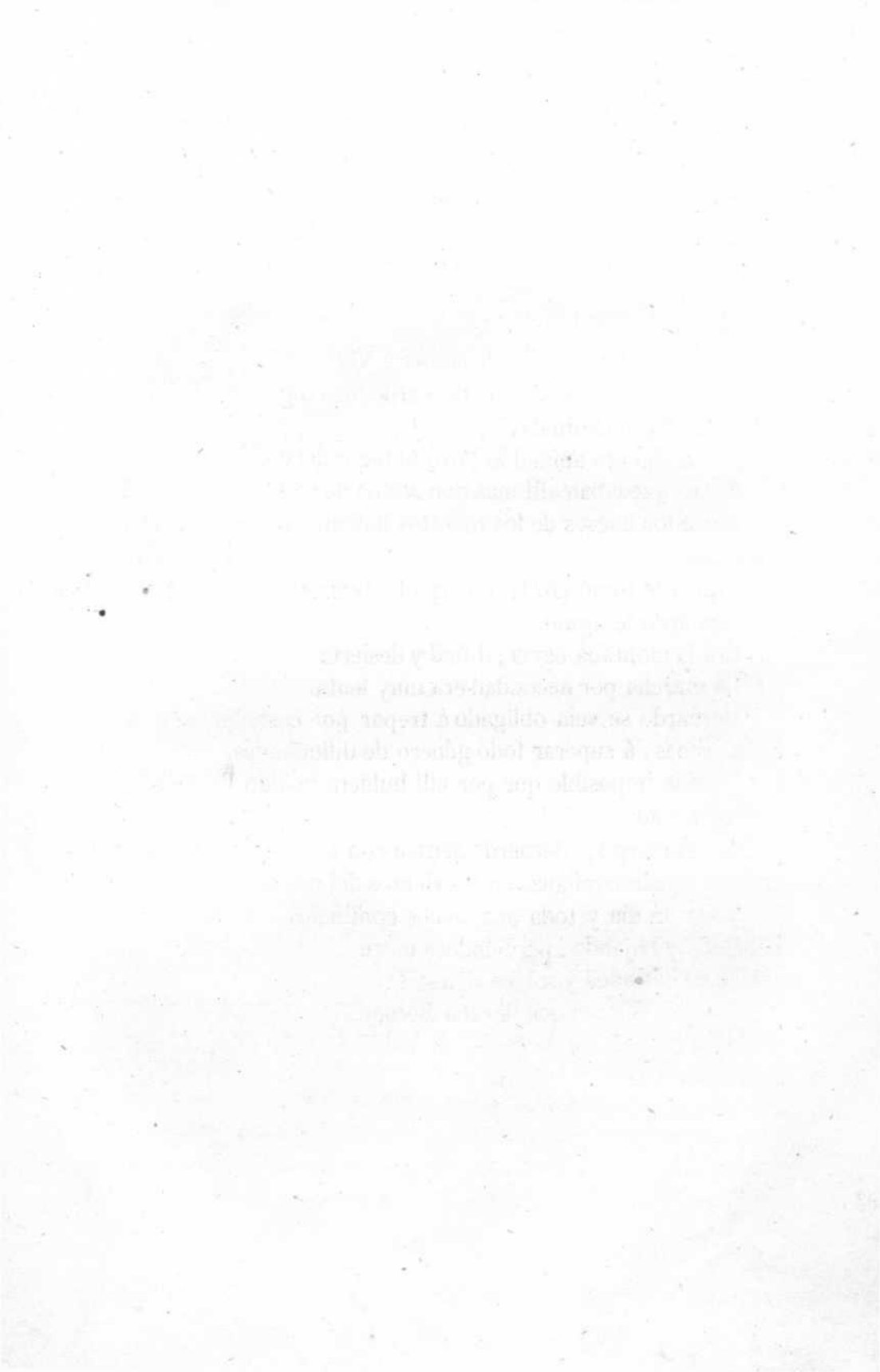
Parecia imposible que por allí hubiera podido llevarse á una muger robada.

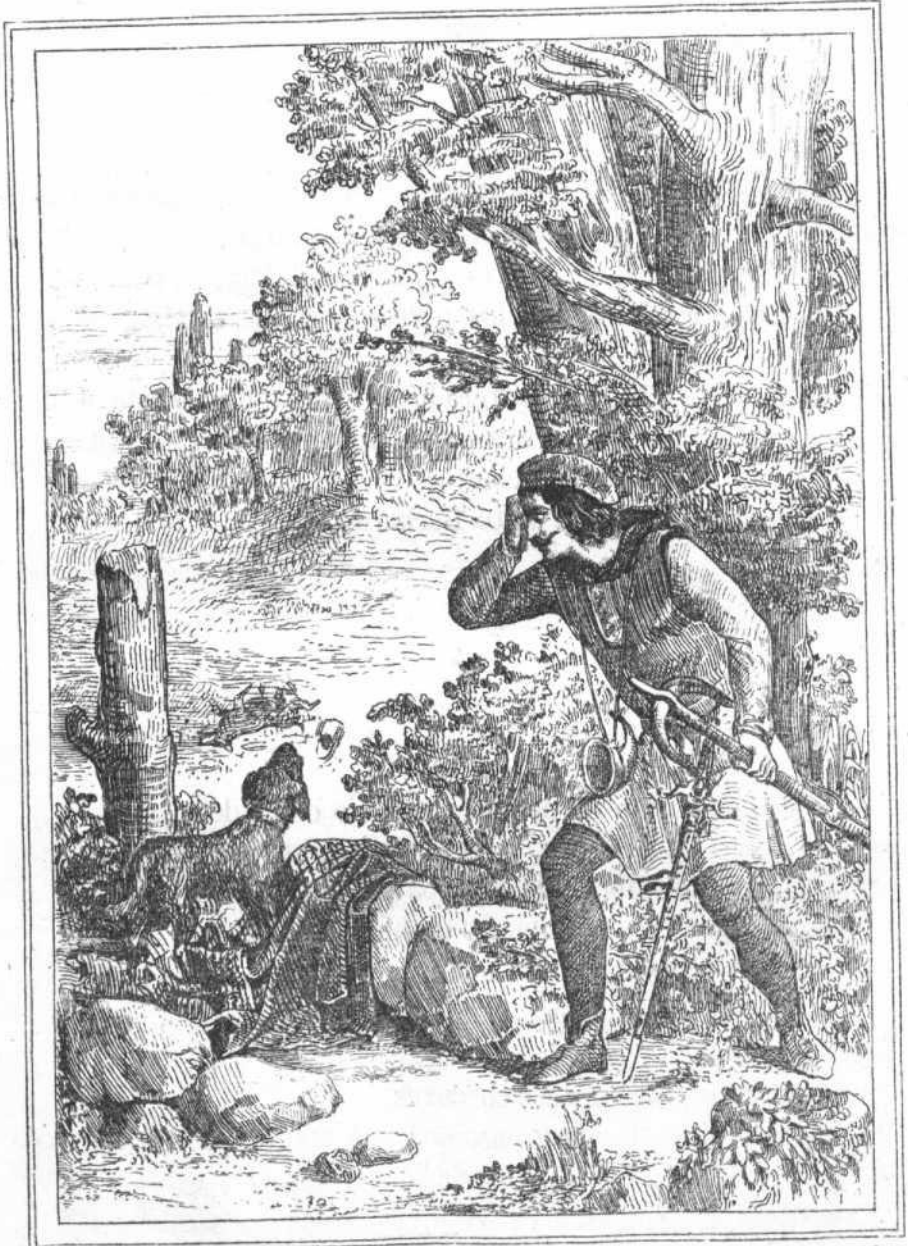
Sin embargo, Bernardo seguia con fé á Vigilante, porque tenia una gran confianza en los vientos del animal.

Todo un dia y toda una noche continuaron embreñándose, subiendo y bajando, perdiéndose entre inmensos pinares, entre selvas de castaños y robles silvestres.

Las provisiones que llevaba Bernardo se habian acabado, y no habia ni señales de caza, ni habitantes en algunas leguas á la redondez.

Aquello parecia un desierto maldito.





Ruiz editor.

Moreno dib. y lit.

Bernardo se detuvo horrorizado con los ojos fijos en algunos objetos que tenía delante.

IX.

De repente un alarido lastimero, terrible, de Vigilante, que se habia adelantado, heló la sangre á Bernardo.

A aquel ahullido sucedieron otros mas fatídicos aun.

Eran esos ahullidos que los perros lanzan á la vista de un cadáver.

Bernardo se lanzó á la carrera hácia el lugar donde estaba Vigilante, y de repente se detuvo horrorizado con los ojos fijos en algunos objetos que tenia delante.

Veamos lo que habia visto Bernardo.

X.

Se encontraba en un pequeño espacio como de cuarenta varas en cuadro, pedragoso, negro, rodeado de maleza y cubierto por las hojas sombrías de algunos pinos.

Aquel lugar estaba cubierto de objetos terribles.

Bernardo no estaba en situacion de contarlos, de analizarlos; pero nosotros vamos á decir á nuestros lectores lo que aquellos objetos eran.

Habia como diez ó doce carcaxes.

Los venablos estaban esparcidos acá y allá, y dos de ellos se veian clavados en los pechos de dos lobos muertos.

Vestiduras desgarradas y ensangrentadas, puñales, bocinas, capacetes, abarcas con sus ligamentos, todo semejante á las armas y al traje que usaban los bandidos fronterizos.

Pero nada de esto veia Bernardo.

Los objetos en que estaban fijos sus ojos, era un manto azul bordado de plata, una túnica de damasco blanco, unos pequeños chapines bordados de oro y perlas, un cingulo de diamantes, un collar de ébano con gruesos diamantes, una diadema de oro y rubíes, y enredadas en la diadema unas hermosas y largas trenzas negras.

Todo esto medio ensangrentado, esparcido, desgarrado, destrozado.

Bernardo habia conocido las ropas, las joyas y la cabellera de Saida Otamida.

Y aquellas ropas, aquellas joyas, aquella cabellera en el estado en que se encontraban, revelaban un suceso horrible.

Saida Otamida debia de haber sido, segun aquellos vestigios indudables, devorada por los lobos.

Del mismo modo debieron ser devorados los doce bandidos cuyos despojos, es decir, cuyas ropas y cuyas armas se veian esparcidos acá y allá.

A más, como una nota horriblemente aclaratoria, estaban allí dos lobos muertos.

Esto parecia demostrar que los raptores de Saida Otamida cuando la llevaban á través de la montaña, habian sido acometidos por una manada de lobos hambrientos, que habia habido un breve y terrible combate, tras el cual habian sucumbido y sido devorados Saida Otamida y sus raptores.

Al esclarecerse este horrible pensamiento en la razon de Bernardo, vaciló, dió un grito de muerte y cayó por tierra sin sentido.

CAPITULO XIX.

De como Bernardo llegó á considerarse viudo.

I.

Quando Bernardo volvió en sí se encontró en una ermita, sobre una dura tarima, junto á un anciano y venerable ermitaño que oraba de rodillas delante de un tosco altar.

Por el momento Bernardo nada recordó del terrible suceso que le habia reducido á aquel estado.

Parecíale como que resucitaba: como que salia de un letargo mortal en que nada habia sentido ni visto y cuyas sombras pasaban aun sobre él.

Parecíale tener la cabeza llena de un vacío doloroso, y que su corazon se habia convertido en plomo y su sangre en hielo.

Miró atónito en torno suyo y fijó los ojos en el altar delante del que ardia una lámpara, y en el ermitaño que oraba.

Y así permaneció inmóvil, mudo, con la insensatez pintada en el semblante, con las mejillas pálidas, seca y árida la boca y los ojos velados por una nube densa.

Bernardo entonces solo existía de una manera material.

Su espíritu no recordaba el pasado, no sentía el presente, no avanzaba al porvenir.

II.

Cuando el ermitaño concluyó de orar se volvió cuidadoso hácia la tarima, y al ver á Bernardo recostado sobre uno de sus brazos, con la cabeza apoyada en su mano y con los ojos dilatados y fijos en él, dejó ver en su semblante una espresion de alegría.

—¡Oh! gracias á Dios, dijo, que ha escuchado mis oraciones, yo le habia creido muerto, y vive... y con una vida vigorosa. ¿Cómo te sientes, hijo mio? añadió acercándose á Bernardo.

El jóven no contestó, pero en su semblante se dejó ver como la espresion de una poderosa lucha interna, como si su espíritu hiciese esfuerzos por despertar.

—¡Ah! esto es peor, dijo el ermitaño; su cuerpo vive, pero acaso su razon ha muerto.

Bernardo le miraba con la misma espresion de los niños que aun no pueden apreciar las cosas, que no poseen aun bastantes relaciones para poder poner en actividad su pensamiento.

Bernardo, como los niños en esa primera edad, ni aun tenia deseo de hablar.

El ermitaño le observó profundamente, y luego salió y se puso á buscar algunas yerbas alrededor de la ermita.

III.

Pasaron un día, dos, diez, quince.

Al cabo Bernardo dió señales de razon.

Al amanecer un día, cuando ya el ermitaño hacia su primera oracion sobre el altar, despertó Bernardo.

Se nos olvidó decir que Vigilante, el buen perro, acompañaba á Bernardo y no se habia separado un momento de él.

Al mismo tiempo que Bernardo vió al ermitaño, vió tambien á Vigilante, que echado en el suelo le miraba con sus grandes é inteligentes ojos, y que al ver la mirada de Bernardo fija en él, como si hubiese comprendido que su amo habia vuelto á la razon, se levantó y se lanzó á él prodigándole ruidosas caricias.

Vigilante fué para el pensamiento, para los recuerdos de Bernardo, un punto de partida.

De una manera lenta, pero segura, desde el perro fué recordando Bernardo todos los sucesos con que Vigilante estaba en relacion, y al fin una luz clarísima iluminó su memoria.

Lo recordó todo.

Aquel horrible enmarañamiento de la selva, donde habia encontrado el collar y las ropas ensangrentadas de Otamida.

Y entonces Bernardo exhaló un rugido de dolor, de desesperacion, y se puso violentamente de pie.

IV.

Aquel rugido de dolor arrancó al ermitaño del arrobamiento de su oracion, y se volvió y se alzó.

Encontró delante de sí á Bernardo pálido, convulso, con los cabellos erizados de espanto y los ojos fosforescentes.

—¿Qué es esto? ¿dónde estoy? ¿quién me ha traído aquí despues de la horrible desgracia que me ha acontecido? exclamó.

—Yo te encontrado en la selva, ó por mejor decir, desde la selva vino tu perro á buscarme y me llevó á donde estabas sin sentido, dominado por un paraxismo semejante á la muerte, contestó el ermitaño.

—¿Y cuánto tiempo hace que sucedió eso? dijo Bernardo: á mí me parece que he estado durmiendo una eternidad.

—Quince dias han pasado, dijo el ermitaño: quince dias durante los cuales he temido por tu vida.

—Pluguiera á Dios que hubiese muerto, dijo Bernardo.

—El hombre no debe jamás desear la muerte, replicó el ermitaño.

—¿Y cómo puedo yo vivir, habiendo perecido ella y de una manera tan desastrada? dijo con desesperacion Bernardo.

El ermitaño se estremeció al escuchar á Bernardo.

Aquel hombre habia visto en la selva, entre los despojos de vestidos y los vestigios de un horrible festin humano, junto á los cuales se veian joyas y ropas de muger, una de aquellas joyas y el collar de ébano y diamantes de Otamida, entre las manos de Bernardo.

Comprendió, pues, que Bernardo habia vuelto completamente á la razon.

No encontró, pues, nada que decir, sino procurar consolarle.

Pero Bernardo rechazó toda clase de consuelos.

—Decidme, padre, decidme, exclamó interrumpiendo bruscamente al ermitaño cuando este se esforzaba mas por devolverle la paz de su espíritu: ¿habeis visto pasar por estos alrededores algunos bandidos?

—No, dijo el ermitaño.

—¿Pero no habeis ido vos con Vigilante á aquel horrible lugar?

—Sí: pero ese lugar está una legua separado de esta ermita.

—¿Y decidme padre: no habeis oido aullidos de lobos? esos animales cuando devoran una presa y son muchos, riñen.

—En estas soledades es muy frecuente la presencia de los lobos, hijo mio, dijo el ermitaño: los atrae á ellos la cercana frontera, donde con frecuencia la guerra contra los moros deja cadáveres insepultos.

—¿Conque nada supisteis de esa horrible desgracia, hasta que os llevó Vigilante al lugar donde yo me encontraba?

—No.

—¿Quién me trajo aquí?

—Yo.

—¡Vos anciano y solo, me tragisteis durante una legua! ¡a mí, robusto, inerte!

—Dios y la caridad me dieron fuerzas.

Bernardo que habia mirado de una manera terrible al ermitaño al hacerle aquella pregunta, se vió obligado á bajar los ojos ante la mirada serena y el acento de mansedumbre y de caridad conque el ermitaño pronunció su respuesta.

—Dios os lo pague, padre mio, se apresuró á decir Bernardo.

Y luego añadió:

—Llevadme á aquel sitio.

—Y para qué, hijo mio, dijo el ermitaño. Para recordar quizás...

—¿Cómo puede recordar el que no olvida? exclamó Bernardo: ¿ignorais, padre mio, que la muger cuyos sangrientos vestidos han quedado únicamente en aquel lugar, era mi esposa, una esposa adorada?

—¡Ah! exclamó el ermitaño.

—Llevadme, llevadme pues, quiero ver lo último que ha quedado de ella: quiero gozar apurando mi dolor: llevadme.

El ermitaño cedió: tomo su báculo y apoyados el uno en el otro y precedidos de Vigilante, tomaron el camino de aquel lugar horrible.

V.

El tiempo había estado sereno desde que Bernardo encontró aquellos vestigios sangrientos, hasta que volvió á visitarlos.

Así es, que las ropas, los carcages, las armas, estaban en el mismo estado en que los vió Bernardo por primera vez.

Pero entonces no se trastornó.

Miró sombrío y terrible aquellos despojos miserables, y levantó con desesperacion los ojos al cielo.

Tomó un fragmento de la túnica de Otamida, le besó desesperado y le guardó en el pecho.

Luego dijo:

—Partamos de aquí, padre mio; hacedme la merced de cuidar de estos despojos: yo me voy á mi señorío, pero tardaré poco en volver; voy á levantar en este mismo lugar una capilla consagrada á Santa María, y vos sereis su ermitaño. Adios.

—¿Y vas á partir enfermo y solo, dijo el ermitaño?

—Nunca me he sentido mas fuerte padre mio, dijo el jóven, descuidad. Por lo demás muy pronto volveré.

Y tomando un carcax y algunos de los venablos de los bandidos, que estaban por el suelo, partió.

El ermitaño le vió alejarse con inquietud, arrojó una mirada indescribible sobre las ropas ensangrentadas que estaban por el suelo, y luego con un paso mas rápido, mas vigoroso de lo que parecian permitir sus años, se perdió entre la selva.

VI.

Quince dias despues aquel lugar estaba noblemente acompañado.

Un pendon rojo con una cruz de oro, ondeaba en el centro de aquel claro, al lado de un estandarte eclesiástico.

Pero era aquel estandarte, un estandarte de difuntos.

Un abad con mitra y ornamentos pontificales, ciriales, cruz y clerecía entonaba la vigilia: arrodillados, pálidos, convulsos, se veian al conde Alfonso de Saldaña, á su muger doña Luz y á Bernardo.

Junto á ellos, prosternado tambien y gimiendo, se veia á Jacob-el-Meknesi.

Detrás estaban los hidalgos y los escuderos de los señoríos de Saldaña y del Carpio, armados como para entrar en batalla y teniendo sus caballos del diestro.

El ermitaño que habia socorrido á Bernardo estaba allí tambien y unia su voz á la de los chantres, que con el abad entonaban la vigilia.

Cuando aquellos despojos fueron rociados con agua bendita el abad rompió la marcha y todos le siguieron.

Cuarenta escuderos se quedaron guardando aquel lugar.

En la ermita, el anciano ermitaño ratificó la declaracion que habia hecho del encuentro de Bernardo en aquel lugar del bosque, de haber sido en diferentes ocasiones devoradas algunas personas por los lobos, y de haber visto los vestigios indudables de la muerte de Otamida, esto es, de sus cabellos ensangrentados ásidos aun á la diadema, su collar, sus joyas, sus ropas sangrientas.

Bernardo ratificó y firmó tambien una declaracion semejante. Confirmáronla el conde Alfonso y su esposa, el abad del Carpio,

los escuderos presentes, y por último, los secretarios de ambos señoríos.

Por este documento constaba de una manera indudable, por ante la religion y la ley, la muerte de Saida Otamida.

Bernardo del Carpio era legalmente viudo.

VII.

Recogieron en una urna de oro todos los vestigios de Saida Otamida, y en una caja de roble, los de los bandidos que la habian arrebatado y se depositaron en la ermita del anciano ermitaño, para resguardo del cual quedaron cuarenta escuderos.

Inmediatamente se empezó á trabajar en la construccion de una capilla bizantina, en el sitio de la catástrofe.

Algunas noches despues, el ermitaño, que se habia entrado solo en la selva, se detuvo en un lugar de ella y lanzó un largo silbido.

Poco despues salió de entre un jaral un hombre armado á la ligera: uno, en fin, de los bandidos fronterizos.

—Toma, Ferran, le dijo el ermitaño, y lleva esto inmediatamente á la señora.

Y le dió un pergamino enrollado.

El bandido sin hablar una palabra desapareció.

El ermitaño se volvió á la ermita.

El pergamino que el bandido llevaba, decia así:

«Noble señora: te he servido á pesar de que el dolor de esos padres y de ese esposo me destrozaban el corazon. Nadie ha dudado: doña María de Saldaña está muerta para su esposo y para sus padres, y dentro de poco estará construido su sepulcro. Perdónete Dios y que me perdone tambien á mí.—Tu servidor, escudero de tu casa.—Nuño.»

VIII.

Cuatro meses despues, una bellissima capilla bizantina de piedra con habitacion adjunta, se alzaba en el lugar donde Bernardo habia encontrado los vestigios de Saida Otamida.

Un magnífico sarcófago de mármol blanco se veia delante del altar, y en él la estatua yacente de una dama, que tenia el rostro cubierto con un velo.

Sobre aquel sarcófago ardía una lámpara, que debía alimentar perpétuamente un ermitaño.

El primero encargado de este servicio, fué Nuño, antiguo escudero de Diego Pérez, servidor de Brunequilda, que habia socorrido á Bernardo con el disfraz de ermitaño.

IX.

Bernardo iba con suma frecuencia desde el Carpio á llorar sobre la tumba, que solo contenia la cabellera, la diadema, las joyas y algunas ropas desgarradas y ensangrentadas de Saida Otamida.

Para Bernardo aquello era lo único que existia de su desdichada esposa.

Erale, pues, imposible pasar mucho tiempo sin visitar aquella capilla.

Pero un dia que fué, llamó inutilmente á la habitacion del ermitaño.

Al mismo tiempo le sobrecogieron algunos lastimeros ahullidos de Vigilante.

Bernardo del Carpio.

Acudió al lugar de donde partian aquellos ahullidos y encontró á Vigilante junto á un hábito desgarrado y ensangrentado, un rosario y unas sandalias.

Todos los vestigios parecian indicar que el anciano ermitaño habia sido devorado por los lobos.

Bernardo hizo enterrar aquellos despojos en la capilla.

Por aquel tiempo un hombre como de cuarenta y cinco años, armado de todas armas, ginete en un caballo encubertado de guerra, llamaba con su bocina á las puertas del castillo señorial del condado de Bigorre.

Levantóse el rastrillo, echóse el puente, fué reconocido el que llegaba, y hallándose que era Nuño, el antiguo escudero de confianza de Diego Pérez, dejáronle franca la entrada, y poco despues Nuño se encontraba delante de una dama hermosa, pero severa, ceñuda y pálida.

Aquella dama era la infanta Brunequilla, condesa de Bigorre por muerte de su padre, viuda de Diego Perez y madre de Heriberta.

Al ver á Nuño su pálido semblante se enrojació levemente y una sonrisa fria, en que se espresaba una alegría amarga, apareció en su boca.

—Acabo de llegar, señora, dijo Nuño, y os traigo buenas noticias.

—Habla, dijo Brunequilla.

—Todo está concluido: don Bernardo se cree viudo: la muerte de doña María de Saldaña ha sido solemnemente reconocida: sus ropas sangrientas están sepultadas en un magnífico sepulcro.

—El tiempo borra todos los dolores, dijo Brunequilla: don Bernardo se consolará y acabará por recordar sin dolor á su doña María. ¿Pero no ha podido sospechar nadie?

—Nadie, señora.

—Cuéntame, repíteme todo lo que ha sucedido, puesto que tú fuiste quien te encargaste de todo: siéntate: estás cansado.

Nuño se sentó: guardó por algunos momentos silencio y ego empezó la relacion siguiente.

CAPITULO XX.

En que se sabe lo que habia sido de Saida Otamida.

I.

CUANDO dejé en la torre de Saldaña la carta falsa destinada á sacar á doña María del castillo, salí y me enbosqué con mi gente en un lugar escabroso del camino por donde debia pasar aquella señora para ir á la frontera.

Debo deciros, noble infanta, que la gente que yo llevaba, era muy valiente y estaba vestida y armada como los bandidos fronterizos, y que algunos de los hombres que la componian eran en realidad bandidos, que nos hacian falta, por lo conoedores que eran de las trochas y de los senderos de la montaña.

Poco despues de habernos emboscado, pasó una litera, en

que sin duda iba doña María, porque la acompañaba el xequé árabe con los seis negros africanos, que habían venido con ella y con Bernardo, de Córdoba.

Resguardábanla además algunas buenas lanzas del señorío del conde Alfonso de Saldaña.

Llegó doña María con su gente al Carpio y allí se detuvo muy poco tiempo, á pesar de que empezaba á cerrar la noche oscura y tempestuosa.

Viendo esto y que doña María se habia puesto en camino aumentando su resguardo con algunas lanzas del señorío del Carpio, pregunté á uno de los bandidos si habia algun lugar en el camino, en el cual pudiéramos acometer con ventaja á la gente que acompañaba á doña María.

Dijonos el bandido que cuatro leguas mas allá habia unas angosturas, donde podríamos vencer instantáneamente y con gran ventaja á las gentes que acompañaban á doña María.

Partimos, esperamos, y á la media noche doña María estaba en nuestro poder y caminábamos con ella á través de la montaña, sin que nadie pudiese seguirnos.

II.

—¿Y no quedó ninguno de los de tu gente herido ó cautivo en poder de las gentes de doña María?

—Quedaron dos bandidos muertos.

—¿De modo que ha podido tomarse el rapto por una acometida de salteadores?

—Si señora, y el suceso es tanto mas creible, cuanto es sabido que estos malhechores se apoderan siempre que pueden de una persona principal, para exigir despues por su libertad y aun por su vida, un cuantioso rescate.

—¿Y no ha quedado indicio alguno?

—Ninguno.

—Continúa.

Al día siguiente yo entregué á doña María las ropas que me habíais dado para ella, y la obligué á que me entregase las suyas y sus alhajas.

Resistió, pero el terror la obligó á ceder.

La pedí su cabellera y se negó tambien.

Pero se la corté, valiéndome de la fuerza.

Entretanto, y como me habíais dicho, para hacer aparente la muerte de doña María, mi gente se ocupaba en dar caza á los lobos que abundan en aquellas montañas,

Al fin vinieron con dos lobos muertos.

Entonces en un claro de la selva, esparcí las ropas, las alhajas y la cabellera de doña María enredada á su diadema; las ropas, las armas y las abarcas de bandidos de mis gentes, y luego, con la sangre y los despojos de un caballo muerto, se ensangrentaron aquellas ropas, se dejaron rastros de sangre acá y allá y entre estos despojos dos lobos muertos. Despues os envié con Galvan y dentro de una litera cerrada, á doña María.

III.

—Pero es necesario no olvidar, dijo con gran cuidado Brunquilda, que don Bernardo llegó al lugar donde Roldan tenia á mi esposo y á mi hija, valiéndose de uno de sus perros ventores.

—No lo olvidé: por lo mismo hice cazar en trampa un lobo, y vivo, y sujeto con una cuerda unida á un collar, por cuatro hombres, hice marchar al lobo detrás de la litera de doña María, hasta un lugar en que encontré una corriente: el rastro del lobo es muy fuerte y borra todo otro rastro: cuando llegamos á la corriente nos metimos por ella y caminamos contra ella durante

dos leguas, despues de haber dejado en libertad al lobo, que hu-
yó perdiéndose en la selva.

Si don Bernardo buscaba con su perro ventor á doña María en el lugar en que la robamos, debia necesariamente llegar al lugar donde habian quedado vestigios tales de su muerte, que era casi seguro que no dudase de ella. En el caso de que dudase y quisiese seguir el rastro, el rastro estaba borrado, por el fuerte rastro del lobo, que sabe Dios á dónde habrá ido á parar. Don Bernardo no puede encontrar á su esposa, como no fuese por traicion de los hombres que me acompañaban: tú no has querido sangre...

—Basta con la de los dos infelices que han muerto al robar á esa muger.

—Eran dos bandidos cargados de crímenes.

—¿Pero no murió ninguno de los que resguardaban á doña Maria?

—Si señora, dos.

—Que serian hombres honrados, vasallos leales, dijo Brunequilda inclinando la cabeza como bajo el peso del remordimiento.

—Es muy frecuente que en una guerra de señorío á señorío, de reino á reino, mueran hombres buenos y honrados. Vos señora, habeis entablado una guerra con don Bernardo.

—Que quiero que nadie sepa.

—Yo encargué á Galvan que antes que los hombres de armas del condado de Bigorre que me acompañaban, entrasen en Francia, torciesen hácia Cataluña y se embarcasen con Ferran para la Tierra Santa. Los franceses no entienden el habla de los españoles solariegos y estando tan lejos, el secreto está asegurado. Solo quedamos aquí Galvan y yo, que sabemos el secreto y si dudais de nosotros, partimos tambien á la Tierra Santa.

—No, no, dijo Brunequilda: yo conozco vuestra ciega lealtad y no desconfio de vosotros. Pero continúa.

IV.

Quedéme solo.

Disfracéme de ermitaño viejo y me fuí á ocupar una ermita abandonada, que estaba próxima al lugar donde habian quedado los vestigios aparentes de la muerte de doña María.

Al dia sexto oí lastimeros ahullidos de un perro en aquel lugar: acudí y me encontré á don Bernardo por tierra, sin conocimiento, mortal.

Llevéle á la ermita, y durante quince dias creí que el dolor que le habia causado la creencia de la muerte de su esposa, le mataria, ó al menos le volveria loco.

Al fin un dia despertó de aquel sueño cruel.

—Sí, cruel, muy cruel, dijo Brunequilla: lo que he hecho con él es horrible: pero mi hija, mi pobre hija: entre él y Heriberta yo no podia dudar: Dios perdonará á la madre los horrores que ha causado por la hija. Pero sigue, sigue: te estoy oyendo ansiosa.

Nuño continuó.

V.

Don Bernardo me hizo recoger los despojos, esto es, la túnica, la cabellera y las alhajas de doña María.

Después partió y volvió.

Le acompañaban los padres de su esposa, el abad del Carpio con los clérigos, su estandarte con sus escuderos, y los restos de ropas y alhajas y los cabellos de doña María fueron depositados en una caja, sobre la cual el abad y sus clérigos entonaron el rezo de difuntos en el mismo lugar donde se creia habia perecido doña María.

Despues se ha construido allí una capilla, dentro de la cual está encerrada en un magnífico sepulcro la caja que contiene los depojos ensangrentados que hicieron creer la muerte, y don Bernardo, creyéndome un anacoreta penitente, me rogó que fuese á vivir en aquella capilla y á cuidarla.

Yo consentí: pero no podia permanecer allí, ni desaparecer, sin causar sospechas.

Entonces recurrí al mismo medio que habia inventado para hacer creer la muerte de doña María: desgarré mi hábito de ermitaño, le ensangrenté, como asimismo mi rosario y mis sandalias, y partí.

Aquí estoy dispuesto á servirte, con mi corazon y con mi cabeza.

VI.

Calló Nuño despues de esto, y Brunequilla conservó su silencio.

Estaba pálida, aterrada: sus hermosos ojos azules reflejaban el fuego ardiente y sombrío de una fiebre interna.

Al fin se pasó la mano por la frente y exclamó:

—Esto es horrible, impío, sacrílego, y sin embargo, era preciso: mi Heriberta antes que todo.

Y luego dominándose añadió:

—Oye, Nuño; véte á descansar, pero cuando descanses, prepara nuestra partida.

—¿Para dónde, señora?

—Volvemos á habitar nuestra abandonada torre de Pero Perez.

Y Nuño, obedeciendo una señal de su señora, la saludó y salió.

CAPITULO XXI.

**En que se siguen relatando los estraños acontecimientos de esta
verídica historia.**

DE allí á algunos dias notóse movimiento en la cerrada torre de Pero Perez.

Como en otros tiempos, se vieron entrar y salir los servidores de Diego Perez, luces de noche en las ventanas, el mismo aspecto, en fin, de la torre, antes de que Brunequilda y Heriberta partiesen para Francia.

El barco era lo único que no se habia repuesto.

Diego Perez la única persona que faltaba.

Brunequilda y Heriberta habian vuelto.

Viéronlas los aldeanos de la comarca en sus pobres chozas egerciendo como en otro tiempo su caridad con ellos, pero tristes y cubiertas con sus cenicientos vestidos de luto.

Bernardo del Carpio.

La terrible ventana de la torre que daba sobre el mar y que habia estado abierta durante la ausencia de las señoras, al volver estas, habia vuelto á cerrarse.

Nadie sabia dónde habian estado la madre y la hija.

Ellas no lo decian á nadie, y Nuño, á quien Brunequilda habia puesto al frente de la casa, guardaba el mas profundo silencio.

Los demás escederos eran callados como piedras.

Supusieron, pues, porque era necesario suponer algo de ellas, que las dos señoras habian ido á hacer una romería por el eterno descanso del muerto Diego Perez.

II.

Todos los dias entraba Nuño en la habitacion de Brunequilda y la decia:

—Don Bernardo no ha vuelto aun de la ermita de la selva.

Entonces una espresion de impaciencia se pintaba en el semblante de Brunequilda.

—Jamás olvidará á esa muger, exclamaba para sí.

Durante algun tiempo Nuño dijo las mismas palabras á su señora.

Ocupémosnos un poco de Nuño, puesto que le hemos visto haciendo á la perfeccion su papel de viejo ermitaño, con su larga barba blanca, su cabellera cana y sus hábitos burdos.

Nuño era un hombre de cuarenta y cinco años, rudo, pero leal, y franco.

Si se habia prestado á la terrible farsa inventada por Brunequilda para hacer pasar por muerta á Otamida, habíale arrastrado á ello el ciego cariño que profesaba á sus señoras.

Por Brunequilda y por Heriberta hubiera sido Nuño capaz de dejarse matar.

Bernardo, que le conocia demasiado como servidor de Diego Perez desde mucho tiempo antes de la muerte de este, no le habia reconocido con su disfraz de ermitaño.

Era, pues, preciso conceder que Nuño era un cómico excelente, que habia representado de una manera admirable su carácter.

Un cómico de verdad, un cómico de la vida.

Esto demostraba tambien que como el mejor cómico, sabia alterar su voz, su edad y su aspecto, puesto que Bernardo no habia podido reconocerle.

Y para apreciar en su verdadero valor el mérito de Nuño, es necesario tener en cuenta que los solariegos de aquel tiempo no tenian nocion alguna del teatro: además que el teatro de la naturalidad, de la verdad, de la suplantacion de épocas y figuras, no se inventó sino algunos siglos despues de aquel en que vivió Nuño.

La naturaleza y la necesidad han precedido y aventajado siempre al arte, en la mayor parte de sus manifestaciones.

III.

Un dia Nuño entró con semblante alegre en la habitacion de su señora.

Y llevaba Nuño alegre el semblante, porque estaba seguro de que la noticia que llevaba á Brunequilda habia de alegrarla.

En efecto, Brunequilda sintió una alegría inmensa cuando Nuño la dijo:

—Don Bernardo llegó ayer á la torre de Saldaña.

—¿Le has visto? preguntó con ánsia Brunequilda.

—Sí, noble infanta.

—¿Y qué muestras dá su semblante?

—Las de una tristeza mortal.

—Jamás olvidará á esa muger, murmuró para sí Brunequilda.

Y luego dijo á Nuño en voz alta:

—Sal, pero no te alejes: pronto te llamaré.

Nuño salió y Brunequilda se acercó á una mesa, buscó un pergamino y se puso á escribir.

Aunque parezca estraño que una muger de aquellos tiempos por noble y poderosa que fuese, supiese escribir, es necesario tener en cuenta que Brunequilda era una sabia, una muger excepcional para sus tiempos, que habia estudiado como un monje, que era una maravilla para las gentes que la conocian, y que la admiracion de estas gentes habia acabado por creerla hechicera.

Brunequilda escribió en el pergamino lo que sigue:

«Al noble infante don Bernardo de Saldaña, saluda su sierva Brunequilda, viuda y muger que fué del desdichado Diego Perez.»

El comienzo de esta carta tenia cierto sabor latino.

Despues continuaba.

«Sabrás que durante algun tiempo y arrojada por mi dolor de estos lugares, he andado en romería con mi hija la infanta Heriberta, por el descanso del alma de mi esposo y su padre. Pero debíamos volver á nuestros hogares y hemos vuelto. Nos queda ahora un piadoso deber que cumplir: el de visitar la tumba del desdichado á quien tu generoso valor no pudo salvar de la muerte. Una madre y una hija te ruegan, que puesto que tú solo sabes dónde reposan los restos de su esposo y de su padre, los llesves á aquel lugar: dinos, pues, cuando quieres hacernos esta merced. Dios te guarde.»

Escrita esta carta Brunequilda la enrolló y la selló, llamó á Nuño y le mandó que la llevase al momento á la torre de Saldaña.

IV.

A las pocas horas Nuño volvió trayendo en otro pergamino enrollado y sellado, la contestacion á la carta de Brunequilda.

Aquel pergamino decia lo siguiente:

«A la noble infanta doña Brunequilda Perez, saluda su siervo Bernardo de Saldaña.

«Los desgraciados, señora, se comprenden y de buena voluntad se consuelan: yo que vengo de orar sobre la tumba de mi esposa, comprendo que vos querreis orar sobre la de vuestro esposo. No puedo negarme, pues, á guiaros á ella, Mañana, al salir el sol, me encontrareis en la Rambla de los Olmos, pronto á serviros. Dios os consuele.»

Brunequilda leyó con alegría esta carta y esperó con impaciencia á que llegase el dia siguiente.

V.

Llegado este y antes de la salida del sol, Brunequilda y Heriberta, sobre dos pequeños caballos de montaña, y acompañadas solo del escudero Nuño, salieron de la torre de Pero Perez.

La pobre niña habia enflaquecido, no sabemos si por el sentimiento de la muerte de su padre, ó por el tiempo que habia pasado sin ver á Bernardo, sin tener noticia de él.

Pero con su palidez estaba mas hermosa, porque parecia que su tranquila y dulce belleza se habia espiritualizado.

Parecia una estatua esbelta de marfil viviente, vestida con su

severo traje de luto de ancha plegadura de lana cenicienta, que tal era el color de luto de aquellos tiempos, y coronada como por una diadema natural, por sus hermosos cabellos rubios.

La profunda languidez de su semblante, de su mirada, de sus leves suspiros, parecia ser la manifestacion de la languidez de su alma.

—Vamos al lugar donde tu padre descansa, la dijo Brunequilda al salir de la torre.

Heriberta se puso mas pálida aun y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—Bernardo del Carpio, tu salvador, el que llegó tarde para salvar á tu padre, nos está esperando allá abajo para guiarnos.

Las lágrimas de Heriberta se secaron, y sus megillas se encendieron con un color súbito, al saber que iba á ver de nuevo á Bernardo, que habia creído no volver á ver mas.

Pero no contestó una sola palabra.

Verdad es que Brunequilda no la necesitaba.

Habia visto la conmocion de su hija al escuchar el nombre de Bernardo y habia dicho para sí:

—¡Oh! ¡y cuanto le ama! es necesario que sea su esposo.

Y á seguida de este pensamiento se respondió á sí misma con toda la enérgica fuerza de su alma:

—Pues bien, lo será.

Despues ni la madre ni la hija volvieron á hablar una sola palabra.

Nuño delante y en traje de montería las guiaba hácia la Rambla de los Olmos.

VI.

Al entrar en ella un hombre se levantó de sobre una piedra y adelantó hácia las dos damas.

Era Bernardo.

Al verle, una conmocion poderosa, aunque imperceptible, agitó á Brunequilda, y pasó por sus ojos un relámpago sombrío.

Aborrecia al hombre que siendo amado por Heriberta habia amado á otra muger.

¡El corazon de las madres, profundo é incomprendible excepto para Dios que le ha formado!

¡Las madres que todo lo sacrifican, hasta su eternidad, por el corazon de sus hijas!

Brunequilda habia cometido un horrible delito, dando á la fingida muerte de Otamida unas apariencias de verdad horribles: habia desgarrado el corazon de sus padres, habia sentenciado á un infierno el alma de Bernardo.

Y todo por que sabia que Heriberta bajo un exterior dulce y tranquilo alentaba una pasion mortal por Bernardo.

Para Brunequilda la vida y el alma de su hija eran antes que todo, antes que sus remordimientos, antes que su eternidad.

Y Brunequilda sufria el horror de lo que habia hecho, porque Brunequilda era buena.

Pero era madre, y con valor bastante para ser mártir, no habia tenido valor para ver mártir á Heriberta.

Toda madre, puesta en la misma posicion que Brunequilda, y con poder para hacerlo, lo hubiera hecho.

Pero la presencia de Bernardo que la hacia recordar con mas fuerza su crimen, la estremecia.

La vista de aquel hombre que amándole su hija habia amado á otra, la irritaba.

VII.

Y es que Brunequida, desde el punto de vista de su egoismo, no habia podido ver claro la situacion en que Bernardo se habia encontrado con Heriberta antes de conocer á Otamida.

Bernardo, ya lo hemos dicho mas de una vez, no habia sentido nunca amor por Heriberta, y decimos amor, tomando por comparacion con el amor que Heriberta le habia inspirado, e amor que en el momento de verla le habia inspirado Otamida.

Habia entre ambos amores la diferencia esencial que existe, entre ese amor de costumbre, de la infancia, dulce, lleno de solicitud, tierno y delicado como la amistad, porque no es mas que la amistad misma disfrazada, porque es muy fácil confundir la amistad con el amor, cuando quien nos inspira la amistad es una muger pura, bella y jóven, y ese otro amor, verdadero amor que se convierte para las criaturas en uná segunda vida, poderosa, ardiente, terrible: en esa vida de placeres incomparables y de tormentos infinitos; en esa llama que arde viva, brillante y pura, pero alimentándose del alma, abrasándola, consumiéndola, aniquilándola; amor siempre voraz, insaciable, matador, que muy pocos han sentido, y que dá al que le siente, la bienaventuranza sobre la tierra y al mismo tiempo un infierno.

Cualquiera sea la situacion en que dos seres estén colocados, si al encontrarse se inspiran un amor semejante, se aman por una atraccion irresistible y no hay nada que los separe despues de haberse encontrado y unido, porque son dos almas gemelas, que se han refundido en uno, porque cuando el uno muera, el alma del otro quedará viendo al que sobreviva, y cuando este último hubiere muerto tambien, aquella alma que vió en dos séres será un solo espíritu en el éter donde existe misterioso é infinito el espíritu de Dios.

Y este amor, el amor, propiamente dicho, la union, la reunion de dos almas en una sola, existe, pero son pocos los que tienen la felicidad de sentirlo, porque es raro que en medio de la turbia corriente de la vida se encuentren dos gotas de agua puras y cristalinas que un momento despues de encontrarse se refunden en una gota mayor, pero si se encuentran se unirán, lo repetimos, rompiendo, si es necesario, las convencionales leyes del mundo, para obedecer á la inalterable ley de Dios, á la fatalidad ciega é irresistible: podrán sobrevenir desdichas, morir el uno por el otro: serán Julieta y Romeo.

Pero la filosofia estaba muy lejos de ser lo que es ahora, ó por mejor decir, de predicar lo que ahora predica, en los tiempos de Brunequilda, y por otra parte, faltaban no menos que ocho siglos para que naciese Shakespeare, autor de la tragedia Julieta y Romeo.

Por lo tanto, Brunequilda no podia ni aun adivinar un amor como el que Bernardo sentia por Otamida: ella no habia amado, sino como aman todos en general, á lo que les es mas simpático: por lo mismo ella que creia fuertemente simpática á su hija, se irritaba contra Bernardo porque despues de haber amado á Heriberta, se habia casado con otra muger.

VIII.

La impresion que la vista de Bernardo causó en Heriberta, fué la que produce el amor en toda su intensidad.

Una alegría inmensa inundó su alma y no la disimuló: no tenia por qué disimularla: ella ignoraba de todo punto el casamiento de Bernardo, porque su madre se lo habia ocultado, y en cuanto al luto que el jóven llevaba, como ellas, creyó, porque no podia creer otra cosa, porque creia que Bernardo no tenia parientes, que aquel luto no era otra cosa que una delicada

da muestra de sentimiento por la muerte del padre de la muger que amaba.

Porque Heriberta, en su tranquila ignorancia, en su feliz inocencia, se creia amada por Bernardo.

Alegría, pues, y una alegría purísima, intensa, infinita, fué la que Heriberta sintió á la vista de Bernardo, del único hombre á quien desde su infancia habia amado y á quien, ya muger, libertada por él de Roldan, habia debido acaso más que la vida: la honra.

IX.

Nuño por su parte sintió miedo y remordimiento á la vista de Bernardo.

Acordábase demasiado y contra su voluntad del papel traidor de ermitaño que habia representado: de aquella horrible farsa de muerte y del dolor desconsolador del jóven, que por servir á su señora, no habia consolado con una sola palabra.

X.

Sin embargo, Brunequilda y Nuño disimularon el estado de su espíritu: afectaron, lá una, una alegría que estaba muy lejos de sentir, y el otro la indiferencia respetuosa de un servidor para con un caballero, amigo además y antiguo conocido de sus señores.

Heriberta era la única que no disimulaba su alegría: no tenia motivo para ocultarla, porque Bernardo, al par que la inspiraba amor, la inspiraba una gran confianza.

Bernardo adelantó hácia las dos damas.

Al verle de cerca Heriberta se puso pálida.

Pálida de temor y de ansiedad.

Tal era el respeto de Bernardo.

Pálido, hundidos los ojos y fosforescentes, enflaquecido con las huellas de un profundo dolor en su semblante, parecia otro enteramente de aquel hermoso mancebo que Heriberta recordaba.

Parecia que habia salido de una enfermedad mortal: mejor dicho parecia que la sufría.

—Guárdeos Dios, señora, dijo tristemente el jóven á Brunequilla.

—Yo os doy gracias infante, contestó esta, por lo propicio que os habeis mostrado para llevar al lugar del eterno descanso de su padre y de su esposo á dos pobres mugeres atribuladas.

—Era y es mi obligacion, señora.

—Que yo no puedo menos de agradeceros, infante Bernardo.

—¡ Infante! exclamó con estrañeza Heriberta: ¿por qué te llama infante mi madre, Bernardo?

—Porque soy sobrino del rey, hijo de su hermana y de su esposo el conde de Saldaña.

—¡ Ah! y tus padres..... ¿han muerto tus padres y por eso llevas el luto en el vestido y el dolor y la amargura en el semblante?

Al escuchar esta pregunta de Heriberta, Brunequilla miró con ansiedad á Bernardo.

Aquella mirada traducida en palabra decia:

—Ved por Dios lo que haceis: recordad que mi hija os ama.

A cuya mirada contestó Bernardo con otra que queria decir:

—Descuidad, que ya sé lo que debo hacer.

Y luego dirijiéndose á Heriberta la dijo:

—En efecto, hermana mia, mi madre ha muerto y aunque hace ya mucho tiempo que murió sacrificada por su hermano y mi buen tio, nuestro rey don Alfonso..... el Casto, yo no he sabido su muerte sino desde hace muy pocos dias y es justo y á más de justo necesario á mi dolor, que yo vista luto por su muerte. A más que aunque mi madre no hubiera muerto, mi pa-

dre vive sepultado en vida, ciegos los ojos, en una prision por mandato de mi tio, yo me hubiera puesto por él luto y no me le quitaria, ni me quitaré el que llevo, sino cuando á mi padre hubiera libertado, que le libertaré de su encierro en el que yace todo el tiempo que yo cuento de vida. Pero pongámonos en marcha, que la jornada es algo larga y habremos de andar de prisa, si habeis de volver con dia á vuestra torre. Yo creo mi buen Nuño, que aun teneis los pies fuertes.

—Tal cual, señor, tal cual, dijo Nuño: pero como los años no pasan en valde, ya apenas puedo andar diez y seis leguas desde la salida á la puesta del sol.

—Si las andais en invierno no andais poco.

—Tratándose de los dias largos aun se pueden andar las veinte leguas.

—Pues en marcha: ya vereis como Vigilante os muestra el camino.

Vigilante era de la partida y venteaba con insistencia á Nuño: porque Vigilante era el único que como Brunequilda sabia que Nuño y el ermitaño eran una misma cosa.

Pero como Vigilante no podia hablar, porque jamás han hablado los animales, como no haya sido en los tiempos de Esopo, Bernardo no podia deducir de aquella insistencia de venteo que inquietaba á Nuño, sino que Vigilante encontraba de nuevo á un conocido antiguo á quien hacia mucho tiempo que no habia visto.

—Mi perro os conoce, dijo, y os lo da á entender.

—Estos animales cuando salen buenos valén un tesoro, señor.

—Ya vereis que bien nos guia: en marcha, Vigilante, en marcha.

El perro partió.

Nuño algo adelantado y Bernardo junto á los caballos de las dos damas cuando lo permitian los accidentes del terreno, siguieron al perro.

Durante la marcha Bernardo contó á Heriberta de qué manera habia sabido su nacimiento, pero omitiendo en su relato todo lo que pudiera tener relacion con Otamida.

Otamida habia muerto: Bernardo tenia caridad: sabia cuanto le amaba Heriberta y no queria atormentarla.

Al medio dia llegaron al lugar donde estaba sepultado Diego Perez.

Las dos mugeres oraron sobre su tumba.

Despues se volvieron.

Al entrar en la torre Heriberta, se inclinó al oido de Bernardo y le dijo:

—Necesito verte mañana en el bosque de los castaños.

CAPITULO XXII.

En que se vé cuántos abismos hay en el corazon humano.

I.

A la tarde del dia siguiente, hora de costumbre de las antiguas citas de Heriberta y Bernardo, este último se encaminó lentamente al bosque de castaños á un bello lugar al lado de una fuente entre enredaderas y madre selvas donde en otras ocasiones se habian visto los dos jóvenes.

Heriberta esperaba sentada sobre el tronco de un castaño que el leñador habia echado por tierra.

Bernardo adelantó triste, sombrío y cabizbajo.

El sol descendia.

El ambiente, los árboles, el remanso de la fuente, la grama quemada por los hielos, todo tenia un color melancólico, vago, dulce, poético, pero profundamente triste.

Heriberta se levantó al acercarse Bernardo.

El semblante del jóven estaba si cabe mas demudado, mas pálido, mas sombrío que el dia anterior.

Heriberta le miró con una gravedad profunda, como no le habia mirado nunca y con los ojos arrasados en lágrimas.

Heriberta comprendia que Bernardo sufría de una manera aguda, de una manera desesperada y una intuicion poderosa la hacia tener celos de aquel sufrimiento.

Y aquel su amor, hasta entonces tranquilo, empezó á ser el amor inquieto, voluntarioso, que hasta entonces no habia sentido, un tormento del alma que la envenena, que se trasmite al cuerpo y que con frecuencia viene á convertirse en una enfermedad lenta y mortal.

Heriberta antes de hablar á Bernardo se puso pálida y espresó en su sencilla y noble mirada, en su candoroso semblante, todo lo que su alma sentia.

Bernardo se estremeció.

Comprendió que Heriberta le amaba, que su amor no tenia remedio, que era tarde para curarle.

Bernardo se estremeció, porque habia en su alma una virtud que hablaba sobre todas sus sensaciones, que sobreponia á toda su influencia.

La caridad.

Caridad llevada hasta la abnegacion, hasta el heroísmo.

Y aquella caridad recaia sobre un ser á quien Bernardo amaba tiernamente, á quien habia creído amar como se ama á la esposa, antes de conocer á Otamida, á quien amaba como una hermana del corazon, despues de haber amado con toda su alma a su esposa.

Bernardo, que habia ido resuelto á revelar á Heriberta la verdad entera, pues solo por esto habia acudido á su cita, al ver la espresion de la mirada y del semblante de Heriberta, no se atrevió á revelarla lo que para ella era un secreto.

II.

—Siéntate, le dijo gravemente Heriberta sentándose en el tronco del árbol y señalándole un lugar á su lado.

Bernardo se sentó.

—Sufres, dijo Heriberta, y sufres de una manera horrible, parece que una enfermedad mortal te devora.

—Es verdad, dijo Bernardo, desde que supe de quién era hijo, desde que lloré la muerte de mi madre, desde que lucho por devolver á mi padre su libertad y su honra, padezco, Heriberta, padezco de tal modo, que si no logro lo que deseo, moriré.

—Pero tú no puedes, no debes contribuir por tu parte á tu muerte, dijo Heriberta, porque si tu murieras...

Heriberta se detuvo.

Bernardo se estremeció.

Habia adivinado las palabras que no se había atrevido á pronunciar la jóven.

Pero esta necesitaba pronunciarlas y añadió:

—Si tu murieras, moriría yo tambien.

—¡Tú!

—Yo.

—¡Morir tú por mi muerte!

—Sí, porque te amo.

—Siempre nos hemos amado, dijo Bernardo, desde nuestra infancia y nos amamos aún, pero nos amamos con un amor tranquilo, dulce: cuando un hermano muere, se le llora, se guarda siempre su recuerdo, pero no se muere: para morir por la muerte de la persona á quien se ama, es necesario haberla amado.....

Bernardo respetando la inocencia de Heriberta se detuvo.

Pero Heriberta se apresuró á concluir su frase.

— Sí, dijo: para morir por quien se ama, es necesario amarle como yo te amo á tí.

— ¡Heriberta! ¿sabes lo que dices? exclamó aterrado Bernardo.

— Sí... lo sé... no sé desde cuando... desde que he temido perderte: cuando nada temia, mi amor era dulce, tan tranquilo como la superficie de esa fuente: desde que te he visto enfermo sufriendo, silencioso, sombrío, he temido, he sentido que mi amor se trasformaba, que me abrasaba, que me hacia sufrir: he deseado tenerte siempre á mi lado... ser tu esposa...

— Heriberta, eso no puede ser, dijo Bernardo aterrado.

— ¿Y por qué no puede sér? ¿Amas á otra?

Bernardo no se atrevió á decir que amaba con toda la desesperacion de su alma el recuerdo de una muger.

Comprendia el estado en que se encontraba Heriberta, y temia herirla acaso de muerte revelándola la verdad.

Su caridad se lo impedia.

Bernardo se propuso ganar tiempo.

— No puede ser por ahora, añadió, no porque yo ame á ninguna muger sobre la tierra (Bernardo al decir esto creia no mentir porque creia muerta á Otamida) si no porque estoy empeñado en la venganza de mis padres.

— ¿Y siendo esposo mió no puedes vengarlos? Mejor, cien veces mejor; á los vasallos de tu señorío puedes unir los vasallos del señorío de Bigorre, que en cuanto sea tu esposa me cederá mi madre, y que yo cederé á mi esposo; me lo ha dicho antes de venir á verte.

— Mi venganza puede traer grandes desgracias, porque mi venganza es contra un rey poderoso y valiente.

— Arrostraré esas desgracias contigo.

— Si me declara traidor...

— Sufriré tu suerte.

— Si me vence y me mata...

— Moriré contigo...

— ¿Y si en vez de matarme me encierra como á mi padre, me saca los ojos?...

— Entonces, y si no hace conmigo otro tanto, te vengaré.

—¿Pero, si lo hiciese con entrambos?...

—Entonces, Dios nos vengará.

—Espera, espera que yo pruebe la fuerza de mi fortuna.

—Esperaré, pero esperaré dudando, esperaré sufriendo.

—¿Y por qué?

—Porque creo que tu negativa á unirme á mí, no es por temor de lo que pueda sobrevenir, que tú no temes nada, sino porque amas á otra muger.

—¿Quién te ha dicho que yo amo á otra muger? exclamó con recelo Bernardo.

—Mi corazon, contestó ingénuamente Heriberta.

—Tu corazon te engaña: yo te juro por mi fé, por mi salvacion, por mi honra, por tí misma, que no hay sobre la tierra una muger á quien yo ame.

—Júrame que si ves que el sufrimiento me mata, no me dejarás morir.

Esto era apelar á la caridad de Bernardo, que se apresuró á contestar:

—Te lo juro: si en mí consiste el que tú no sufras, no sufrirás.

—¿Y ni una palabra de amor? antes ¿te acuerdas? cuando yo no lo exigia, cuando no necesitaba exigirlo, me ponderabas tu amor, Bernardo.

—Te amo ahora como antes te amaba, Heriberta, dijo el jóven.

Y al decir esto no mentia.

Heriberta pareció tranquilizarse.

—¿Y cuándo vás á empezar tu venganza?

—Mañana voy á ver al rey mi tio: le exigiré que me cumpla la palabra que me dió de entregarme mi padre en el momento en que arrojase de la frontera á los árabes que se habian entrado por ella; los he arrojado; es preciso que el rey me cumpla lo que me ha prometido; si no lo cumple, me liberto de mi vasallage; le declaro mi enemigo, envisto contra sus reinos y que Dios dé el triunfo al que tenga de su parte la razon y la justicia.

—¿Vas mañana á la córte?

—Sí.

—¿Y cuándo volverás?

—Muy pronto.

—Te espero con impaciencia.

Y como ya fuese cayendo la tarde y bastante fría, los dos jóvenes se levantaron del tronco del árbol y lentamente, atravesando un pequeño valle, se encaminaron á la torre de Peró Perez, á cuya puerta la dejó Bernardo, volviendo triste y pensativo á la torre de Saldaña.

III.

En aquella torre dominaba el dolor.

El conde Alfonso y su esposa doña Luz se encontraban en una situación muy semejante á la en que se encontraba Bernardo.

El jóven se encerró en su cámara y se puso á pensar en lo que le acontecía.

—Y bien, dijo : yo no puedo ser mas desgraciado de lo que soy: he perdido la alegría y la luz de mi alma y el rey me niega el consuelo de abrazar á mi padre, de libertarle: yo soy, pues, un cadáver que vive, pero que tiene la obligacion de vengar á los que le dieron el ser. Heriberta sufre, yo no debo hacerla sufrir: su amor hácia mi es tan violento, como el mio por mi infeliz María: pues bien, nada importa que yo sufra, que yo muera, si puedo evitar la desesperacion y la desgracia de un ser inocente. Sufra yo solo, pero no sufra nadie por mí.

Esto era la mas generosa aplicacion que podia hacerse de la caridad.

Esto era condenarse al tormento horrible de hacer la felicidad de un ser que no podia hacerle feliz.

Esto era reconcentrar en sí toda la amargura de una situación horrible.

Porque solo y libre Bernardo podia dar rienda suelta á su dolor , refugiarse en la soledad , luchar con su destino.

Unido á Heriberta se veria obligado á disimular su dolor , á fingirse enamorado, feliz...

Bernardo, como todos los que están desesperados, gozaba haciendo mas amargo su dolor, desgarrando sus heridas.

Y además le impulsaba la caridad.

Bernardo, pues, desesperado, loco, empezó á creer posible, mas que posible, necesaria su union con Heriberta.

Porque era necesario que Heriberta no muriese.

Era necesario, que ya que él era desgraciado, no lo fuese Heriberta tambien.

III

CAPITULO XXIII.

Como cumplió el rey don Alfonso el Casto la promesa que habia hecho á Bernardo.

I.

Al dia siguiente Bernardo se levantó de un lecho, en que no habia dormido, mas temprano que de ordinario.

Es decir, una hora antes de amanecer.

Llamó á su escudero de confianza y le mandó que reuniese las gentes que habia llevado del Carpio á la torre de Saldaña.

Poco despues retumbaba en el castillo la llamada de guerra de trompas y atabales.

Todos se pusieron en movimiento, tan sorprendidos como si hubieran recelado una entrada de los árabes, al sentir aquel toque de alarma á hora tan intempestiva.

Todos los hombres de guerra, los del Carpio y los de Saldaña, acudieron medio dormidos al patio principal del castillo.

El conde Alfonso, que tambien se habia arrojado del lecho, preguntó qué era aquello.

—Son las gentes del infante don Bernardo que se reunen, le contestó uno de sus servidores.

—¿Y para qué? repuso el conde.

El escudero nada contestó, porque nada podia contestar.

Entonces el conde Alfonso, para informarse por sí mismo, se encaminó á las habitaciones de Bernardo.

II.

Encontró á este vistiéndose unas luengas ropas de luto sobre su loriga de mallas, y calzándose ya las anchas espuelas.

—¿A dónde vás, hijo mio? le preguntó el conde.

—A la córte, señor, contestó el jéven.

—¡ Ah! ¿vas á demandar al rey que te cumpla su promesa?

—Debe cumplirla y la cumplirá, contestó Bernardo cubriéndose la cabeza con un capacete en que brillaba la corona de infante.

—No sé por qué temo una desdicha de tu ida á la córte.

—Padre, si el rey me niega lo que solemnemente ha prometido, estoy resuelto: me liberto de su vasallage y con mis gentes me voy sobre el castillo de Luna, le embisto y liberto á mi padre.

—Medita bien antes de dar un paso decisivo que te pones en guerra con el rey.

—Por mi derecho, por mi padre, á quien injustamente ha condenado á una horrible muerte en vida: por mi madre, que ha acabado tristemente sus dias en Oña, privada del amor de su

esposo, separada de su hijo, llorando por los dos: nuestras desgracias son horribles y el hombre que las ha causado es mi enemigo: mi enemigo cruel á quien no puedo mirar ni como pariente, ni como rey: si me devuelve mi padre, si reconoce mi nombre, si deshace, aunque de una manera tardía, parte del mal que ha hecho, le obedeceré, le serviré, y feliz yo si sirviéndole una lanza agarena pone fin á mi triste vida.

—¡Hijo! ¡hijo! mi pobre María, que sin duda está en el cielo, porque al cielo van la virtud y la desgracia, no queria que tú murieras: vive para tu patria, vive para tu Dios; hombres como tú son del suelo que los vió nacer: de los desdichados que necesitan tu amparo: tú no debes, tú no puedes pensar en la muerte: ¿me oyes á mí esas palabras desesperadas, á pesar de que he perdido con ella mi alegría, mi esperanza? No, Bernardo, no: Dios nos envia los infortunios para probarnos, y, ¡ay de aquel que no puede resistir la prueba!

—¡Ah padre! es que vos no sabeis...

Bernardo se detuvo.

El conde Alfonso comprendió en la gravedad del silencio de Bernardo que se trataba de un asunto gravísimo y más por cuidado que por curiosidad, insistió en saber lo que Bernardo parecia no atreverse á decirle.

Entonces Bernardo le contó la conversacion que habia tenido la tarde anterior con Heriberta, hizole conocer el estado en que se encontraba el corazon de la pobre niña, y el conde le escuchó pálido, silencioso, profundamente conmovido.

Cuando Bernardo concluyó, el conde Alfonso guardó por algunos instantes silencio.

Al fin le rompió.

—Debes casarte con Heriberta, le dijo.

—¡Debo!...pues bien, cumpliré con mi deber, murmuró roncamente Bernardo.

Despues de esto la conversacion de entrambos fué difícil.

El conde Alfonso se sentia fuertemente conmovido.

El casamiento de Bernardo con otra muger le desgarraba el corazon.

Tenia celos por su hija: celos á pesar de que creia que Otamida habia muerto.

Porque el amor pasa mas allá de la tumba y los séres que sobreviven, á los séres á quienes han amado, á quienes aman aun, sienten celos por ellos.

Pero fuerte y valiente el árabe convertido por amor, acabó por dominar completamente su conmocion, por encerrarla en el fondo de su alma, y acompañó á Bernardo hasta el momento en que puesto este ya á caballo se encaminó al frente de sus gentes hácia la córte.

III.

Cuando llegó Bernardo el rey le recibió en audiencia pública.

No dejó esto de maravillarse al jóven, al mismo tiempo que le causó un profundo recelo.

Sin duda, segun él pensaba, el rey dispuesto á negarse á entregarle su padre, á reconocerle como hijo legítimo del conde de Saldaña y de la infanta doña Sancha, pretendia con el aparato de la audiencia en presencia de toda su córte, evitar una rebeldia de Bernardo imponiéndole, cuando no temor, respeto.

La reina Berta estaba sentada en el trono al par del rey y á su derecha.

Cuando Bernardo entró, completamente armado, llevando tras sí, y armados tambien, veinticuatro escuderos enlutados, á quienes precedia su estandarte, el rey fijó en el jóven una mirada de recelo, mientras que la reina, con su serena y valiente mirada, inspiraba confianza al jóven.

Arrodillóse Bernardo ante el trono: pero en el momento, el rey don Alfonso dejó la silla real, y levantó á su sobrino.

Después, y delante de toda la Corte, le abrazó.

Bernardo miraba sorprendido lo que acontecía.

No esperaba aquel benévolo recibimiento.

Y el semblante sombrío y ceñudo del rey, parecía desmentir sus acciones y sus palabras.

La reina Berta no estaba por su parte menos ceñuda.

Los condes de palacio, los cortesanos, cuantos asistían á la audiencia, esperaban con interés marcado el resultado de aquello.

—Mis buenos caballeros, mis hidalgos, dijo el rey presentándoles asido de la mano al jóven: hé aquí á mi sobrino el infante Bernardo de Saldaña, hijo de mi hermana la infanta doña Sancha, habido en el matrimonio de esta con el conde de Saldaña don Sancho Diaz.

Luego mandando poner un asiento en el trono á la derecha, y una grada mas baja que la en que estaban las sillas reales, hizo sentar en ella á Bernardo, sentándose al par con él.

Entonces, apoyándose en los anchos brazos del sillón real, inclinándose á los nobles, y hablándoles con el acento familiar y reposado de un rey, que miraba en sus magnates á su familia de combate, por decirlo así, y estaba acostumbrado á dormir con ellos bajo una misma tienda, les dijo:

—Ya sabreis, y muchos pudisteis ser testigos de ello, que hace veinte y cinco años, prendí y encerré al conde de Saldaña en lugar donde nadie supo, y que mi hermana fué tambien reclusa por mi mandato: razon tuve para ser severo con ellos: sin mi licencia, contrariando mi voluntad, habian contraido matrimonio, y este matrimonio secreta y traidoramente llevado á cabo por dos obispos, y encubierto por algunos nobles traidores, quedó por algun tiempo tan oculto, que no pudo ser conocido por mí, sino cuando mi hermana la infanta doña Sancha, no pudiendo ocultar mas lo que la naturaleza hacia manifesto, dió á luz un infante.

Calló el rey, y por un momento dominó en la cámara real un solemne silencio.

Bernardo, tan sombrío como el rey don Alfonso, como la

reina doña Berta, escuchaba con la cabeza inclinada y los ojos fijos en la roja alfombra del trono.

Al fin el rey, y como haciendo un esfuerzo, continuó:

—Yo no puedo ser cruel con el hijo inocente de aquellos amores insensatos.

—De aquella union desgraciada, sabe Dios por qué, dijo sin poderse contener y con voz ronca y grave Bernardo.

—Sea como tú quieras, infante, repuso tranquilamente el rey: decia pues, condes y nobles, que yo no puedo ser cruel con el hijo de mi hermana, era mi sangre, y, sobre todo, era inocente: pero quién oculta al mundo un matrimonio desigual!... sí, desigual, infante Bernardo, dijo el rey impidiendo una brusca réplica que habia asomado ya en el semblante de Bernardo; desigual, porque aunque todos hayamos venido de un mismo tronco, aunque el rey no sea mas noble ni de mejor ascendencia que sus nobles, debia exigir que su hermana fuese esposa de Dios, antes de serlo de quien no ostentase su cabeza coronada, ó fuese hijo ó hermano de rey; su casamiento fué desigual, llevado á cabo por la locura, concluido por la traicion, lo repito, y yo castigué á mi hermana, á su esposo y á los que habian coadyuvado á aquel casamiento, como debia castigarlo acaso con mas blandura que lo que me permitian las leyes y mi potestad real; los culpables fueron castigados, pero no el inocente: yo adopté á mi sobrino, y juré solemnemente á Dios la una mano puesta sobre mi corazon y la otra sobre mi espada, criarle en el temor de Dios y en las leyes de la caballería, protegerle, honrarle, y entrarle algun dia en el lugar en que le veis todos: he cumplido fielmente mi promesa, como cristiano y como caballero, y ante vos teneis á par mio, sobre mi trono, llamado acaso á ocupar un dia el puesto que yo ocupo, á mi sobrino el conde de Saldaña don Bernardo Diaz, señor del Carpio.

—Yo en cambio, contestó con altivéz Bernardo, os he servido fielmente, y, el título de honor que llevo, le he ganado con mi espada.

—¿Y dime infante, repuso el rey, si yo como pude, te hu-

biera dejado abandonado en la puerta de un monasterio, si hubieras sido acogido por un monje ó por un vasallo, ¿qué serías ahora?

—Lo que hubiera querido la voluntad de Dios.

Ardió la cólera en el corazón del rey, pero no salió á su semblante.

—Sin duda, dijo, que sobre todo está la voluntad de Dios; y la voluntad de Dios ha sido que me debas las ocasiones que has tenido de mostrar al mundo cuánto vale la sangre de mi valiente raza. Respetemos, pues, todos la voluntad de Dios: ahora bien, mis nobles vasallos: mi sobrino al saber de quien era hijo, me ha pedido con justicia que el mundo también lo sepa: yo os le he presentado como sobrino mío, hijo del matrimonio legítimo ante la Iglesia, de mi hermana la infanta doña Sancha, con el conde de Saldaña: como infante asiente en mi trono, y como á infante y pariente mío, quiero y mando que le rindan el pleito homenaje, que según las leyes y los libres fueros y buenos usos de mi reino, se rinden á los infantes parientes del rey, inmediatos sucesores á la corona.

—Recordad, señor, dijo el obispo de Tuy, tomando sobre sí una observación que bullía en los labios de todos los nobles asturianos presentes á aquel acto, que la corona que tienes, la debes á la libre elección del reino, y que desde Ataulfo acá, no ha sido rey de Asturias, ni puede serlo, sino aquel á quien el reino elija por medio de los concilios.

—¿Y qué se opone á que los libres fueros del reino sean respetados en que rindais pleito homenaje como á infante al conde de Saldaña? ¿no le he reconocido yo? ¿acaso no estais presentes todos los que podeis reconocerle como mi sucesor?

—¡Sí! ¡sí! gritaron muchas voces de todos los lados de la cámara.

—Pues bien, dijo el rey: si aquí estais todos podeis responderme: ¿reconoceis como infante de mi casa al conde de Saldaña?

—Observad, señor, que mi padre vive, dijo con la voz trémula y como alterada por un terror instintivo Bernardo.

—Es verdad, he dicho mal, respondió el rey con acento opa-

co: he debido decir y lo digo: ¿reconoceis como infante de mi casa, á mi sobrino don Bernardo de Saldaña, hijo del conde de Saldaña.

—¡Sí, ¡sí! respondieron todos.

—¿Y quereis, prelados, condes y caballeros, rendirle como á tal, pleito homenaje?

—¡Sí! ¡sí! respondieron todos.

Y si alguno se calló, no se notó su silencio bajo las voces de los demás.

—Rendidle, pues, el pleito homenaje que le habeis acordado, dijo el rey; entonces empezó la ceremonia.

Uno tras otro los prelados, uno tras otro los condes y señores, reconocieron á Bernardo como infante de la casa del rey, y le prestaron juramento de fidelidad y pleito homenaje como presunto heredero de la corona, á causa de la carencia de hijos á que tenia reducido su castidad al rey.

Despues de esto la reina Berta, le adoptó como hijo.

Acabada la ceremonia, el rey dijo:

—Aun no he concluido: al reconocer la legitimidad del infante don Bernardo, quiero perdonar á sus padres: desgraciadamente mi hermana ha muerto; pero su esposo vive: yo suelto de las prisiones en que se encuentra á don Sancho Diaz, conde de Saldaña, le vuelvo todos sus señoríos, privilegios y derechos, le reconozco mi hermano y le llamo á mi córte.

—¡Ah! ¡señor! exclamó Bernardo, arrancándose de la silla y arrojándose á los pies del rey; Dios os bendiga, porque al fin escuchais la voz de la justicia! ¡Dios os bendiga, porque volveis el honor á mi madre y la libertad á mi padre! ¡mi brazo y mi corazon son vuestros, señor, y vuestra es toda la sangre de mis venas!

—Alzad, alzad, infante, dijo el rey: alzad y tomad este pergamino: en él mando á mi arcipreste del castillo de Luna que os entregue á vuestro padre.

Bernardo desenrolló el pergamino, le leyó, y apenas le hubo leído, salió violentamente de la cámara, y atravesando el palacio, bajó al patio donde le esperaban sus escuderos.

—A caballo, gritó, á caballo, y al castillo de Luna.

Y saltando en su corcel se apretó los acicates y arrancó por la poterna del palacio-castillo.

Sus escuderos le siguieron con el estruendo del huracán.

Al mismo tiempo la reina Berta, bajando del trono asida de la mano por Alfonso el Casto, le decia en voz baja pero terrible.

—Que Dios os perdone la perfidia que acabais de obrar con vuestro sobrino.

El rey se estremeció, y sin contestar una palabra, atravesó por medio de la Corte, llevando siempre asida á su esposa de la mano.

CAPITULO XXIV.

En que se esplican las palabras que dijo á Alfonso el Casto la reina Berta, al final del anterior.

I.

EL castillo de Luna era una fortaleza fronteriza á Aragon rodeada de muros chatos y macizos, apoyados de robustas torres almenadas.

El aspecto del castillo era terriblemente sombrío, y los ásperos montes que le rodeaban parecian imprimirle como un reflejo el verdinegro color de sus muros.

Siempre triste y solitario el castillo de Luna, habia acrecido su soledad y su tristeza desde veinticinco años antes del dia en que marcha la accion de nuestra leyenda.

Antes, es decir, un dia antes de empezar á contarse estos veinticinco años, la numerosa guarda que componia la guarnicion, por decirlo así, del castillo (y ahora reparamos que la fra-

se es tan anticuada como que proviene del verbo desusado *guardar* que quiere decir lo mismo que defender) estaba constituida con capitanes y soldados del rey don Alfonso, bajo las órdenes de un conde, y esta numerosa guardia que entraba y salía y estaba en comunicacion con los habitantes de las aldeas circunvecinas, daban cierto movimiento al castillo de Luna.

Mas de una bella montañesa á pretesto de llevar víveres, atravesaba la ferrada poterna con el tierno objeto de ver á su novio, gallardo soldado del rey, que no podia ir á verla retenido en el castillo por el servicio de armas, y en otras ocasiones, de noche despues del toque de la queda, solia acontecer, que amparado por algun camarada que hacia su servicio de atalaya, se descólgase por una cuerda de uno de los adarves, aquel buen mozo, con el objeto de ir á ver á su aldeana, que no podia burlar con ningun pretesto la vigilancia paterna.

Lo que quiere decir que veinte años antes el castillo de Luna vivia.

Pero el dia en que empezaron á correr los veinticinco años á que nos referimos, apareció por entre las quebraduras, subiendo la escarpada pendiente del monte donde estaba situado el castillo, un escuadron de lanzas, ó por mejor decir un escuadroncillo, puesto que su número apenas llegaria á veinte hombres, contando al caballero que lo mandaba, en medio de cuyo escuadron iba una litera completamente cerrada y negra como una maldicion, si es que se nos permite atribuir color á las maldiciones.

Sobre ella y como para indicar que lo que iba dentro era cosa del rey, ondeaba una pequeña bandera real, y que era de importancia la guarda de lo que allí se conducia, lo demostraba la estrecha distancia que mantenian al rededor de la litera los hombres armados.

Cuando aquella triste escolta, de aquella misteriosa litera, llegó delante del castillo de Luna, aconteció lo siguiente.

El conde capitan de los armados, que era un hidalgo de rostro cuadrado y ceñudo, se llevó á los labios un cuerno de marfil que pendia de su costado y le hizo sonar por tres veces.

A estos tres toques contestaron otros tres desde la torre de entrada.

En los adarves apareció otro conde, á juzgar por lo noble de sus vestidos.

Entonces el conde de abajo dijo al de arriba:

—El rey don Alfonso nuestro señor, me envia para notificarte una órden suya.

—Voy á saber lo que el señor rey me manda, dijo el conde de arriba.

Y en el momento se ocultó tras el adarve, crujieron poco despues las dobles cadenas de la poterna, cayó el puente, se levantó el rastrillo, apareció la guarda formada y el conde del castillo de Luna salió al encuentro del conde á quien enviaba el rey.

Este entregó al que salia un pergamino enrollado.

El conde del castillo leyó el pergamino, y á seguida hizo entrar al que habia llegado, á la litera y á la gente que la escoltaba, entregó al recién llegado el mando y poco despues salia del castillo con toda su gente á caballo.

Cayó inmediatamente el rastrillo, se levantó el puente y empezó á dominar desde aquel punto en la fortaleza el sombrío silencio que dominó despues en ella por espacio de veinticinco años.

La litera cerrada permaneció en el patio del castillo durante el dia.

A la noche, que sobrevino muy oscura, un hombre apareció por una puertecilla de una estrecha escalera de caracol, adelantó hacia el lugar donde todo el dia habia permanecido la litera, sacó una llave de su escarcela y abrió.

—Salid, dijo con voz seca y breve aquel hombre.

A aquel mandato, porque mandato era, salió de la litera un bulto humano al que la densa claridad de la noche hacia completamente incógnito, y en silencio, pero con paso firme, siguió al hombre que habia abierto la litera hasta un ángulo del patio donde aquel se detuvo delante de una puerta de hierro.

Crujieron chocando una contra otra algunas llaves.

Luego una de ellas rechinó ásperamente en una cerradura mohosa, empujó el hombre y al abrirse la puerta un ambiente cálido, húmedo, repugnante, dió en el rostro de aquellos dos hombres, del que llevaba y del que era llevado.

El primero entró.

El segundo le siguió.

La puerta volvió á cerrarse y la oscuridad se hizo ya completamente densa.

De repente un opaco resplandor rojizo vino á desvanecer en un reducido círculo aquellas tinieblas.

Aquel resplandor provenia de una linterna que hasta entonces habia tenido oculta debajo de su tabardo, el hombre que habia llevado al otro hombre hasta allí.

Veamos á estos dos hombres.

II.

Empecemos por el mas hermoso, por el mas noble, por el mas simpático; aquel hombre era, en una palabra, el conde de Saldaña don Sancho Diaz, el infortunado esposo de la infanta doña Sancha; el desventurado padre de Bernardo del Carpio.

Godo de raza, su hermosura tenia la magestad y la firmeza de los hijos del Norte, que dominadores de Roma habian empezado por tomar su civilizacion, acabando por contraer tambien su molicie: raza trasformada por la dulce influencia del clima lascivo del Mediodía de Europa; raza que calificó admirablemente uno de nuestros poetas, al presentarla estableciéndose al fin despues de su irrupcion desde el Danubio, en las bellas frases siguientes:

y á la fin de su viage
no era ya el godo el salvage
que á nado pasaba el Rhin. (1)

(1) De mi buen amigo don Juan Eugenio Hartzembusch, en su drama *La Ley de raza*.

Una suave inflexion, habia dulcificado la dureza de líneas de la soberbia hermosura goda: la densa blancura de sus hijos como helada, como concentrada por los hielos perpétuos, se habia hecho trasparente, habia dejado ver la sangre bajo el dulce calor de Italia y España: parecia que aquel mismo sol habia influido modificándolas en las blondas cabelleras de los primitivos godos convirtiendo su rubio blanquizco en un hermoso rubio dorado: los ojos azules claros, habian ido convirtiéndose en ese incomparable ojo garzo, cuya pupila negra parece concentrar en un solo punto luminoso todo el fuego de un volcan.

Y estas modificaciones efectuadas por el cambio de suelo, de cielo, de luz, habia hecho de la raza goda ese tipo magestuoso, magnífico, de hermosura vigorosa, que aun se conserva, como si el tiempo se hubiera detenido en nuestras montañas del Norte: á este tipo correspondia el conde de Saldaña, cuya hermosura compuesta de rasgos épicos hacia comprender á primera vista, la nobleza, la generosidad, la grandeza, la valentía del alma: el sentimiento de la virtud, del amor, del entusiasmo; el espíritu, en fin, de un héroe, bajo la forma mas simpática, bajo la hermosura mas grandilocuente.

El conde vestia con suma riqueza, lo que aumentaba su hermosura y daba una idea de su alto rango.

El conde habia sido preso en el mismo palacio del rey al terminarse un festin real, y de su atavío no habia perdido mas que el puñal y la espada, de que le habian despojado al prenderle.

Encerrado en aquella litera, solo la litera habian visto los soldados que la resguardaban: sabian que guardaban una cosa del rey, pero no sabian qué cosa fuese aquella.

Solo el conde Rui Velasco, feroz soldado solariego, especie de alano terrible que servia ciegamente al rey, era quien sabia que dentro de la litera iba el conde de Saldaña.

De veinticuatro en veinticuatro horas el conde Rui Velasco se detenia en uno de los innumerables castillos que cubrian los dominios de Alfonso el Casto, y ya fuese el castillo real, ya de señores particulares, Rui Velasco se hacia abrir, entra-

ba con la litera, se encerraba con ella en un aposento dentro del cual de nadie pudiera ser visto, metia en la litera agua y algunos alimentos, la cerraba, descansaba y daba á su gente un breve espacio para descansar volviendo á ponerse en camino.

Así habian llegado al castillo de Luna.

III.

Al conde Rui Velasco le hemos descrito en una sola frase al llamarle alano del rey don Alonso.

Rostro cuadrado y sombrío, nariz corta, ojo valiente hasta la ferocidad, miembros cortos y robustos, y sobre todo esto un capacete de hierro, una loriga de escamas de acero ancha y larga como un sayo, mallas en los brazos y en las piernas, zapatos de hierro con acicates, á la cintura una bocina ó cuerno de asta de buey, un hacha pesada, una espada corta y un puñal: á esto se añadia cuando iba á caballo un escudo de acero largo y acanalado con una cruz roja en el centro y una lanza de roble, y en la ocasion en que le presentamos á nuestros lectores un ancho tabardo de paño burdo.

IV.

El conde Rui Velasco empezó á descender por una rampa húmeda y resvaladiza que á cada paso se hacia mas subterránea.

Quedaban á derecha é izquierda y de trecho en trecho puertas bajas y chatas forradas de hierro, á no dudarlo puertas de

otras tantas tumbas de vivos: esto es, de mazmorras lóbregas é infectas.

Al fin el conde Rui Velasco se detuvo delante de una de aquellas puertas, buscó, ó por mejor decir, probó aquellas llaves en sus tres candados y en sus tres cerrojos y la puerta se abrió al fin dejando ver un espacio abovedado, chato, con una gruesa columna bizantina en el centro.

Todos los muebles de aquella sepultura se reducian á un viejo escabel de madera y un cántaro desboquillado y mohoso.

Aferrada en un pilar habia una gruesa cadena de hierro.

Unida á esta cadena una argolla para el cuello y esposas y grilletes para pies y manos.

—Por lo que veo, dijo el conde de Saldaña, con voz reposada y tranquila, hemos llegado al fin de nuestro viage.

—Aun queda algo que andar, segun creo, dijo Rui Velasco señalando al conde la cadena que pendia del pilar, y que estaba á alguna distancia.

—Pues acabemos, dijo Sancho Diaz acercándose á la cadena.

Rui Velasco dejó la linterna en el suelo, tomó la argolla, la destornilló, valiéndose para ello de su puñal, la puso al cuello del conde de Saldaña, volvió á poner los tornillos, y lo mismo hizo con las esposas y con los grilletes.

Despues arrimó el sitial al conde, tomó la linterna, y se dirigió á las escaleras.

—¡Buenas noches! dijo al llegar á ellas, y desapareció.

Poco despues las tinieblas dominaban en el calabozo.

Luego se oyó el rechinar sucesivo de una y otra cerradura. El conde de Saldaña estaba ya en su tumba.



Morano del.º y lit.º

Ruv. editor

Por lo que veo: dijo el Conde de Saldaña, con voz reposada y tranquila.
Hemos llegado al fin de nuestro viaje.

IV.

Pero la sentencia, ó por mejor decir la venganza de Alfonso el Casto no se habia cumplido aun completamente.

Dos dias despues de la llegada del conde de Saldaña al castillo de Luna, llegó á él un noble que llevaba una orden del rey.

Aquel noble era Yago Perez.

El padre de Diego Perez, esposo de Brunequilda, padre de Heriberta.

La orden que Yago Perez llevaba consigo, era cruel.

Mandaba en ella el rey que le quemaran los ojos al conde de Saldaña.

Algunas horas despues de la llegada de Yago Perez al castillo, aquella horrible orden se habia cumplido.

El noble conde de Saldaña habia perdido su esposa, su hijo, su libertad, sus ojos.

Era un mártir viviente, sobre cuya tumba se levantaba la inmensa mole del castillo de Luna.

V.

Y así vivió el desgraciado conde veinticinco años.

Veinticinco años de infierno, de desesperacion, de soledad, de dolores en el alma aumentados por los dolores del cuerpo.

Solo una vez al dia, durante estos veinticinco años, el conde oia abrir las dobles puertas de su tumba, los pasos de un hom-

bre que se acercaban y la impresion de una luz en su semblante.

Poco despues se alejaba el hombre y tornaba el silencio profundo que nada interrumpia mas que el arrastrarse de algun reptil sobre el húmedo pavimento.

Durante mucho tiempo al principio de su prision el conde guardó un obstinado silencio: el carcelero mudo y sombrío dejaba un cántaro con agua y un grosero y escaso alimento y se alejaba sin romper su silencio.

Pero al fin faltó valor al conde.

Su alma anhelaba saber lo que habia sido de su esposa, lo que habia sido de su hijo, y habló, preguntó, rogó, suplicó al carcelero.

Pero el carcelero continuó siempre mudo.

Alfonso el Casto habia acertado en la eleccion que habia hecho de guardian de Sancho de Saldaña.

El conde Rui Velasco era un hombre de acero.

Cansóse al fin Sancho de Saldaña de preguntar y suplicar, recordó al fin su dignidad y volvió á su silencio.

Volvió, pues, á ser un cadáver en que solo habia una vida pasiva.

Y así pasaron veinticinco años.

El conde de Saldaña no sabia cuanto tiempo habia trascurrido, porque para el desdichado el tiempo no tenia medida.

Muchas veces habia intentado contar los dias por las veces que bajaba su carcelero á su tumba, pero su cabeza vaga, dominada por la fiebre de la desesperacion, habia perdido muy pronto la cuenta.

Sancho de Saldaña habia acabado por creerse muerto y condenado en aquel encierro tenebroso.

VI.

Nadie sabia en el castillo, como no fuese el conde Rui Velasco, quién era la persona que allí estaba presa: nadie mas que Ruy Velasco la veía.

El castillo de Luna habia acabado de hacerse sombrío y terrible.

Una vez entrada allí la gente que le guarnecía, de año en año, se levantaba el puente, y no volvía á caer sino hasta pasado otro año en que venia gente nueva, se marchaba la que durante el año anterior habian entrado allí y se renovaban los víveres.

Los aldeanos de la comarca, habian llegado á creer que el castillo estaba encantado, y evitaban pasar por sus alrededores, lo que aumentaba el aspecto sombrío del castillo.

Nadie en el mundo sabia mas que el rey, Rui Velasco, y últimamente Bernardo por revelacion de Diego Perez, transmitida á él por su padre Yago, donde existia el conde de Saldaña don Sancho Diaz.

VII.

Habíanse ya cumplido los veinte y cinco años, cuando un dia apareció gente armada delante del castillo, llevando en medio una litera, y el capitan de aquella gente, mandó que le abriesen en nombre del rey.

Acudió á la poterna el conde Rui Velasco, salió al encuen-

tro del noble que mandaba la gente que acababa de llegar, y este le entregó un pergamino.

Rui Velascó leyó aquel pergamino, é hizo entrar inmediatamente al capitan, á los soldados y á la litera.

De la litera salió un hombre alto, flaco, de mirada hosca, envuelto en una hopalanda negra.

Al pasar aquel hombre, los soldados del castillo se apartaban con un terror supersticioso de su paso.

Aquel hombre se llamaba Jacob-Roboam.

Era judío.

Y sobre judío médico y astrólogo.

El conde Rui Velasco y Jacob-Roboam se encerraron en una salita que contenia toda la estension de una de las torrecillas del castillo.

VIII.

—El rey don Alfonso, dijo el médico judío, tiene una gran confianza en mí: como que hace mas de diez años que le curo las dolencias del alma y del cuerpo.

—Yo le he servido antes de que fuera rey, despues de haber sido rey, y hace veinte y cinco años que por servirle no salgo del castillo.

—En cambio vuestros hijos están en la córte al lado del rey, favorecidos y honrados, y vuestros señoríos y vuestros tesoros se aumentan.

—Fuerza es confesar que el rey me paga bien.

—Vos en cambio no le servís mal.

—Cumpló con mi obligacion.

—¿Cómo está de salud el preso? dijo de repente el judío.

—¿Qué preso? respondió con gran reserva Rui Velasco.

—¿Qué preso ha de ser sino don Sancho Diaz conde de Saldaña?

—No conozco al conde de Saldaña.

—Pero conoceréis el sello y la firma del rey don Alfonso.

—¡Ah! ¡eso sí!

—Leed, pues, para que consintais en contestarme.

Y dió un pergamino enrollado á Ruy Velasco.

Este leyó lo siguiente:

«El rey á su buen vasallo el conde Ruy Velasco:—Envío al castillo que por mí guardais al buen hebreo mi médico y astrólogo Jacob-Roboam, en cuanto llegare, dejadle ver al preso que sabeis, y que él cuide de él y no otra persona, hasta que el dicho mi médico se tornare á mi córte.

—¡Ah! esto es distinto, dijo el conde enrollando de nuevo el pergamino y guardándole en su escarcela: me habeis preguntado como se encuentra de salud don Sancho Diaz: yo creo que esté muerto.

—¡Muerto! exclamó el judío: ¡y nada habeis dicho á su merced el rey!

—Os diré: muerto, lo que se llama muerto como todos los difuntos, no lo está: ¿pero cómo quereis que llame á un hombre que nunca habla, que nunca se levanta de su lecho de paja, que nunca duerme, y que solo dá señales de que nó ha muerto cuando devora el pan negro y el pote que le llevo todos los dias?

—¡Ah! loado sea Dios: dijo el judío: el rey sentiría mucho que el conde estuviese verdaderamente difunto.

—¡Ah! ¡con que el rey quiere que viva su rebelde vasallo!

—Si el rey pudiera volverle la juventud y los ojos, se los volveria.

—¿Qué me contais, Jacob?

—La verdad.

—¿Y cómo tal variacion en el rey?

—Como que el rey vencido por los ruegos de don Bernardo de Saldaña ha perdonado á su padre, y piensa entregárselo.

—¿Entregarlo á su hijo?

Bernardo del Carpio.

—Si por cierto, como que el rey ha perdonado al conde.

—Es decir, que dentro de poco estaré libre de esta enojosa carga.

—Así es: dentro de tres ó cuatro dias á lo mas, don Bernardo vendrá á traer la libertad á su padre.

—¿Y para que venís vos?

—Para ver el estado en que se encuentra de salud el conde de Saldaña y curarle si es necesario.

—¡Diablo! dijo Rui Velasco: recuerdo que hace mucho tiempo estuvisteis á punto de ser quemado por envenenador, amigo Jacob, y que no os quemaron....

—Porque libré con mi ciencia de una grave enfermedad al rey don Alfonso.

—¿Y venís á curar de otra enfermedad grave al conde de Saldaña ó al rey?

—Lo que os importa, conde, es hacer subir al momento á don Sancho de Saldaña á la mejor habitacion del castillo, y entregármele.

—Necesito una orden del rey.

—Tomadla.

Y dió un pergamino á Rui Velasco.

—¡Ah! esto es distinto, dijo el feróz guardian del conde de Saldaña, lo manda el rey: venid conmigo.

Y llevó al judío á las habitaciones de la torre del homenaje del castillo de Luna.

X.

Poco despues, y apoyado en el brazo de Ruy Velasco, entró un hombre encorvado que andaba con suma dificultad: parecia que al levantar cada pie, se veia obligado á levantar un peso enorme: imposible era determinar la edad de aquel

hombre por su semblante: una cabellera blanca, revuelta, larguísima, y una no menos blanca larga y revuelta barba, dejaban ver muy pequeña parte de su rostro blanco, de tal manera, que su blancura daba espanto: era una blancura excepcional, densa, mate, fría, como si en aquel rostro faltase absolutamente la sangre bajo una piel arrugada, áspera, fría, repugnante: los ojos, ó por mejor decir los párpados, estaban arrugados, replegados, fruncidos, con bordes rojos, en repliegues, como cicatrices de dos quemaduras: y quemaduras eran en efecto, porque habian cegado al conde, quemándole los ojos con hierros candentes, y aquel hombre era don Sancho, conde de Saldaña, padre de Bernardo.

Ni de su estatura podia juzgarse: tan encorvado estaba: pero sí de su flacura por sus manos y parte de sus brazos que se veian bajo las mangas de un hábito de buriel ceniciento, tan parecido á una mortaja, que á haber estado el conde tendido é inmóvil se le hubiera creído un cadáver preparado ya para la sepultura.

Por el contrario, sus pies y sus piernas mostraban una hinchazon horrible, y apenas podian abarcar los primeros unas groseras sandalias.

—¿Qué es esto? dijo al entrar en la cámara, con voz robusta, que demostraba que dentro de aquel cuerpo encorvado, enfermo, vivia un alma fuerte y jóven, como si Dios hubiese querido establecer un horrible contraste: aquí hay sol: le siento sobre mi semblante: yo habia creído que el sol habia dejado de existir para mi.

—Por el contrario, señor, dijo Jacob-Roboam: el rey.....

—¿Quién me llama señor? ¿quién nombra junto á mi al rey? dijo con colérico asombro el conde.

—Dejadnos solos, Rui Velasco, dijo Jacob-Roboam: el rey lo manda.

Rui Velasco sentó en un sillón al conde de Saldaña y salió.

El sol daba de lleno sobre el conde que le recibia con delicia.

XI.

—El rey os perdona, conde don Sancho Diaz, dijo Jacob-Roboam.

—Tratándose de perdonar, el rey no puede perdonarme, contestó con voz vibrante el conde.....

—Sin embargo, su merced ha tenido al fin compasion de vos.

—¿Quién es quien me habla? dijo con acento singular de extrañeza el conde de Saldaña.

—Yo, señor, soy vuestro humilde servidor Jacob-Roboam, médico del señor rey don Alfonso.....

—¡El Casto!

—Así le llaman.

—Es cierto, llámanle así, como á vos, siendo judío, podrian llamaros cristiano.

—Si yo no soy cristiano, dijo con voz dulce el judío, soy temeroso de Dios: y el Dios de los judíos es el Dios de los cristianos.

—Sí, como es Dios de los malvados y de los inocentes, de las víctimas y de los verdugos. Pero dia llegará en que la justicia de Dios resplandecerá: dia en que los malvados tiemblen y se alegren los oprimidos: dia en que la sangre y las lágrimas de las víctimas caiga como un torrente de fuego sobre la cabeza de sus verdugos.

—Indudablemente llegará un dia de justicia en que Dios juzgará á los hombres desde su trono de fuego: pero Dios en su misericordia perdonará á los que han perdonado.

—Volvemos, pues, al perdon: ¿quereis que yo reconozca el perdon del rey?

—Vos ofendisteis gravemente al rey don Alfonso.

—¡Casándome con su hermana!

Y al pronunciar don Sancho estas palabras su acento revelaba tanto un gemido de dolor como un rugido de desesperación, de rabia, de venganza.

Y luego en una reacción terrible añadió:

—¡Su hermana!.... ¡mi infeliz Gimena! ¡aherrojada acaso como yo! ¡quemados los ojos acaso como los míos! ¡ah! ¡justicia de Dios! ¡y quien tal ha hecho se atreve á decirme que me perdona!

Era tal el acento de Sancho de Saldaña al pronunciar estas palabras, que Jacob-Roboam se estremeció, y no se atrevió á responder una sola palabra.

Dominó por algun tiempo en la cámara uno de esos silencios que se oyen.

El conde permaneció algun tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Levantóla al fin y dijo:

—Don Alfonso al devolverme la libertad, ¿me devuelve mi esposa?

Sorprendido el judío por esta pregunta tardó algun tiempo en contestar.

—El rey os devuelve vuestros honores, vuestros señoríos, reconoce como legítimo vuestro casamiento con la infanta doña Gimena, y llama infante y heredero suyo á vuestro hijo Bernardo del Carpio.

—¡Mi hijo! exclamó el conde, olvidándolo todo bajo el influjo de aquella nueva sensación que llenaba su alma: ¡mi hijo! ¡tengo un hijo!

—Sí, si señor; tenéis un hijo que es el orgullo de Asturias y de Leon, porque Bernardo de Saldaña es un héroe: el rey le ha criado en su amor, el rey ha hecho de él un caballero, el rey le ha reconocido al fin como su sobrino, ha hecho que sus nobles le rindan pleito homenaje como infante heredero de la corona.....

¡Tengo un hijo, y será un dia rey! exclamó con una alegría inmensa Sancho Diaz de Saldaña.

El judío le observaba profundamente.

Parecióle de buen agüero la alegría del conde, y se apresuró á decir:

—Ya veis con cuánta injusticia os quejais del rey don Alfonso: cria á vuestro hijo, le ampara, le ayuda á ser grande, y le llama al fin, primero á su familia, despues á su sucesion.

—Habeis comprendido mal mi alegría, dijo el conde: mi alegría nace de saber que tengo un hijo.

—¡Qué! ¿no lo sabiais? exclamó con asombro Jacob-Roboam.

—Hace muchos años..... no sé cuantos..... he estado sepultado durante esos años..... el tiempo ha pasado sobre mí como una cosa fúnebre..... no he podido contar esos años..... ¿qué edad tiene mi hijo?

—El infante Bernardo del Carpio, es un hermoso mancebo, que cuenta veinte y cinco años.

—Pues bien: hace veinte y cinco años..... un dia..... asistia yo á un festin que daba don Alfonso á su nobleza..... una inquietud mortal me devoraba..... mi esposa habia llegado al terrible instante de su alumbramiento..... podia perecer, y yo estaba separado de ella. De repente uno de los servidores del rey se acerca á él y le habla en secreto; el rey se levantó demudado: poco despues, un conde de palacio me prende, y sin permitirme hablar con nadie me trae á estos lugares; yo no sé donde estoy.

—Estais en el castillo de Luna, cónde don Sancho.

—Pues bien, ya que sabemos que este es el castillo de Luna, prosigamos: encerrado en un calabozo lóbrego, poco tiempo despues como si no bastasen las tinieblas de la mazmorra donde he estado sepultado durante veinte y cinco años, mis ojos fueron quemados de órden del rey, como para sepultar mi alma en tinieblas eternas. Yo nada sabia: mi suerte era mas horrible por esto: pregunté por mi esposa, por mi hijo.... porque yo sabia que tenia ó debia tener un hijo... una hija tal vez, y el verdugo que me guardaba no me contestó una sola palabra: redújose al fin al silencio..... y hoy vos me decís que tengo un hijo, que en ese hijo alienta la sangre de mi

raza... y esta es mi alegría, por lo demás, el rey, reconociéndole como hijo legítimo de su hermana no ha hecho mas que cumplir con su obligacion y con su orgullo ha cumplido, declarándole infante.

—El rey pudo hacer que don Bernardo hubiera ignorado siempre quienes fueron sus padres.

—Eso hubiera sido un delito mas y el no haberle cometido no libra á don Alfonso de la pena de los crímenes que ha llevado á cabo.

—¿Es decir, que no reconocéis la generosidad del rey?

—No: ¿qué ha hecho el rey de su hermana, de mi esposa?

Jacub tembló y calló.

—¿Qué ha hecho el rey de Jiména? exclamó con acento rugiente el conde.

—No lo sé centestó todo trémulo el judío.

—Vuestro acento me revela que mentís...

—Lo ignoro de todo punto, señor, dijo dominado por el acento y por la indignacion del conde, el judío.

—Decidme, decidme la verdad: una infanta no se guarda como una muger cualquiera: lo que haya sido ó sea de una hermana de rey no pueden ignorarlo los que viven en el palacio del mismo rey. Si callais por temor, nada debéis temer: yo soy débil: en mí no queda mas que el alma, y además, ninguna culpa os cabe en la suerte de mi esposa, si esta ha sido funesta: hablad: no calleis tampoco por compasion: veinticinco años de horrible encierro, de horribles padecimientos, de continuo frio, de continua oscuridad, de miseria, han hecho fuerte mi alma para el sufrimiento: hablad, hablad pues.

—Señor, cuando el rey me dijo: «vete al castillo de Luna, presenta esta carta mia al conde Rui Velasco, haz que te entregue el conde don Sancho de Saldaña y cuida de su salud;» cuando el rey me dijo esto, yo creí ser fuerte, yo creí tener corazon bastante para hacer lo que el rey me mandaba... pero cuando os he visto, señor, cuando he comprendido por el horrible estado en que os encontrais, cuanto habeis sufrido, mi valor ha desaparecido, todo respecto á vos me causa miedo... dudo, tiemblo.

—¿Tan funesta es la noticia que podeis darme acerca de mi esposa?...

—Perdonádme, señor, permitidme, guardar silencio en nombre del Dios de Israel y de Jacob.

—Hablad, hablad: yo os lo mando.

Era tan solemne, tenia tal autoridad el acento del conde al pronunciar estas palabras, que Jacob no se atrevió á desobedecerle y contestó:

—¡Señor! la vida y la muerte de las criatures está en las manos de Dios.

—¡Ha muerto! exclamó el conde.

Y se cubrió el rostro envejecido y deforme con las descarnadas manos.

El judío le miraba de una manera horrible.

Su semblante no revelaba la compasion, sino el miedo.

Un miedo característico que dejaba comprender que no le inspiraban los hombres, sino un poder mas alto.

Y en efecto, lo que inspiraba un terror profundo al judío era la justicia de Dios.

Y mientras temblaba, y mientras fluctuaba entre lo finito y lo infinito, entre la tierra y el cielo, entre el poder del rey y el poder de Dios, la convulsa mano del judío perdida bajo su opalanda revolvía entre sus dedos crispados un pequeño frasco, una vasija que debia contener algo terrible, porque los dedos del judío al tocarle se contraian como si tocaran un objeto candente.

Y el conde entretanto estaba anonadado, doblegado bajo el peso de la terrible noticia que acababa de darle Jacob: y no lloraba, porque sus ojos secos cerraban la salida á las lágrimas, pero aquellas lágrimas devueltas por los ojos al corazon, dilatában su pecho y le llenaban de sollozos que al salir por su boca se convertian en sordos rugidos.

—¡El rey lo manda! murmuraba entretanto con voz trémula el judío: el rey aborrece á este hombre... si yo le salvase, el rey me castigaria por haberle desobedecido, y lo que yo temo hacer lo haria otro menos temeroso de Dios que yo: si negándome yo

á obedecer al rey, el conde se salvase..... pero no se salvaría..... solo conseguiria yo perderme con él.

Y despues de este estraño racionio el judío guardó silencio y continuó fijando en el conde su horrible mirada y revolviendo en su bolsillo con los dedos temblorosos el pomo.

Al fin, y despues de un largo espacio en que el conde siguió sollozando sin que el judío se atreviese á dirigirle la palabra, el conde, haciendo un violento esfuerzo, le preguntó con la voz ronca, cavernosa, trémula:

—¿Cuánto tiempo hace que..... mi infeliz esposa?

—Hace muchos años, señor.

—¿Cuánto tiempo? repitió con una sombría insistencia el conde.

—Ha mas de veinte años.

—¡Veinte años! la desdichada no pudo resistir á su desventura, Dios ha tenido de ella mas compasion que de mí.

Volvió á callar el conde, y luego con voz menos terrible pero mas dolorida dijo:

—¿Dónde murió la infanta?

—En el monasterio de Oña, contestó el judío.

—¿Y cuándo encerró el rey á su hermana en ese monasterio?

—Poco despues del nacimiento del infante don Bernardo.

—¿Conoció la triste á su hijo?

—No.

—¡Justicia de Dios! ¡y vive ese rey miserable, ese mónstruo, que he bebido gota á gota, saboreándose con ella, la sangre de los suyos!

—El rey ha sufrido mucho, el rey es digno de compasion.

—¡Digno de compasion ese mónstruo!

—Don Alfonso daria toda su sangre, por deshacer lo hecho.

—¡El arrepentimiento tardío del asesino á quien acosa el remordimiento....! exclamó el conde..... ¡ó el miedo! porque acaso no es el dolor del crimen lo que impulsa al rey á darme la libertad tan tarde.

—El rey no os vuelve solo la libertad: os vuelve vuestros honores, os vuelve vuestro hijo.

—Decidme: ¿mi hijo supo por el rey, ó por otro, que era hijo de mi sangre?

—Lo ignoro, señor.

—¿Hace mucho tiempo que el rey ha reconocido á mi hijo como infante de su familia?

—Hace pocos dias, señor.

—¿Y mi hijo no ha venido aun á conocer á su padre!

—El infante don Bernardo, cabalga sin duda en estos momentos hácia este castillo.

—¿Y el rey os ha enviado delante! dijo con acento profundo el conde; ¿y para qué?

—Para cuidar de vuestra salud, contestó con acento firme el judío.

—Pero aunque sus palabras eran seguras, su mano temblaba revolviendo el pomo que tenia en el bolsillo.

—¿Ah! el rey quisiera deshacer en un momento la obra de iniquidad de veinte y cinco años. ¿Y qué ciencia hay en el mundo que pueda volverme la salud?

—La mia, señor.

—La salud del cuerpo acaso; ¿pero y la del alma?

—Dios y vuestra resignacion.

—¿Mi resignacion! ¡yo estoy resignado! yo he ofrecido á Dios mi martirio: sin mi resignacion, sin mi confianza en la justicia de Dios, que me recompensará en la otra vida, y castigará á mi verdugo, ¿creeis que viviria yo? ¿quién sino mi resignacion ha podido impedir que me deshaga la cabeza contra las piedras de mi calabozo?

—Pero de nada os servirá vuestra resignacion á los ojos de Dios si no olvidais el daño que el rey os ha hecho siendo con vos demasiado indulgente, si no dejais de aborrecerle.

—¿Os ha encargado el rey que me arranqueis su perdon?

—No: pero vuestras desgracias me dan compasion: vuestra suerte me interesa, me interesa la de vuestro hijo.

—¿Mi hijo! ¡hablad! ¿amenaza algun peligro á mi hijo?

Y la voz del conde al pronunciar estas palabras era anhelante.

—El infante don Bernardo, dijo profundamente Jacob, es terrible: jóven aun, es el terror de los árabes; por su valor ganó el señorío del Carpio, ante él ha caido Roldan el francés.

—¡Roldan el francés! ¿pues qué Roldan no murió en la rota de Roncesvalles?

—Así lo decian todos; pero Roldan se salvó milagrosamente de la muerte, y no atreviéndose á volver vencido á su patria, ha vivido desconocido en las montañas de Asturias. Un dia, hace poco tiempo, robó á don Bernardo su prometida...

—¡Su prometida!.... exclamó el conde.

—Si señor: Heriberta Perez, hija de Diego Perez...

—¡Y nieta de Yago Perez!....

—Sí señor.

—¡Nieta de Yago Pérez! del miserable verdugo, á quien mandó el rey me privase de los ojos.

—La suerte de ese hombre ha sido funesta: una noche de tempestad desapareció de su torre, y en su aposento quedó un reguero de sangre.

—¡La justicia de Dios es inexorable! bendita sea su voluntad. ¿Y decidme, mi hijo es ya esposo de la nieta de Yago Perez?

—Aun no señor, ni lo será en algun tiempo, porque el infante don Bernardo guarda luto que no acabará sino pasados algunos meses.

—¡Luto por su madre!

—¡Y por su esposa!

—¡Por su esposa!

—Sí: el infante es viudo.

—¿Viudo de quién?

—Un dia desapareció el infante: buscóle el rey, y no pudo encontrarle: ello era bien difícil, porque, ¿quién habia de creer que don Bernardo estaba escondido en Córdoba?

—¿En Córdoba?

—Sí, si señor: allí se enamoró de una sultana, que se casó con él, favorecióle en su fuga, y se vino con él á Asturias.

—¡Mi hijo casado con una infiel!

—Es que no era infiel, sino cristiana.

—¡Cristiana!

—Si: era una hija del conde Alfonso de Saldaña vuestro ahijado y de doña Luz de Mendavia, su esposa.

—¿Y cómo había ido esa niña á Córdoba?

—La habían robado los árabes de la torre de Saldaña, cuando aun estaba en la infancia: se encontró con don Bernardo y sus amores fueron una providencia de Dios: ella por rebelacion de un árabe viejo que favorecia sus amores con don Bernardo, conoció el secreto de su nacimiento y cuando don Bernardo la trajo á Asturias los padres la reconocieron por señales indudables.

—¿Y esa desdichada ha muerto?

—Si, si señor.

—¿Y mi hijo, exclamó severamente el conde, caliente aun el cadáver de su primera esposa, piensa en contraer un nuevo casamiento con otra muger?

—Vuestro hijo, antes de conocer á doña María de Saldaña, amaba á Heriberta Perez.

—En otros tiempos un caballero no amaba mas que una vez: en otros tiempos la fé de un caballero no podia partirse ni dividirse: en otros tiempos era otra cosa: ¿estais seguro de que ese don Bernardo es hijo mio?

—Le ha criado el rey, y si el rey no tuviese seguridad de que es su sobrino, no le llamaria infante.

—Teneis razon, pero habeis aumentado el infierno que me consumia: me parece mentira que vivo: me parece falso, engaño de mis sentidos el sol que me da en el rostro.

—Todo sin embargo es verdad: por lo mismo, señor, cuando llegue vuestro hijo, que no tardará, es necesario que por amor suyo, procureis que no se rebele contra el rey.

—¿Que no se rebele?

—Si vos no le hablais, si no le convenceis de que el rey ha sido justo al castigaros, de que al volveros la libertad es generoso y noble.....

—Yo no puedo decir eso, yo no puedo mentir, exclamó con energía Sancho de Saldaña.

—Pues bien, condenais á vuestro hijo á vuestra misma suerte.

—Mi hijo no se rebelará: el que apenas muerta su primera esposa, está á punto de unirse con otra muger...

—El infante Bernardo se casa desesperado... el infante don Bernardo no ama ni puede amar mas que á su perdida doña María de Saldaña.

—Mi hijo ha debido vengar á su padre...

—He ahí lo que debeis evitar... que el infante Bernardo pretenda vengaros... ya que de venganzas hablais: ¿ creis que vuestro hijo sea mas fuerte que lo érais vos cuando el rey os prendió?

—El rey me prendió á traicion sorprendiéndome.

—El rey para resistir la rebeldía de vuestro hijo, tiene todo un reino.

—Hi hijo tiene de su parte á Dios.

—¿Y os atreveis vos á jurar que teneis razon contra el rey don Alfonso?

—Sí.

—Meditadlo bien: él era vuestro rey... vos érais un vasallo... vos pusisteis los ojos... que no debisteis ponerlos, en una infanta de la casa del rey... y aunque dejemos aparte la infanta, vos en secreto alentábais amores con su hermana... vos en secreto os unisteis á ella.

—Nos unió Dios.

—Os unió la locura: porque casándoos con la infanta sin la licencia del rey, sorprendiéndole, cometisteis delito de traicion.. sí de traicion... porque traicion es arrebatar una doncella de su familia, ultrajando la autoridad paternal y el rey don Alfonso esta ba en lugar de padre con doña Jimena.

—En otro distinto lugar hubiera querido estar para con ella el rey.

—Sea como quiera, vos le robásteis su hermana.

—Se robó ella.

—Poreso el rey la castigó: meditad bien y ved si os atreveis á jurar por la salvacion de vuestra alma que teneis razon contra el rey.

—El rey de todos modos ha sido muy cruel.

—Lo que no quiere decir que no haya sido justiciero. Comprendo que debéis aborrecer al rey: pero aborrecer no es tener razon. Ahora bien, ¿os atreveis á arrojar á vuestro hijo á una empresa injusta en la cual podia abandonarle Dios?

—Es decir que yo...

—Debeis procurar que vuestro hijo no se rebele contra el rey.

—¿Y qué tendrá sirviendo fielmente al rey?

—Podrá suceder que como don Alfonso el Casto no tiene hijos, sea rey despues de la muerte del rey don Alfonso, del reino que este tiene.

—¡Rey mi hijo! murmuró el conde: y bien puede ser... el remordimiento de don Alfonso... y luego ¿no es mi hijo, hijo de su hermana?

El conde, que habia murmurado de tal modo estas palabras que no habia podido entenderlas Jacob Roboam, quedó por algun tiempo abismado en su pensamiento.

—Es necesario... necesario de todo punto, dijo para sí, que yo acabe mi martirio .. es necesario que deje encomendada mi venganza á la justicia de Dios: sea feliz mi hijo, ya que es imposible que lo sea yo.

Y despues de este razonamiento interno dijo en voz alta dirigiendose á Jacob Roboam.

—Si solo os ha enviado el rey para arrancarme la promesa de que no incitaré contra él á mi hijo, decidle que duerma tranquilo... seré capaz de confesarme culpado... mentiré... le diré, si es necesario, que yo... hasta que llegue mi hijo, tiempo tendré de pensar lo que debo decirle en favor del rey... yo os afirmo por mi fé de cristiano y mi honor de caballero que por mi causa el rey no tendrá que combatir una rebeldía de su sobrino... Si á eso solo habeis venido, podeis partir cuando que-rais... yo cumpliré mi promesa, y si no la cumpliera que me castigue Dios,

—Es que no he venido á eso solo.

—Acabad, pues.

—He venido á cuidar de vuestra salud quebrantada por tan largo encierro.

—¡ Mi salud ! ¿ y qué importo yo ?

—Os afirmo que el rey os ha perdonado con toda su alma.

—¡ Ah ! es necesario aceptar el perdon... acaso el amor del rey... sea en buen hora, cuidad, pues, de mi.

Y el conde guardó silencio, pero un silencio de resignacion.

XII.

Jacob Roboam se informó minuciosamente, con amor, al menos en la apariencia, del estado en que se encontraba la salud del conde y se separó de él despues de haberle hecho beber un licor que habia compuesto, con el contenido de un pequeño frasco de plata que habia sacado de debajo de sus ropas.

XIII.

Pasaron uno, dos, tres dias.

La hinchazon de las piernas del conde, habia menguado rápidamente.

Sentia dentro sí un vigor desconocido, mas calor en su sangre, mas vida, en una palabra.

Don Sancho acabó por creer que el rey obraba con él de buena fé.

Jacob Roboam, pasaba la mayor parte del dia á su lado, le observaba, y habia momentos en que se estremecia y murmuraba:

—Si yo me hubiese negado á hacerlo, lo hubiera hecho. otro y acaso hubiera caido en desgracia del rey.

Y despues de esta reflexion seguia administrando al conde un licor compuesto con el líquido que contenia el pomo que guardaba cuidadosamente bajo sus ropas despues de haber administrado su estraño medicamento al enfermo.

XIV.

Pero al cuarto dia este se encontró dominado por una languidez extrema.

Un sopor profundo y delicioso le embriagaba le hacia, gozar de una vida fácil pero leve.

La sangre corria por sus venas con suma fluidez.

El latido de su corazon apenas se percibia.

Cuando Jacob Roboam le encontró en aquel estado palideció y tembló.

—El infante Bernardo tarda demasiado dijo para sí.

Y dió otro brebaje al conde que le levantó un tanto de aquel estado de languidez.

Aquello, segun un horrible pensamiento del médico-judio, era echar un poco de aceite á una lámpara que se apagaba.

Pero el cuidado del médico crecia.

Bernardo tardaba demasiado, y aquello no podia durar mucho.

XV.

Al fin, en la tarde del segundo día, se oyeron trompetas de guerra delante de la poterna del castillo.

El conde Rui Velasco se asomó á los adarves y vió un caballero enlutado con corona sobre el capacete.

Aquella corona era de infante.

Detrás de este caballero, otro tenia un estandarte rojo con cruz de oro.

A poca distancia y en masa cerrada, se veia un fuerte escuadron de lanzas.

Los caballos estaban fatigados, sudorosos, cubiertos los frenos de espuma, señales indudables de que habian hecho una larga y penosa jornada.

—¿Sois vos el conde Rui Velasco, arcipreste por el rey del castillo de Luna? dijo el caballero enlutado desde abajo.

—Yo soy ese que decís, contestó Rui Velasco, ¿Y vos, quién sois?

—El infante don Bernardo de Saldaña.

—¿Y qué quereis?

—Que cumplais una orden del rey que traigo conmigo.

—Al punto voy á obedecer á su merced el rey, infante Bernardo.

Desapareció Rui Velasco de los adarves, cayó el puente, se levantó el rastrillo y aparecieron en la poterna armados todos los hombres que guarnecian el castillo.

De entre ellos salió el conde Rui Velasco y adelantó hasta la mitad del puente levadizo.

—Desmontad y adelantad solo, noble infante, dijo.

Bernardo saltó del caballo, arrojó las riendas á un escudero

y adelantó hasta Rui Velasco, al que dió un pergamino enrollado.

Rui Velasco le besó, le desenrolló con muestras de gran respeto y leyó lo siguiente:

«El rey don Alfonso á su muy bueno y leal vasallo el conde Rui Velasco, su arcipreste en el castillo de Luna.

«Conde: habeis de saber que el infante mi sobrino, don Bernardo de Saldaña, en cuanto leyéreis esta carta mia, ha de ser y será para vos lo mismo que yo sería si fuese. A su obediencia estareis, y le entregareis sano y salvo al conde de Saldaña, don Sancho Diaz, su padre, á quien guardais años ha por mi mandado. Guárdeos Dios:—El rey don Alfonso.»

—Puesto que el rey lo manda, dijo Rui Velasco despues de leer esta carta y guardándola cuidadosamente, estoy á vuestro mandado, noble infante mi señor.

Y haciendo una seña á los hombres de armas que defendian la entrada, desaparecieron estos por los oscuros arcos de la poterna.

Poco despues el escuadron de Bernardo del Carpio, estaba en el patio del castillo y Rui Velasco conducia al jóven á la cámara donde se encontraba postrado en un lecho su padre.

XVI.

Bernardo necesitó de todo su valor para sostenerse, para dominar lo vacilante de su paso.

Iba á ver á su padre, faltaba un momento para que sus ojos viesen al noble conde de Saldaña, á aquel desdichado á quien debia la vida, y á quien, podia decirse, que habia dado muerte naciendo.

La cámara era alegre: un dorado rayo de sol, atravesando los cristales de colores de una ventana, la inundaba de una luz

ardiente, rojiza, haciendo lucir mas los muebles, las alfombras, os trofeos de armas.

Porque hay que advertir que, para engañar mejor á Bernardo, se habia embellecido y ennoblecido cuanto habia sido posible la estancia en que se encontraba el conde.

El lecho en que este yacia, ó en que por mejor decir, moria como una lámpara que se extingue, el lecho, decimos, era rico y cómodo: para mas hõnrrarle le servian de pabellon dos magníficas banderas árabes.

De una de las pilastras del lecho pendian una espada, un puñal y una bocina, ni mas ni menos que si el conde estuviese en libertad y en completa fuerza y salud, y las hubiese puesto allí la noche antes al acostarse.

Sentado á los pies del lecho, y fijando en el enfermo la vista con gran solicitud, estaba Jacob Roboam.

Al verle, al reconocerle, porque Bernardo conocia al judío como médico del rey, el jóven se inmutó.

Un pensamiento sombrío cruzó por su cabeza y sin poder contenerse dijo á Jacob:

—¿Qué es esto? ¿es mi padre ese anciano que veo postrado?

Estremeciõse Sancho de Saldaña al escuchar la voz de Bernardo y sin dejar tiempo á Jacob para contestar exclamó:

—¿Quien me llama padre?

—Yo señor, vuestro hijo, exclamó Bernardo arrojándose sobre el lecho, asiendo las manos de su padre y mirándole con toda su alma lanzada á los ojos.

El conde no pudo contestar.

Embargóle la conmocion la voz, tembló todo y asido á las manos de Bernardo, se alzó dolorosamente y pugnó por abrazar al jóven.

Este le rodeó los brazos al cuello, le estrechó contra su pecho y le besó en la frente.

Las lágrimas del jóven cayeron sobre la frente del anciano.

Del anciano, no por los años, porque apenas tenia cincuenta, sino por los dolores, por las desgracias.

Entrambos, el padre y el hijo, callaban.

Jacub estaba de pie al extremo del lecho.

El conde Ruy Velasco inmóvil en la puerta de la cámara.

Tembloroso el judío porque temia.

Sombrió Rui Velasco porque el rey le habia arrebatado una presa á la que se habia acostumbrado á atormentar.

No se oian mas que los sollozos del padre y del hijo.

Al fin se desasieron.

Bernardo dejó suavemente á su padre sobre el lecho.

Entonces le miró profundamente.

—¡Oh! ¡que horror! exclamó de ver el semblante árido, rugoso, enfermo de su padre, sus ojos quemados, su boca contraída por el dolor su barba hosca y revuelta por un largo descuido.

Sancho de Saldaña entre tanto, callaba y se preparaba para consumir su postrer sacrificio.

Debia, por amor á su hijo, renunciar á su venganza.

Era necesario que el rey y Bernardo fuesen el tio y el sobrino dos parientes unidos á mas que por sangre, por el amor; era necesario que el conde se confesase culpado, y gravísimamente culpado, para que Alfonso el Casto apareciese ante los ojos de Bernardo, justiciero en el castigo, generoso en el perdon.

Era necesario acusar tambien á Jimena, á la infeliz mártir cuya tumba en vida habia sido el monasterio de Oña, bajo cuyas sombrías bóvedas reposaba despues de muerta.

Era necesario sacrificarlo todo por Bernardo.

Siendo este amigo de Alfonso el Casto, podia llegar á ser rey.

Siendo rebelde al rey, era lo mas probable que, vencido por el rey, Bernardo probase la misma horrible suerte que él habia probado.

El amor de padre, dió valor á la víctima, se sobrepuso á todo y dijo á Bernardo con voz débil:

—¿Estamos solos?

—Salid, dijo Bernardo á Jacub y á Ruy Velasco.

Entrambos salieron.

—Solos estamos, padre mio, dijo Bernardo, cuya voz ahogaba la conmocion.

Sucedió á este un intervalo de silencio profundo.

—Dios es misericordioso y perdona, dijo al fin haciendo un esfuerzo Sancho de Saldaña.

—¿Y qué tiene que perdonar, padre mio?

—Mis crímenes, exclamó el conde con voz opaca, apenas perceptible.

—¿Qué habeis dicho? exclamó Bernardo.

—Aprovechemos los momentos, hijo mio; repuso el conde: me siento morir.

—¡Os han asesinado! exclamó Bernardo.

—¡Asesinado! ¿quien dice que me han asesinado!

—El horroroso estado en que os encuentro.

—Yo debí morir hace veinticinco años.

—¡Morir, señor! ¿y por qué?

—Yo hice traicion al rey.

—¡Vos!

—Sí, yo: yo, que queria arrebatarle la corona.

—¡Vos! exclamó con espanto Bernardo.

—Y para poder arrebatársela, seduje á su hermana,

—¡Misericordia de Dios! exclamó el jóven: eso no puede ser, vos delirais, señor: todos los que os han conocido...

—Se han engañado creyéndome leal: yo guardaba mi traicion en el fondo de mi alma.

—Por compasion, señor, callad y no me digais eso, no me lo digais porque me herís en el corazon.

—Nadie lo sabe, nadie: el rey solo: y cuando tú no lo sabes, el rey ha callado... ha sido noble y bueno, como es misericordioso perdonándome.

—¿Sabeis, señor, que yo por vos he retado al rey: sabeis señor que el rey ha tenido miedo de mí?...

—¡Ah! ya lo temia yo! exclamó el conde: ¡has pensado en rebelarte!

—He pensado en vengaros, en vengar á mi madre.

—Tu madre y yo hemos sido muy culpables.

—¡Porque os amásteis y os unísteis!

—Porque eugañamos al rey, porque pensamos en derrocarlo. en ocupar su lugar.

—¿Que hay aquí de horrible, de espantoso, que yo no comprendo, que no puedo, que no quiero comprender? dijo Bernardo.

—Nuestro destino, exclamó el conde.

—¿Y cuando vengo á buscaros, señor, anhelante, lleno de amor, me haceis esa terrible revelacion?

—Veinticinco años de soledad y de silencio, aconsejan mucho, hijo mio: mis pasiones se han calmado durante una larga prision, y en mis frias noches de cautivo, Dios ha bajado hasta mí, Dios me ha dado fuerzas para sufrir, ha iluminado mi alma, ha matado mis odios: si yo tuviese aquí al rey le diria: gracias señor, porque dejándome la vida me habeis dejado tiempo para arrepentirme; gracias, porque habeis criado á mi hijo conduciéndole por la buena senda que deben seguir los cristianos y los caballeros; gracias, porque al fin me llamais hermano, me devolveis la libertad y la honra, y llamais infante de vuestra casa á mi hijo: gracias, señor, gracias, porque habeis sido muy generoso.

El desdichado conde sentia que le iban faltando las fuerzas para continuar en su inmenso sacrificio; su voz era cada vez mas opaca y mas trémula, y mas profundo, mas terrible el asombro de Bernardo.

—Yo creia, dijo, que el rey, alentando por mi madre una passion incestuosa, os aborrecia... por celos... se habia vengado de vos, por celos, y por crueldad no os habia matado, prefiriendo reduciros á una horrible vida de dolor y de espanto... yo creia.

—¡Ah! ¡no! ¡qué horror! Alfonso el Casto no amaba á su hermana, á tu madre, mas que como podia, como debia amarla; Alfonso el Casto no ha amado á ninguna muger con el deseo... ¡ah! ¡no! ¡no! quien tal diga miente; quien tal diga es un miserable traidor.

—¡Padre! ¡padre mio! temblais, vuestra voz se apaga, vuestra palidez crece.

—Es que mi hora se acerca, hijo mio...

—¡Ah! ya lo temia yo!

—¿Y qué era lo que tú temias?

—Que al entregarme á mi padre solo me entregarían un cadáver.

—¿Qué espíritu enemigo hay dentro de tí, hijo? ¿por qué crees en esa odiosidad del rey contra mí?

—¿Y por qué negar vos la injusticia, la crueldad, con que el rey os ha tratado? ¿Creis que yo no tengo fuerza y valor bastante para vengaros?

—¡Vengarme! ¿y de qué, contra quién? ¿quieres dar ocasion á que el rey haga contigo, lo que conmigo ha hecho? ¿Quieres que como he perdido mi vida, pierda mi eternidad?

—Dios me manda castigar una injusticia y una maldad.

—Tu padre, que representa á Dios para tí sobre la tierra, te manda reconocer la verdad y la justicia.

—¡La verdad! ¡la justicia!

—Si: la verdad es que yo conspiré contra el rey, que seduje á su hermana.

—¡Oh! yo no sé por qué, dudo, tiemblo, señor.

—¡No crees á tu padre!

—La sangre que siento en mis venas, lo que de vuestras desgracias sé, lo que de vos dicen cuantos os conocieron, ese vago pero terrible rumor que acusa al rey de haber alentado una passion criminal por su hermana, todo me hace pensar, que no sé por qué me engañais, padre mio.

—¿No crees tú que el caballero mas fiel y mas leal puede incurrir alguna vez en un delito?

—¡Padre!

—No hablemos mucho tiempo de esto: estoy débil, me siento morir...

—¡Morir vos, señor, cuando yo vengo á traeros la libertad!

—Si, si, yo muero... y muero feliz, porque muero en tus brazos: pero aprovechemos el breve tiempo que nos concede la misericordia de Dios. Yo no moriré tranquilo si no me juras que no verás en el rey á mi verdugo, si no á mi juez; á mi juez que tuvo razon y poder bastante para matarme y no lo hizo: á mi juez que al fin me perdona y te abre los brazos como un padre amoroso: que castigó al padre culpable y amparó al hijo inocente:

Bernardo, hijo mio: no ha sido el rey el que me ha reducido á esta horrible vida de soledad y de tinieblas, ha sido mi delito: el rey te reconoce y me perdona: ama al rey.

—Juradme, señor, por vuestra fé de cristiano y de caballero que decís verdad.

El conde de Saldaña, impulsado por su amor de padre, no vaciló un momento.

—Yo juro, dijo, por la preciosa sangre de Jesus Sacramentado, que todo lo que te he dicho es verdad.

—Pues bien, señor, respondió Bernardo: yo os juro servir al rey hasta la muerte, amarle como á buen pariente, permanecer á su lado y obedecerle, como os obedecería á vos.

—Y yo tranquilo ya, fiando en tu juramento, te bendigo.

Y el conde asió la cabeza de Bernardo con sus débiles y trémulas manos y estampó en su frente un helado beso.

La impresion de aquel beso aterró á Bernardo.

—¡Ah! ¿qué os sucede, señor? exclamó: ¡vuestro aliento está frío, vuestras manos tiemblan!

—Basta, basta ya, Bernardo. exclamó con voz débil: he satisfecho para contigo y para con el rey mi deuda de padre: ahora necesito un sacerdote para satisfacer mi deuda con Dios como cristiano.

Poco despues Bernardo salió.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó el conde cuando se encontró solo: he apurado la copa de amargura que me has presentado: he procurado salvar á mi hijo de los furores del malvado rey que me ha martirizado durante veinticinco años, y que termina conmigo sus maldades asesinándome. Acepta, señor, mi sacrificio y que su premio caiga sobre la cabeza de mi hijo.

Despues entró un sacerdote.

Cuando el sacerdote salió, entró Jacob Roboam, pálido, sombrío, fatal.

—Estais muy débil, dijo, y es necesario que bebais lo que traigo para vos.

—¡Ah! ¡es preciso que muera algunos instantes antes! dijo el conde: pues bien muramos: pero decid al rey que le perdonó,

que no quiero, que no puedo presentarme ante el tribunal de Dios con el alma ennegrecida por el odio: acercad ese... remedio á mis lábios y concluyamos.

El conde bebió.

Poco despues le dominaba un profundo letargo del que no despertó.

Al dia siguiente, Bernardo llevando en unas andas el cadáver de su padre, se encaminaba triste y silencioso seguido de sus escuderos, enlutado, al antiguo panteon de los condes de Saldaña.

CAPITULO XXV.

**En que se siguen relatando los sucesos de esta historia
extraordinaria.**

I.

Pasó mucho tiempo.

Aterrados los árabes por el valor de Bernardo dejaban en paz las fronteras.

El jóven héroe se veia reducido á una inaccion forzada, entreteniendo su tiempo, ya en la córte, ya en la torre de Saldaña.

El conde Alfonso y su esposa doña Maria, aumentaban la tristeza del jóven con su tristeza.

Desde la creida muerte de Saida Otamida, los pobres padres habian dejado de vivir.

Por que no es vida la vida que roe un dolor continuo, inestinguible, desesperado, sin consuelo.

La boda de Bernardo con Heriberta Perez, estaba concer-

tada para cuando terminase el luto de Bernardo por la muerte de su padre.

Brunequilla veía con un profundo disgusto esta dilación: temía, comprendía demasiado que Bernardo no amaba á su hija: que siéndole ya indiferente todo se casaba con ella de la misma manera que se hubiera encerrado en un claustro.

Pero llegó un día en que un horrible contento inundó el alma de Brunequilla.

Nuño, su confidente, había llegado del castillo de Bigorre y se había encerrado con ella en un aposento, donde estuvieron hablando durante un largo espacio la señora y el escudero.

II.

Hé aquí lo que hablaban:

—¿Por qué has venido cuando yo no te he llamado? dijo Brunequilla.

—Vengo á traeros, dijo, en una sola noticia una alegría y un remordimiento.

—¡Habla! ¡habla! dijo Brunequilla, que alentaba apenas.

—La esposa del infante don Bernardo, hace seis días ha amanecido muerta en la torre solitaria donde estaba encerrada.

Brunequilla palideció.

Por algún tiempo pretendió hablar en vano.

El terror la embargaba la voz.

—¡Muerta! dijo, ¡muerta al fin! ¡ya la viudez de Bernardo no es una mentira!

Y volvió á su silencio de estupor.

—Y... ¿de qué ha muerto? dijo despues de algun tiempo.

—No lo sé: cuando fuí á llevarla la comida, la encontré en su lecho, inmóvil, fria; pero con las ropas cuidadosamente compuestas.

—¿Se la ha tratado mal?

—No, señora, todo lo ha tenido, todo, menos la libertad y el trato con las gentes del castillo.

—Habrá muerto de desesperacion.

—El dia antes de morir estaba alegre, confiada.

—¡Ah! ¡alegre! ¡confiada! exclamó profundamente Brunequilla. ¿Y vió alguien el cadáver? ¿quiero decir, te informaste por medio de algun médico?

—Si señora.

—¿Y qué médico fué?

—Yo no cometí la imprudencia de llamar al médico del castillo: esto hubiera sido lo mismo que decir: aquí ha estado esta muger presa. Doña María de Saldaña, habia entrado en aquella torre dentro de una litera, y nadie sabia que estaba en la torre mas que yo y Ferran, y Ferran es hombre de confianza. Por lo mismo en la noche del dia en que la encontré muerta llamé á Ferran, y ayudado de él saqué secretamente á doña María del castillo, la puse sobre mi caballo, y rodeé la villa. Luego á tres tiros de ballesta de los muros de la villa, á la parte opuesta del castillo, dejamos entre una espesura, al lado del camino, á doña María y adelantamos y entramos en la villa.

Yo me fuí en derechura á la casa del baillío.

—Viniendo de una de las tierras de nuestra señora, le dije, este escudero y yo, al pasar por el Carrizal, nuestros caballos se han asombrado y han resistido á los acicates; buscando cuál pudiera ser la causa del asombro de los animales, hemos visto un bulto blanco entre los jarales al lado del camino, nos hemos acercado y hemos visto que aquel bulto blanco era una muger muerta. Venimos á avisártelo para que hagas lo que mejor te parezca.

El Baillío nos detuvo hasta informarse de si debía hacernos en alguna manera cargo de aquella muerte, pero dos horas despues nos dejó en libertad. Habia acudido al sitio acompañado de un médico y de algunos hombres de la villa y el médico habia declarado que la difunta lo habia sido por enfermedad. He aquí todo lo que ha ocurrido.

—Y... esa infeliz fué enterrada, preguntó Brunequilda, estremeciéndose.

—Indudablemente, dijo Nuño; no sé de ningún muerto á quien no se haya enterrado.

—¿Pero no lo sabes de seguro?

—¿Y qué habian de hacer sino enterrarla?

—Yo quisiera que tú lo hubieras visto.

—¿Dudais señora?

—De tí no: pero ¿no podia ser aparente la muerte de doña María?

—Os juro señora que doña María estaba bien muerta. La tuve mas de una hora entre mis brazos sobre mi caballo, y estaba fria, rígida.

Brunequilda bajó la cabeza y quedó profundamente pensativa durante algunos segundos.

—Y bien, dijo: yo confio en tí, porque sé que tú no me engañarás: tú la has visto muerta y esto me basta. No hablemos mas de ello.

Desde esta conversacion con Nuño, habia aparecido en el semblante de Brunequilda la sombría alegría con que la hemos presentado á nuestros lectores.

Bernardo era ya verdaderamente viudo para ella, y estaba próximo á casarse con Heriberta.

Brunequilda amaba ciegamente á su hija, el amor de Bernardo era la vida de Heriberta y esta la razon de la alegría de Brunequilda.

III.

Pero Brunequilda se engañaba.

Por mejor decir, la engañaban las apariencias.

Saida Otamida no habia muerto.

La habia salvado un amor ardiente, terrible, abnegado, amor africano, violento como el huracan del desierto y ardiente como el sol que abrasa su arenas.

Necesitamos retroceder á la noche en que Saida Otamida fué robada por los bandidos, ó mejor dicho, por las gentes de Brunequilda, cuando iba ansiosa en busca de Bernardo creyéndole próximo á morir.

¿Se acuerdan nuestros lectores, de que cuando despues del combate aquella terrible noche contó su gente Jacob-el-Meknesi, se encontró con que de entre sus seis esclavos negros de la guardia del califa faltaba uno?

¿Recuerdan que aquel esclavo se llamaba Alí-ben-Daz?

Si no lo recuerdan, les rogamos vuelvan atrás y consultar el capítulo XVIII de nuestra historia.

Lo que vamos á continuar es la relacion de los sucesos que quedaron sepultados en un profundo misterio para Jacob-el-Meknesi.

IV.

Alí-ben-Daz habia nacido en Guinea.

Su padre le habia vendido á un mercader árabe español, por un arco, un capacete y una espada.

Alí-ben-Daz no conoció á sus padres ni á su patria, porque habia sido vendido y trasladado á España muy niño.

Desde los diez años empezó su servidumbre y al cabo de una larga sucesion de aventuras, llegó á ser uno de los esclavos que componian la invencible guardia del califa.

Su piel tenía el negro mas intenso y mas fino á que puede llegar el negro en un africano, y sobre este fondo oscurísimo sus grandes ojos destacaban vigorosamente su parte blanca, como sus labios un color rojo.

Su mirada era noble, franca y valiente.

Su cuerpo atlético, era gallardo, noble.

Con el vestido rojo bordado de oro de los esclavos negros del califa, con el brillante capacete sobre la cabeza, apoyado en su arco de combate, dando la guardia, inmóvil como una estatua, á una puerta de los apartamentos del califa, Alí-ben-Daz era una hermosa figura épica.

El africano que nunca habia amado mas que dos cosas, el combate y la libertad, amó un dia una tercera.

Aquella tercera cosa fué una mujer.

Mas que una mujer: una deidad, por que aquella mujer se llamaba Saida Otamida.

Alí-ben-Daz, el negro africano, el esclavo, el soldado mas terrible de Al-Hhaken, amaba con toda la exasperacion de sus pasiones salvajes á la esposa de Bernardo del Carpio.

Pero Alí-ben-Daz al sentir su amor se habia estremecido.

Porque Alí-ben-Daz con la energía de su imaginacion africana, habia comprendido que no podia alentar la menor esperanza.

Entonces, y sin vacilar, se decidió por conseguir á su amor el único premio que podia esperar.

El de amar dentro de sí con toda su alma, con toda su abnegacion, á Saida Otamida, que no podia amarle por que..... amaba á Bernardo.

Alí-ben-Daz, no habia conocido á Saida Otamida sino despues de su fuga de Córdoba.

Y Alí-ben-Daz habia comprendido que Saida Otamida era una de estas mujeres que solo aman una vez y que no dejan su amor sino con la vida.

—Pero, dijo para sí Alí-ben-Daz: es imposible que el califa no ame con toda su alma á esta hurí: ella le huye; el califa la buscará: pero yo estoy á su lado y yo la defenderé: sí, aunque fuera necesario matar al califa.

Y Alí-ben-Daz se decidió á ser la providencia oculta de Saida Otamida.

Y mas aun: la sultana Otamida amaba á Bernardo.....

Alí-ben-Daz amó al jóven por la sola razon de que Otamida le amaba, y juró tambien en el fondo de su alma, morir si era necesario por Bernardo.

Y llegó un dia en que el africano halló un goce puro é inmenso, en este amor abnegado, humilde, sin otro premio, sin otra esperanza que el sacrificio: llegó un dia en que el amor de Alí-ben-Daz por los esposos, se convirtió en una de esas pasiones profundas, que nada gasta, que nada destruye.

Amaba al uno por el otro.

Y nadie conocia este amor.

Guardábale Alí-ben-Daz bajo su gravedad africana, como se esconde un tesoro bajo una roca.

La noche en que Saida Otamida fué arrebatada por las gentes de Brunequilda, Alí-ben-Daz peleó algun tiempo con la bravura y la rabia de una leona del desierto á quien roban sus cachorros; pero cuando oyó los gritos de Saida Otamida, cuando notó que aquellos gritos se alejaban, Alí-ben-Daz, saltó como una pantera del lugar del combate y se puso en seguimiento de la jóven.

La noche era oscura: no importaba; cuando se perdian á lo lejos los pasos de los raptores de la sultana, Alí-ben-Daz, se tendia, pegaba su oido á la tierra, y luego se alzaba y corria, salvando asperezas y cortaduras en la direccion en que habia logrado escuchar de nuevo los pasos.

Llegó un momento, antes de que amaneciera, en que Alí-ben-Daz, vigoroso y ágil, alcanzó á los raptores y pudo oír lo

que hablaban, detenidos un momento en un lugar agreste y solitario de la montaña.

—Es necesario, decia una voz áspera, que no puedan seguirnos: si nos siguen, embarazados con la carga de esta dama, en lugares por donde no podemos traer caballos, nos alcanzan: es necesario que la crean muerta.

—¿Y cómo? dijo uno.

—¿Cómo! dejando sus ropas ensangrentadas.

—No, no basta: era necesario dejar algo mas.

—¿Y qué! ¿y qué!

—¿No os parece que si nos acometieran lobos, nos devorarían y á ella con nosotros?

—Dios nos libre, dijeron algunas voces en coro.

—Si, librenos Dios, y tanto mas, cuanto eso podría muy bien ser: una manada de lobos anda por estos barrancos capaz de comerse á un ejército. Pero de que nos coman los lobos, á hacer creer á los que puedan seguirnos que hemos sido comidos por ellos, con esta dama, hay una gran diferencia.

Convinieron todos, en efecto, en que era grande la diferencia, y á seguida se pensó en cómo se llevaría á efecto la farsa, de un modo tal, que los perseguidores, si los habia, aunque trageran perros ventores, se engañasen.

Ya hemos visto que las apariencias de la muerte de Saida Otamida se dispusieron de tal modo por aquella gente, que engañaron á Bernardo, le llenaron el alma de dolor y le hicieron creerse viudo.

Alí-ben-Daz, oculto á alguna distancia de aquella gente y protegido por las asperezas del terreno y por la oscuridad de la noche, pudo observarlos hasta el amanecer, y despues del amanecer los siguió á larga distancia, sirviéndole de rastro las huellas de sus pasos.

V.

Seis dias duró el seguimiento de Ali-ben-Daz á aquella gente.

Al fin de los seis dias, y pasada ya la frontera francesa, se descubrió, allá á lo lejos, una poblacion y frente de ella, sobre una colina, un castillo.

Aquel castillo, era el castillo señorial de Bigorre.

Al trasponer el sol, Ali-ben-Daz, que seguia á lo lejos, estenuado, hambriento, muerto de fatiga, á los raptores de Otamida, vió que estos se metieron en un bosque.

Ali-ben-Daz, hizo un rodeo, se metió tambien en el bosque, se acercó recatadamente al lugar donde se habian detenido los raptores de la sultana, y los observó.

Un hombre atlético, rudo, vestido con el trage y las armas de los escuderos de los señores feudales, repartia dinero á aquella gente: despues de esto la despidió y se quedó con otro hombre que tambien por el trage y por las armas parecia escudero.

Entonces aquellos hombres se encaminaron al lugar mas enmarañado del bosque, y Ali-ben-Daz los siguió como pudo, porque la fatiga y el hambre le rendian.

En aquel lugar habia una litera sostenida por dos mulas. Aquella litera estaba cerrada.

Era indudable que dentro de aquella litera estaba Otamida. Ninguna ocasion mejor para haberla salvado.

Solo dos hombres podian oponerse á ello, y Ali-ben-Daz era fuerte y feróz como un tigre: pero en aquellos momentos era mas débil que una mujer: se habia visto obligado á mantenerse de las legumbres que habia encontrado al paso en las tierras de sembradío, tenia agotadas las fuerzas: apenas podia mantenerse en pié.

Esperó, pues, y pidió á Dios le diese fuerza para poder seguir á aquellos dos hombres, cuando se pusiesen en marcha con la litera.

Porque hay que advertir que aquellos dos hombres iban á caballo.

Cerró la noche, y sin embargo aquellos dos hombres permanecieron tendidos sobre el cesped donde se habian echado para descansar.

Así permanecieron hasta la media noche.

Alí-ben-Daz, desfallecia mas á medida que pasaba el tiempo.

Al fin aquellos dos hombres se levantaron, montaron á caballo, uno de ellos asió las riendas de la mula delantera de la litera y tiró de ella, y el otro siguió detrás.

Alí-ben-Daz, encorvándose, arrastrándose, sosteniéndose apenas siguió á aquellos dos hombres, y vió que despues de salir del bosque, tomaban el camino del castillo señorial de Bigorre.

Luego los dos hombres y la litera se perdieron en la densa penumbra del muro.

Indudablemente Saida Otamida habia sido encerrada en el castillo.

Alí-ben-Daz, se volvió al bosque.

De sus armas conservaba el casco, el coselete, la espada, la aljaba y la ballesta.

Estaba, pues, magníficamente armado.

Pero sus armas eran entonces para él casi inútiles porque una larga marcha sin descanso, siguiendo á hombres montados sin tomar alimento que tal pudiese llamarse, le habia estenuado.

Era preciso comer, despues descansar.

Lo primero era difícil.

Alí-ben-Daz esclavo y pobre, cuando se puso en seguimiento de los raptores de Saida Otamida, lo habia hecho con el corazon lleno de valor y de grandeza, pero con la bolsa completamente vacía.

Y como en ninguna parte dan de comer sino á cambio de

dinero, y Ali-ben-Daz no lo tenia, hé aqui por qué se habia visto obligado á comer hortalizas robadas.

Pero su estómago rechazaba ya las legumbres, necesitaba de algo mas sólido, algo mas succulento.

Encontrábase solo en un bosque, en pais estraño, cuya lengua no conocia, y negro, es decir, llevando consigo el color de la esclavitud.

Era entonces de moda sin embargo, entre los grandes señores, tener esclavos africanos: y como en Francia mas que en España habia poderosos señores feudales, Ali-ben-Daz esperó y no sin fundamento encontrar algun compatriota en la servidumbre de alguno de los señores de la comarca.

Pero eso era para despues.

Lo primero era comer y descansar y para ello buscar una habitacion, encontrar al menos un ser viviente.

Entonces, mucho mas que ahora, no habia bosque que no estuviese poblado de guardas.

Ali-ben-Daz, para procurar la presencia de uno de estos guardas, recurrió á su bocina.

Una llamada de caza atronó poco despues el bosque transmitiéndola de eco en eco por sus anchos senos.

Por el momento nadie respondió.

Ali-ben-Daz repitió su tocata otras dos veces.

Al fin allá á lo lejos contestó otra bocina, tocando tambien llamada.

Al sonido de aquella bocina contestaron los de otras muchas, que siguieron sonando de tiempo sin interrupcion, y en redondo, acercándose cada vez mas.

El africano comprendió perfectamente lo que era aquello.

Los guarda-bosques acudian á ver quién era el audaz que se atrevia á cazar y á cazar de noche en los dominios de su señor.

Porque aunque Ali-ben-Daz no cazaba, tocaba llamada de caza y esto para los guarda-bosques era lo mismo que si cazase.

Ello era que al parecer habia cazadores en su demarcacion

Muy pronto empezaron á aparecer bultos entre las espesuras.

Alí-ben-Daz los esperó pacíflcamente sentado por la sencilla razon de que ya no podia tenerse de pié.

Al fin los guarda-bosques llegaron á él.

Le preguntaron, pero las preguntas fueron inútiles, porque el africano no entendia el francés.

El tampoco les habló porque supuso, y no se engañaba, que los franceses no entendian el africano.

Pero hay un lenguaje comun á todas las gentes: el lenguaje de los signós: esto es, la mímica, y los africanos la poseen en sumo grado.

Hízoles comprender por señas, que estaba perdido en aquel bosque, que tenia hambre, y que el hambre se iba haciendo para él peligroso.

Preguntáronle tambien por señas los otros, quién le acompañaba, y Alí-ben-Daz les contestó que estaba solo.

Quisieron saber de dónde venia y Alí-ben-Daz señaló al Oriente y les dió á entender que desde muy lejos.

Los hombres hermosos y de Oriente (y Alí-ben-Daz era lo uno y lo otro) tienen la prerogativa de ser en general simpáticos.

Los guarda-bosques simpatizaron con Alí-ben-Daz, y le llevaron consigo.

Muy pronto el africano se encontró en una ancha cabaña donde le dieron de comer y le señalaron un lecho improvisado con pieles de osos del Pirineo, donde podia dormir.

Alí-ben-Daz durmió, descansó, y al amanecer le despertó uno de los guarda-bosques y le mandó que le siguiera.

Siguióle el africano, por un estrecho sendero; luego fuera del bosque, y al cabo de tres horas de marcha, llegaron á un fuerte castillo.

Alí-ben-Daz le examinó minuciosamente y se convenció de que aquel no era el castillo donde habian entrado los dos hombres con la sultana Saida Otamida.

VI.

Muy pronto Ali-ben-Daz, conducido por el guarda-bosque se encontró en una cámara severa, desnuda, en que no había mas que trofeos de caza y de guerra y algunos sitiales de roble pesadamente calados.

En la cámara se paseaba un noble como de cincuenta años, rudo y activo.

Era el señor del castillo.

—¿Dónde has encontrado á ese negro? dijo en francés al guarda-bosque.

—En el bosque, señor, contestó este.

—Y qué hacia en el bosque?

—Tocaba llamada de caza.

—¿Y no cazaba?

—No señor.

—¿Ni había cazado?

—Tampoco.

—¿Quién es tu señor? dijo el baron franco, dirigiendo la palabra á Ali-ben-Daz.

Este le hizo entender por señas que no le entendia.

El baron le preguntó por señas si era mudo

Ali-ben-Daz le demostró que no era mudo, pronunciando con voz sonora y clara en hermoso árabe castizo la profesion de fé de los musulmanes.

—Paréceme, dijo el baron, que este habla, como el escudero cordobés, que hizo mi padre prisionero en Tolosa, ¿por dónde anda Pedro? vé á buscarle.

Buscóse á Pedro, encontrósele, trájosele, y Ali-ben-Daz se encontró con un compatriota viejo que aun se acordaba de hablar el árabe.

Por medio de Pedro, que servia de intérprete á Ali-ben-Daz, supo el baron francés que el africano recién llegado, era un sol-

dado de la guardia negra del califa de Córdoba, escapado y libre por lo tanto, y complacido de su aspecto, de su robustez y de su hermosura, le tomó á su servicio como escudero libre.

VII.

Alí-ben-Daz logró al fin ver satisfecha su hambre y descansado su cuerpo.

Todos los días, ó mejor dicho, todas las noches, y recatándose cuanto le era posible, Alí-ben-Daz, iba á vagar al rededor del Castillo de Bigorre, á observar sus muros, sus torreones, á pasar largas y frias noches en espera.

Al mismo tiempo se ocupaba de otra cosa.

El sueldo que le daba el baron francés Enguerrando de Rocamor, que así se llamaba su nuevo amo, era insuficiente; consistia en un sueldo tornés, moneda infima de cobre, para cada dia, una racion de pan, otra de carne y otra de vino.

Alí-ben-Daz necesitaba oro y mucho oro para sus proyectos.

Por lo mismo todas las noches despues de haber rondado suficientemente el castillo de Bigorre, se encaminaba al camino real, se ponía en acecho y... robaba.

Duro es decirlo: pero el buen Alí-ben-Daz por amor á Saida Otamida se habia convertido en bandido, y en bandido tal, que se habia hecho el terror de la comarca.

Salian los bailíos con hombres armados, en busca del terrible bandido, y jamás lograban haberle á las manos, porque Alí-ben-Daz era muy ágil, muy fuerte y muy diestro: cansábanse en buscarle, y á pesar de sus persecuciones, el bandido seguía haciendo de las suyas, y acabaron por llamarle el bandido invisible.

Así pasó mucho tiempo.

El número de robos crecía: en relacion con ellos crecía el tesoro de Alí-ben-Daz.

VIII.

Habia este descubierto al fin, dónde se encontraba Saida Otamida.

Habia en el castillo de Bigorre, un torreón gigantesco, denegrido, situado sobre un tajo elevado, sobre un torrente siempre invadeable, siempre bramador, que parecía servir de foso á la cortadura sobre la cual se levantaba el torreón; un puente levadizo y un foso separaban además este torreón del resto del castillo.

Por la parte que miraba el tajo y junto á las almenas, este torreón tenia una pequeña ventana.

En aquella ventana habia visto luz constantemente Ali-ben-Daz desde que la noche cerraba hasta tres horas despues.

Y muchas noches Ali-ben-Daz habia visto una sombra, un bulto, una persona, inmóvil, apoyada en el alfeizar de la ventana y como contemplando la oscuridad de la noche.

Aquel bulto tenia un perfil encantador, el perfil de una muger.

Ali-ben-Daz creyó haber descubierto á punto fijo el paradero de la perdida sultana.

Desde que tuvo este pensamiento, se puso á imaginar el medio de hacer llegar á Saida Otamida la noticia de que habia quien velaba por ella.

Pero no encontró ninguno.

Pretender penetrar en el castillo de Bigorre era un delirio.

El recelo mas profundo guardaba el castillo.

Y ningun otro medio se ocurría á la imaginacion de Ali-ben-Daz.

Al fin una noche, y cuando estaba contemplando de una manera anhelante la ventana, tuvo una inspiracion.

—¡Ah! por Eblis (1) tengo una ballesta conque poder enviar un venablo á aquella ventana, y en el venablo un pergamino

(1) El diablo, entre los árabes.

escrito, y aun estoy dudando. Vamos mañana á la noche sabrá Saida Otamida que no está sola, que hay quien vele por ella.

Ali-ben-Daz se volvió contentísimo aquella noche al castillo de Rocamor.

Apenas estuvo en el zaquizamí que le servia de aposento, Ali-ben-Daz buscó un pergamino que solo obtuvo por mediacion de Pedro, que se lo pidió al capellan del Castillo.

Ali-ben-Daz escribió lo siguiente:

«En el nombre de Dios Altísimo y Misericordioso.

El esclavo Ali-ben-Daz á la noble sultana Saida Otamida mi señora.

El dia de tu adversidad ha pasado ya.

El leon del desierto vaga rugiendo al derredor de la prision donde tus enemigos te encierran.

Espera sultana: espera y confia en Dios: yo te salvaré.

Yo soy esclavo de la guardia negra del califa Al-Hha-ken.

Dios te guarde entre tanto sultana.

Dios me dé su ayuda para salvarte.»

VIII.

Ali-ben-Daz esperó con impaciencia la noche siguiente.

Apenas llegó esta, se encaminó al castillo de Bigorre.

Llegó y miró con ánsia á la ventana que estaba densamente oscura.

Ali-ben-Daz se aterró.

Temió que la sultana hubiese sido trasladada á otro aposento.

Tal vez á otro castillo.

Pero al fin la luz apareció y recortándola sobre la ventana la sombra de muger, que Ali-ben-Daz habia visto otras noches.

La sombra permaneció durante un largo espacio en la ven-

tana, inmóvil, como si privada de libertad, hubiese querido buscar, aunque no fuese mas que con la mirada, un espacio en la inmensidad; y nada hay tan inmenso como una noche oscurá, en que todo, cielo y tierra y horizontes es sombra y sombra vaga, misteriosa.

Alí-ben-Daz, que habia deseado que la muger á quien creia la sultana Otamida, apareciese en la ventana, deseó con mucha mas ansiedad que se apartase de ella.

Para el proyecto de Alí-ben-Daz, aquella muger, cubriendo casi con su cuerpo la pequeña ventana, era un obstáculo.

Pero llegó al fin el término de la impaciencia de Alí-ben-Daz: la sombra hizo primero un movimiento marcado: despues se quitó de la ventana:

Quedó esta abierta: á través de ella se veia la luz del interior.

Alí-ben-Daz aseguró en un venablo el pergamino que habia escrito, armó el venablo en la ballesta y apuntó á la ventana: por tres veces estuvo á punto de disparar y tres veces dejó de hacerlo; le estremecia el solo pensamiento de que la muger apareciese de nuevo en la ventana en el punto mismo de disparar el venablo; que aquella muger fuese en efecto la sultana Saida Otamida y que el venablo la hiriese; al cabo apuntó por cuarta vez y disparó, invocando á Dios al hacer el disparo: el venablo entró por la ventana y la muger no apareció.

Sigamos al venablo: penetremos con él por la ventana, que todo no podemos hacerlo con la imaginacion, y veamos lo que habia en la habitacion en cuya bóveda habia rebotado el venablo cayendo en el suelo y produciendo un ruido seco.

IX.

Una muger que estaba arrojada sobre un lecho se incorporó de repente asustada y buscó el objeto que habia producido el ruido.

Al levantarse aquella muger, aquella dama, aquella magnífica hermosura, porque en efecto, era Saida Otamida, quien en aquella habitacion se hubiese encontrado no hubiera podido reprimir un grito de sorpresa.

Sus anchas y pesadas trenzas negras caian en un bellissimo desórden sobre sus hombros medio desnudos, por el descuido que da á una muger la certeza de encontrarse sola y encerrada: sus ojos, en que lucia una mirada profundamente melancólica, parecian ocultar en lo mas recóndito de su foco, una desesperacion horrible, por su paz, por su inmovilidad: parecia que Saida Otamida habia ya renunciado á todo lo que constituia la vida de su alma: que no habia quedado en ella mas que una vida material, orgánica: y sus megillas, densamente pálidas y sus lábios descoloridos parecian indicar los principios de una de esas enfermedades desconocidas, que acaban lentamente con la materia, hasta producir la muerte del cuerpo.

Y con esta mirada inmóvil, como la superficie de un lago; con esta palidez mate; con el tinte de melancolía y de sufrimiento aceptado y apurado con un valor y una resignacion admirables; con el bello desórden de sus trenzas negras, con la esbelta morbidez de sus formas, con la túnica blanca de ancha plegadura que la cubria, con la pureza que de todo su sér emanaba, la sultana Saida Otamida, la esposa de Bernardo del Carpio, doña María de Saldaña, parecia un trasunto hechicero del ángel de la desolacion, de la resignacion, del sufrimiento.

Miró en torno suyo, y al fin vió el venablo, y el pergamino que al rededor del venablo se enrollaba: entonces y por

la primera vez despues de mucho tiempo brilló en los ojos de la jóven un destello de esperanza; se acercó, mejor dicho se arrojó al venablo, quitó de él el pergamino y le leyó.

—¡Dios mio! exclamó: ¿tu misericordia ha permitido que haya quien vele por mí, - quien venga en mi ayuda?

Pero de repente, el destello de esperanza que habia aparecido en los ojos de Saida Otamida se apagó.

Una sospecha desfavorable habia pasado por su pensamiento:

—¿Me querran poner á prueba? ¿será este un lazo? exclamó: pero no, no puede ser: yo estoy encerrada, nada puedo hacer, absolutamente nada: esa puerta es demasiado fuerte; esa ventana demasiado alta: es cierto que yo nada comprendo de lo que me sucede: que no sé cuál ha sido el intento de los que me han traido para encerrarme aquí: nada se me dice, nada se me pregunta, nada se me responde cuando pregunto yo: esto no puede ser un lazo, añadía mirando el pergamino, una asechanza no tendría objeto: y luego los caracteres árabes con que está escrita esta carta.... si, si, es muy posible que quien me la ha enviado en un venablo por medio de una ballesta sin duda, y á través de la ventana, sea un esclavo de la guardia negra del califa; si á pesar del respectó y del interés con que esta carta está escrita, enviará á ese hombre el califa Al-Hhakem..... y bien, prefiero dar en manos del califa, que me ama como si fuera mi padre, á vivir en esta ansiedad mortal. Á Al-Hhakem puedo vencerle, puedo reducirle á que me vuelva á mi esposo, á mi Bernardo, ! pero á ese inhumano carcelero que me guarda no le commueven mis lágrimas ni le incitan mis ofertas. Esperemos, esperemos á ver lo que hace el hombre que esta carta me ha enviado.

Saida Otamida, suponiendo que el autor de la carta, esperaba sin duda una señal que le demostrase que su carta habia sido recibida, se asomó á la ventana y agitó por tres veces el extremo de una de las largas mangas de su túnica.

Saida Otamida oyó una especie de graznido como el de un aguilucho hambriento, apenas hizo la señal.

Para probar si aquello era una casualidad ó no, tan bien imitado habia sido el graznido, la joven agitó por segunde vez su manga.

El graznido volvió á repetirse, pero mas lejos que la vez primera.

A una tercera señal, contestó un tercer graznido, pero ya lejano.

Saida Otamida comprendió que quien se valía de aquel lenguaje se despedía de ella, se retiró de la ventana, la cerró, ocultó el venablo bajo su lecho, leyó de nuevo la carta y se acostó.

Poco despues dormia y al parecer dulcemente.

Sus labios sonreian.

Un ligero color de púrpura teñia sus megillas.

Era que el ángel de la esperanza habia tocado su alma con las estremidades de sus alas.

X.

A la noche siguiente Saida Otamida se asomó á la ventana, permaneció un momento delante de ella y luego se retiró y esperó.

No tardó mucho en entrar por la ventana un venablo.

Aquel venablo llevaba enrollado otro pergamino.

Saida Otamida se abalanzó con ansia á él y le devoró.

Aquel pergamino decia:

«Señora: si tú eres la sultana Saida Otamida, para que yo ño dude y puede obrar, pon en señal de que eres quien yo busco tu lámpara en la ventana: quítala luego y vuévela á poner por tres veces, despues retírate de la ventana y espera.

Saida Otamida se apresuró á ejecutar lo que en la carta se

la decia: puso por tres veces la luz en la ventana y despues se retiró.

No tardó mucho en entrar otro venablo: traia otro pergamino.

Saida Otamida le tomó.

Al tomarle notó que unida al venablo venia una cuerda delgada: la desató y tiró de ella: la cuerda cedió en una parte de su longitud, pero al fin resistió y se atirantó como sujeta por el otro extremo.

Saida adivinó ó creyó adivinar lo que aquella cuerda representaba y luego leyó el pergamino.

«Si quieres ser libre y volver á los brazos de tu esposo, que te llora muerta, sultana, cuando hayas leído este pergamino pon otra vez en la ventana la luz: retírala y despues de que pase el tiempo necesario para rezar la profesion de fé de los creyentes, tira de la cuerda: ella te pondrá en las manos un canuto de caña cerrado con cera: cuando tengas el canuto en tu poder, pon de nuevo la luz en la ventana para que yo sepa que le tienes: luego destápale con cuidado: dentro encontrarás unas yerbas: cómelas: eres libre si las comes: yo velo por tí, sultana: confia en el amor y en mi lealtad.»

Saida se quedó profundamente pensativa.

Despues, porque era valiente y estaba desesperada, hizo cuanto en el último pergamino se la prevenia y tuvo al fin en su poder el canuto de caña.

XI.

Cuando le hubo destapado y abierto se encontró con una cantidad de yerbas frescas, apretadas y comprimidas dentro de la caña.

Saida Otamida miró con espanto aquellas yerbas.

¿Podía confiar en quien se las enviaba?

Ella había creído que aquella cuerda estaba destinada para que una escala pudiese llegar hasta ella, conducida por aquella cuerda: pero entonces recordó que al pie de la torre había un foso profundo: mas allá del foso una cortadura inmensa: el esclavo africano de la guardia negra había hecho cuanto podía hacerse y se necesitaba un brazo de hierro y una puntería admirables para poder entrar por la ventana un venablo, desde la larga distancia á que era necesario colocarse para ver la ventana.

XII.

Saida Otamida tenía las yerbas en la mano y las contemplaba con espanto.

Algo sombríamente terrible, pero indefinido, se agitaba en su alma: se la ofrecía, si comía aquellas yerbas, su libertad: su amor volviéndola al lado de su esposo que la creía muerta.

¡Muerta!

El corazón de Saida Otamida se desgarraba, su cabeza se perdía, su alma se helaba.

Hubo un momento en que su vista se nubló, en que dejó de sentir dominada por una fascinación terrible y en aquel momento devoró las yerbas sin dejar la menor parte de ellas, sin sentir su sabor amargo y repugnante, sin tener la conciencia de lo que hacía.

Durante un momento permaneció en pié inmóvil como una estatua, pálida como la muerte: después, dió algunos pasos vacilantes se acercó al lecho y cayó sobre él.

Al poco tiempo cualquiera que la hubiera visto, la hubiera creído un cadáver.

XIII.

Y así lo creyó Nuño cuando al día siguiente entró en la habitación.

Indecible fué el terror del escudero de Brunequilda al creer muerta á doña María de Saldaña : no podia esplicarse la razon de aquella muerte, pero recobrado un tanto de su terror vió los venablos que estaban esparcidos por la estancia y si no vió los pergaminos fué porque Saida, despues de leerlos y temerosa de que se la estraviasen y cayesen en manos de sus carceleros los habia quemado: Nuño no podia esplicarse aquello : junto á la jóven muerta aquellos venablos y aquella cuerda.

Pero era preciso obrar.

No podia dejarse conocer á las gentes del castillo la muerte de Saida Otamida : nadie sabia que en el castillo existia una muger, Nuño y Ferran la habian introducido secretamente en él, encerrada en una litera : Nuño determinó que Ferran le ayudase para sacar tambien secretamente aquella noche á Saida Otamida, á la que creia muerta, del castillo.

XIV.

Ya sabemos que Nuño y Ferran la sacaron, que dieron un rodeo, y que dejaron á Saida Otamida entre unos jarales para ir á dar parte al bailío de Bigorre, de que habian encontrado una muger muerta al lado del camino.

Pero apenas Nuño y Ferran se habian separado de Saida Otamida, cuando apareció Ali-ben-Daz, que no habia perdido ni un momento de vista el castillo de Bigorre y habia visto salir de él á Ferran y á Nuño con la sultana.

Pero Ali-ben-Daz se vió obligado á esperar: algunos caminantes cercaban á la sultana, rezaban y se alejaban.

Y á un caminante sucedia otro, hasta que sobrevino el bailío con sus gentes, llevando entre ellas un médico.

El médico declaró que aquella muger estaba muerta.

Como los muertos no hay que guardarlos y el bailío no habia llevado consigo sepultureros, se retiró con sus gentes, dejando á Saida Otamida sola.

Avanzó la tarde, llegó la noche y al fin dejaron de aparecer caminantes.

Ali-ben-Daz entonces saltó de entre los jarales, asió á Saida Otamida, la cargó sobre sus hombros y dió á correr con ella internándose en el bosque.

CAPITULO XXVI.

En que termina la historia que nos hemos propuesto contar á los que nos lean.

I.

HABIA pasado un año desde la muerte del conde de Saldaña don Sancho Diaz y mas de un año desde la fingida muerte de Saida Otamida, de doña María de Saldaña.

Bernardo se habia quitado el luto del cuerpo, pero conservaba el del alma.

El triste jóven se mostraba pálido, macilento, sombrío, y solo tenia sonrisas cuando hablaba con Heriberta.

Pero aquellas sonrisas, aquella alegría afectada, le costaban un penoso sacrificio.

Bernardo sabia que Heriberta le amaba con toda su alma, que su amor era la vida de la pobre niña y Bernardo la fingia amor.

Porque Bernardo tenia caridad.

Y la caridad es ingeniosa.

Heriberta era feliz, porque la caridad de Bernardo la engañaba.

Pero ella, la inocente, era la única que se engañaba.

Habia muchas personas que leian claro en el alma de Bernardo.

El rey don Alfonso, veia con una inquietud mortal, en que tomaba gran parte su conciencia, el estado del alma de su sobrino.

Le veia huérfano.

Huérfano por su venganza.

Su madre habia muerto entre las sombras de un claustro, en la flor de su juventud.

Su padre entre las tinieblas de un calabozo, despues de un largo martirio.

El estigma terrible en la desgracia de los padres, marcaba la noble frente del hijo, del héroe, del noble solariego, que rendia en sangre su tributo á la patria, cuyo nombre llevaba lá fama con orgullo entre sus alas.

Y luego el rey, que comprendia una causa mas de dolor en el alma de Bernardo, dolor por la pérdida de su esposa, sentia por ello remordimientos.

Porque si el rey no hubiese enviado inútilmente á Bernardo contra los árabes, no se hubiera puesto en marcha doña María de Saldaña, no hubiera sido robada ni muerta.

Porque el rey creia, como todos, que la esposa del infante Bernardo del Carpio habia muerto.

El rey leia claro él dolor en el alma del jóven, y sufría castigado por su conciencia, porque el era la primera causa de aquel dolor.

II.

La reina Berta comprendía también el sufrimiento de Bernardo.

La reina Berta sufría también.

También la reina Berta sentía el remordimiento en su conciencia.

¿Qué había hecho la reina Berta contra Bernardo?

¿No le protegía?

¿No le defendía?

Sin embargo, la reina Berta podía haber dicho á Bernardo.

«Tu padre no ha muerto porque Dios le haya enviado una enfermedad, tu padre ha muerto inmolado por la sombría venganza del rey.»

Porque la reina Berta lo sabía.

Nadie se lo había dicho.

Pero había visto partir para el castillo de Luna á Jacob Roboam, enviado por el Rey, lo había temido todo, y al volver el médico judío la reina había tenido sagacidad bastante para observarle, para sorprenderle, para descubrir en su turbación el crimen.

Pero la reina Berta no podía denunciar aquel crimen al hijo del asesinado.

El asesino era su rey, y á más de ser su rey era su esposo.

III.

Pero si guardó como un secreto de muerte la conciencia de aquel crimen en su corazon, comprendió que era criminal ocultándole, y en fin su solicitud hacia Bernardo se aumentó.

Le miró ya como hijo y teniéndole á su lado y consolándole comprendió que el corazon del jóven estaba herido de muerte.

Comprendió que para él no habia mas amores, ni mas vida, ni mas alma que Saida Otamida.

Y como la reina creia que Saida Otamida habia muerto, y como Bernardo moria lentamente por la creencia de la muerte de Saida Otamida, la reina Berta que le amaba, sufría y lloraba en silencio.

IV.

El conde Alfonso de Saldaña y su esposa doña Luz de Mendoza conocian mejor que nadie el corazon del jóven.

Porque Bernardo los amaba tiernamente.

Eran los padres de su primero, de su ardiente, de su único amor.

Ellos sufrían, y sin embargo aprobaban aquel casamiento.

Porque eran buenos, sabian cuanto amaba Heriberta á Bernardo, y ellos, que sufrían por amor, tenían compasion de la jóven.

Con ellos se aconsejaba y se consolaba Bernardo.

Y ellos le decían: sé esposo de Heriberta.

V.

Brunequilda comprendia tambien con maravilloso instinto el estado del corazon de Bernardo.

Su amor de madre la hacia conocer claro que Bernardo no amaba á Heriberta.

Y esto la hacia sufrir.

Y por resultado de su sufrimiento aborrecer á Bernardo.

Sin embargo, Heriberta habia despertado de su inocencia, se habia convertido en muger, y para creer en el amor, necesitaba que este la sacrificase su libertad, que fuese su esposo.

Brunequilda se habia obstinado en ello, y apenas se cumplió el luto de Bernardo, por la muerte de su padre, le dijo:

—Ya conoceis infante cuánto Heriberta os ama.

—No la amo yo menos, dijo Bernardo.

—Sin embargo, no os apresurais á hacerla venturosa.

—¿Pues qué no lo es?

—Heriberta desconfia.

—¿Que desconfia!

—Sí: desconfia de un amor que ninguna prueba la ofrece: ¿cómo son mas dichosos dos que se aman que unidos [por la bendicion?

—¿No creo que Heriberta!....

—Os engañais: Heriberta ha dejado de ser niña: Heriberta sufre porque desconfia.

—¡Oh! todo antes que el sufrimiento de Heriberta: dijo Bernardo. Y se señaló dia para la boda.

VI.

¡Cómo resplandecían los salones bizantinos del palacio real de Pravia!

Blandones, antorchas, lámparas, ardian por todas partes.

Una multitud de nobles y de damas engalanadas discurrían por los salones y hablaban entre sí con impaciencia.

Lo que impacientaba aquella noble multitud, era que la novia no parecía, á pesar de que el infante Bernardo, ricamente vestido, acompañaba al rey y á la reina en la cámara real, en la cual al lado del trono se levantaba un altar.

El rey estaba inquieto, la reina sombría, Bernardo triste.

Todo parecía de mal agüero en aquella noche de bodas.

De repente una noticia terrible penetró en el palacio y fué corriendo de boca en boca hasta llegar al rey.

Y tal fué aquella noticia, que Bernardo salió desalado de palacio y se dirigió á una casa de Pravia, por cuyo ancho portalon entró raudamente como el huracán.

Atravesó galerías y cámaras y entró en una, en la cual tenía lugar una escena desgarradora.

VII.

Sobre un lecho ensangrentado había una dama hermosa con tres puñaladas en el pecho, de las que aun brotaba sangre.

Á otro lado de la cámara sobre un sillón había una jóven hermosísima, desmayada.

Á entrambas damas las rodeaban amigos, médicos y criados.

La dama que espiraba herida en el pecho era Brunequilda.

La jóven que estaba desmayada, Heriberta.

Entrambas estaban ricamente vestidas, lo que demostraba que Brunequilda habia sido herida cuando se disponia á ir á palacio con su hija.

Quedábanla á Brunequilda pocos momentos de vida.

Cuando se acercó al lecho Bernardo, cuando le oyó nombrar, abrió pesadamente los ojos y estendió hacia él, con gran trabajo, una de las hermosísimas manos.

El jóven se acercó.

Brunequilda le dijo con voz débil:

—¡Muero Dios sabe por qué!.... Dios me castiga: he cometido graves faltas, y quiero que vos me perdoneis.

Bernardo creyó que Brunequilda deliraba, porque la tenia por la mejor muger del mundo, casi por una santa.

—¿Y de qué os he de perdonar, señora? dijo Bernardo.

—Del mal que os hecho.

—¿Que me habeis vos hecho mal?

—Sí: mucho mal.

—No os comprendo, señora.

—Acaso algun dia me comprendereis.

—¡Ah! no: no: vos no habeis podido hacerme mal.

—Pues bien, perdonadme, y juradme que si algun dia conoceis el mal que os he causado, al acordaros de mi muerte miserable, no os arrepentireis de haber perdonado.

—Pues bien: yo os perdono, dijo Bernardo por tranquilizar á Brunequilda, creyendo que deliraba.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! sois bueno y generoso..... pero me muero..... la vida se me va..... pero necesito que me prometáis más: si por un acaso cualquiera no podeis casaros con Heriberta, juradme que la amparareis, que la amareis como un hermano.

—¡Ah! os lo juro, señora.

—Puedo morir ya: pero..... un sacerdote..... un sacerdote..... necesito aprovechar el poco tiempo que me queda de vida, necesito descargar mi conciencia.

Heriberta, desmayada aun, fué trasladada á otro aposento á donde la siguió Bernardo, entró un religioso benedictino en la cámara donde se encontraba Brunequilda, y todos salieron, dejando á solas al religioso con la moribunda.

VIII.

¿Quién habia puesto en aquel estado á la infanta Brunequilda?

Para responder á esta pregunta necesitamos tomar de algun tiempo atrás el punto de partida de nuestro relato.

Un dia una litera conducida por dos mulas guiadas por dos villanos y escoltada por un negro africano á caballo, entró en el territorio asturiano. El negro era el bravo Alí-ben-Daz.

De lo que se desprende que la persona que encerraba la litera debia ser la sultana Saida Otamida. En efecto, era ella, que venia llena de amor á buscar á su Bernardo.

Cerró la noche y Alí-ben-Daz se vió obligado á dar descanso á su señora en un miserable meson solitario.

Tomó para la sultana el aposento menos malo y se bajó para buscar la cena menos mala, que se pudiese procurar en el meson. Saida Otamida mostraba aun en su semblante el quebranto que habian producido en ella sus desgraciadas aventuras y estaba además sobrecitada, impaciente. La atormentaba el tiempo que tardaba en llegar á los brazos de su esposo.

Estaba, pues, pensativa y sentada en una silla, junto á un tabique ó division de tablas, que separaban el aposento en que se encontraba, de otro aposento inmediato.

De repente la sacaron de su distraccion ruido y voces de personas que habian entrado en aquel otro aposento, y lo que sobre todo la llamó la atencion, fué el oír el nombre del infante Bernardo pronunciado por una de aquellas personas. Oigamos la conversacion que oyó con toda su alma Saida Otamida.

—¿Conque decis que tan magnificas van á ser las bodas?

—Ya veis que no pueden ser menos: se trata, no ya de un hidalguillo, sino del infante Bernardo del Carpio, sobrino del rey don Alfonso, á quien sucederá, Dios mediante, cuando muera. Y el buen rey está ya viejo y achacoso.

—¿Y con quién se casa? —Con una nobilísima y rica dama que se llama Heriberta Perez. Yo voy allá á la fama de las fiestas, que dicen que han de ser maravillosas.

—Eso no puede ser: os engañais: debe ser otro el que se casa.

—El infante don Bernardo de Saldaña, he dicho, y sabia bien lo que me decía al decirlo.

—¡Pero si el infante estaba casado con una dama que trajo allá de Córdoba!

—Tienes razon: pero eso no quita: es verdad que el infante se casó con una sultana árabe, pero tambieu es cierto que se quedó viudo. —¡Viudo!

—Sí, há mas de un año que enviudó: como que los lobos se comieron á su esposa: Saida Otamida no pudo oír mas.

Al saber que Bernardo se casaba con otra, se la nublaron los ojos, la zumbaron los oídos, y cuando oyó lo que se contaba de que ella habia sido devorada por los lobos, se desmayó.

Cuando volvió en sí, se encontró al lado del fiel Alí-ben-Daz que estaba consternado.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! la dijo el africano, yo creí no volver á verte viva. ¿Pero, qué te ha sucedido noble sultana?

Alí-ben-Daz hablaba en árabe con Saida Otamida.

—¡Oh! es horrible, horrible, exclamó tambien en árabe Saida Otamida: me cree muerta y se casa con otra.

—¿Quién señora? ¿quién se casa con otra creyendoos muerta? dijo Alí-ben-Daz, poniéndose bronceado.

—¿Quién? mi esposo el infante Bernardo.

—¡El infante Bernardo casarse con otra, estando vos viva!

—¡Ni aun que estuviera muerta! exclamo Saida Otamida: yo, si le hubiera perdido, no hubiera podido amar á otro hombre. ¡No, Dios mio! ¡no! me hubiera encerrado en un convento.

—Pero eso no puede ser, sultana; el infante te ama como á su vida, como á su alma, dijo Alí-ben-Daz.

—Lo he oido, ahí, en esa habitacion inmediata, dijo la jóven.

—¡Ahí! ¿y quién está ahí? —Unos caminantes que van á ver las fiestas de las bodas, dijo Saida Otamida llorando.

Y de tal manera afectó el llanto de su señora á Alí-Ben-Daz que salió del aposento, llegó á la puerta del otro y la abrió de un puñetazo, penetrando en el interior con la cólera del tigre.

Pero por fortuna de los que sin saberlo habian causado tanto mal á Saida Otamida el cuarto estaba desierto. Los viajeros, que tenian prisa, habian salido del meson para continuar su jornada.

No tardaron mucho en ponerse tambien en marcha Saida Otamida y Alí-ben-Daz.

Por el camino supo Saida de boca de los que encontraba y á quienes preguntaba, que en efecto el infante don Bernardo del

Carpio, viudo de su primera muger, tomaba una nueva esposa.

Cada una de estas informaciones ponía á morir á Saida Otamida, que aguijaba á Ali-ben-Daz para que apresurara su marcha. Al fin llegaron cerca de Pravia.

Quiso Dios ó la suerte enemiga de Nuño, el escudero que ya conocemos, y que tan horribilmente habia servido á Brunequilda, su señora, que este caminando solo y á la ligera hácia Pravia se encontrase en un camino solitario con Ali-ben-Daz, que tambien á Pravia se dirigia con Saida. Era la caída de la tarde.

El sol hacia ya tiempo que se habia puesto, pero quedaba luz bastante para que una persona pudiese distinguir el semblante de otra persona conocida. Ali-ben-Daz conocia á Nuño.

Le conocia como al raptor de Saida Otamida, y Ali-ben-Daz en su sagacidad africana dijo para sí:

—Dicen que mi señora murió devorada por los lobos; este perro es aquel que se llevaba robada á la sultana al castillo de Bigorre; el que, segun las señas que la sultana me ha dado, la guardaba en él: pues bien, este debe saber el misterio de la fingida muerte de la sultana; vá solo... y aunque fuera acompañado, ¡por el Dios altísimo y único! que ha de decir á la sultana cuanto sepa. Y sin pensar mas, arremetió con su caballo al caballo de Nuño, llegó á él, abrazó al escudero de Brunequilda, y le sacó en limpio de los arzones llevándosele consigo.

Porque, aunque Nuño no era débil ni pequeño, Ali-ben-Daz tenia las fuerzas de un gigante. Y sujetando entre sus brazos y ahogando casi á Nuño, se dió á correr hácia un tallar inmediato.

Una vez allí se dejó caer del caballo con Nuño á tierra, se levantó, se quitó la ancha y larga faja, y sin que el asombrado Nuño pudiese vocear, le ató fuertemente al tronco de un árbol.

Saida Otamida, que no habia reconocido á Nuño, se asombró de que Ali-ben-Daz arremetiese á un hombre, le arrancase de los arzones y se le llevase á la cercana espesura.

Saida Otamida temió que el africano se hubiese vuelto loco.

Cuando apareció de nuevo Ali-ben-Daz, le dijo:

—¿Qué daño te ha hecho ese caminante que así le has tratado?

—El daño que te ha hecho á tí, sultana, contestó Ali-ben-Daz.

—¿Qué ese hombre me ha hecho daño? dijo Saida Otamida.

—Sí, porque ese es el infame que te llevó al castillo de Bigorre, el que te guardaba en él. Ven conmigo, sultana, ven, añadió el africano. Allá le dejo atado á un árbol, y es necesario que ese hombre te revele el secreto, ó morirá.

—Sí, sí; es necesario que se cumpla la justicia de Dios, dijo

Saida Otamida. Y la litera se dirigió al lugar donde habia quedado atado Nuño. Saida Otamida salió de la litera y mandó á los villanos que se retirasen con ella. Estos obedecieron

—¡Ah! ¿eres tú? dijo Saida Otamida, mi mudo carcelero, el hombre que no ha tenido compasion de mí!

—¡Oh! perdonadme, señora, dijo Nuño, que aunque era valiente se estremecia al ver junto á la sultana al atlético Alí-ben-Daz, que fijaba en él su mirada terrible: perdonadme, yo no tengo la culpa.

—Sí, tú has sido un vil siervo, dijo Saida Otamida, á quien tenia en un estado de escitacion febril, de cólera concentrada, la noticia de que Bernardo, creyéndose viudo, se casaba con otra muger: dices bien, la culpa no es enteramente tuya: pero no importa: eres la presa que se me ha venido á las manos, y yo... yo estoy resuelta á todo si no me revelas por qué causa, que no comprendo, mi esposo me ha creído muerta.

Nuño atado, aterrado, dominado por la mirada terrible, feroz, amenazadora, de Alí-ben-Daz, no se atrevió á negarse: no tuvo valor para callar. Otamida lo supo todo.

Otamida lo reveló á Alí-ben-Daz.

Otamida no sabia lo que hacia al revelar al africano por la revelacion de Nuño que Brunequilda era la causa de su desgracia.

—Dime, sultana, dijo Alí-ben-Daz: ¿esa Brunequilda es aquella dama hermosa, pálida, rubia, que vivia en una torre sobre el mar, y que tenia una hija rubia y hermosa como ella?

—Sí: dijo Otamida.

—¿Y dices que la hija de esa dama se va á casar con tu esposo, que te cree muerta? —Sí.

—¿Y dices que ese hombre dice que la infanta Brunequilda está en la ciudad de los cristianos cercana á la torre donde esa dama vive? —Sí.

Hubo un momento de silencio; porque Alí-ben-Daz no continuó en sus preguntas. Nuño entretanto estaba estremecido.

No comprendia lo que hablaban la sultana y el africano, porque la conversacion era en árabe y lo temia todo.

—¿Qué hacemos de ese hombre? dijo señalando á Nuño despues de un largo espacio en que permaneció en silencio.

—Le pérono por la revelacion que me ha hecho, dijo Saida.

—¡Que le perdonas, sultana! dijo sombríamente Alí-ben-Daz. ¡Oh! tú no sabes cuán dulce es la venganza.

—¡La venganza! exclamó Saida Otamida: un cristiano no se venga, y yo soy cristiana. Desata á ese hombre.

—Sea, pues tú lo quieres, sultana: tu voluntad es poderosa para mí, como lo sería la voluntad del profeta. Pero es necesario que entres en la litera para que inmediatamente nos pongamos en camino.

—No, no; dijo Saida: ¿no has cogido el caballo de ese hombre?

—Sí.

—Pues bien, yo subiré en él: quiero llegar cuanto antes á Pravia, quiero impedir... ¡oh, Dios mio! ¡sí! es necesario que esa muger no sea de Bernardo; es necesario que yo aparezca entre los dos para que no se puedan unir. Oye, añadió dirigiéndose á Nuño, ¿cuándo se ha de efectuar el casamiento de mi esposo con la hija de tu señora?

—Esta noche, respondió Nuño.

—¡Esta noche! exclamó Saida Otamida: y la noche empieza á cerrar: ¡ah! afortunadamente estamos cerca de Pravia; á caballo, Alí-ben-Daz, corramos, lleguemos como un rayo.

Alí-ben-Daz trajo el caballo de Nuño, ayudó á subir en él á Saida Otamida, y montando en el suyo se pusieron al galope en demanda de Pravia. Y Nuño quedó allí, atado, olvidado, y la noche cerraba cruda y tenebrosa. Y la noche avanzaba.

Nuño pugnaba en vano por soltarse. Un pavor horrible le anonadaba. Sabía que aquella selva estaba poblada de lobos.

De repente se escuchó á lo lejos un ahullido. Despues otro.

Pero escusamos á nuestros lectores una escena de horror.

Al dia siguiente solo se encontró en el lugar donde Nuño estaba atado la faja roja de Alí-ben-Daz y al pié del árbol trozos de vestido desgarrados y ensangrentados. Dios habia castigado de una manera terrible y providencial á Nuño.

IX.

Tanto corrieron y de tal manera Saida Otamida y Alí-ben-Daz, ó mejor dicho, los caballos que montaban, que antes de que la noche cerrase enteramente, llegaron á Pravia.

Entraron por una de las puertas de la ciudad, y sin disminuir la marcha, preguntando Saida Otamida á la poca gente que pasaba por la calle, porque la noche era fria, oscura y lluviosa, se encaminaron á palacio.

Peró llegaron á una plaza en que se vieron obligados á detener la rapidez de sus cabalgaduras: aquella plaza estaba casi por completo llena de gente.

En uno de los lados de la plaza habia una casa de piedra, fuerte como un castillo y bella como un palacio; por los agime-

ces bizantinos de aquella casa veíase resplandor de luces; y en su puerta se veía el reflejo de antorchas que tenían criados vestidos de gala, y la multitud que cercaba la casa crecía mas y mas.

Se oían conversaciones animadísimas acerca de la boda y las comadres y los ociosos charlaban haciéndose todo ologio acerca de los novios.

—¿Quién se casa? preguntó Saida Otamida á una vieja.

—¡Calla! ¿y de dónde venís que lo preguntais? Es necesario venir de la fin del mundo para no saber que el noble infante Bernardo se casa con la noble señora doña Heriberta Perez.

—Y... ¿por qué esperais á la puerta de esta casa, dijo alentando apenas Saida Otamida.

—Porque en ella vive la novia con su madre, y va á salir para trasladarse á palacio, donde se casará: dicen que el acompañamiento será magnífico. —¿Y ha salido... ya... la novia?

—Aun no, aun no: pero no debe tardar, porque dicen que el rey y el obispo Ildebrando, que ha de casarlos, esperan ya.

Saida avanzó su caballo hácia la casa, dejando la direccion que antes llevaba.

—¿A dónde vas, señora? la dijo en árabe el africano.

—¿A dónde? A esa casa iluminada. ---¿Y para qué?

—¿No sabes que ahí está la muger que me le roba?

---¿La infanta Heriberta? ---Sí.

---¿Y está con ella su madre la infanta Brunequilda? ---Sí.

---¡Ah! exclamó el negro.

Y fijó su mirada candente en el portal de la casa.

De improvísó Ali-ben-Daz lanzó un rugido, se deslizó del caballo al suelo, y se metió por la multitud atropellándola en direccion á la casa.

Al mismo tiempo una gran parte de los espectadores gritaron:

---Ya salen, ya salen.

En efecto, Brunequilda, seguida de sus servidores, salía de la casa, llevando de la mano á su hija Heriberta que iba radiante de belleza, de felicidad, de galas. Dos literas esperaban fuera á las dos damas. Brunequilda llevó su hija á una.

Cuando la jóven entró, Brunequilda se dirigió á otra.

Pero de repente de detrás de la litera salió un hombre.

Aquel hombre se habia cubierto el rostro.

En sus manos brillaba un puñal.

Brunequilda dió un grito y se detuvo. Luego cayó. Cuando acudieron á ella vieron que estaba bañada en sangre. Los que vieron al asesino no pudieron reconocerle. El asesino era Ali-ben-

Daz. Escapó por entre la gente, se perdió, arrojó el manto rojo con que se habia cubierto y se fué tranquilo, seguro de no ser reconocido, al lugar donde habia dejado á Saida Otamida, murmurando con acento lúgubre y terrible :

---Esa muger á quien he herido era una infame y debia morir... y luego... luego... la infanta Heriberta no se casará con el infante Bernardo antes que la sultana Otamida pueda demostrar que no ha muerto ; que su esposo no es viudo. Y siguiendo adelante encontró á Saida, cobró su caballo y montó en él.

---¡Ah! ¿A dónde has ido? dijo Saida Otamida.

---A ver de cerca la novia, señora, respondió el africano; tenia curiosidad de saber si era tan hermosa como tú; pero no me han dejado lugar.

---¡Ah! ¿qué es eso? dijo la jóven viendo el tumulto que causaba en las gentes el asesinato de Brunequilda.

---No lo sé; pero algo sucede terrible, porque esas gentes corren hácia la casa.

---¿Me quieres decir lo que ha sucedido? dijo Saida Otamida á uno de los que pasaban junto á ella.

---Un horrible crimen: la infanta Brunequilda Perez ha sido asesinada á la puerta de su casa.

---El infante Bernardo no se casará ya por ahora con la infanta Heriberta, dijo Alí-ben-Daz en árabe á Saida Otamida. Vamos, señora, las gentes se revuelven en la plaza: marchemos.

---¿Y á dónde?

---Al castillo de Saldaña á dar una alegría á vuestros padres.

En efecto, cuatro horas despues Alfonso de Saldaña y doña Luz de Mendavia se creian presa de un sueño.

Tenian á su hija entre sus brazos.

X.

No tardó mucho Bernardo en saber que no era viudo, que la muerte de Saida Otamida habia sido una horrible farsa.

Al verle Saida Otamida comprendió cuánto Bernardo la amaba. Las huellas del dolor estaban impresas en el semblante del jóven. Una muger que ama no se engaña nunca. Por otra parte, sus padres habian explicado á Saida Otamida porqué razon Bernardo habia estado á punto de casarse con Heriberta.

El amor de Saida Otamida fué generoso. No dejó conocer sus celos á Bernardo. Y sin embargo, los tenia, porque una muger que ama tiene celos de todo. Calló, amó á Bernardo mas que antes y le hizo probar la felicidad de los cielos.

XI.

Algunos dias despues Bernardo presentó su esposa al rey. El rey honró y abrazó, llamándola su sobrina, á Saida Otamida. La reina Berta la llamó su hija. Cuando salieron de palacio, Saida Otamida dijo á Bernardo :

—Es necesario procurar que no nos acontezcan mas desgracias: Dios nos ha castigado porque nos hemos olvidado de él en nuestra felicidad.—¡Que nos hemos olvidado de Dios!

—Sí, habíamos ofrecido á nuestra señora de Covadonga un manto, hecho con el alquicel de un walí árabe: habíamos prometido llevarlo en romería y no se lo hemos llevado.

—¡Ah! sí, es verdad! dijo Bernardo; pero se lo llevaremos.

Y al dia siguiente Bernardo buscó el alquicel rojo bordado de oro que habia quitado con la vida al príncipe Algalib-Billah cuando huyó con Saida Otamida de Córdoba.

Y entrambos esposos; vestidos de peregrinos, tomaron la via del santuario de Covadonga.

XI.

—¡Oh, Señora! ¡Oh, santa Madre de Dios! exclamó Otamida cuando llegaron delante del altar de la Virgen, haz que ninguna desgracia me separe de él: haz que lleguemos á la vejez apoyados el uno en el otro, y que cuando no podamos sostenernos nos sirvan de apoyo nuestros hijos.

EPILOGO.

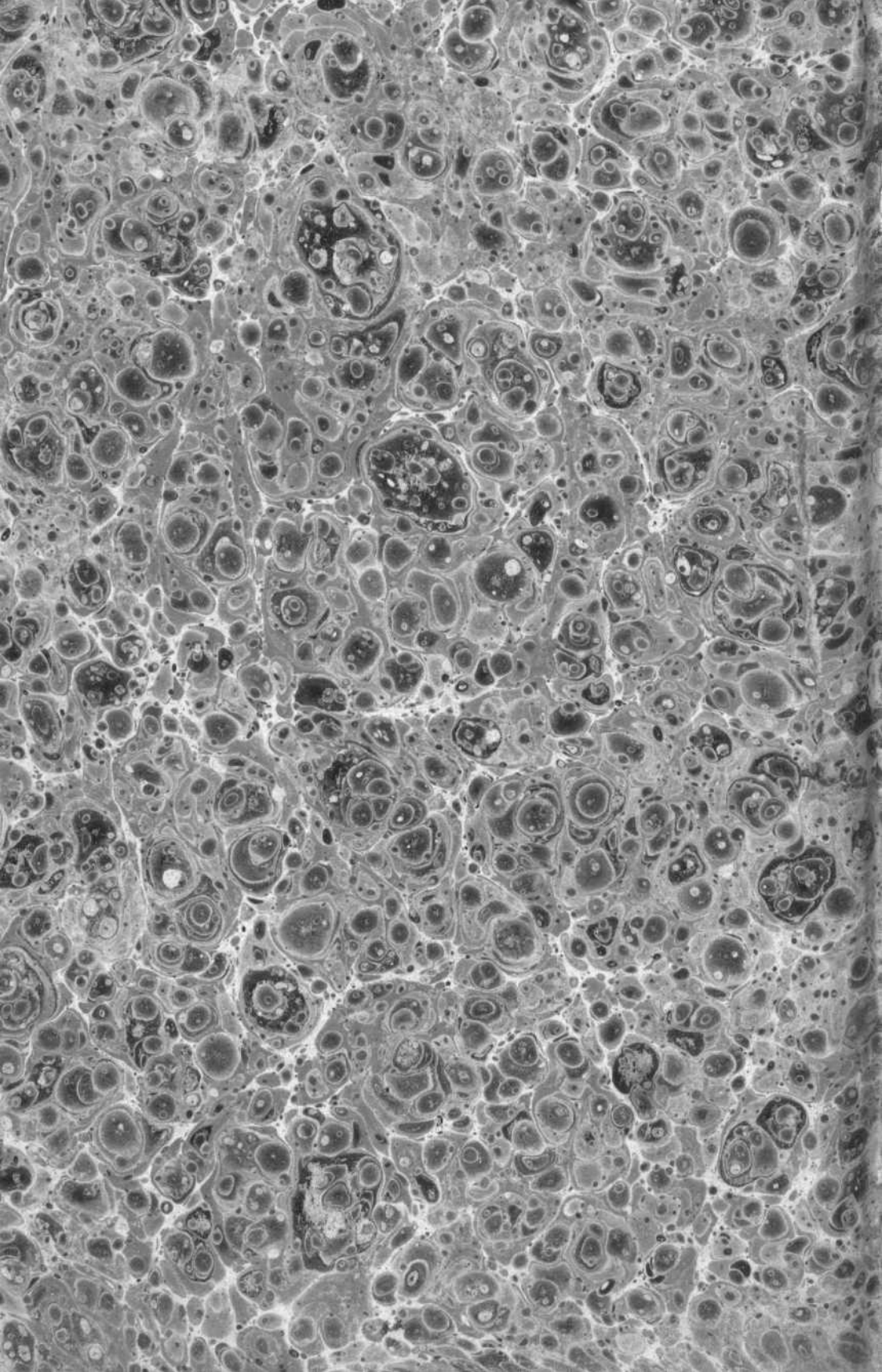
Heriberta Perez entró poco despues desesperada en un convento. La infeliz habia sido una mártir. Sobre ella habia caido la terrible maldicion de Dios que castiga los crímenes de los padres en los hijos hasta la cuarta generacion.

FIN.

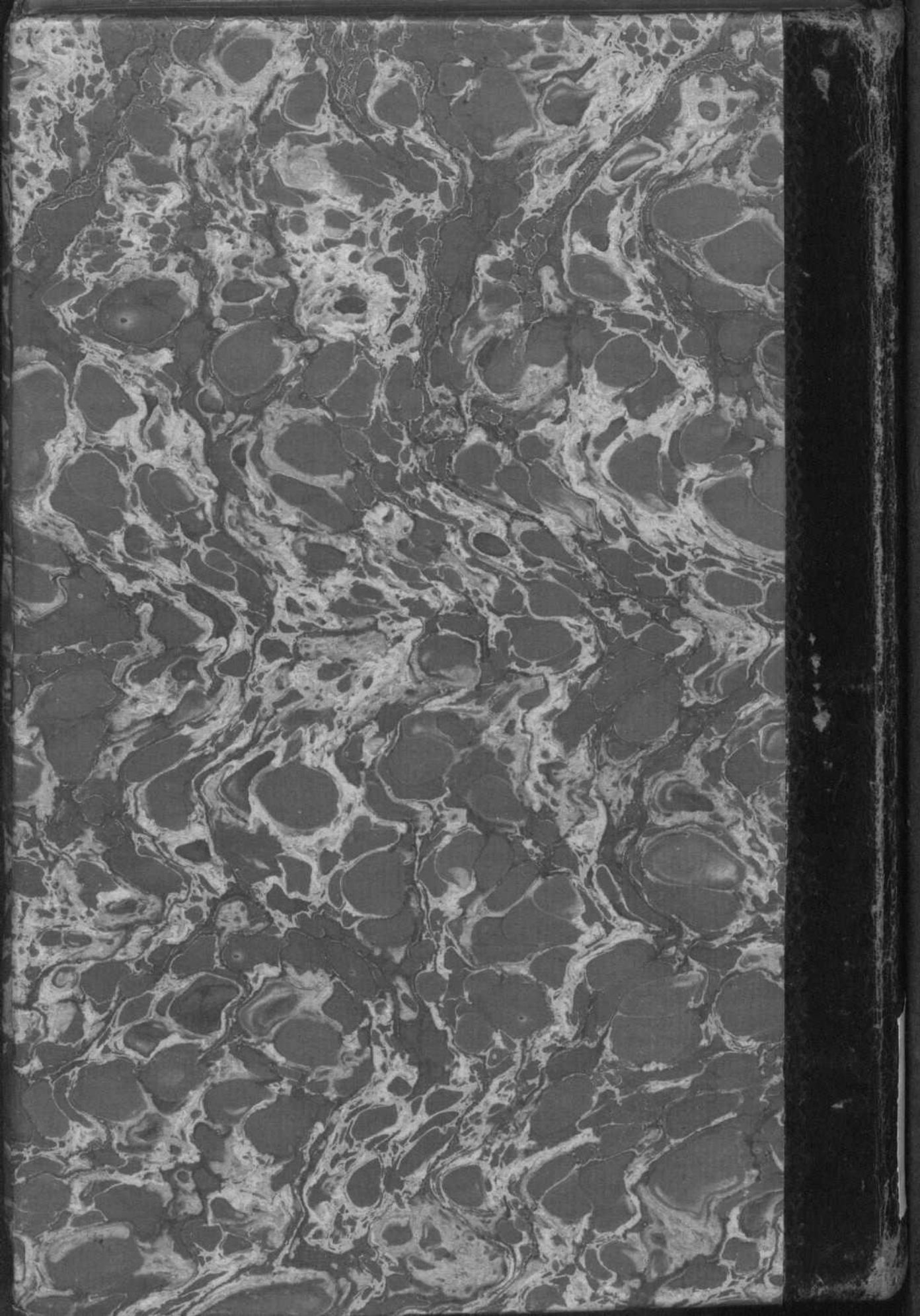
COLOCACIÓN DE LAS LAMINAS.

Retrato del autor. . . .	Página	5	Los mismos que ejecutaban etc. . .	213
Entonces sonaron tres bocinas. . . .		43	Y tocó su bocina etc.	225
Jura que esta sangre etc.		38	Es indudable etc.	313
Cayó de rodillas y exclamó.		152	Bernardo se detuvo.	327
Y una mirada reciproca etc.		180	Por lo que veo etc.	380









CARPIO

1834

BERNABE

G 23885